

Parte 1

La luz de tras el cambio.

CAPÍTULO 1

Pequeña reinecita:

Si quieres recuperar a tu amiguito, deberás reunirme conmigo en los acantilados de Lihim y entregarme el Crocten de los Cambiantes.

Si sabes lo que te conviene vendrás antes de que se apague la luz del cambio, o si no...

Firmado: Sigmund

Eso era todo lo que decía la nota que habían dejado en la habitación de Emet tras secuestrarlo. Tara la leía una y otra vez, tratando de encontrarle algún sentido a todo aquello. ¿Por qué Emet? Él era un chico fuerte, y difícil de derribar, ¿Cómo podían habérselo llevado sin que nadie se percatase? Y no solo eso, ¿Cómo pretendían que les entregase en Crocten? Aquella esfera estaba incrustada en su pecho, como si siempre hubiese formado parte de su cuerpo.

La chica apretó la pequeña hoja de papel con fuerza contra su pecho, estrujándola entre sus finos dedos antes de guardársela en la alforja de su Grifo.

Una vez estuvieron todos subidos a lomos de aquellos majestuosos animales, emprendieron el vuelo a toda velocidad en dirección a los acantilados de Lihim para rescatar a Emet.

Durante las seis horas que estuvieron viajando sin descanso, el nudo en su estómago no se aflojó ni un instante, pero ni tan siquiera el intenso dolor que recorría atravesaba su cuerpo logro hacer que se detuviera un instante.

Tras horas de viaje al fin lograron ver a lo lejos, como la silueta de los acantilados se empezaba a

elevar en la distancia. Era una formación rocosa de varios cientos de metros, que se elevaba con una serie de cavernas de piedras calizas formadas por enormes rocas apiladas unas encima de otras y chimeneas retorcidas que se alargaban hasta rasgar las nubes.

La enorme mole de roca se erguía solitaria en medio de una extensa llanura, como una isla desierta en medio del océano, y mientras se acercaban, la chica no podía parar de repetirse una y otra vez: “Emet está ahí dentro, me está esperando, espera que lo salve”. Tara no quería ni pararse a pensar en las horribles torturas que le estarían infligiendo y el nudo de su estómago regresó con más fuerzas, haciendo que se doblase de dolor. Así que apremiaba a su animal a viajar cada vez más rápido, y a pesar del cansancio el animal obedeció haciendo que la chica fuera la primera en llegar a los acantilados.

Los acantilados estaban cada vez más cerca, y ya se podía apreciar el ligero humo que salía de una de las chimeneas. Tara fue la primera en tomar tierra y los demás no tardaron demasiado tiempo en alcanzar la. Los grifos se posaron en la parte alta de los acantilados, desde allí se podía apreciar cómo se fundía la línea del horizonte con el extenso desierto sin dar cabida al más mínimo atisbo de vida en kilómetros a la redonda.

Una vez allí ataron las riendas a una de las columnas de roca caliza y se dispusieron a bajar. Se ajustaron sus arneses y clavaron unas cadenas mágicas en la roca para descolgarse por la pared casi vertical del acantilado.

Cuando llegaron hasta el primer nivel de cavernas, entraron por una de las cuevas excavadas en la roca y guiándose por el sonido que procedía desde el interior se introdujeron en la montaña.

La cueva era un lugar húmedo y tenebroso, repleto de telarañas y pequeños bichos que huían al paso de los chicos. Dentro de aquella inmensa oscuridad solo la varita de Tara daba un atisbo de luz, que guiaba al escuadrón por los serpenteantes pasadizos que conformaban la montaña.

Conforme se iban acercando a la fuente del sonido, un leve resplandor anaranjado comenzó a invadir el pasadizo que seguían. Aquella luz procedía de las antorchas que iluminaban la estancia donde Sigmund y sus secuaces se escondían en la montaña.

El resbaladizo pasadizo que seguían, daba a un orificio en la parte superior de la cámara, proporcionándoles una vista panorámica de todo lo que sucedía. Allí abajo se estaba celebrando un festín; cientos de mujeres y hombres de aspecto rudo, vociferaban y se reían mientras bebían en enormes jarras de cerveza y arramblaban con la infinidad de manjares que colmaban la mesa.

- Silencio- ordenó el fornido hombre que estaba sentado presidiendo la gran mesa, dando un

golpe con su jarra sobre la desquebrajada madera.

Ante la tajante orden del que parecía ser su líder, todos guardaron silencio al instante. El gran hombre tenía el aspecto de los barbaros de las películas de romanos que Tara veía de pequeña junto a sus hermanos. Los cabellos rubios eran largos y desordenados, entretejidos en decenas de trenzas más o menos deshechas. Vestía un pantalón de cuero negro atado con un enorme fajín y un chaleco hecho de piel de conejo. En sus brazos desnudos, se podían apreciar infinidad de cicatrices que surcaban sus fuertes músculos, dándole un aspecto aún más rudo sí cabía.

- Ese que ha hablado es Sigmund- les explico Daniel.
- ¿Él es quien se ha llevado a Emet?- le preguntó Tara, y ante la respuesta afirmativa del chico, ella añadió- Tenemos que ir ahí abajo.
- Espera- dijo Claudia- no sabemos dónde tienen preso a Emet.

Adrian les hizo un gesto para que guardasen silencio, puesto que Sigmund se había puesto en pie listo para decir algo.

- Llamadlo- le ordenó el gran hombre a sus secuaces haciendo un gesto con la mano, mientras se dejaba caer de nuevo en su trono.

Cuatro de los hombres salieron a paso rápido de la sala en busca de Emet, mientras los demás retomaban sus escandalosos hábitos.

No tardaron mucho en traer a joven. A pesar de haber sido secuestrado, no parecía estar herido, en realidad tenía muy buen aspecto, llevaba puesto ropas hechas con piel de animal y los cabellos húmedos. A Tara le extrañó profundamente que no tuviera grilletes ni cadenas, tenía más el aspecto de un invitado que el de un preso. El joven se desasíó de los hombres que lo tenían sujeto y se detuvo frente al gran hombre con una mirada desafiante.

- No parece que haya sufrido mucho ¿Verdad?- preguntó Claudia.
- Espero que no nos la haya jugado de nuevo- dijo Adrian receloso.
- Shhh- los mandó callar Tara intentando escuchar lo que Sigmund decía allí abajo.

Pero en realidad los mandó callar porque no quería oír las acusaciones de Adrian. También había pasado por su mente la idea de que fuera él el verdadero traidor y que lo de Matt solo hubiera sido una estrategia para quitárselo de en medio y cubrirse las espaldas. Pero Tara no podía creerlo, no quería creerlo, así que escuchó al gran hombre que se había alzado para hablar con el muchacho.

- Pronto vendrá la joven. ¿Has decidido ya a quien le debes tu lealtad?- dijo este al ponerse frente a Emet.

- Eso yo ya lo tenía claro antes de que me obligases a venir hasta aquí.

- Respuesta incorrecta- dijo el hombre soltándole un guantazo al joven que le hizo apartar la cara.

Emet no hizo nada ante el golpe, simplemente se limpió la sangre que empezaba a brotar de su labio superior con el dorso de la mano y miró al hombre lleno de ira. Sigmund le hizo una seña al hombre que estaba a la derecha del Emet y éste le asestó al muchacho un golpe en el costado con una rama de madera verde con tal fuerza que lo hizo caer al suelo de rodillas sujetándose el costado.

- Por ser quien eres, te concederé otra oportunidad- dijo el hombre agachándose junto a él y cogiendo su barbilla entre sus manos le preguntó de nuevo.- ¿A quién eres leal?

Emet levantó la mirada con los ojos llenos de rabia y miró al hombre. Apoyó la mano en el suelo y como pudo se puso en pie.

- Soy leal a Tara, ¡a Tara Nailing!- gritó el joven- la única y verdadera reina de los reinos. ¿Lo entiendes o te lo repito?

Al oír aquello el hombre, lleno de ira, asestó un puñetazo al muchacho en el mentón, que lo derribó, lanzándolo un par de metros hacia atrás, pero Emet era fuerte y se volvió a poner en pie. Desde lo lejos, Tara podía ver como de la nariz del chico salía un hilo carmesí que goteaba sobre sus ropas de bárbaro.

- ¡Maldito estúpido! Maldigo la hora en que te concebí- dijo el hombre avanzando a grandes zancadas hacia él. Una vez estuvo frente al chico, lo cogió de la pechera y lo levantó del suelo lo suficiente para que sus pies no tuvieran un punto de apoyo, y entonces le dio un cabezazo que lo dejó desorientado. Después lo soltó y el joven cayó de nuevo al suelo- ¡Tendría que haberte matado cuando naciste!- dijo escupiendo sobre el chico que yacía en el suelo por el golpe. Luego se dio la vuelta y volvió junto a su trono.

Emet escupió la sangre y lanzó otra mirada desafiante al hombre mientras este se alejaba.

- Me serás leal quieras o no.- añadió Sigmund al fin, mientras se sentaba en su trono.

- ¿Y sino qué? ¿Qué me vas a hacer? ¿Me vas a matar?- dijo levantándose de improviso encarándose con el gran hombre, escupiendo las palabras con su boca chorreante de sangre- ¡No tengo miedo a la muerte!, ¡y muchísimo menos a ti!

- Mi espada no dará muerte a alguien de mi propia sangre, pero te aseguro que me encargaré de que escarmientos. ¡Lléváoslo!- ordenó el hombre haciéndole una seña a sus secuaces- y haced que recapacite.

- Por mucho que me tortures no cambiaré de idea- le gritó el chico mientras dos hombres lo levantaban por los brazos y se lo llevaban a rastras.

- En ese caso, te juro por Lupos que implorarás que mi espada te de muerte.- dijo el hombre poniéndose nuevamente en pie.

- ¡Jamás!- le gritó el chico mientras lo sacaban de la sala.

Lo último que el joven pudo ver fue como se dibujaba una sonrisa de pura maldad surcaba la cara de Sigmund, mientras observaba como se lo llevaban a rastras fuera de allí.

- ¿Qué ha pasado?- dijo Tara, con los ojos exorbitados, sin comprender nada de lo que sucedía.

- ¡Era eso!- dijo Claudia como que acababa de encajar todas las piezas.

- ¿Eso era el qué?- preguntó Tara desconcertada.

- Siempre me pareció que el aroma de Emet era extraño y ahora lo comprendo todo.

- ¿Quieres explicárnoslo ya? Por favor.- le dijo exasperada.

- Claro, desde que llegasteis a mi casa me pareció que Emet desprendía un extraño aroma para ser un mago, pero no sabía lo que era, y eso añadido al aspecto prácticamente normal que posee me hicieron desconfiar.

- ¿Y qué era?

- Era su sangre mestiza.

- ¿Su qué?- dijo tara incrédula.

- Su sangre es mestiza, su madre era una maga y él se crio solo con ella. Pero su padre era un Cambiante.

- Sigmund.- dijo Tara con asco, entre dientes, mientras lanzaba una mirada furtiva al hombre que estaba allí abajo, bebiendo y riendo como si no pasase nada.

- En efecto.

- Por eso no le pasó nada al tocar el Crocten- dijo Tara al comprenderlo todo.

- ¿Qué tocó el Crocten?- dijo Adrian sin dar cabida a las palabras de la chica.
- Sí, cuando me trajo la ropa este medio día. Después se marchó y estuve buscándolo hasta que me encontré contigo en los pasillos del palacio.
- ¿Por qué no nos lo dijiste antes?- dijo Adrian dejando ver el enfado en su rostro.
- Porque no me dejaste, no dejabas de repetir que llegábamos tarde y además, tampoco le di tanta importancia.
- Pues la tenía.
- ¿Y qué habrías hecho si te lo llego a decir? ¿Habrías venido?
- No, ya nos traicionó una vez por irse con su padre y seguramente lo volverá a hacer. ¡Maldita sea Tara!, nos lo tenías que haber dicho.- dijo el chico muy enfadado.
- ¿Qué más da ahora? Ya lo has visto. Sigue siendo fiel a nosotros.
- ¿Pero quién sabe durante cuánto tiempo? No muchos pueden aguantar las torturas que le esperan. Lo normal es que antes o después ceda y nos traicione.
- Pues entonces yo solo veo una solución.- dijo la chica arqueando una ceja.
- ¿Cuál?- dijo él sin querer oír realmente lo que la chica iba a decir.
- Iremos a por él.
- ¿A por él?- le contestó el chico con los ojos muy abiertos- ¿Estás loca? Moriremos todos.
- Puede ser..., pero si lo hacemos bien y trabajamos en equipo como hasta ahora, conseguiremos liberar lo de los calabozos y de la tortura, antes de que se den ni cuenta.
- Pero habrá decenas de guardianes, no podremos llegar.
- ¡Por el amor de Dios, Adrian!, somos guerreros de los reinos, ten un poco de fe.- le dijo Claudia.
- Está bien- dijo Ari apoyando a su amiga, como si no hubiese oído nada de lo que Adrian acababa de decir – ¿Cómo lo hacemos?
- Seguiremos los túneles hasta encontrar los calabozos y lo sacaremos de ahí.

CAPÍTULO 2

Bajaron con sumo cuidado por las galerías, el camino no fue nada fácil, pues allí dentro había infinidad de túneles y la gran mayoría de ellos eran tan estrechos que hacían que los chicos tuvieran que ir en cuclillas, incluso a rastras en algunos tramos.

Parecía que se habían perdido, ya hacia un buen rato que habían dejado atrás el clamor de la celebración y no conseguían dar con los calabozos donde tenían preso a Emet.

A Tara le parecía muy extraño que no se oyera ningún grito ni alarido de dolor emitido por el chico. La joven sabía que él era fuerte, pero lo que no sabía, era cuánto tiempo podría soportar las torturas.

La chica iba en cabeza, pero no sabía ya hacia dónde tirar, hasta que un pequeño susurro la sacó de sus pensamientos erráticos. Era Ari que la llamaba, Claudia había olido algo, era un tenue aroma, demasiado tenue como para que los demás lo captasen. Aun así, ya era más de lo que tenían hasta ahora.

Cuando Tara se dio la vuelta para unirse a ellos, la vampiresa salió a toda prisa guiada por aquel lejano aroma. Al principio, a los demás les costó un poco seguir su ritmo, pues aunque eran guerreros la agilidad de la vampiresa era algo que ninguno de ellos podía superar.

Claudia se detuvo en seco y eso, unido a la oscuridad del lugar, hizo que los demás se chocasen unos contra otros a llegar a su altura.

- ¿Qué sucede?- preguntó Tara entre susurros desde el final de la cola que les obligaba a hacer el angosto túnel.
- Está ahí- le contestó Ari con un tenue hilo de voz- Emet, está ahí.

Tara se convirtió en una pequeña ratita y se abrió paso entre los demás, para poder asomarse al borde del pasadizo junto a Claudia. Cuando llegó allí, la vampiresa tenía la mirada fija en Emet, Tara no podía ver lo que pasaba, así que retomó su forma humana, sentándose en el borde del pasadizo.

La sangre del joven lo salpicaba todo y Claudia tenía que hacer una fuerza sobre humana para no saltar allí abajo y terminar de desangrarlo. Porque a pesar de haberse alimentado ese mismo día, el olor de la sangre estaba tan concentrado en aquella sala que incluso a Tara le costaba pensar con claridad.

El chico tenía las manos atadas con fuertes cadenas a una barra de acero que atravesaba la sala de lado a lado y de sus tobillos colgaban dos enormes pesas, que a malas penas se tambaleaban en el

aire cuando el chico se retorció de dolor.

Junto a él había tres hombres, uno llevaba una daga con la que profería profundos cortes sobre las costillas del joven, dejando ver los huesos bajo la sangrante herida. Pero la sangre de lobo que corría por sus venas hacía que sanase con facilidad y así su torturador se entretenía en pelar sus costillas una y otra vez. Pero aun así el chico aguantaba estoico las cuchilladas si proferir ni el más mínimo sonido.

Otro de los hombre llevaba consigo un hierro que ponía incandescente en la hoguera que había junto a ellos, después cogía el hierro al rojo vivo y lo hincaba en los músculos de sus brazos y piernas, haciendo que se contrajera de dolor involuntariamente, pero el peso que colgaban de las cadenas de sus tobillos hacían que no pudiera doblarse más que unos centímetros.

Por último, el tercer hombre se dedicaba a azotarlo una y otra vez, haciendo que salpicase su sangre por todas partes y por si no fuera poco, después de azotarlo rociaba puñados de sal sobre sus heridas aún abiertas para que el joven rabiase de dolor.

A Tara se le revolvió el estómago al ver lo que le hacían al pobre Emet, y a su vez tenía que controlar las enormes ganas de saltar allí abajo y matar a los tres torturadores en el acto. Ahora que se habían llevado a Claudia más atrás, la chica se puso en pie, con todos y cada uno de sus músculos en tensión, lista para atacar.

Daniel pudo ver sus intenciones antes de que la chica se dispusiera a saltar y la agarró por debajo de la cintura, dejándose caer al suelo hacia atrás con ella.

- ¡No puedes bajar ahí tu sola!- le dijo el chico mientras la sujetaba.
- ¿Cómo qué no? Solo son tres. Puedo bajar, matarlos, y subir con Emet antes de que nadie se dé ni cuenta.
- No seas estúpida, mira bien.

Mientras decía esto tomó a la chica por debajo del brazo y la acercó de nuevo al borde. Tanto se asomaron, que si alguno de los hombres de allí abajo hubiera decidido mirar hacia arriba los habría visto sin necesidad de esforzarse demasiado.

Ahora que se fijaba con más atención, pudo ver que en cada una de las tres puertas, había cuatro guardias dos a cada lado de las rejas que delimitaban las entradas al calabozo. Todos ellos estaban armados hasta los dientes, con la única misión de vigilar al preso.

- Pero tenemos que hacer algo- dijo Tara echándose hacia atrás mientras se sentaba en el

húmedo suelo.- no podemos dejarlo ahí abajo.

- Se me ocurre algo que podemos hacer- dijo Daniel.
- ¿Qué se te ha ocurrido?
- Podríamos pasar al plano cristalino y bajar hasta allí...

Estuvieron ultimando los detalles del improvisado plan y acto seguido lo pusieron en práctica.

Daniel y Tara se adentraron de nuevo en los pasadizos hasta llegar a una zona un poco más ancha donde poder pasar al plano sin correr riesgos de chocarse contra las paredes o levantar demasiado viento que pudiese advertir a los Cambiantes de su presencia.

Una vez que estuvieron en el plano cristalino, plegaron sus alas todo lo que pudieron y las ataron con unas cuerdas, que Daniel llevaban en su cinturón, para poder pasar por el angosto pasadizo sin rozarse con las paredes.

Atravesaron a sus amigos que aguardaban a que apareciesen en el foso y la sensación de pasar a través de ellos fue realmente extraña. Cuando llegaron al borde de la cámara de tortura, rápidamente soltaron las cuerdas que retenían sus alas y estas se desplegaron con toda su envergadura, entonces descendieron como rayos por las paredes verticales que delimitaban la sala y se colocaron en posición.

Tara se situó justo detrás de Emet y sintió un escalofrío cuando el látigo del torturador la traspasó como si no fuera más que aire.

A pesar de los terribles sufrimientos, Emet no dejaba de pensar en Tara, aquello era lo único que conseguía hacer que se apartase del sufrimiento que sentía en cada parte de su cuerpo. El hecho de que él pensase en ella con tal intensidad le facilitó mucho a muchacha el poder entrar rápidamente en su mente para comunicarse con él.

La chica cerró los ojos y cogió una profunda bocanada de aire, después avanzó muy lentamente hasta introducirse dentro del cuerpo del joven. Empezó a sentir el dolor que recorría cada musculo del chico, pero algo en su mente le dijo “Si él puede soportarlo por ti, tú también puedes soportarlo por él.” Poco a poco fue tomando el control sobre el dolor de su cuerpo y se centró en sus pensamientos.

Cuando al fin logró entrar en la mente del joven, se dio cuenta de que esta vez los corredores de su mente no eran como lo fueron la otra vez. Todo estaba totalmente oscuro, lleno de penumbras y las

blancas paredes chorreaban un rojo carmesí. Los aterradores recuerdos que antes habían estado bien custodiados tras enormes puertas encadenadas, ahora querían escapar de las miles de habitaciones que la rodeaban. Zarandeaban las puertas y los aullidos retumbaban, haciendo que a Tara se le pusieran los pelos de punta y que sintiera escalofríos que le recorrían el cuerpo de arriba abajo. La sensación de que había cientos de ojos que la miraban, dispuestos a atacarla en cualquier momento, hacía que la chica anduviese intranquila por los pasillos, mirando con temor cada recoveco.

Tara intentó sacar sus ojos de demonio, quería poder ver que se escondía entre las sombras, pero no funcionó. Se dio cuenta de que allí dentro estaba desprotegida, no tenía sus alas y tampoco podía conjurar nada de todo lo que había aprendido.

Entonces algo crujió con un sonido atroz. Una de las puertas se había roto en mil pedazos, Tara corrió hasta allí, pero cuando llegó en su interior tan solo había una sala vacía. Entonces un silbido sonó a su espalda y la joven se giró a toda velocidad, pero no pudo hacer nada, una enorme cobra le cortaba el paso. El animal, de más de quince metros, se había escapado de aquella sala. Tara intentó transformarse con sus dones de cambiante, pero no dio resultado, después trató de conjurar a la cobra, que ya había entrado dentro de la sala, pero tampoco sirvió de nada. Dentro de la mente de Emet sus dones estaban anulados y lo único que tenía para defenderse era su varita, que allí dentro no era más que un palo de madera.

“¿Cómo iba a defenderse de aquel monstruoso animal con un palito?” se preguntó a sí misma, entonces se dio cuenta de que su corazón latía a mil por hora y que su respiración cada vez era más acelerada. Pero aun así, se puso en guardia, dispuesta para defenderse del animal con su varita.

Pero no hizo falta, se oyó un agudo grito y tras él una lanza atravesó la cabeza de la cobra de parte a parte, dejando ver su afilada punta desde donde estaba Tara. El animal se desplomó de golpe y sobre él apareció un pequeño niño.

- ¿Quién eres tú?- le preguntó a Tara el muchacho, mientras sacaba la lanza del difunto animal que yacía en el suelo.
- Yo soy Tara ¿y tú?- le dijo la chica acercándose a él.
- Yo me llamo Emet- dijo el niño tendiéndole una mano para saludarla.

Al estar más cerca del pequeño niño, Tara vio sus sonrojadas mejillas y sus enormes ojos bicolor bajo un flequillo demasiado largo de un rubio dorado. A la chica le sorprendió lo poco que se parecía Emet a cuando era niño, era un muchacho flacucho y enclenque. Aunque como había demostrado

al salvarle la vida, tremendamente fuerte. Tenía una mirada inquisidora y una cara redonda con unos enormes mofletes rojos.

- ¿Qué haces aquí?- le preguntó el niño.- Nunca te he visto por aquí ¿Cómo has entrado?
- Es una larga historia.- le dijo la chica.
- ¿Has hecho tu esto?
- ¿El qué?
- Aquí antes se vivía bien, era un lugar tranquilo y seguro. Pero desde hace algún tiempo los pasillos son más complejos y cada vez hay más puertas cerradas, pero eso ya había pasado antes. Pero lo que en realidad me preocupa es esta oscuridad.
- ¿Es que este sitio cambia continuamente?
- Sí, depende de cómo se encuentre él.
- ¿Él?
- Sí, el Emet mayor.
- ¿Y cómo se encuentra? Me refiero a estos meses.
- Es extraño, él nunca había estado así. Ahora lo veo dar muchas más vueltas por los pasillos, creo que está preocupado por todo lo que hay aquí dentro y por esa chica.
- ¿Qué chica?
- Creo que eres tú.
- ¿Yo?
- Sí, bueno... que yo sepa no conoce a más Taras ¿No?
- No, no creo.
- Pues entonces es en parte culpa tuya.
- ¿Y que hay aquí dentro que le preocupa tanto?
- Muchas cosas, ha pasado demasiado tiempo desde que fue como yo y ahora teme que tú te apartes de él si ves lo que hay en las salas que cierra.
- ¿Tan horrible es?
- No sé. Yo casi nunca voy por allí, además hace mucho que no me hace caso.

- ¿Por qué no te hace caso?
- Porque es mayor, y tiene problemas de mayores. Pero no me importa que me ignore, bueno no me importaba. Ahora tengo miedo, aunque él no me deje tener miedo, lo tengo.
- ¿Por qué tienes miedo?
- Porque de repente se volvió todo oscuro y terrorífico.
- No te preocupes- le dijo la chica agachándose junto a él- yo lo arreglaré todo. Pero debes llevarme con el Emet mayor si quieres que esto se solucione.

El niño asintió y cogió con fuerza la mano de Tara para guiarla por los oscuros corredores, hasta que llegaron a la gran sala, una vez allí el pequeño Emet se despidió de la joven y le dio un beso en la mejilla. Dijo que él no podía entrar ahí, y se marchó corriendo con la lanza en la mano de vuelta a los tenebrosos pasillos.

La chica entró en la sala, allí dentro pudo ver todo lo que veía el chico, y sentir todo lo que él sentía. El dolor en cada parte de su cuerpo la hizo caer de rodillas al suelo. No había nada de luz, puesto que el chico tenía los ojos cerrados con todas sus fuerzas para dejar de pensar en el dolor, pero aunque todo era oscuridad Tara se fijó con más atención, y pudo ver donde antes podía, ahora se pudo apreciar débiles imágenes que se difuminaban en la oscuridad.

La chica se alzó aun de rodillas ante las imágenes para verlas con mayor claridad, eran imágenes de ella. De la noche que durmieron juntos tras su pesadilla, del día que convertida en sirena lo tuvo entre sus brazos, de los días en los que se pasaron horas juntos para entrenar en hechizos y conjuros y de batallas en las ella con su uniforme de guerrera luchaba a su lado.

Tara se quedó conmovida al ver que ella era todo en lo que pensaba para alejarse del sufrimiento y del dolor. La chica terminó de ponerse en pie con gran dificultad a causa del dolor y comenzó a gritar en medio de la enorme sala.

- ¡Emet! Mi vida, ¿Puedes oírme?

En el interior de aquella sala retumbaron las palabras, eran los pensamientos del chico.

- ¿Tara? ¿Eres tú? ¿Dónde estás? ¿Qué haces aquí?
- Emet, no hay tiempo para hablar. Estamos aquí, hemos venido a por ti.
- ¿Qué? Tenéis que iros. No es seguro.
- No me pienso ir de aquí sin ti. Ninguno de nosotros lo hará.

- ¡NO! Tara, escúchame con atención. Tenéis que ir, si te cogen te quitarán en Crocten y te matarán. No puedes permitir que ocurra eso o será nefasto para el Orbe. Has de marcharte. Vete de aquí y no mires atrás.
- No pienso irme- dijo la chica con un tono firme- te vamos a rescatar. Solo quiero que me prestes atención.
- Que no, Tara, ¡Márchate! ¡Ahora!
- ¡NO! Escúchame bien y cállate ya de una vez. En breve Daniel se va a materializar junto a la puerta que está a la derecha, en ese momento Ari lanzará un rayo de luz que romperá tus cadenas y te dejará caer al suelo. Adrian te sacará de aquí y Claudia, Ari, Daniel y yo nos encargaremos del resto. ¿Está claro?
- Tara, ahora escúchame tú. Si te cogen, será el fin para todos nosotros. ¿Lo entiendes? Has de salir de aquí cuanto antes. ¡Vete!

La chica ya había dejado de escuchar lo que el chico pensaba y comenzaba a recorrer de nuevo los pasillos de vuelta al exterior. Cuando abandonó el cuerpo del chico, el dolor la golpeó de nuevo por última vez haciendo que un rayo surcase su espalda, porque salió de su cuerpo al mismo tiempo que el látigo impactaba en la espalda dolorida del joven.

Cuando Daniel la vio de vuelta rápidamente se materializó con su esfera de fuego entre las manos, lanzándola contra el tipo del látigo que se pulverizó en el momento. Ante el alboroto de la situación Tara también se rematerializó sacando su poderosa varita de la caña de su bota y empezó a lanzar rayos de luz por doquier. Los rayos violáceos de Tara se confundían en el ambiente con los destellos de luz verdosos que parecían danzar de un lugar a otro. Las cadenas que mantenían colgado a Emet ya se habían desvanecido y Adrian lo arrastraba con todas sus fuerzas fuera del lugar de los disturbios. El peso de las cadenas de sus pies era enorme e iba dejando surcos en la piedra por donde pasaban. Adrian sabía que no podría subirlo hasta el pasadizo con aquellos pesos colgando de sus tobillos, entonces sacó sus afiladas dagas con forma de tridente y se materializó con su forma de tigre que había mostrado en batallas anteriores. De un zarpazo dobló los eslabones lo suficiente para poder separarlos del resto. Volvió a su forma humana y soltó los eslabones dejando dos anillos plateados sobre sus tobillos heridos del chico. Como Emet no podía andar porque se la habían dislocado los tobillos y su sangraban rezumaba allí donde habían estado las cadenas, Adrian tomó la forma de un potente águila y enganchó al joven por su cinturón, elevándolo hasta llevarlo a un lugar a salvo.

Mientras tanto, en la cueva, Daniel lanzaba bolas de fuego por doquier impactando aquí a y allá. Se

había deshecho de los Cambiantes de su puerta y lanzaba bolas contra todos los otros que pretendían llegar hasta ellos por el angosto pasadizo que delimitaba la puerta.

Los Cambiantes que eran alcanzados por las bolas se deshacían al instante y las paredes se fundían allí donde las bolas de fuego impactaban contra la roca.

En la otra puerta, Claudia había degollado a los lobos de antes de que estos pudiesen darse cuenta de su presencia. La fuerza de la vampiresa era sorprendente, mucho más que las del resto de su especie, tal vez era por eso que los demás de su raza, “tal vez se quedó algo de Davón en su interior cuando lo invocó” se dijo Tara. Era más potente que cualquiera de ellos, seguramente podría haber retado a la reina Alice si eso hubiese sido lo que quería hacer, y habría ganada sin esfuerzo.

Uno de los lobos se acercó a ella por la espalda, pretendía pillarla por sorpresa, pero los sentidos de la chica eran tan sumamente agudos que la propia respiración del gran hombre lo delató. La chica dio un salto hacia atrás en el aire y calló en sus hombros, acto seguido se lo retorció con sus manos arrancándole la cabeza y dejando que la sangre lo salpicase todo. Se bajó de los hombros del fornido hombre conforme el caía desplomado, con una elegancia felina, como si fuera lo más natural del mundo.

Al parecer la puerta que defendía Daniel parecía ser la entrada principal de la mazmorra y hordas de secuaces de Sigmund intentaban entrar en tropel por allí. Daniel empezó a verse desbordado por la situación, y sacó de su espalda una espada que se prendió en llamas conforme la desenfundó. Clavó la potente arma en el suelo y una inmensa deflagración inundó todo el pasillo, convirtiendo a todos los que estaban allí en cenizas al instante, entonces las paredes de piedras se fundieron a causa del calor, tapiando la puerta de entrada. Después Daniel sacó la espada de la roca fundida y la enfundó de nuevo en su espalda.

Tara lanzaba cientos de rayos hacia su pasillo intentando evitar que los cambiantes pudieran entrar por él, mientras su mente viajaba a mil por hora. Por una parte, veía cada peligro que se le acercaba e intentaba lidiar con él, y por otra parte, intentaba buscar un conjuro que terminase con todo aquello. No conocía el conjuro que hizo Emet en el bosque con los Trols, pero aunque lo supiera probablemente tampoco sirviera de nada. Entonces de repente se le ocurrió, esa era la solución. <<Agua>> Tara empezó a conjurar el hechizo para crear agua del aire sin dejar de disparar mientras tanto a los Cambiantes con su varita. Su mente se dividió en dos por un momento, el conjuro empezó a surgir efecto y empezó a llover de una manera descontrolada dentro de la sala.

Ari desde lo alto lanzaba cientos de rayos de un lado a otro para evitar que los Cambiantes que

venían por los pasadizos paralelos llegasen hasta la sala de tortura. Cuando vio lo que trataba de hacer Tara con el agua dejó puesto un escudo básico para contener por un momento a los Cambiantes y le dio también su poder a la chica para que pudiera crear una potente lluvia.

El agua lo inundaba todo y corría por los pasadizos formando riachuelos. Daniel regresó al plano cristalino para volver junto a los demás en el pasadizo, Claudia saltó y se convirtió rápidamente en un pequeño murciélago que revoloteó por la cámara. Tara se agachó todo lo que el agua le permitió y saltó con todas sus fuerzas cayendo en el borde del pasadizo, entonces Ari le tendió la mano para evitar que cayera de vuelta al agua y todos se pusieron en marcha.

Tenían que salir de allí inmediatamente. No podían permitirse perderse de nuevo entre los pasadizos, Claudia no había regresado a su forma humana, cuando los vio a todos dentro del pasadizo pasó sobre ellos como un rayo y enseguida Tara se percató de que como murciélago ella los podía guiar a la salida de una forma rápida y eficaz. Se acercó a Emet que se mantenía de rodillas apoyado en el hombro de Adrian y pasó su mano por debajo del otro brazo del chico. Entre los dos lo levantaron del suelo y arrastraron de él por los pasadizos mientras seguían a Claudia junto a los demás. El murciélago daba pequeños grititos por los pasadizos para localizar la salida.

Mientras avanzaban Tara se dio cuenta de que los pies de Emet arrastraban descalzos por la roca dejando un rastro de sangre, pero aquello no era la mayor de sus preocupaciones, puesto que los cambiantes ahora lo los podían seguir. El hechizo de Tara, fomentado con la energía de Ari, había sido tan potente que no tenía freno y el agua ya los estaba alcanzando. Pasaron como pudieron por todos los pasadizos que habían descendido para llegar hasta la cámara de tortura, y al fin lograron ver el brillo azulado de la luz exterior.

Todos se dirigieron en tropel hasta allí, pero la salida daba a un agujero abierto en la pared justo en medio de la pared vertical de los acantilados. Cuando llegaron al borde, Tara tomó su forma de águila al igual que Adrian y enganchó el cinturón de Emet, mientras que Adrian agarraba a Ari. Daniel saltó al aire tras ellos y planeó extendiendo sus alas.

Subieron hasta lo alto del acantilado y soltaron las riendas de los Grifos. Tara cargó a Emet sobre el animal delante de ella y dio un tirón de las riendas para que alzase el vuelo. Emet no tardó mucho en perder la conciencia recostándose sobre la joven. Tara cogió las riendas con la mano derecha, y lo agarró a él con la izquierda para evitar que se callera.

Tardaron otras seis horas en regresar de vuelta al palacio, cuando llegaron allí estaban agotados. Tara y Adrian llevaron a Emet hasta su habitación, cuando llegaron a la sala dejaron el cuerpo de

Emet descansando sobre la cama y Adrian se volvió a su habitación a descansar. Entonces Tara cogió su varita e intentó lanzar un hechizo de curación sobre el joven, pero no se le venía ninguno a la mente. Habían trabajado mucho el ataque y la defensa, pero no tanto la curación, pero de todos modos, aunque así hubiera sido, no le quedaban fuerzas para poder conjurar nada. La chica estaba agotada, ya no podía ni para pensar con claridad, pero intentó hacer un último esfuerzo, que al final fue en vano.

Arrastró el sillón que había junto a la librería del final de la sala y lo puso al lado de la cama del joven. Se dejó caer sobre el sillón, exhausta por el agotamiento y los pensamientos se le arremolinaban en su mente, las palabras empezaron a surgir de la nada. “<<Uné hec eté, igtsu la mané>>, así se despertará” le repetía una voz en su mente una y otra vez.

La chica sacó su varita de la caña de su bota casi sin pensar y se puso en pie junto a la cama. Agitó la varita en lo alto del chico, repitiendo una y otra vez las palabras con voz firme y contundente. Sorprendentemente quedaba algo de magia en su interior y desde la varita surgió un fino polvo, al principio era tan tenue que no se podía apreciar a simple vista, pero después la concentración del polvo mágico fue aumentando más y más, haciendo que viera una lluvia luminosa al pasar el fino polvo a través de los rayos de luz que traspasaban las ventanas.

El brillante polvo cayó sobre el cuerpo de Emet y lo cubrió por completo. Traspasó su piel y se introdujo en el interior del joven, haciendo que de improviso un espasmo lo recorriera haciendo que se le curvara su espalda apoyándose únicamente en los codos y los talones. El espasmo se fue tan rápido como vino y después de aquello no hubo otra respuesta, el chico siguió dormido, lleno de magulladuras y moratones sobre las finas sabanas de su cama. La joven lo estuvo observando durante diez o quince minutos, sentada en el sillón, con la mano del joven entre las suyas, pero nada.

Tara parecía decepcionada al no ver una respuesta en el chico, así que se apoyó en sus rodillas para ponerse de nuevo en pie, salió sin hacer ruido de la habitación y se fue a la suya.

Cuando entró en su cuarto, pasó el pestillo de la puerta y empezó a dejar caer las prendas de ropa que se iba quitando desperdigadas por el suelo de la habitación, mientras caminaba hacia el cuarto de baño. Las botas desabrochadas caían en un lado y lanzó la varita volando por los aires hasta caer suavemente contra la cama, mientras que el corpiño estaba resbalando sobre la silla donde había caído y ante la puerta del baño la falda yacía hecha un montón sucio y apelmazado.

En el interior del baño la chica miraba atónita el Crocten de su pecho, mientras el agua caliente salía del grifo de la bañera. La luz que procedía del Crocten parecía tener vida propia, la insignia de los

Cambiantes aparecía y desaparecía entre oleadas de bruma azulada que se movían de un lado a otro de la esfera. La chica pasaba los dedos con delicadeza sobre la esfera que era extrañamente cálida, como si tratase de enviarle algún tipo de mensaje. Cuando el vapor de agua empañó el cristal donde se miraba, la chica apartó su atención del Crocten y se dirigió hacia la bañera, para darse un largo y reconfortante baño. Cuando se enfrió salió, cogió los vaqueros que estaban doblados sobre su cama y la camiseta negra que le había llevado Emet cuando tuvieron que tirar su ropa de guerrera y regresó a la habitación del chico.

Se sentó de nuevo en el sillón junto a su cama, se inclinó hacia delante y entrelazó sus dedos con los del joven. Estaba frío y cubiertos de sangre seca, allí donde las heridas ya habían sanado así por completo. La chica se puso en pie y rebuscó entre el gran armario que había al otro lado de la cama, hasta que encontró una enorme manta de rayas y tapó al joven con ella.

Tras eso la chica cayó exhausta sobre el sillón y se quedó dormida con los dedos entrecruzados con los del chico.

CAPÍTULO 3

Al día siguiente, cuando Tara se despertó, se sobresaltó al ver que el chico no estaba junto a ella. La joven se puso en pie, mirando de un lado a otro, con el corazón en un puño, pero se calmó rápidamente al oír el sonido de la ducha. Se acercó hasta la puerta del baño y tocó a la puerta.

- ¿Emet? ¿Estás ahí?

Al no obtener respuesta, la muchacha acercó más la oreja a la puerta y repitió la pregunta con más intensidad.

- ¿Emet? ¿He dicho que si estás ahí?

- Sí- dijo una tenue voz amortiguada por el sonido del agua cayendo.

La tensión desapareció del cuerpo de la chica, sin que ella se diera cuenta de que eso era lo que la mantenía en pie. La joven notó como le empezaban a temblar las piernas, se apoyó contra la pared para dejarse caer poco a poco hasta quedar sentada en el suelo.

No pasó mucho tiempo hasta que oyó el chasquido del pestillo de la puerta y giró la cabeza hacia lo alto, mientras ésta se abría, de entre la bruma que escapó al abrir la puerta surgió Emet, con los cabellos mojados y vestido únicamente con una toalla anudada a su cintura.

Al verla allí sentada en el suelo le tendió una mano, acompañada de una sonrisa radiante, para ayudarla a levantarse. La chica cogió la mano que le ofrecía el joven y este dio un tirón de ella, poniéndola en pie a la vez que la acercaba hacia él.

Cuando sus ojos se encontraron a tan pocos centímetros el uno del otro, la joven podía notar la respiración del muchacho. Un suspiro salió de sus labios al sentirse sujeta por sus fuertes brazos dorados y él esbozó una dulce sonrisa.

Ahora que estaba más cerca podía ver el cansancio en sus preciosos ojos bicolor, unas sombras cubrían la parte inferior dándole un aspecto a su rostro más oscuro y demacrado. Pero aun así, a pesar de ser el rostro de alguien que había sufrido mucho, una cansada sonrisa luchaba por hacerse paso entre sus facciones.

El hecho de estar allí, estar junto a Tara, le proporcionaba toda la paz que necesitaba para sanar sus heridas y seguir adelante. Después del suspiro, la chica le preguntó si estaba bien, pero él no pensaba en sus palabras, la única idea que abarcaba su mente es que tenía que besar aquellos rojos labios. Acercó lentamente su boca a la de la chica, primero le dio un beso suave, casi sin rozar sus labios. La

chica le respondió con otro un poco más largo, después ella pasó sus manos entre el mojado pelo del joven y lo acercó a aun más para besarle con más intensidad.

Pero la pasión que comenzaba a querer desatarse entre ambos se vio rápidamente interrumpida por una pequeña joven, con la piel clara y largos cabellos rubios. Entró de improviso en la habitación, jadeando y mascullando algo incomprensible entre las bocanadas de aire.

Tara se apartó de Emet y se acercó a la joven, le puso la mano en la espalda mientras ésta estaba echada hacia adelante con las manos en las rodillas intentando recuperar el aliento.

- Tranquila- le dijo Tara con una voz dulce- ¿Qué sucede?

- Mi... mi señora- empezó a decir ahogándose aun.

- Respira, cuando recuperes el aliento me cuentas.

La sirena tragó saliva y se reincorporó.

- Está bien, mi señora. Creo que ya estoy mejor- dijo al fin.

- De acuerdo, cuéntame- dijo Tara sentándose en el borde de la cama.

- Traigo malas noticias, mi señora.

- ¿De qué malas noticias se tratan? Y llámame Tara por favor.

- Se trata de los vampiros del norte, los han atacado.

- ¿Qué? – dijo Emet desde la puerta del baño.

- Si mi señor- dijo la chica girándose hacia él- Acaba de llegar un emisario.

- Pero... ¿Quién ha sido?- dijo el chico incrédulo.

- Dice que han sido Sigmund y sus secuaces, pero los médicos creen que delira por el agotamiento del viaje. Hace décadas que Sigmund no da señales de vida.

- Puede que no ande tan desencaminado- dijo Tara- ¿Dónde está ahora el emisario?

- Está en el salón de la luna, mi señora, quiero decir, reina Tara

- Iré enseguida, puedes retirarte.

La joven salió cerrando la puerta tras de sí y se fue a informar al resto del equipo. Cuando Tara miró de nuevo hacia Emet, este estaba de espaldas buscando en el armario algo que ponerse. Las heridas de los latigazos habían sanado ya, pero aún se podían apreciar en su espalda con total claridad las cicatrices enrojecidas de donde había impactado el látigo contra su piel. En sus piernas y en sus

brazos se podían apreciar largas y gruesas líneas allí donde el hierro incandescente había abrasado su piel, pero sus músculos ya estaban regenerados por completo. Cuando se giró mientras se bajaba la camiseta, ya casi listo para salir, Tara puso ver como todo su abdomen tenía un tono morado allí donde su piel se acababa de cerrar.

El joven se puso una camisa abierta sobre la camiseta blanca y abrochó los vaqueros. Tara ya lo esperaba junto a la puerta, cuando pasó junto a ella, esta se fijó con más atención en lo que antes le habían parecido ojeras causadas por el cansancio y se dio cuenta de que eran morados, sanados ya casi del todo, allí donde Sigmund le había pegado.

Ambos salieron a toda velocidad por los pasillos en dirección al salón de la luna. Cuando iban por la mitad del camino Emet rompió el silencio, no podía dejar de pensar que todo lo sucedido.

- No he tenido tiempo de agradecerte todo lo que has hecho por mí.
- No tiene importancia, tú también lo habrías hecho por mí.
- Aun así- dijo el chico- he de darte las gracias por salvarme. Pero por otra parte, no tendrías que haberlo hecho.
- ¿Cómo qué no?
- No, fue muy imprudente y arriesgado- dijo el chico deteniéndose cogiéndola por la mano ante la puerta del salón de la luna- no sabes las cosas horribles que te habrían hecho de haberte cogido.
- Creo que me puedo hacer una idea viendo lo que te hicieron a ti.
- No, lo que vistes que me hacían a mí no era mi una milésima parte de lo que te harían a ti.
- Tú eso no puedes saber eso.
- Claro que lo sé, viví bajo sus órdenes durante demasiado tiempo y vi atrocidades. Cosas horribles y espeluznantes- el chico hizo una pausa y un escalofrío recorrió su cuerpo.- sí te cogieran..., sí te hicieran esas cosas a ti...- la voz del chico titubeó un poco.
- Shh- dijo la chica tapándole la boca con un dedo- no lo pienses. Ya pasó, ahora vamos a lo que nos incumbe.
- Pero, es que no puedo dejar de pensar que todo esto es en parte culpa mía- dijo el chico con ojos tristes.
- ¡Vamos hombre! Déjalo ya. – Dijo la chica exasperadas por la autocondescendencia del chico.

- ¿Cómo quieres que lo deje? Mi padre ha roto los acuerdos de paz bajo la luz del cambio que se forjaron en tiempos inmemoriales entre los reinos del Orbe. – dijo el chico lleno rabia- No lo entiendes, ¡Yo tenía que haberlo impedido!
- ¿Cómo se supone que ibas a hacerlo? Emet por el amor de Dios, estabas encerrado y te estaban torturando. ¿En qué momento de tu fabuloso plan ibas a impedir los planes de Sigmund?
- Podría haberlo impedido cuando vino a por mí. Si hubiese estado más atento, tal vez podría haberlo detenido.
- ¿Sí?-dijo la chica con sarcasmo- Emet, te secuestró. Nadie puede estar preparado para eso.
- No sé- dijo el chico cabizbajo- pero seguro que al final habrían encontrado algo que hacer.
- ¡Anda!- dijo la chica pasando el brazo por encima del hombro del joven- no te martirices más. Ahora tenemos que ocuparnos de esto.

Cuando terminaron de hablar, la joven se acercó y le dio un beso en la mejilla del joven. Luego se acercó hasta las puertas y las empujó con fuerza, abriéndolas de par en par. Cuando entraron en la sala, una intensa luz azulada traspasaba la cristalera del techo, dándole a todo un aspecto metalizado y en los escalones que subían al trono había un chico desfallecido, junto a él había un hombre y una mujer con uniforme de palacio, que intentaban que el joven bebiera el contenido de un gran copón de oro que sostenían junto a su boca, pero éste no reaccionaba.

Tara y Emet corrieron a través de la sala y se pararon junto al chico que había conseguido reincorporarse un poco tras beber un par de pequeños tragos del contenido de la copa. Se sentó como pudo con la ayuda del hombre y de la mujer en los fríos escalones, para recibir a Tara y a Emet. Al llegar junto a él, los chicos lo ayudaron a sentarse en el mullido trono de la reina, para que se recuperara un poco.

El joven tenía la piel pálida como el marfil y su pelo era corto de un color negro azabache. Cuando el joven levantó los ojos hacia Tara la chica se quedó asombrada por unos ojos de un azul claro, tan claro que no se podía ver con claridad donde delimitaban con el blanco. Los ojos del muchacho eran del mismo color que los de Claudia y Tara se preguntó si todos los vampiros tendrían aquel color de ojos o solo era casualidad. El chico era realmente hermoso, sus rasgos eran finos y sus labios iban adquiriendo poco a poco un tono carmesí dándole un aspecto dulce a la par que peligroso.

El chico tomó la copa que mantenía la mujer de su lado y dio un largo trago. Cuando terminó de beber dejó la copa en el suelo, Tara pudo ver que lo que contenía la copa era un denso líquido rojizo que probablemente sería sangre. El chico que ya estaba mucho mejor, se quitó la cazadora de cuero,

dejando ver los tatuajes de sus brazos que se sobresalían un poco por debajo de la manga cortas de su camiseta.

- Soy Joshua- dijo el chico al final tendiéndole la mano junto a una radiante sonrisa que dejaba ver sus afilados colmillos encajados en ente perfectos dientes blancos, que parecían estar hechos de perla.

Tara se quedó embelesada por la extraña luz que radiaba el joven y no le dio tiempo a contestar antes de que Claudia entrara por la puerta como alma que lleva el diablo, empujando las puertas con tal fuerza que rebotaron contra las paredes.

Detrás de ella venia Adrian, sin entender nada de lo que sucedía. Cuando la sirena les informó del emisario Claudia salió a toda prisa de la habitación. El chico salió a tanta velocidad tras de ella que no le dio tiempo a ponerse los zapatos, ni a abrocharse la camisa.

La chica cruzó la gran sala vociferando.

- ¿Josh? ¿Joshua? ¿Eres tú?

- ¿Claudia? ¿Qué haces tú aquí?- dijo el joven poniéndose en pie y agarrando a la chica entre sus brazos con tanta fuerza que la hizo girar en el aire.

- ¿Estás bien?- dijo la chica apartando un poco al muchacho para observarlo de arriba abajo, sin soltar sus brazos- ¿No estarás herido? ¿Verdad?

- Claro que estoy bien- dijo el chico riéndose- tus amigos me han tratado muy bien. Además ya no soy un crío- dijo desasiéndose con cuidado de la mano de la chica que ahora sostenían con fuerza su cara.

- Para mí siempre serás un crío, ya lo sabes- dijo dándole un golpecito en el brazo.

Tara se fijó con más atención en el chico, el joven no tenía más de dieciséis o diecisiete años. Ella estaba a punto de cumplir ya los diecinueve, pero ya no era ninguna niña. De todas formas le extrañó que el chico fuera tan joven, “Eternamente un adolescente” pensó la chica “¡que fastidio! Ser por siempre demasiado mayor para ser un niño, pero demasiado pequeño para que te tomaran en serio como adulto.” Entonces Tara se paró a un instante a recapacitar, ella tampoco era tan diferente del joven que tenía enfrente. Siempre tendría dieciocho años, dieciocho para toda la eternidad.

- Puede que parezca un niño,- añadió el chico- pero hace ya mucho que no lo soy, y lo sabes.

- Está bien...- aceptó a regañadientes Claudia- Cuéntame, ¿Qué haces aquí?

- Yo podría hacerte la misma pregunta ¿No crees?
- Sí, pero yo he preguntado antes.
- De acuerdo, cuando la luz del cambio lo inundó todo, nuestro rey, Duncan, vino a presentar los respetos de los vampiros del norte ante la nueva reina del Orbe. Al pasar dos días, un ruido atronador lo invadió todo. Los vigías de la ciudad dieron el aviso de que los intrusos se acercaban, pero fue demasiado tarde- la voz del chico empezó a tomar un tono triste- aunque nos intentamos defender, no resultó.
- ¿Qué os atacaron bajo la luz mágica?- dijo Claudia iracunda- Eso es una ruptura en toda regla de los acuerdos de paz bajo la luz del cambio, ¿Cómo se les ha podido hacer una ofensa de tal magnitud no solo a los vampiros del norte, sino a todo el Obre?
- Eso mismo pensamos nosotros, nos sentíamos a salvo bajo la luz del cambio y nuestras defensas eran más débiles. Cuando llegaron los primeros ataques casi nos pillaron por sorpresa- la tristeza que había invadido desde hace rato la voz del chico se hizo presente en su rostro al seguir hablando- Fue una batalla injusta y desequilibrada desde el principio, muchos murieron en las primeras horas y el resto no es que corrieran mejor suerte. Cuando al fin las tropas de ataque se retiraron salí en dirección al centro de reuniones. Las calles estaban llenas de cadáveres apilados, sangre y vísceras salpicando las paredes de la ciudad, mientras el olor a humo de las casas en llamas invadía cada calle, dándole un tono toxico al aire mortecino que lo envolvía todo. Cuando llegué al centro de reuniones los pocos supervivientes empezaban a llegar allí también, no han sobrevivido más de quince o veinte vampiros. Tras comprobar que los pocos supervivientes estaban más o menos bien, cogí la nota que había clavada en la puerta de madera del centro de reuniones y al leerla supe que tenía que venir aquí.- el chico hizo una pausa y le entregó a Tara una nota que sacó del bolsillo trasero de su pantalón- he venido lo más rápido que he podido, pero aun así he tardado veinte horas en llegar.

Tara cogió la nota que le ofrecía el chico y después de leerla para sí, la releyó en voz alta.

Querida reinecita:

Como te negaste a aceptar mi propuesta, toda esta pobre gente ha tenido que morir. Espero que sus muertes caigan sobre tu conciencia, si es que aun te queda algo.

No sé cómo conseguiste liberar a ese bastardo al que yo antes llamaba hijo, pero eso ya no importa, si no me cedes el Crocten seguiré arrasando ciudad por ciudad, reino por reino, hasta que al fin los habitantes de este Orbe tema tanto mi nombre que no se atreva a alzarse contra mí, y prefiera darle la espalda al pacto ancestral del Crocten antes que enfrentarse a mi espada.

Entonces no tendrás más remedio que entregármelo, quieras o no. Pues nadie, en ninguno de los reinos del Orbe te secundará.

Tienes tres días para cambiar de idea. Si decides entregármelo te estaré esperando en el bosque de Urinka. Si no otro pueblo inocente caerá.

Firmado: Sigmund.

CAPÍTULO 4

Los empleados de palacio que habían estado ayudando a Joshua los guiaron a los cinco a una sala de la segunda planta. Allí había una enorme mesa redonda que tenía tallado el mapa del Orbe sobre la madera. Tara mandó a llamar a Ari y Daniel que aún seguían en su habitación. Tenían que preparar un plan, puesto que ceder el Crocten a Sigmund no era una opción a tener en cuenta y dejar masacrara a otro de los pueblos tampoco.

Mientras esperaban la llegada del resto, Tara pudo ver que el mapa que había tallado en la mesa era como el que ella siempre había visto colgado en la pared del aula de geografía. Era el mapa de la tierra, salvo que la distribución de los territorios era muy diferente. En lugar de dividirse en países como el mapa político de la tierra al que ella estaba acostumbrada, este se dividía en reinos.

Mientras daba la vuelta a la mesa, repasando el tallado de las partes de la mesa con las yemas de los dedos, pudo ver que los vampiros del norte ocupaban prácticamente toda Rusia y el este de Europa, pero los asentamientos estaban concentrados en la parte más al norte. En la península escandinava se podían ver las tierras de los lobos del norte y en la zona de Canadá, los úlcidos dominaban las tierras. En el resto de América del Norte estaba ocupada por los Vampiros del oeste, y América del Sur era tierra de Licántropos. España y Centroeuropa eran tierra de metamórficos, al igual que el Centroamérica, mientras que Inglaterra, Irlanda, Islandia, la costa de Francia y de Dinamarca eran territorio de sirenas, al igual que las zonas entorno a Hawaii, Japón e Indonesia. Australia era el territorio de los Úlcidos del Este, mientras que el resto de Asia era tierra de metamórficos. África estaba dividida en tres territorios prácticamente del mismo tamaño. El cono de África era tierra de Vampiros, mientras que la mitad superior del continente se dividía en dos, al Oeste quedan las tierras de los lobos del desierto, mientras que a la derecha gobernaban los Úlcidos. Por último la isla de Madagascar era tierra de sirenas, pero junto a ellas había un asterisco. Tara no entendía por qué marcar un mapa como aquel con un asterisco, pero no lo preguntó, porque antes de que le diera tiempo a hacerlo Ari y Daniel entraron por la puerta y todos tomaron asiento en torno a la enorme mesa redonda.

- Nosotros estamos aquí- dijo Ari chasqueando los dedos mientras se sentaba, y en el centro de la mesa, más o menos a la altura de Suiza la ciudad de Anfrac se empezó a alzarse en el mapa arrojando una intensa luz azul sobre el tablero.

- Mi ciudad, Adrihim, está aquí- dijo Josh tocando el nombre de la ciudad sobre la estepa rusa,

al entrar en contacto la mesa de madera con los fríos dedos del chico la ciudad se elevó como la había hecho antes la ciudad de Anftrac.

- El Bosque de Urinka está aquí- dijo Claudia tocando el dibujo de una enorme masa boscosa que se elevó con un brillo verdoso como un centenar de trocitos de brócoli y la masa boscosa ocupó gran cantidad de la parte norte del Orbe.

- Probablemente ataquen alguna de las ciudades de los lobos- dijo Tara viendo que el bosque embebía las ciudades de los lobos.

- Sí, es lo más probable- admitió Emet- deberíamos ir aquí- dijo el chico tocando otra de las ciudades que adquirió el tono azulado mientras aumentaba de tamaño.- Frinstein es la primera ciudad que se encontraran si van desde las tierras de los vampiros del norte hacia las de los lobos. Si yo tuviera que atacar algún sitio, ésta sería la primera ciudad que atacaría.

- No sé yo...- dijo Adrian algo receloso.

- ¿Cómo que no sabes? ¿Qué sucede?- le preguntó Tara.

- No estoy yo muy seguro de si debemos hacerle caso a él.- dijo señalando a Emet con la cabeza.

- ¿Por qué no íbamos a hacerle caso?- dijo Tara sin darle cabida a lo que estaba oyendo.

- Porque no puedo dejar de pensar en que puede ser un traidor.

- ¿un traidor?- dijo la chica indignada- ¿Cómo puedes venirme tú ahora con esas?

- No se Tara, párate un momento a pensarlo. Una vez, ya se puso de su parte, ¿Que nos dice que no volverá a hacerlo?

- No sé- dijo ella llena de sarcasmos- a lo mejor la tortura de la que lo salvamos ¿Tal vez? Vamos, por poner un ejemplo, porque no sé tú, pero yo no sometería a esas atrocidades a un aliado. Además no oíste lo que decían al igual que nosotros.

- No sé Tara... no me parece trigo limpio.

- Disculpad, ¡Eh! Que estoy aquí- dijo Emet- no habléis como si no estuviera presente.

- Vale- dijo Adrian- ¿Eres un traidor?

- ¿Me lo estas preguntando en serio?

- Sí, por desgracia sí.

- Lamento mucho que no puedas confiar en mí, pero esto es lo que hay, yo no soy ningún

traidor. Además ya te lo dije una vez, yo no tengo por qué darte ninguna explicación a ti.

- Y yo no tengo por qué creerte- dijo Adrian para sí, mientras cruzaba los brazos y se recostaba en su asiento.

- Te he oído- dijo Emet.

- No estaba susurrando- dijo el chico lanzándole una mirada amenazadora.

- Vale, ya vasta- los cortó Tara- no tenemos tiempo para tonterías. A ver Adrian ¿tienes tú una idea mejor?

- No, pero...

- Pues entonces cállate- le cortó Tara sin dejar que terminase la frase- Mira, esto es lo que vamos a hacer, al menos es lo que yo voy a hacer, si vosotros queréis podéis seguirme, y si no, sois libres de quedaros aquí a esperar que regresemos. Iremos a Frinsein y avisaremos a la ciudad, haremos escudos que los protejan de los ataques y los ayudaremos a defenderse. Si Sigmund quiere guerra, le daremos guerra.- dijo la chica poniéndose en pie- Todos los que estén conmigo, id a prepararos, nos veremos en la estatua del entrada en quince minutos, los demás...- dijo pasando la mirada fugazmente por Adrian- podéis quedaros aquí y esperad a que regresemos, todos sois libres de elegir.

La chica no esperó ninguna respuesta por parte de sus amigos, simplemente retiró la silla y salió a toda velocidad de la sala en dirección a su habitación.

Cundo la joven salió por la puerta, las imágenes de la mesa regresaron de nuevo a su forma bidimensional y los demás se quedaron mirándose unos a otros.

Tara regresó muy enojada a su habitación, cogió su cinturón de armas y se lo apretó entorno a la cadera, después cogió tres dagas que estaban expuestas en la pared y las introdujo en los orificios del lado izquierdo de su cinturón. También cogió cuatro frasquitos de cloruro de plata que había en uno de los cajones del escritorio de la habitación y los aseguró en el lado derecho del cinturón.

Cuando terminó con eso, se puso una chaqueta de cuero que había en el armario, parecía que la chaqueta estaba hecha a mitad para ella, la chica se miró al espejo y dio un pequeño tirón del cuello de la chaqueta para terminar de ajustársela, le quedaba realmente bien, era como un guante que se ajustaba a su cuerpo.

Después cogió el arnés que había colgado en el perchero junto a la puerta y lo pasó por sus brazos, apretando las correas con fuerza para ceñírselo a su cuerpo. Cuando lo tubo preparado se acercó

hasta la esquina donde tenía el escudo y la espada que le había dado la Isabell. La chica cogió la espada y la miró con atención, la hoja estaba formada de tres materiales distintos, la punta era de cobre, pero no de un cobre cualquiera, era de una aleación tan resistente que podría atravesar la pared de la habitación con ella si lo deseara, después había una parte de plata, tan pulida que reflejaba como un espejo los negros ojos de la muchacha y por último el trozo de metal que estaba más cerca de la empuñadura era de color negro que Tara no era capaz de discernir que material era aquel, parecía acero, era frío y cálido a la vez, pero lo que más desconcertaba a la chica era el color negro del metal. Las tres piezas estaban unidas por la magia ancestral que corría por las venas de Isabel y ahora también por las suyas, en el centro de la hoja había un surco que recorría los tres metales y se introducía en la empuñadura, la acanaladura conducía la sangre que se recogía en la hoja hasta el interior de la empuñadura, para alimentar la magia de la espada.

La chica miró por última vez la hoja de la espada pasándole un trozo de tela para darle brillo y la introdujo por encima de su hombro derecho en el arnés de su espalda. Después abrió el cajón de su cómoda y sacó algo tapado por una tela marrón, destapó lo que cubría la tela y una brillante espada de doble filo brilló como una estrella en medio de la noche. Era la espada de Matt, ella misma la había conjurado mientras se arreglaba para la coronación, por algún motivo necesitaba estar cerca de algo que le recordase al chico. Sí iba a ser reina, no podía olvidar que uno no siempre puede confiar en todo el mundo y aquella espada se lo recordaba de una forma muy clara. El arma tenía la hoja hecha de dos metales, por un lado era de plata y por el otro de cobre. Solo un buen artesano de las armas, como había sido Matt cuando se retiró, podría haber hecho una aleación tan poderosa y resistente sin emplear magia.

A pesar de su gran tamaño la espada era ligera y Tara la sostuvo un momento entre sus manos e hizo un par de círculos con ella en el aire, probando el perfecto equilibrado del arma, la miró por última vez antes de guardarla y vio como en el centro de la espada estaba grabado con letras de oro *"Mathew Calsam"*.

Después la introdujo por encima de su hombro izquierdo en el arnés y cogió el escudo del suelo para pasarlo también por encima de su cabeza y encajarlo sobre las dos espadas. Por último, puso algo de ropa en una bolsa de lona que colgaba del otro lado del perchero y se la colgó al hombro.

Antes de salir, se miró una vez más en el espejo de la habitación y vio como el Crocten brillaba con fuerza sobre sus pecho, "si quería pasar desapercibida no podía salir así de palacio" se dijo a sí misma y cogió un largo pañuelo color burdeos con cientos de crucecitas rosadas en él y se lo puso alrededor del cuello tapándose con uno de sus picos el pecho para que el Crocten no se viera.

Cuando terminó, cogió de nuevo la mochila en su hombro y se dirigió a la puerta de entrada de palacio. Al llegar frente a la estatua se detuvo en seco y una sonrisa iluminó su rostro, todos estaban allí uniformados y listos para partir junto a ella.

CAPÍTULO 5

Los siervos de palacio les trajeron unos grifos con sus monturas ya preparadas, listos para partir. Cada uno de los jóvenes tomó las riendas de uno y rápidamente despegaron del suelo. Se pusieron rumbo noreste a toda prisa, Joshua había tardado casi un día entero en llegar desde Adrihim y ellos tardarían casi otro en llegar a la ciudad de Frinstein, eso ya hacían dos días. No tendrían más de veinticuatro horas desde su llegada hasta el ataque de Sigmund, el tiempo apremiaba y ellos lo sabían.

Además ya solo quedaban día y medio de luz mágica, y después el sol y la luna volverían a reinar en lo alto del cielo.

En su vuelo de camino a Frinstein tenían que sobrevolar una esquina del bosque de Urinka. Cuando empezaron a avistarlo desde lejos, Tara se dijo a sí misma que tampoco era tan grande como parecía sobre el mapa, pero cuando sobrepasaron la pequeña colina que le interrumpía la vista, el denso bosque inundó toda la tierra que los rodeaba, la chica se impresionó por lo inmensamente grande que era el bosque. Mientras alucinaba con la inmensidad de la masa verde que lo abarcaba todo Emet puso su grifo frente al de ella y empezó a reírse a carcajadas al ver la cara de sorpresa de la chica ante el inmenso bosque.

- Esto es solo una esquinita del bosque- le gritó el chico desde su montura.
- ¿Qué? ¿Solo una esquina? ¿Hasta dónde llega?
- Une el territorio de los vampiros con el de los lobos y esos son miles de kilómetros.
- Jamás había visto un bosque tan grande- aunque en realidad tampoco había visto un

verdadero bosque nunca se dijo para sí misma.

- En este Orbe todo está prácticamente cubierto por bosques- dijo el chico alzando la vista para contemplar el paisaje.

Antes de que este volviera a su lugar, algo extraño empezó a sucederle al grifo de Claudia, el animal que iba en cabeza, se desvió del camino que seguía y empezó a emitir un agudo ruido que chirrió en los oídos de todos. Después el potente animal envistió contra el de Ari, peor esta fue rápida y esquivó el ataque antes de que la alcanzase.

- ¿Qué haces?- le gritó a Claudia muy enfadada.

- No puedo controlarlo- dijo Claudia tirando hacia atrás de las riendas del animal con todas sus fuerzas para intentar volver a dominar a su grifo.

Los esfuerzos de la chica resultaron vanos y el animal iracundo, volvió a cargar, esta vez contra Adrian. El grifo de Claudia rasgó una de las alas del animal del chico y este profirió un profundo grito de dolor, fue algo entre el rugir de un león y el grito de un águila, no se podía definir de forma clara lo que era, pero lo que sí se podía decir era que el arañazo en el ala le había dolido y mucho. Calló un par de metros ante el dolor, pero en seguida remontó el vuelo con su ala derecha sangrando y se enzarzó en una lucha con el que lo había atacado. Los enviones y las garras se sucedían en una lucha encarnizada donde la sangre saltaba de los animales y se precipitaba sobre las copas de los árboles. Adrian y Claudia no pudieron aguantar mucho sobre sus monturas cuando los animales se pusieron a luchar en posición vertical mientras giraban uno en torno al otro en el aire. Ambos cayeron en picado hacia los árboles como las gotas de sangre desde unos cien o ciento cincuenta metros de altura. Antes de que pudieran transformarse en animales voladores fueron interceptados en su caída por sus compañeros. A Claudia la cogió Josh tras él y a Adrian lo alcanzó Tara.

Durante un momento todos se pararon a mirar la lucha encarnizada de los animales formando un círculo alrededor de ellos a cierta distancia.

- ¿Qué está pasando?- le preguntó Tara a Adrian

- No estoy seguro, pero mira- dijo el joven señalando al animal que había cabalgado Claudia.

- ¿Qué he de ver?- dijo la chica sin entender nada

- Está poseído- dijo el chico- mira sus ojos y sus alas.

La bestia había perdido, al menos en parte su aspecto inicial, sus negros ojos se habían tornado de un color rojo intenso y sus alas habían adquirido un tono gris-rojizo. Fuera lo que fuera lo que le

pasaba parecía enloquecido.

- ¿Cómo qué poseído?- volviéndose para mirarlo con incredulidad en su rostro.
- Sí, ya sabes, un Susurrador se ha metido dentro de él.
- Pero... ¿Cómo ha podido pasar eso? Yo creía que los Susurradores únicamente podían interferir en las decisiones de los demás, no actuar por ellos.
- En teoría, así es. Pero si el Susurrador es muy poderoso puede llegar a hacerse dueño de los actos de otros.
- Bueno, pues si es así tendremos que dejarlos aquí- dijo la chica sujetando de nuevo sus riendas con fuerza. No tenemos tiempo que perder.

Tara dio un tirón de las riendas y tomo de nuevo la dirección que traían desde el principio. Adrian puso las manos en su boca y dio un fuerte silbido para llamar la atención de los demás. Cuando lo consiguió les hizo una seña para que los siguieran.

Todos salieron rápidamente tras Tara que viajaba ya a toda velocidad son mirar hacia atrás. Allí se quedaron los dos enormes animales enzarzados en un combate que no terminaría hasta que uno de ellos muriera.

Cuando se acercaron a la ciudad de Frinstein, la vista aérea de la ciudad era espectacular. Una enorme muralla rodeaba la ciudad custodiada por ocho torres que guardaban las cuatro entradas a la ciudad. Aquella era la ciudad más grande del reino y aun así era bastante pequeña, comparada con las grandes ciudades del Orbe humano, toda ella se extendía por las laderas de una colina y en lo alto de esta estaba el majestuoso castillo donde vivía el rey del reino de los licántropos del norte. Las calles de la ciudad estaban llenas de vida, por ellas no había coches, como en las ciudades humanas y las gentes andaban de aquí para allá dándole vida a las calles, como pequeñas hormigas en un gran hormiguero. Aquella visión le recordó a Tara las bulliciosas calles de su ciudad, de aquel lugar donde provenía y a donde probablemente no volvería. La nostalgia invadió su mente y su corazón por un momento. La joven agitó su cabeza para sacar aquellos pensamientos de su mente, ahora tenía que centrarse en su misión actual. Apretó las riendas con fuerza entre sus manos y estiró levemente de ellas para empezar a descender hacia la ciudad, al final tomaron tierra en el patio central del castillo donde un hombre ataviado con el uniforme de guerrero de los Cambiantes y una larga túnica con la capucha descubierta los esperaba. El hombre tenía el pelo negro y una perilla entorno a su boca. La piel de su rostro se había oscurecido por pasar muchas horas bajo el sol y estaba surcada de arrugas junto a sus ojos y en su frente.

- Bienvenidos- dijo el hombre haciendo una especie de reverencia- soy Ícaguo Tansic, rey de los Licántropos del Norte.

Tara bajó de su grifo de un salto y le dio las riendas a uno de los siervos de palacio que se le acercó. Después la chica fue hasta el rey y le tendió la mano.

- Encantada Ícaguo Tansic, yo soy Tara Nailing, reina del Orbe.

- Es un placer, mi señora- dijo besando la mano de la joven- estaré aquí a sus servicios para lo que desee.

- No me llames de usted por favor, soy solo Tara- dijo la chica

- Como gustes- dijo el hombre- y estos son tu equipo ¿no?

- Así es- dijo la chica señalándolos mientras desmontaban de sus grifos- ellos son Emet, Ari, Daniel, Adrian, Claudia y Joshua.

- Es un placer conocerlos a vosotros también- dijo el hombre

- Bueno, vallamos a los que nos atañe ahora- dijo Tara terminando con aquella interminable serie de presentaciones políticamente correctas.

- Aquí no- dijo el hombre- id adentro, Ashira os guiará hasta vuestros aposentos para que descarguéis, mientras yo reúno a mis generales y nos veremos en la sala de reuniones en diez minutos.

- Está bien- admitió la chica

El hombre le hizo una señal a la chica que había junto a la puerta. Ashira era una loba delgada, de piel clara con unos cabellos anaranjados, ensortijados que le caían hasta casi la cintura y unos enormes ojos de color verde lima. La chica los guio por los pasadizos hasta la segunda planta del sótano donde les habían preparado las habitaciones al saber que venían vampiros, para que cuando volviera el sol estos pudieran dormir sin riesgos, puesto que allí abajo no había ventanas.

- Solo disponemos de cuatro habitaciones en el sótano- dijo la Ashira con su dulce voz- es que no estamos muy acostumbrados a alojar a...- la voz de la chica se interrumpió

- A seres como nosotros, lo puedes decir- le contestó Claudia de mala manera- no creas que a nosotros nos gusta tener que dormir entre lobos.

- No quería decir eso- se excusó la chica – yo no tengo nada en contra de los vampiros, bueno- dijo pensándose mejor- nada contra vosotros dos.

Desde que los reinos se formaron, los vampiros y los licántropos del norte habían luchado por los lindes de las tierras y aunque hacía mucho que no había guerra entre ambos pueblos, el odio que se procesaban estaba arraigado en sus gentes. Aparte de la enemista básica entre licántropos y vampiros que provenía de tiempos inmemorables.

- Discúlpala – dijo Josh al pasar junto a ella con amabilidad que lo caracterizaba- es que hemos tenido un viaje muy largo.

La licántropa se sonrojó ante la dulce mirada del chico y giró en el último pasillo para conducirlos a sus habitaciones. Los chicos se repartieron las habitaciones. Daniel y Ari entraron en la primera de las habitaciones de la derecha, mientras Tara y Emet cogían la habitación contigua. Adrian y Claudia entraron en la que estaba en frente y en la que estaba diagonal a la habitación de Ari y Daniel entro Joshua.

Descargaron sus armas en las habitaciones y salieron al oscuro pasillo donde los esperaba Ashira. Al salir Ari de la habitación venía quejándose a Daniel y este asentía dándole la razón.

- ¿Qué pasa?- le preguntó Tara

- Nada

- Nada no, ¿qué pasa?- le preguntó de nuevo, pues después de tantos años siendo amigas sabía que cuando Ari le decía que “nada” eso significaba cualquier cosa menos nada.

- ¿Tú has visto que habitaciones nos han dado?

- Pues las que tenían.

- Ya, pero son tristes y oscuras, y no tienen ventanas.

- Por eso mismo nos las han dado, para que Claudia y Josh puedan dormir tranquilos por el día cuando se desvanezca del cielo la luz del cambio.

- Lo sé, pero en la Isla de Estel teníamos ventanas mágicas que al menos daban la ilusión de luz. ¡Esto es agobiante!

- Anda, no seas quejica. Tampoco estaremos aquí demasiado tiempo.

- Me da igual, si puedo vivir bien, ¿Por qué vivir mal?

- Mira haz lo que quieras, pero no te quejes más.

- Está bien- dijo la chica sonriente por haberse salido con la suya y se giró hacia Ashira- ¿Puedo poner ventanas mágicas en las habitaciones?- le dijo con cara de buena.

- Si eso es lo que quieres, hazlo. No me importa, y además, no creo que a nadie le moleste que las tengáis.

- Esta chica me gusta- dijo Ari mirando a Tara mientras señalaba a la joven de cabellos anaranjados.

Después sacó su varita del cinturón y la agitó en el aire dando cuatro golpecitos cada uno en la dirección de una habitación. En el fondo de las habitaciones, entre las lejas de libros y los sillones que había parecía sentarse a leerlos aparecieron unas enormes cristaleras que llegaban desde el techo hasta el suelo y reflejaban la vista desde lo alto del castillo. La luz entró a raudales por las falsas cristaleras y Claudia salió de su habitación seguida de Adrian y le dio un abrazo a Ari, que se quedó sorprendida ante la reacción de la vampiresa.

Cuando todos estuvieron listos Ashira los guio escaleras arriba hasta el salón de reuniones, donde únicamente había una larga mesa de madera rodeada por mullidas sillas. La joven licántropa los dejó allí y se marchó.

El equipo entro en la sala y se sentó, era reconfortante sentarse sobre una superficie tan mullida después de tantas horas de viaje casi un día entero a lomos de los grifos.

Habían pasado tres cuartos de hora ya desde que habían llegado y por allí no aparecía nadie, Tara empezaba ya a desesperar, incluso Ari se había asomado un par de veces al pasillo, pero nada.

- Parece que no se dan cuenta de que el tiempo apremia- dijo Tara mirando por enésima vez su reloj.

- Tranquila- le dijo Emet, poniéndole la manos sobre la pierna- ya vendrán.

- Pero es que no tenemos tiempo- protesto esta.

- ¿No tenemos tiempo para qué?- dijo una voz desde la puerta.

Todos se quedaron en silencio y vieron como entraba por la puerta el rey Ícaguot, seguido por sus cuatro generales que tenían cubiertas las caras con las capuchas de sus capas. Antes de sentarse se quitaron las capuchas y dejaron caer las capas sobre sus sillas.

Eran dos hombres y dos mujeres. El primero de los hombres que estaba sentado a la derecha del rey, tenía el pelo corto como un militar, sus ojos eran de un verde como el de Ashira, sus hombros eran anchos y su mandíbula cuadrada. El rey lo presentó como Güthel, general del primer escuadrón. Después les presentó a Susan, general del segundo escuadrón, la mujer que estaba sentada a la izquierda de Ícaguot era fuerte y sus largos cabellos negros caían tras ella en una larga trenza, su

cara era delgada y sus ojos eran de un azul cielo. Pero a pesar de la delicadeza de su rostro deba miedo mirarla fijamente. Junto a ella había otro hombre con una larga melena rubia, casi blanca atada en infinidad de trenzas, su barba del mismo tono que su pelo descendía a un palmo por debajo de su barbilla y al final acababa en dos trenzas. Sus ojos eran de color miel y estaban rodeados de unas ojeras moradas. Ese era Karimdor, el general del tercer escuadro y por último Valentina, ella era delgada y parecía ágil. Su cuerpo no era tan imponente como el de la otra mujer, pero sus reflejos eran rápidos y potentes, sus cabellos anaranjados como los de Ashira estaban recogidos en una cola alta que caía hasta sus hombros y sus ojos negros como la noche daban un aspecto un tanto aterrador a la mujer, resaltando sobre su piel clara.

Tara los puso al día de todo lo sucedido en Adrihim y lo que Sigmund planeaba hacer. Pero omitió el altercado con los grifos en el camino.

CAPÍTULO 6

Cuando todos estuvieron al corriente de la situación, Valentina salió para reunir a la población en los pasadizos subterráneos del castillo, con la esperanza de poderlos desalojar a tiempo si los atacantes traspasaban las murallas de la ciudad y así reducir al mínimo el número de víctimas inocentes. El resto de generales llamaron a filas a todos sus guerreros y los apostaron estratégicamente por la ciudad. Los guiados por Karimdor y Susan ocuparon cada esquina y cada calle de la ciudad, mientras que los de Güthel sobre la muralla y en las torres que guardaban las puertas.

Entre tanto Ícaguot guio al equipo hasta lo más alto del castillo. Al llegar arriba de la torre central por un angosto pasadizo, Emet sacó de su cinturón cuatro frasquitos llenos de un líquido anaranjado que se movía tras el cristal como si hubiera una bruma encerrada en el pequeño bote. Lanzó uno a Ari, que lo alcanzó en el aire y otro a Tara.

- ¿Para qué es esto?- pregunto tara con una mueca de repugnancia en su cara mientras examinaba el contenido del frasco.

- Eso es una pócima para potenciar nuestros dones- dijo el chico mientras examinaba lo alto de la torreta intentando encontrar el lugar idóneo para el hechizo.- Podriais apartaros un poco- continuó diciendo dirigiéndose al resto de sus amigos que ocupaban el centro de la torre- es que para alzar el escudo de la ciudad necesitamos espacio.

- Está bien- dijo Josh, agarrando por el brazo a Claudia para llevársela.

Adrian le lanzó una mirada iracunda que el chico no llegó a ver, y salió a paso rápido tras ellos. Daniel, que no comprendía a que venía aquel comportamiento, se dio la vuelta y se fue tras ellos, Ícaguot hizo lo mismo mientras Emet se situaba en el centro de la torre arrastrando a Ari y Tara de las manos.

Tara y Ari vieron como el chico se bebía de un solo trago el contenido del frasco, ellas se miraron con cara de asco y después imitaron la acción del chico. El anaranjado contenido del frasco sabía fatal, su sabor era una mezcla entre gusanos machacados, carne podrida y alcohol etílico. A Tara le dio una pequeña arcada al tragarse aquella extraña mezcla, pero retuvo las ganas de vomitar hasta que cesaron, pero aun así, aquel asqueroso sabor no se acababa de ir de su boca.

Entonces el chico empezó a buscar algo en su cinturón, en los bolsillos de su chaqueta, de su pantalón...

- Estaba seguro de que lo guardé por algún sitio- farfulló.
- ¿Es esto lo que buscas?- le preguntó Ari chasqueando los dedos, entre ellos surgió una tiza blanca que le ofreció al chico junto a una sonrisa.
- Sí- dijo el chico respirando tranquilo, como si aquello le hubiera quitado un peso de encima- ¿puedes hacer aparecer también tres velas y algo para prenderles fuego?
- Por supuesto- dijo la chica chasqueando de nuevo los dedos, esta vez tres velas y una pequeña cajita de cerillas aparecieron en el suelo junto a donde se había agachado el joven para empezar a dibujar.
- Muchísimas gracias- dijo el chico levantando la vista hacia ella con la más espléndida de sus sonrisas.

Después agachó la cabeza y siguió dibujando sobre el suelo, al principio las líneas parecían aleatorias, pero poco a poco fueron formando una estrella de David encerrada dentro de dos círculos. Se paró un momento a pensar para comprobar que recordaba bien lo que tenía que escribir y después volvió a coger con fuerza la tiza y empezó a escribir un conjuro en el idioma de los reinos entre los dos círculos. Cuando lo terminó, se quedó admirándolo por un momento con la cabeza doblada hacia la derecha y después continuó escribiendo otro conjuro en el centro del hexágono que se formaba en el centro de la estrella.

Cuando acabó, cogió una de las cerillas de la caja encender la primera de las velas que Ari había conjurado y la puso en la esquina de la estrella que quedaba más alejada de él. Después colocó con cuidado a las chicas en las esquinas que quedaban a los lados de la vela y les pidió que no se movieran ni un centímetro, cuando todo estuvo a su gusto, encendió otra de las cerillas y con ella prendió las dos velas que quedaban, las colocó en las esquinas que había libres junto a las chicas y por último él se puso en la esquina que quedaba libre.

Cuando el chico se colocó en su lugar la tiza que dibujaba la estrella empezó a brillar como un hilo de oro iluminado por el sol de mediodía, y las letras con las que estaban escritas los conjuros se tornaron de un color plata, como un lago iluminado por la luna llena. Los tres se cogieron de las manos y comenzaron a recitar los conjuros, primero el que estaba escrito en el exterior, seguido del que estaba en el centro de la estrella. Poco a poco se iba notando como el calor de la llama de las velas acariciaba sus manos, puesto que estas habían crecido el triple de su tamaño avivadas por la magia que se empezaba a desatar.

En ese momento el Crocten de Tara pareció cobrar vida, la bruma azulada que se encontraba

encerrada en su interior se liberó y empezó a fluir por la sangre de la chica. La piel de la chica se iba tornando de un color azul intenso conforme la bruma mágica invadía los capilares de su piel. La energía del Crocten empezó a fluir libre a través de ella dándole todo el poder del Orbe, tan grande fue la energía que Tara recibió en ese momento que empezó a fluir a través de sus manos por los lazos mágicos que había creado con Emet y Ari.

Cuando la magia se introdujo en Emet, le trajo una tremenda oleada de paz y tranquilidad, mientras el poder del Crocten corría por sus venas todos sus problemas se desvanecieron y solo quedó serenidad en su interior. El chico cerró los ojos y hecho hacia atrás su cabeza para disfrutar de la sensación que lo invadía con toda la libertad de la que disponía.

Mientras tanto a Ari no le estaba sentando nada de bien recibir la magia del Crocten. La chica podía sentir como el poder del Orbe ardía dentro de ella, el dolor abrasador corría como ríos de lava a través de sus venas, sus ojos le ardían como si mirase al propio sol fijamente y su cabeza estaba a punto de estallarle allí mismo.

A pesar de todo el dolor que sentía, Ari no dejó ni un momento de pronunciar el conjuro para elevar los enormes escudos del castillo. Apretó sus manos con fuerza y cerró los ojos intentando no pensar en el dolor y concentrarse en el conjuro. La magia surgió de los tres jóvenes como una Columba de luz que atravesaba el azulado cielo y esa potente magia unida al poder del Crocten hizo que del ancho rayo de luz que salía de ello surgiera una fuerte y resistente escudo que envolvió la ciudad, encerrándola en una cúpula que partía un par de metros más allá de las muras y culminaba en el vértice de luz que emanaban los jóvenes. La fuerte y sólida cúpula le otorgaba al cielo un suave tono a lavanda.

Cuando terminaron de recitar el primer conjuro las letras de este salieron volando, girando en espiral entorno al haz de luz hasta posarse en el cielo a la altura de la cúpula. Por último las letras del interior de la estrella subieron, aumentando de tamaño conforme se elevaban, y fueron el remache final de la cúpula protectora, otorgándole la mayor fuerza y resistencia posibles.

La enorme y majestuosa cúpula era una verdadera obra de arte, su simetría entorno a la ciudad era perfecta y estaba hecha para que los guerreros de la ciudad si pudieran atacar a los de fuera, incluso pudieran salir si así lo deseaban, pero que los de fuera no pudieran entrar de nuevo a la ciudad, creando un camino solo de ida.

Mientras tanto en el borde de la torre del castillo Adrian miraba desde cierta distancia con una

mueca de desagrado la divertida conversación que tenían Josh y Claudia.

- ¿Estás celos?- le preguntó Daniel arqueando una ceja
- ¿Qué?- dijo el chico volviéndose hacia él- ¿Celoso? ¿yo? ¿Por qué iba a estarlo?
- No sé, solo me parecía que...
- ¿Qué te parecía? – dijo Adrian sin dejar que terminase la frase- ¿que ese guaperas ha aparecido de la nada y ahora está ligando con mi novia? No, yo que voy a estar celoso- dijo el chico lleno de sarcasmo.
- ¿Qué?- dijo Claudia girándose de repente, por haber oído la conversación de los chicos con su afinado oído de vampiro.
- Nada- dijo este con aun más sarcasmo.
- ¿Qué has dicho?- repitió la chica acercándose más a él.
- Que no estoy celoso
- No idiota, eso no, lo otro.
- ¿Qué otro?- dijo él desconcertado
- Lo de que soy tu novia- dijo ésta acercándose aún más con una sonrisa pícar.
- Bueno...-dijo él levantando un brazo para tocarse el pelo, mientras sus mejillas se sonrojaban a más no poder-... si... ¿no?

La chica lo cogió de la pechera de la camisa y lo acercó hasta ella de un tirón dándole un intenso y largo beso en los labios.

- ¿Con que tienes novio?- le dijo Josh a la chica cuando se apartó de Adrian, haciendo que ahora fuera ella quien se sonrojara.- ¿Y se puede saber cuándo tenías planeado decírmelo, hermanita?
- ¿Hermanita?- dijo Adrian con una voz llena de sorpresa, mientras arqueaba una ceja.

De pronto se sintió estúpido por haber tenido celos del hermano de Claudia, “pero como iba a saber él que eran hermanos”, se dijo a sí mismo. Los jóvenes no se parecían en nada, salvo en el negro de sus cabellos y en el pálido azul de sus ojos. En todo lo demás eran completamente diferentes, ella era una chica delgada, con la cara fina y alargada, de rasgos asiáticos, mientras que él tenía unas anchas espaldas y fuertes músculos definidos y una fuerte mandíbula, culminada por unos rasgos finos del norte de Europa.

- ¿Cómo puede ser que vosotros seáis hermanos?- preguntó Daniel mirándolos de arriba a abajo.

- Bueno- empezó a decir Claudia- nuestra madre, Ármoni, nos mordió a ambos, y nos crio como a sus hijos.

- Ella nos enseñó todo lo que sabemos, nos hizo tal y como somos- añadió Josh con un deje de tristeza en su voz.

- Cuando yo tenía unos doscientos cincuenta años más o menos- empezó a decir Claudia- Mi madre y yo viajamos hasta Suecia para hacer un libro de crónicas sobre las costumbres y creencias de los humanos de allí. Una noche llegamos a la aldea de Gävle y nos encontramos que todo estaba en llamas. Otro pueblo los había atacado porque los culpaba de haber llevado una plaga hasta sus cosechas y los habían masacrado. Parecía que todos estaban muertos, las calles estaban llenas de cadáveres e incluso habían entrado en las casas para matar a los niños y a los ancianos. Todos los habitantes habían muerto, bueno todos no- dijo la chica lanzándole una fugaz mirada a Josh antes de continuar- un leve sonido nos llamó la atención, al principio no sabíamos lo que era, pero al ir acercándonos hacia la casa de donde venía el ruido el sonido se hizo más claro. Era la respiración agónica de un chico que se luchaba por seguir con vida. Cuando llegamos ante él, el joven nos miró con sus enormes ojos donde ya se veía reflejada la muerte, pues a pesar de todos los esfuerzos del chico por seguir con vida, tenía un hacha clavada en el pecho. Mi madre se sintió conmovida por la fuerza con la que aquel chico se aferraba a la vida, así que se arrodilló junto a él, en el charco de su propia sangre que lo rodeaba y clavó sus colmillos en su muñeca, al emanar la sangre por la herida se la acercó a la boca del chico y este no hizo nada para evitar que la vampiresa le diera su sangre. Después, mi madre se inclinó sobre él y vació la poca sangre que quedaba en el interior del chico. Cuando terminó escavamos un agujero en el bosque, junto a la entrada de la aldea y enterramos allí su cuerpo sin vida. Nosotras pasamos el día en el interior de la casa donde lo habíamos encontrado, al amparo del sol. Cuando llegó la noche hicimos guardia junto a su tumba, pero el joven no despertaba, llegamos a creer que no había bebido la sangre de la vampiresa, o que ya estaba tan cerca de la muerte cuando mi madre lo convirtió que el veneno no había surtido efecto. Pero media hora antes del alba, la tierra de la sepultura empezó a moverse y Josh surgió. Lo arrastramos al interior de la casa antes de que nos alcanzase el sol- la chica se detuvo un momento y miró de nuevo a Josh con una sonrisa llena de felicidad y añadió con sorna- No habría estado bien dejarlo morir, justo al nacer ¿no?- la chica rio.

Pero antes de que siguiera hablando, una onda expansiva la detuvo. Los sacudió a todos, haciéndolos

tambalearse por un momento, perdiendo un poco el equilibrio. La onda había surgido de la estrella al desaparecer en lo alto del cielo para sellar la cúpula por completo, y se había extendido por todo lo que había dentro de la cúpula como un terremoto.

Tras la onda expansiva, todos salieron corriendo hacia sus amigos. La onda del conjuro los había lanzado a un par de metros a unos de otros y los tres yacían inconscientes en el suelo.

La piel de Tara había adquirido de nuevo su tono normal y parecía dormida, sumida en un profundo sueño del que no la pudieron despertar, ni a ella, ni a Ari, ni a Emet. Viendo que no había forma de despertarlos los llevaron a sus habitaciones y llamaron con un mensaje de fuego a Max Furting que no tardó mucho en aparecer por allí. Por lo visto la barrera era muy efectiva contra Cambiantes, pero no suponía ningún problema para la magia ancestral del brujo.

Mientras tanto en las calles de la ciudad y en las torres de la muralla todos los guardias estaban asombrados a la vez que un tanto asustados ante la enorme cúpula que los había envuelto. En el Orbe de los Cambiantes no se solía utilizar ese tipo de cosas para defender los pueblos, en realidad, allí la lucha por norma general era cuerpo a cuerpo y el bando más fuerte ganaba la batalla. Pero ahora debían de confiar en su reina Tara, y si ella había creado aquella barrera tendrían que fiarse, pero ninguno sabía cómo funcionaba aquello y eso los tenía inquietos. Por todas partes corrían historias de ciudades con cúpulas como aquellas que protegían la ciudad ante las catástrofes, pero para ellos solo eran eso, historias y el terremoto que había seguido al levantamiento de la cúpula no ayudaba mucho a confiar en ella. En los túneles bajo la ciudad el miedo corría como la pólvora, ante la sacudida y las preguntas se sucedían sin respuesta por los angostos pasadizos.

El rey Ícaguot estaba muy preocupado, faltaban pocas horas ya para que las tropas de Sigmund atacasen ante la negativa de Tara de entregarle el Crocten y su mejor baza, la reina y los magos, yacían inconscientes en sus habitaciones. Si tardaban mucho en despertar aquello sería una masacre. El rey solo disponía de cuatro de sus tropas y aunque los escudos estaban levantados en torno a la ciudad y si las tropas de Sigmund los conseguían traspasarlos aquello sería una masacre.

CAPÍTULO 7

Antes de abrir los ojos, Tara podía oír la lluvia golpeando contra el cristal de su ventana. Antes de abrir los ojos, un dulce aroma a flores silvestres y a hierba fresca inundo los pulmones de la Tara. No quería despertar, se sentía a gusto y en paz, pero una extraña sensación la sacó de su ensoñación, algo en su interior la empujaba a despertar. La chica fue abriendo poco a poco los ojos, hasta que al fin logró enfocar la figura que había a su lado, en ese momento el corazón le dio un vuelco y comenzó a latirle a tanta velocidad que parecía que se le iba a salir por la boca. "¿Matt...?", se preguntó la chica con gran asombro.

Sin duda era él, ahora tenía el pelo más corto y sus luminosos ojos azules brillaban aún más en su rostro. El joven mantenía la cabeza sobre su mano derecha, que tenía elevada un poco de la cama al tener el codo clavado en el colchón, mientras que con su mano izquierda jugaba con los ensortijados cabellos de la muchacha y sonreía con verdadera felicidad. Cuando vio la mirada interrogante de la chica una arruga de preocupación surcó su frente.

La chica se puso de pie de un brinco y miró todo a su alrededor, estaba claro que ya no estaba en su habitación del sótano del castillo. Pero dónde estaba entonces, pasó la mirada de un lugar a otro de la sala las paredes parecían hechas de madera, pero no de tablones muertos, sino de ramas repletas de vida, con verdes hojas que brillaban bajo la luz de la mañana. El techo de la sala era de un increíble color verde y las blancas flores dejaban caer su embriagador aroma sobre toda la sala.

Tara miró por la ventana y vio que en el cielo no brillaba la luz del cambio, así que ni siquiera estaban en el Orbe Cambiante, bajó la mirada hacia su pecho y el Crocten no estaba, ¡había desaparecido! Pasó sus dedos con delicadeza sobre el hueso desnudo, para asegurarse de que era real, y en efecto lo era, la azulada esfera ya no estaba inserta en su cuerpo.

En ese momento el pánico intentó apoderarse de ella, pero Tara respiró profundamente y cerró los ojos para calmarse. Después los apretó con fuerza con la esperanza de estar de vuelta en el castillo al abrirlos. Pero no sucedió así.

Matt la miraba sin comprender muy bien lo que sucedía, pero no logró decir ni una sola palabra. Entonces una voz conocida resonó en la sala, y un terrible escalofrío recorrió todo su cuerpo. Era la grave voz de Frederick, que reclamaba la presencia de Nataly a voces. Su corazón enloqueció dentro de su pecho, ¿estaría Nataly también allí?, se preguntó. Pero al verse reflejada en el espejo de la habitación lo vio claro, Nataly no aparecería por allí. Su consciencia estaba muy lejos de aquella

habitación, ahora Tara ocupaba su cuerpo.

Los gritos de Frederick volvieron a resonar por todas partes, reclamando la presencia de Nataly de inmediato, así que la joven se pasó rápidamente la camiseta por la cabeza e intentó peinarse un poco el alborotado pelo con los dedos frente al espejo sin mucho éxito. Mientras tanto Matt la miraba desde la cama con una expresión inquisidora, siguiéndola con la mirada por toda la habitación. Al fin, la chica salió a toda prisa del cuarto. Al cruzar la puerta se encontró en un pequeño salón, hecha también de infinidad de ramas entrelazadas y en lugar de paredes colgaban unas finas gasas que dejaban pasar la suave brisa, y aquel dulce aroma a primavera. En el centro de la sala había una gran mesa de madera maciza con cuatro sillas a su alrededor y en una de las grandes sillas, había un hombre de espaldas a la puerta de la habitación garabateando algo sobre una hoja de papel.

- ¿Me llamabas?- dijo la joven dando un paso hacia la mesa, para ponerse al lado del hombre.
- Toma asiento- fue lo único que dijo el hombre sin dejar de garabatear sobre la hoja.

La joven se sentó en la silla de su izquierda y esperó hasta que el hombre terminase de dibujar. Cuando este al fin soltó el bolígrafo negro y levantó la vista hacia Tara, a esta se le cortó la respiración y por un instante su corazón dejó de latir. Durante unos segundos la sangre dejó de correr por sus venas y la tez de la chica adquirió un tono cenizo. La visión de aquel fornido hombre la paralizó, su cara, que antes le había resultado familiar, encajó en su memoria. Aquel rostro anguloso atravesado en su lado derecho por un profundo zarpazo. Le trajo infinidad de recuerdos confusos de cuando abandonó su mundo, tranquilo y seguro, para adentrarse en aquel otro lleno de peligros, dolor y muerte. Pero rápidamente una punzada en su costado la devolvió a la vida real y a la conversación.

- Nataly, observa con atención- empezó a decir, mostrándole el dibujo que había estado garabateando en la hoja con tinta negra.

La chica bajó la mirada de forma mecánica hacia el dibujo, pero su mente no reaccionaba, seguía en blanco. El terror y el odio que sentía hacia aquel hombre no la dejaban pensar. Apretó los puños con fuerza junto a sus costados para intentar controlar sus impulsos de matarlo allí mismo.

- ¿Me estas prestando atención?- dijo el hombre enojado.
- Ss...sí, claro- dijo ella titubeante.

Su mente se centró y ahora sí que consiguió ver lo que el hombre le mostraba. Era una estrategia de ataque a una fortaleza.

- ¿Qué es eso?- le preguntó ella intrigada.

- Es el palacio de Long-poo.
- ¿El qué?
- Sí, el hogar de Cedrick- dijo el hombre escupiendo con asco el nombre del rey- Estate a lo que estas. Te necesito concentrada- dijo el hombre molesto antes de retomar la explicación- Antes era un lugar realmente maravilloso. Es el equilibrio perfecto entre la luz y las sombras. Se encuentra en un lugar donde cualquier hijo del Orbe puede alcanzarlo, tanto si eres hijo de la luz, como si lo eres de la oscuridad. Es un lugar de paz, jamás te sentirás mejor que entre los muros del palacio, te lo puedo asegurar.- dijo el hombre con un deje de nostalgia en su voz.- y cuando le ganes a Cedrick el Crocten, será tu hogar, nuestro hogar. Para ello tendremos que ir aquí- dijo el hombre señalando la sala más alejada de la entrada- La cámara de las almas.

Después cogió de nuevo el bolígrafo de encima de la mesa e hizo una cruz en el mapa sobre la estancia.

- La reina Aethewel promete encargarse de los Torvik para que podamos penetrar en el castillo, pero una vez crucemos las grandes puertas de las almas, estaremos solos.
- ¿Qué son los Torvik?- le interrumpió ella.
- Los Torvik son los guardianes que todo lo ven.
- ¿Todo?- preguntó la chica incrédula.
- Todo no, solo el rey tiene ese don, pero son capaces de ver todo cuanto se les acerca y solo dejan pasar a los que van de buena fe al palacio.
- Entonces no creo que nos dejen pasar a nosotros.- dijo la chica apoyándose en el respaldo de la silla.
- En cuanto vean nuestras oscuras intenciones levantarás un campo de fuerza que rodeará todo el palacio y lo convertirá en una fortaleza completamente impenetrable. Y ahí es donde interviene la reina Aethewel.

El hombre continuó durante un rato explicándole cada detalle de su plan. Cuando terminó la chica le preguntó.

- ¿Y qué pasa con Tara y su equipo?
- ¿Qué pasa con ellos?
- No sé, ¿Y si ellos van también a por el Crocten del rey Cedrick?

- Tú no te preocupes por esos mocosos, Sigmund se encargará de tenerlos entretenidos en el Orbe de los Cambiantes- dijo el hombre y soltó una carcajada.- pobres ilusos creen que podrán con nosotros. ¡Qué equivocados están!

Tara rio con él, aunque lo que en realidad quería era gritarle y decirle que era él quien estaba equivocado. Pero no podía descubrirse, así que rio junto a él.

- Ahora ve a tu habitación prepárate. Nos iremos en breve.- añadió el hombre- ¡Ah! Y dile a esa mascota tuya que se dé más prisa esta vez.

La chica no dijo nada, se puso en pie y fue hasta la habitación. Cuando llegó allí cerró la puerta tras de sí y se quedó apoyada sobre la madera. Matt estaba allí haciendo la cama, se había puesto los vaqueros, pero su torso seguía descubierto, dejando ver sus fuertes músculos perfectamente definidos bajo su piel dorada por el sol, la chica se detuvo a contemplarlo, siguiendo con su mirada las líneas de sus abdominales y decenas de buenos recuerdos inundaron su mente. Recordó el día en que se conocieron, el baño en las heladas aguas del río en el orbe de los hechiceros...

La atracción física que sentía por Matt era tremendamente fuerte, y la chica tenía que luchar por superar sus instintos. Tara creía que después de haberse marchado con Nataly, el dolor que le había causado había sido lo suficientemente grande como para olvidar todo lo que sentía por él, pero esa mañana, cuando se despertó a su lado, aquellos sentimientos reprimidos por el resentimiento se liberaron en su interior en forma de una caótica nube de emociones, y ahora que al fin estaban tranquilos y a solas, esas emociones golpeaban contra la mente de Tara como las olas del mar contra las rocas de un acantilado, el amor, la lujuria y la pasión, luchaban por abrirse paso entre sus emociones. Ella amaba a Emet, se repetía una y otra vez, para intentar controlar aquellos impulsos, pero en realidad sabía que su corazón estaba dividido entre los dos chicos y que amaba a Matt tanto como a Emet, aunque la hubiese traicionado y le hubiese causado todo aquel dolor.

Ahora que Matt se volvió para mirarla, su corazón empezó a martillear con fuerza dentro de su pecho y su respiración se aceleró, la chica soltó un leve suspiro y el joven empezó a acercarse a ella. Tara le dijo que se detuviera, que no se acercase más, y él se paró a metro y medio de ella. Mientras, la joven estaba tensa, luchando contra sí misma para no saltar a sus brazos y dejar libre todas las emociones que bullían en su interior.

Matt la miraba lleno de amor, esperando a que la chica reaccionara, con su cara perfecta y sus infinitos ojos azules que la hacían perderse en la inmensidad del océano. Ella sabía que no debía hacer lo que tan fervientemente le pedían sus instintos, él ya la había hecho sufrir antes, le había

dicho que quería a Nataly y no solo la había traicionado y engañado a ella, sino a todos.

Pero llegó un momento en el que le fallaron las fuerzas y su cuerpo dejó de obedecer a su mente y le hizo caso a su corazón. Avanzó decidida para rellenar la distancia que había entre ambos, cruzando sus brazos alrededor del cuello del joven y besó sus carnosos labios con fuerza y pasión. El chico pasó sus manos por debajo de la cintura de la chica apretándola contra él con todas sus fuerzas, como si en este tiempo lo único que hubiera deseado fuera tenerla de nuevo entre sus brazos y ahora que era realidad no la fuese a dejar escapar nunca. Tara echó la cabeza hacia atrás y los labios del joven recorrieron su cuello hasta sus senos. La joven se agarró con más fuerza al cuello de Matt y mordió con sensualidad su oreja, mientras pasaba sus dedos entre sus cortos cabellos. Entonces él pasó sus fuertes manos bajos los muslos de la chica y la levantó del suelo. A la vez que las piernas de la chica se enroscaron entorno a su cintura, él pasó sus manos por debajo de sus piernas para mantenerla, mientras acariciaba con sus fuertes manos los delgados muslos de la joven.

Tara pasó sus finos dedos por los musculosos brazos del chico con suaves caricias mientras recorría con infinidad de pequeños y sutiles besos el cuello del muchacho. Este giró en redondo con la chica entre sus brazos y la recostó con delicadeza sobre la cama, dejándola atrapada entre el colchón y su definido cuerpo. Entonces, alzó sus manos desde las piernas de la chica hasta su cadera, sacó la camiseta de la chica por su cabeza y la lanzó al suelo de la habitación. En ese instante se detuvo un segundo a admirar en movimiento acompasado de los voluminosos pechos de la preciosa joven, encerrados en el encaje negro de su sujetador, que subían y bajaban rítmicamente al compás de su respiración. Luego recorrió el cuerpo de la joven haciéndole suaves trazos con los dedos sobre ella como si dibujase en su piel un delicado dibujo, hasta dejar que sus labios bajaron desde su cuello hasta sus senos, mientras desabrochaba el sostén y lo lanzaba por los aires. La chica soltó sus piernas de lo alto de la cintura del joven, mientras abrazaba con fuerza su espalda disfrutando de las caricias que el chico le ofrecía, luego bajó sus manos hasta el cinturón de Matt y lo soltó con delicadeza, antes de desabrochar el botón de sus pantalones y bajó la bragueta. El chico se irguió a horcajadas sobre ella, mientras la chica daba pequeños tirones de los vaqueros y besaba con lujuria el torso del joven descendiendo sus labios desde sus fuertes pectorales hasta la parte más baja de sus definidos abdominales. Mientras que el joven pasaba sus manos desde la cabeza de la chica hasta su espalda, proporcionándole suaves caricias de placer.

Después, él empezó a inclinarse sobre ella de nuevo con una mano apoyada en la cama y la otra entrelazando la con los dedos de la chica, mientras la besaba con dulzura y llevando las manos entrelazadas por encima de la cabeza de Tara, la recostó de nuevo sobre las sabanas. Recorriendo

todo su cuerpo con sus manos, hasta que llegó a la altura de sus vaqueros y se los sacó junto a su ropa interior de un tirón. Entonces la chica agarró con fuerza las nalgas del joven y después estiró de la ropa interior de este. El joven la tomó entre sus brazos y la pasión se desató, los jadeos de ambos se sucedían una y otra vez, mientras se confundían con el sonido de la lluvia.

Al rato de terminar, Matt la contemplaba tumbado a su lado en silencio, mientras la chica que estaba absorta en las líneas del techo, no le prestaba demasiada atención, pero él seguía embelesado por la belleza de la joven. Al final se armó de valor y rompió el silencio.

- Tara, debes volver.
- ¿Tara?- el corazón le dio un vuelco, y volviéndose hacia él le dijo- ¿Cómo qué Tara? Yo soy Nataly.
- Tara, no mientas, sé que eres tú. Lo supe desde que despertaste esta mañana a mi lado, pero Frederick parece no haberse enterado, así que vuelve antes de que se dé cuenta.
- Entonces... ¿Tú ya lo sabías?
- Pues claro. Ahora cierra los ojos y vuelve- le dijo el chico pasándole la palma de la mano por la cara.

La chica cerró los ojos, las palabras del chico parecía que la habían embrujado, un torbellino se creó en su mente y la absorbió, sacándola de allí, Tara luchaba contra la corriente, porque algo dentro de ella se quería quedar allí, junto a Matt. Pero el torbellino era demasiado fuerte y se la tragó.

CAPÍTULO 8

Al abrir los ojos un intenso dolor de cabeza golpeó a Tara como una maza de mil kilos. Las figuras entorno a ella se arremolinaban, y la muchacha al intentar enfocarlas sin éxito se empezó a marear y unas horribles ganas de vomitar subieron por su garganta, pero la chica las refreno antes de que salieran, aunque se le quedó un amargo sabor acre en su garganta.

- Parece que ya despierta- dijo la voz de una de aquellas sombras en movimiento que empezaban a frenarse.

- ¿Tara?- le preguntó otra de las voces, era una voz familiar. Claudia, si, era ella, sin duda.

Poco a poco las figuras terminaron de girar hasta ocupar su lugar estable en torno a la cama de la chica. En efecto Claudia estaba allí, junto a ella estaba Adrian, y al otro lado de la cama estaba Max, Max Furting << ¿Qué hacía allí el brujo?>> se preguntó la chica.

El fuerte dolor de su cabeza no dejaba fluir las ideas con claridad, poco a poco fue recordando todo lo que había sucedido en lo alto de la torreta del castillo, el escudo protector y la explosión de energía que la había lanzado al cuerpo de Nataly.

- ¿Dónde están?- dijo la chica sentándose rápidamente en la cama, y todo volvió a empezar a girar de nuevo.

- ¿Dónde están quiénes?- le dijo Furting, mientras la empujaba en un hombro para que se volviese a recostar.

- Emet y Ari- dijo la chica apoyando de nuevo su cabeza contra la almohada.

- Están en sus habitaciones- le dijo el brujo- ahora mismo iba a ir a verlos.

- Espera, iré contigo- dijo la chica intentando levantarse de nuevo, pero esta vez con más calma para evitar marearse.

- Creo que será mejor que te quedes aquí- le dijo el brujo- aun no sé cómo te has despertado, porque nada parecía funcionar- y las palabras del hombre le recordaron a las de Emet “conforme te vas haciendo más fuerte, la magia te afecta menos”

- He despertado porque tenía que hacerlo- dijo esta dedicándole una sonrisa tranquilizadora.

- Bueno da igual- siguió diciendo el brujo- no creo que debas levantarte en un rato, hasta que nos aseguremos de que estas bien del todo.

- Estoy bien- dijo la chica poniendo sus descalzos pies sobre el frio suelo.- no te preocupes por mí. Vallamos a ver a los demás.

Cuando dio el primer paso, las piernas le flojearon y casi se cayó al suelo. El brujo le lanzó una mirada de desagrado, pero la chica hizo caso omiso y se apoyó en el hombro de Adrian para ir con los demás.

- ¿Realmente crees que estas bien?- le dijo el brujo arqueando una ceja.

- Estaré bien, no te preocupes- dijo la chica quitándole importancia a la cosa.

- Como tú quieras- le contestó el brujo y se giró en dirección a la puerta para ir hasta la habitación de Adrian y Claudia donde dormía Emet.

Despertar a Emet fue fácil, el brujo cogió un puñado de polvos de uno de los saquitos que llevaba en su bolsillo y los roció por encima del chico un par de veces repitiendo un largo conjuro cada vez que lo cubría. Cuando terminó, Emet se despertó cogiendo una profunda bocanada de aire mientras se sentaba bruscamente en la cama, como si hubiese estado debajo del agua.

El chico parecía aturdido, y no comprendía que hacía allí, ni porque había tanta gente a su alrededor mirándolo.

- ¿Qué ha pasado?- dijo restregándose los ojos con las manos.

Claudia le explico todo lo sucedido, pero el chico no parecía comprender muy bien lo que pasaba.

- ¿Cómo pudo haber pasado eso qué decís? He hecho miles de conjuros a lo larga de mi vida, y decenas de escudos como este a ciudades mucho más grandes y jamás me agoté de este modo.

- Creo que fue por esto- dijo Tara quitándose el pañuelo de su cuello para dejar ver el Crocten.

- ¿Entonces fue eso lo que me dio aquella sensación de paz? Yo ya había creído que había muerto y que había subido al cielo de los guerreros.

- Creo que sí que fue el Crocten- dijo la chica poniéndose el pañuelo de nuevo entorno al cuello- te reconoció como parte de él y te envolvió con su magia.

- Además, no tengas tantas ganas de morirte- le dijo Claudia.- Esto no ha hecho más que empezar.

- Espera un momento- dijo Tara quedándose pálida de nuevo, mientras se echaba la mano a la boca- si la magia del Crocten entró en ti, también lo hizo en...

La chica salió corriendo a toda velocidad de la habitación en dirección a la de Ari y Daniel. Cuando llegó allí, la chica no estaba en su cama, el corazón de Tara empezó a latir con desesperación, tan

fuerte que resonaba en sus tímpanos, sin dejarla oír nada. La angustia le oprimía el pecho, impidiendo que el aire entrara en él. La sensación de ahogo no la dejaba pensar con claridad, pero toda su atención se centró en un instante al oír algo que procedía desde el cuarto de baño. Pequeños susurros salían desde el interior, Tara corrió hasta allí y abrió la puerta. La imagen que se encontró en el interior hizo que se le cayera el alma a los pies. Daniel le imploraba a Ari que no se muriera, mientras le sostenía la cabeza para que no se le hundiera dentro de la bañera en la que estaba cubierta de hielo.

- ¿Qué le pasa?- le preguntó la chica cayendo de rodillas junto a él.
- No lo sé, pero tiene muchísima fiebre- Dijo el chico mientras le mojaba la cara con el agua helada de la bañera.

Tara agarró la cabeza de la chica mientras Daniel iba a por más cubitos para intentar bajarle la altísima fiebre. Cuando la chica pasó su mano, por debajo del cuello de su amiga, notó como la piel de la chica ardía a pesar de estar en una bañera llena de hielo, de pronto el cuerpo de la joven empezó a sufrir convulsiones y Tara tuvo que meter los brazos en el agua helada para sujetar a su amiga. Cuando los espasmos cesaron, la chica empezó a decir cosas sin sentido, a causa de los delirios de la fiebre.

Cuando Daniel entró por la puerta con el cubo de hielo Tara le preguntó:

- ¿Cuántos grados tiene?
- Demasiados- dijo el chico mientras echaba los cubitos a la bañera- ahora que está un poco más estable con el baño de hielo tiene cuarenta y un grados.
- ¿Qué? ¿Cómo que cuarenta y un grados? Esto es increíble- dijo muy indignada- ¿y se puede saber por qué no empezaron por ella? Es obvio que necesitaba la ayuda mucho más urgentemente que yo.
- Porque tú eres más necesaria- dijo Max desde la puerta.
- ¿Qué importa lo necesaria que sea yo?- le gritó Tara- ¿No ves que se va a morir?
- No creo que muera- le dijo Max
- Y yo no creo que seas un buen brujo.- le contestó ella.

Max no contestó ante las palabras de la chica, hizo un gesto teatral como si estuviera indignado acompañado de una sonora aspiración de aire.

- Sabes que no lo dice en serio- le dijo Emet que entraba por la puerta apoyado en Adrian.
- Ya lo sé- dijo Max- es que cree que su amiga va a morir y esta enfada. Y como no me escucha.
- Podéis dejaros de tanto hablar y ayudarla.- les volvió a gritar Tara
- Podemos intentarlo, pero lo que le tiene que pasar es inevitable.
- ¿A qué te refieres con eso?- dijo Tara poniéndose en pie llevada por la ira y Daniel tuvo que correr para coger la cabeza de Ari antes de que se sumergiera.

Cuando Tara se dio cuenta de que había soltado a su amiga se volvió para cogerla de nuevo, pero Daniel ya la tenía entre sus brazos.

- A nada- dijo Max- jamás había visto a la magia de un Crocten actuar así, no sé cómo acabará todo esto, pero puedo intentar ayudarla, al menos a que no sufra.
- Tu nunca sabes nada- dijo Tara exasperada en dirección al gran brujo mientras chorreaba agua a cada paso.
- Es que contigo nada es como con los demás. Yo lo único que puedo hacer es probar, pero no creo que nada de lo que mi magia pueda hacer la aparte del destino que el Crocten haya decidido para ella.
- Yo te ayudaré- dijo Emet

Tara lo miró, y pudo ver en sus ojos que estaba prácticamente agotado. La magia de Max había recargado un poco su magia, pero no lo suficiente como para ponerse a derrocharla probando conjuros. Pero a Tara tampoco le quedaban ya energías para discutir con él. Estaba cansada, empapada y su mejor amiga estaba a punto de morir. Si ellos creían que podían hacer algo para evitar que muriera, tendrían que dejar que lo intentasen al menos.

- Bueno, ¿a qué esperáis?- dijo al fin la chica.
- Tenéis que iros.
- ¿Qué? No, yo no me voy a ningún sitio hasta que Ari se ponga bien.
- Tara, tienes que irte- le dijo Emet con voz cansada- la vida de mucha gente depende de que tu luches en esta batalla, incluida la de Ari.
- Anda vamos a prepararnos- le dijo Daniel cogiéndola del brazo para sacarla de la habitación- ellos saben lo que se hacen.
- Yo no estaría tan segura- dijo ella al cerrar la puerta del baño.

Tara llegó a su habitación, se quitó la camiseta mojada y el pañuelo empapado de su cuello y se dejó caer por un momento sobre la cama. Después se puso las botas y abrochó los cordones, cuando las tuvo listas enfundó la varita en la caña derecha. Después se acercó a la silla que había junto a su cama, donde descansaba todo su armamento. Se apretó el cinturón e introdujo en él las tres dagas de distintos tamaños en el lado izquierdo y los cuatro frasquitos de color plateado en el derecho. Cuando se aseguró de que todo estaba bien sujeto, cogió un pañuelo de color gris que iba cambiando de intensidad y una camiseta lila de su mochila, se la puso y sobre ella se colocó la chaqueta de cuero y el arnés. Enfundó las dos espadas en él y pasó el brazo por los aros de cuero que había tras el escudo para cogerlo con fuerza.

La chica salió decidida y fue hasta la plaza de armas del castillo, con unas energías renovadas que ni siquiera ella sabía de dónde habían salido. Cuando llegó allí, Claudia, Josh, Adrian y Daniel la estaban esperando mientras hablaban con alguien que estaba de espaldas a la entrada. Cuando la chica se acercó a ellos, vio que todos iban ya equipados para la batalla, con sus equipos de combate y las relucientes armas brillando allí donde asomaban en de sus cinturones. Cuando se puso al lado de sus amigos, la chica que cubría su cabeza con la capucha, se la apartó, dejándola caer sobre sus hombros. Era Ashira, con una reluciente sonrisa y sus largos cabellos naranjas recogidos en dos largas trenzas que caían a los lados de su cara.

- Mi reina- empezó a decir Ashira, haciéndole una reverencia.
- Te he dicho que me llames Tara, por favor.
- Está bien, Tara, le ruego que me acepte entre sus tropas de asalto, creo que le podría ser muy útil.- continuó diciendo la chica muy seria, dejando ver su duro adiestramiento militar.
- Pues claro- dijo Tara sonriendo- cuantos más seamos mejor.

Ashira se quedó algo sorprendida ante lo fácil que había sido convencer a la reina para que la dejara acompañarlos. Llevaba toda la tarde dándole vueltas a como se lo iba a pedir para que la aceptase entre sus filas y solo bastaba en ir y decirle “oye Tara que me apunto”. Ashira sonrió feliz y se fue tras el equipo que partía en dirección a la torre de vigilancia norte.

Cuando iban de camino, entre las angostas calles de la ciudad custodiadas por decenas de guardias, Tara ralentizó un poco su paso y se puso a la altura de Ashira.

- ¿Sabrás luchar, no?

Ashira se puso completamente roja. << Me va a decir que se lo ha pensado mejor y que me vuelva a casa>> empezó a decirse a sí misma.

- Ashira, ¿Qué si sabes pelear?- le volvió a preguntar la chica
- Sí, claro. Mis padres ya eran grandes generales cuando yo nací y como soy hija única me entrenaron con toda dedicación.
- ¿Quiénes son tus padres?
- El General Güthel y la General Valentina.
- Entonces puede que sepas luchar mejor que yo- dijo Tara riéndose, mientras aceleraba el paso para ponerse de nuevo junto a Emet

La chica se quedó extrañamente sorprendida por las palabras de la reina, ella jamás había conocido a una reina como aquella. No es que Ícaguo fuera mal rey, solo es que él, al igual que el resto de reyes, eran personas peligrosas, forjadas en la batalla, todo honor y gloria. Nada tan familiar como Tara.

No tardaron mucho en llegar a la base de la torre, subieron en fila india por la estrecha escalera de caracol que ascendía por dentro de la empinada torre. Desde lo alto de la torre se empezaban a vislumbrar el fuego de las tropas de Sigmund que se acercaban a la ciudad. La azulada luz que lo invadía todo empezó a titilar en el cielo, tras parpadear un par de veces desapareció, dejando al descubierto un maravilloso cielo nocturno cubierto por una sabana de estrellas que brillaban a rabiar, empequeñecidas por la brillante luz de la luna llena que brillaba como un faro en medio de la tormenta, dándole a todo un tono metálico.

La ciudad estaba totalmente a oscuras, y poco a poco se fueron encendiendo hogueras aquí y allá. Las antorchas de los hombres de Sigmund brillaban como una rio de lava en dirección a la ciudad, y de la nada surgieron millones de ráfagas de luz que surcaron el cielo nocturno, iluminándolo como si el solo fuera a salir. Era flechas incendiadas lanzadas por los arqueros de Sigmund desde lo alto de los árboles. Los proyectiles incendiados chocaron contra el escudo y se apagaron como si hubiesen impactado contra una cascada de agua. Las flechas apagadas resbalaron suavemente por el borde de la cúpula y fueron a caer a los pies del escudo protector. Las cornetas empezaron a sonar de torre en torre dándoles la señal a los arqueros de la ciudad para que cargases sus flechas. Ante la orden de Güthel los arqueros dejaron libres las flechas que volaron por encima de las murallas y atravesaron la cúpula como si no hubiera ningún tipo de salvaguarda que protegiera la ciudad. Tara sacó su varita de la caña de su bota y prendió en llamas las flechas en el cielo. Cuando estas alcanzaron su destino, provocaron un incendio en los árboles donde cayeron, obligando a salir de su escondite a los tiradores.

Los seguidores de Sigmund, salieron furiosos del amparo del bosque, con la intención de cargar contra la puerta norte para derribarla y así entrar en la ciudad. Cuando se acercaron al castillo, los hombres se deshicieron en llamas como un trozo de papel que cae en una hoguera. En un instante el olor a carne quemada lo invadió todo, y finas hilachas flotaron calcinadas en el aire, elevadas por el aire caliente.

A pesar de los sucesivos ataques a la cúpula, esta parecía no inmutarse. Cuando Tara comprobó que las salvaguardas aguantarían sin problemas, se asomó al borde interior de la torre y le gritó a Karimdor que mandase a uno de sus hombres a decirle a Valentina que sacase a las gentes de la ciudad de los pasadizos y los alojase en el castillo. Mientras uno de los hombres de Karimdor fue veloz a transmitir el mensaje, Tara reunió a su equipo y se dirigió de vuelta al castillo.

Al llegar allí las tropas de Karimdor vigilaban todo el perímetro del castillo, los chicos pasaron el escudo de licántropos, hacia el interior de la fortaleza. Allí todo estaba atestado de gente y los hombres y mujeres de Valentina se esforzaban por mantener el orden dentro del castillo. Los chicos pasaron abriéndose paso con dificultad en dirección contraria de la gente, hasta que llegaron a la entrada del pasadizo. Al llegar allí, los dos guardias que custodiaban la puerta de entrada cruzaron sus armas para impedirles el paso.

- Alto- dijo el guardia de la derecha- no está permitido el paso a nadie.
- Apartad, no tenemos tiempo para tonterías.- dijo Tara
- Lo siento señorita- empezó a decir el de la izquierda- nadie puede pasar por aquí. Son órdenes directas de la reina Tara.

Los jóvenes se echaron a reír ante aquella afirmación y los guardias se crisparon un poco al creer que se reían de ellos.

- Han de marcharse- volvió a decir el de la izquierda- esto es zona restringida.
- Yo soy la reina Tara- dijo la chica cuando dejó de reírse.

Los guardias se miraron entre ellos con expresión de incredulidad.

- Lo siento jovencita- dijo el de la derecha- pero no nos vengáis con tonterías, esto es una cosa muy seria, estamos en guerra. Regresad a los pasillos con vuestros padres que esto no es cosa de niños.

Aquello sonó como un insulto, y Tara pudo oír tras ella como los colmillos de Claudia y Josh se desplegaban. Los guardianes se pusieron en guardia al ver los colmillos de los jóvenes, apuntándolos

con sus largas armas de hierro forjado con una cuchilla a cada lado.

La joven se puso en medio y suspiró quitándose el pañuelo que cubría el Crocten. Al ser descubierta, la esfera brilló con fuerza en el pecho de la chica, otorgando una luz azulada a toda la estancia. Los guardias se quedaron embelesados por el brillo del Crocten, dejando declinar sus pasadas armas, hasta que las cuchillas tocaron el suelo. La chica volvió a cubrir su pecho con el pañuelo y pasó entre los guardias que seguían aturdidos por la visión de la esfera luminosa. Los demás pasaron tras ella entre los guardias y estos no se dieron ni cuenta.

Al profundizar un poco en los pasadizos la oscuridad lo envolvió todo, ya no podían dar ni un paso más, pues ni la aguda vista de los vampiros los permitía ver nada ya. Entonces Daniel creó una esfera de fuego que iluminó los sinuosos pasadizos que los rodeaban, extendiéndose en largas cavidades excavadas en la roca a lo largo de infinitud de metros. Ashira iba en cabeza, puesto que era la única que conocía cual era el camino correcto, ya que los pasadizos estaban contruidos como un laberinto para asegurarse de que solo los que estuvieran autorizados pudieran salir del castillo. Conforme se iban acercando a la salida, el pasadizo cada vez era más reducido y angosto, al pasar una zona en la que tenían que ir arrastrándose, se volvió a elevar hasta alcanzar la altura de una puerta y desde allí ya se podían ver los árboles del exterior.

El frío aire de la noche abofeteó al grupo al salir a fuera, el pasadizo los había conducido a un par de kilómetros de la ciudad, justo por detrás de las tropas enemigas. De vez en cuando les llegaba un poco del cálido aire embebido en humo que procedía de los árboles incendiados por la batalla. Tara les hizo una señal a los demás para que se quedasen escondidos en torno al claro del bosque donde estaban, mientras cogía la mano de Daniel para llevárselo con ella. Ambos se pusieron en el centro del claro y en cuestión de segundos pasaron al plano cristalino, después emprendieron el vuelo en dirección al campo de batalla. Cuando se acercaron a donde se empezaban a oír las voces de los hombres de Sigmund, tomaron tierra para analizar el terreno. En la parte más alejada de las murallas, tenían a los vampiros heridos. Muchos sufrían quemaduras graves debido a las deflagraciones provocadas por los proyectiles que lanzaban desde la ciudad.

Pasaron junto a un vampiro alto y delgado que estaba tumbado en el suelo, al hombre, las quemaduras le habían afectado a prácticamente la totalidad de su cuerpo, parecía que sufría dolores insoportables, por la forma en la que se retorció de dolor. Tara se detuvo horrorizada ante la visión de aquel hombre, y de otros tantos que había en las mismas condiciones a su alrededor.

- Tranquila- dijo Daniel poniéndole la mano en el hombro. La chica se sobresaltó ante el contacto de la mano del joven con su hombro, pues no lo había oído acercarse- solo el sol o el fuego

del infierno puede matar a los hijos de la noche.

- ¿Entonces, sanaran esas heridas?- dijo la chica mientras pasaba la mirada por los vampiros calcinados en mayor o menor medida que la rodeaban.

- En cuanto consigan sangre, sus heridas empezaran a curarse por sí solas. Mira- dijo el chico señalando a una vampiresa que bebía del inerte cuerpo de un majestuoso ciervo.

La piel quemada de la mujer se empezó a caer como la muda vieja de una serpiente. En pocos minutos una rosada piel surgió donde antes habían estado las quemaduras. La mujer se puso en pie, limpiando con su antebrazo la sangre de su cara y pasó la lengua por sus afilados colmillos antes de recogerlos. Comprobó que su nueva piel estaba regenerada del todo, pasando sus largos dedos huesudos sobre el rosado tejido. Cuando comprobó que su piel estaba bien del todo cogió una imponente arma, de casi dos metros de altura que tenía dos afiladas cuchillas, una en la parte superior derecha y la otra en la inferior izquierda, que aguardaba apoyada en el tronco de un árbol y partió veloz de nuevo a la batalla.

Al ver la rápida recuperación de la vampiresa, Tara supo que si no hacían nada al respecto, las tropas de Sigmund no se agotarían en días y aunque el muro de la ciudad era muy potente, no duraría tanto.

Siguieron adelante a través del denso bosque, hasta encontrarse con unos enormes hombres lobo heridos por las flechas de plata que se disparaban desde las torres de la muralla. Los enormes animales bramaban cuando otros de sus compañeros les extraían los trozos de plata de su cuerpo con grandes tenazas de metal. Cuando la punta de plata salía del cuerpo del animal, iba acompañada de esputos burbujeantes y sangre oscura que salía a borbotones tras la plata. Los enormes animales caían desplomados por el dolor de las corrosivas heridas cuando les tenían que extraer varias flechas, los que no se desmallaban a causa del dolor, al extraerle las flechas volvían a su forma humana, mientras se doblaban de dolor y maldecían a gritos.

- Ellos no volverán a la batalla- le explicó Daniel- al menos no hasta mañana.

- ¿Es que los licántropos no sanan tan rápido como los vampiros?

- Por lo general los hijos de Lupos y Gacif sanan más o menos igual de rápido, pero si los hieren con algo que les puede traer la muerte verdadera, pues tardan más en sanar.- le explicó el chico.

Siguieron a delante y vieron gran cantidad de cuerpos sin vida amontonados a lo largo del camino, los cuerpos de aquellos hombres y mujeres habían sido calcinados por el fuego que se desataba un poco más al sur, junto a las murallas de la ciudad. Alrededor de los cuerpos sin vida, había montañas de larvas y bichos muertos, que se habían desprendido de los cadáveres.

- Son Úlcidos- dijo Daniel echando un vistazo a las montañas de bichos.
- ¿Los ha matado el fuego?
- El fuego es lo único que puede matarlos.

Mientras hablaban una horda de hormigas pasó rodeándolos que viajaban a toda velocidad enloquecidas. Un escalofrío recorrió la espalda de la chica y el Crocten brilló con más intensidad, dejándose ver a través del pañuelo que lo cubría. La chica dio un salto y se apartó del camino de las hormigas.

- Qué extraño- dijo Daniel- ¿De dónde habrán salido tantas hormigas?
- No lo sé- dijo la chica levantando los hombros- pero algo me dice que no son solo hormigas
- ¿A qué te refieres?
- Creo que son úlcidos de Sigmund.

Los dos levantaron el vuelo y siguieron a toda velocidad el rastro que las hormigas dibujaban en el suelo. La hilera de hormigas los guío hasta el lado este de la muralla, a una decena de metros de las torres que custodiaban la ciudad. Los pequeños animales se esforzaban en cavar un hormiguero para encontrar una entrada por debajo de la cúpula protectora que los dejase penetrar en la fortaleza. Pero lo que ellos no sabían es que aquella protección mágica no era una cúpula, sino una esfera que rodeaba a la ciudad por todas partes.

Cuando las primeras hormigas llegaron hasta la altura de la barrera mágica, salieron ardiendo en llamas como antes lo hicieron, los que envistieron contra la puerta del norte. El fuego se propagó por el hormiguero como si se tratase de un río de pólvora, todos las hormigas que estaban escapando en busca de la entrada salieron ardiendo, los individuos más cercanos al exterior salieron corriendo propagando las llamas por la enorme hilera que se acercaba al hormiguero. Ante el caos, el fuego se propagó por doquier, las pequeñas hormigas huían despavoridas y se iban agrupando regenerando los cuerpos de los úlcidos. A algunos de ellos les faltaba un brazo, una pierna o ambas y otros morían al recobrar su forma semihumana pues algunas de las hormigas muertas en el incendio constituían alguna parte indispensables de su organismo.

Una fugaz sonrisa malévola surcó el rostro de Tara al pensar <<Les está bien empleado, por intentar jugárnosla. >> Pero pronto aquel pensamiento se desvaneció de su mente al ver a Daniel corriendo de vuelta hacia donde estaban los demás.

CAPÍTULO 9

Al llegar al claro donde esperaban los demás, ambos pasaron al plano cristalino y rápidamente Daniel les explicó todo lo que habían visto.

- Tengo una idea- dijo Tara
- ¿De qué se trata?- le preguntó Josh
- Nos dividiremos en dos grupos. Daniel y yo nos encargaremos de los vampiros, mientras tanto vosotros cuatro iréis a por los licántropos.
- De acuerdo- dijo Claudia poniéndose en pie, con la mano puesta en la empuñadura de su espada.
- Espera un momento- la detuvo Tara sacando los frasquitos de cristal de su bolsillo.- llevaos uno cada uno e id impregnando vuestras armas en él.
- ¿Qué es esto?- preguntó Josh mirando con atención el frasquito de cristal que le ofrecía la chica.
- Es cloruro de plata.- empezó a decir Tara
- ¿Y para qué sirve?
- Eso envenena la sangre de los de mi raza- empezó a decir Ashira- un simple corte con una cuchilla infectada por eso nos puede matar.
- ¿Y eso?
- Porque el corte introduce la plata en nuestra sangre y el veneno se extiende rápidamente a través de nuestras venas, matándonos al instante.
- ¿Y cómo hacemos para impregnar las cuchillas con eso?
- Así- le dijo Claudia sacando su espada y arrancando la parte de debajo de su camiseta dejando su ombligo al aire.- debes enrollar algo de tela con fuerza alrededor de la parte superior de la cuchilla y luego impregnas la tela con el líquido.

La chica iba enrollando la tela roja de su camiseta entorno a la cuchilla y a la empuñadura de la espada haciendo un fuerte nudo, para asegurarse de que no se fuera a soltar. Adrian se quitó su camiseta azul marino, dejando su definido torso al descubierto, cubierto únicamente por el chaleco

abierto y la partió por la mitad. Hizo tiras ayudado por los dientes y rodeó la parte alta de sus tridentes de oro envolviéndolos hasta la empuñadura. Josh lo imitó, dejó en el suelo el arco y las flechas que colgaban en su espalda y se sacó su camiseta negra por la cabeza, dejando ver como se extendían los tatuajes de sus brazos, el de su brazo derecho llegaba hasta el pectoral y el de su brazo izquierdo descendía hasta su omoplato haciendo imágenes de tribales que se entremezclaban con palabras en el idioma de los reinos, donado la sensación de que eran dos dragones que se buscaban, Tara estaba embelesada por los tatuajes del joven mientras este envolvía con cuidado las puntas de sus flechas y su espada, hasta que se asustó al darle la sensación de que uno de los dragones se revolvía para mostrarle los afilados dientes.

- ¿Qué sucede?- le preguntó Daniel que la vio sobresaltarse.
- Nada- le contestó al chica, porque al volver a mirar al tatuaje del chico vio que seguía como estaba al principio.

Se sentía algo estúpida por asustarse por cosas que solo estaban en su mente, así que se apartó de allí y ayudó a Ashira a arrancarse las mangas para preparar el enorme arma de la chica, que era similar a la de los guardias que les intentaron cortar el paso al pasadizo. La chica envolvió con delicadeza las mangas de un verde oscuro de su camiseta entorno a la madera central que sostenía las hojas, las pasó por los agujeros de las cuchillas y las anudó en la parte inferior de estas. Después la chica sacó unos gruesos guantes de cuero de su cinturón y se los ajustó, puesto que si el cloruro de cobre le caía sobre sus manos la quemaría a ella también.

Cuando todos estuvieron listos, empaparon las telas con unas gotas del plateado líquido y Tara dijo unas palabras mágicas que Emet le había enseñado para multiplicar los líquidos. Los trapos se pusieron de un color morado por unos segundos y luego volvieron a un tono oscuro, empapados por la plata.

- Cada vez se os sequen las armas- empezó a decir Tara- solo tenéis que verter un par de gotas más y se volverá a multiplicar.

Todos asintieron y se pusieron en marcha en la dirección donde Daniel les había indicado que encontrarían a los lobos. Mientras tanto Tara y Daniel se dirigieron a la zona donde estaban los vampiros intentando regenerarse.

La chica encajó el escudo entre las espadas de su espalda y clavó su varita en el suelo, empezó a trazar un gran círculo entorno al asentamiento vampírico. Cuando terminó de unir las líneas del suelo, dijo algo que Daniel no llegó a oír y levantó los brazos en el aire tan rápido que cuando Daniel se fue

a dar cuenta de los que sucedía ella ya había dado la palmada final sobre su cabeza. A la par que la chica levantaba los brazos, un grueso muro de piedra se elevó desde el suelo por donde la chica había dibujado la línea y se cerró en lo más alto con la palmada de la joven. Tan rápidamente se elevó la muralla que ni siquiera los vampiros sanos tuvieron tiempo de reaccionar y cuando se dieron cuenta estaban encerrados sumidos en la oscuridad absoluta.

La chica dejó clavado el escudo y las espadas en el suelo y junto a Daniel alzaron sus alas y se elevaron veinte metros hasta lo alto de la cúpula. Desde allí se podía ver toda la batalla a lo lejos, pero ahora no tenían tiempo para quedarse mirando la lucha, tenían trabajo por hacer.

La chica agarró con fuerza su varita y sacudiéndola en el aire abrió un orificio en lo más alto de la cúpula. Los vampiros de la parte de abajo enloquecieron al ver la luz de la luna a través del pequeño agujero por el que entraron Tara y Daniel, algunos intentaron escaparse por él tomando el aspecto de murciélagos, pero no lo consiguieron, porque Tara cerró el agujero antes de que llegasen hasta él y se chocaron contra el muro.

Cuando los rabiosos vampiros volvieron a guardar silencio Daniel creó entre sus manos una enorme esfera de fuego, más grande que cualquiera que Tara hubiese visto jamás. Después la chica trató de imitarlo, pero su esfera era mucho más pequeña, ni tan solo alcanzaba a ser una cuarta parte de la del chico.

En la parte de abajo de la prisión de piedra, los vampiros se habían tapado los ojos irritados con las manos y los brazos, rehuyendo aquella potente luz que se asemejaba a la procedente del sol. Cuando se dieron cuenta de que no los hería, algunos de ellos intentaron saltar para alcanzar a los dos jóvenes que creaban aquella potente luz en lo alto. Pero el techo de la sala estaba demasiado alto, incluso para los potentes saltos de los vampiros. Al final desistieron pues al acercarse a la potente luz de las esferas, esta les quemaba los ojos.

Tara que hizo caso omiso de lo que sucedía allí abajo, hizo desaparecer la esfera que había creado y concentró todas sus fuerzas en crear una más grande y luminosa. Tanto se concentró en crear la esfera que descendió cinco metros de golpe y uno de los vampiros casi la alcanza de un salto, pero Daniel lanzó la bola que tenía entre sus manos hacia el vampiro y este se desintegró al instante. Al final Tara consiguió crear una esfera tan grande y luminosa como la de Daniel y este formó una nueva, después las unieron haciendo que la bola de fuego resultante fuera como un pequeño sol. Los rayos de luz que emanaba empezaron a herir la clara piel de los vampiros y el Crocten volvió a dejar libre su humo en la sangre de Tara, esta se tornó de nuevo de un color azulado y la magia surgió a través de la esfera de su pecho envolviéndola como un lazo la esfera que ahora volaba sola en lo alto de la cámara.

Cuando toda la magia salió de ella, la chica volvió a adquirir su tono normal y se apartó hasta que sus alas rozaron con las paredes de roca, llevándose a Daniel con ella.

La magia del Crocten empezó a girar con más y más fuerza en torno a la esfera de fuego que iba ganando en intensidad por segundos. Tara y Daniel apartaron la vista hacia un lado, tapándose los ojos con las manos y una explosión de energía surgió de la bola que calcinó a los vampiros al instante. Todo se oscureció tras la explosión, salvo por la tenue luz azulada que regresó como una flecha desde la esfera vacía del pecho de la joven. Esta giró la varita sobre su cabeza y las gruesas paredes de piedras se desvanecieron.

La luz de la luna les permitió ver qué había sido de los vampiros. La luz solar generada por ellos y potenciada por el Crocten había dejado al descubierto el verdadero aspecto de los vampiros. La gran mayoría se habían convertido en polvo, aunque también había esqueletos sin carne y cuerpos en semidescomposición con semblantes terroríficos.

Mientras tanto en la zona donde los licántropos se intentaban recuperar de sus heridas de guerra, Josh, Claudia, Adrian y Ashira les habían tendido una emboscada.

Entre los cuatro rodearon el asentamiento y la primera en atacar fue Claudia. Su afilada espada segó el cuello de seis licántropos e hizo varias heridas en otros tantos. A los que cortó el cuello cayeron de rodillas al suelo y murieron al instante, pero los que solo fueron heridos se pusieron en guardia sacando su cuerpo de lobo, pero aquello hizo que su sangre corriera más rápida y el veneno no tardó más de treinta segundos en llegar a cada rincón de su cuerpo. Los enormes animales se desplomaron de pronto surcados por centenares de convulsiones mientras tiraban esputos de sangre y espuma blanca por la boca. Ante la inminente muerte de sus compañeros, el caos se apoderó de los demás y el general ordenó a sus hombres que mantuvieran la calma. Mandó a uno de ellos a avisar a Sigmund, que estaba en el frente de batalla, de todo lo que acababa de suceder. Pero el emisario nunca llegó a su destino, cuando estuvo a unos diez metros del asentamiento, lo suficientemente lejos para que los demás no lo vieran, Josh tensó su arco con una de sus largas flechas y lanzó un certero disparo que atravesó el corazón del lobo y lo abatió al instante. El joven cruzó los frondosos árboles a toda velocidad sin hacer ni pizca de ruido y de un tirón sacó la flecha por la espalda del animal, miró al licántropo muerto con expresión de asco y dejó caer una gota más en la tela que envolvía la flecha antes de guardarla con el resto.

Mientras tanto, en el campamento, el general seguía planeando la defensa ante los atacantes, Adrian

y Ashira se miraron. No necesitaron palabras para decirse que tenían que atacarlos antes de que se terminasen de organizar. El chico sacó sus tridentes de oro y dando un salto hacia atrás en el aire tomo la fuerza de su tigre de batalla, con las zarpas llameantes envueltas en aquella bruma azulada y ella agarró con fuerza su arma mientras tomaba una forma entre lobo y mujer. Era un animal de más de dos metros con cabeza de lobo que se erguía a dos patas, mientras agarraba la lanza que sujetaba las infecciosas cuchillas en su zarpa derecha antes de atacar. Adrian salió tras ella y empezaron a desmembrar y herir a los lobos, Claudia rápidamente salió de su escondite a toda velocidad y entre los tres masacraron a gran parte de los lobos. De vez en cuando, se veían caer desde los árboles las flechas de Josh, que les iban apartando a los lobos que se ponían en medio. La velocidad de Claudia la hacía difícil de ver entre el caos, solo se podía intuir su camino por los lobos que caían muertos por donde ella pasaba. Adrian y Ashira luchaban codo con codo con una imponente fuerza y destreza contra los enormes lobos.

Un par de lobos atacaron a Adrian por la espalda y lo hicieron caer, intentando morderle con sus feroces dientes. El tigre dorado intentaba desasirse de ellos, pero eran muy fuertes, los afilados dientes de uno de ellos estuvo a punto de alcanzarlo, pero una única flecha lanzada por Josh desde lo alto atravesó la cabeza de los dos animales. Adrian se deshizo de ellos y se puso en pie haciéndole una señal de agradecimiento al chico en las alturas. El joven fue a coger otra de sus flechas para lanzarla contra un lobo que iba a pedir ayuda, pero se encontró con que no le quedaban más, el chico no se lo pensó ni un segundo, desenvainó su espada y saltó desde la rama donde estaba, para salir corriendo tras el lobo. Cuando lo alcanzó cayó sobre él y lo degolló con su espada. El animal murió al instante, pero ya había avanzado mucho y había llegado hasta otro de los asentamientos de lobos.

Los licántropos se le quedaron mirando y salieron corriendo tras él. El joven huyó todo lo rápido que pudo hasta donde estaba sus amigos, cruzó el bosque más rápido que un rayo y al llegar allí les gritó jadeante lo sucedido. Allí ya habían muerto casi todos los lobos y mientras el chico les gritaba lo sucedido, Ashira cortó la cabeza del último de ellos.

Adrian que había vuelto a su forma humana los miró con la cara descompuesta al ver que ya no le quedaba cloruro de plata. Los demás echaron rápidamente mano de sus frascos y vieron que tampoco les quedaba ya nada. Estaba perdido, otra horda de lobos llegaría en cuestión de minutos y no tenían plata para defenderse, ellos tres solos no podrían, pero como salidos de la nada Daniel y Tara aparecieron de entre los árboles.

La chica mandó a Ashira a buscar hacia donde se habían dirigido los Úlcidos que habían salido

despavoridos antes ante el fuego. La joven obedeció, y mientras ella se marchaba, los primeros lobos empezaron a llegar hasta donde estaban ellos. Daniel desenfundó la espada de su espalda y esta se prendió en llamas al contacto con el aire, entonces describiendo un círculo sobre su cabeza la clavó con fuerza en el suelo. Una franja de fuego de treinta metros de larga por diez de alta separó el avance de los lobos de donde estaban ellos. Todos se quedaron sorprendidos por un instante antes la llamarada, pero rápidamente reaccionaron. Tara tomó carrerilla y dio un potente salto, cuando estuvo en el aire sus enormes alas angelicales manchadas de morado se desplegaron y elevaron a la joven muy por encima del fuego y de las copas de los árboles. La chica sacó su varita de la caña de su bota derecha y empezó a agitarla señalando hacia abajo, mientras pronunciaba unas palabras que ninguno de los de allí abajo logró oír. En el suelo tanto los lobos, como sus compañeros estaban mirando atónitos a la chica, de repente de la varita de esta empezó a surgir una nevada de polvo de plata que empezó a cubrirlo todo bajo ella y los lobos se cubrieron con sus escudos intentando no tocar la corrosiva nevada.

<<Necesito que los hiráis>> se oyó resonar en los oídos de sus amigos con la voz de Tara. Los jóvenes obedecieron las palabras de la chica al instante, todos empuñaron con fuerza sus armas y se dispusieron a saltar por encima del fuego. Claudia llevaba dos espadas ensangrentadas que goteaba a ambos lados de la joven, Adrian volvió a saltar y se convirtió en el tigre de azuladas garras de oro, Josh elevó su arma empuñándola con fuerza y Daniel cogió las dos dagas que le había dado Tara mientras avanzaban por el bosque.

Todos surgieron de entre las llamas como alma que lleva el diablo, hiriendo a todos los lobos que se cubrían para no tocar la plateada nevada que los rodeaba y los enormes animales caían muertos al instante de ser cortados por las cuchillas de los jóvenes, pues apartaban los escudos y la venenosa plata entraba en su torrente sanguíneo.

Cuando el último de los lobos probó el acero de la daga de Daniel, Tara dejó de lanzar polvo de plata desde su varita y levantó la vista. Su rostro se crispó al ver que la claridad del día quería abrirse paso entre el cielo nocturno. La chica descendió rápidamente y prácticamente sacó de allí a los demás a empujones mientras les avisaba de lo cerca que estaba el amanecer. Todos corrieron a toda velocidad entre los gruesos troncos de los árboles del bosque, se encontraron con Ashira en su huida de la luz y la joven se unió a ellos, al llegar ante la entrada del pasadizo Tara se detuvo en seco ante la entrada que emanaba una luz rosada.

- ¿Qué haces?- le dijo Claudia impaciente, viendo que el cielo empezaba a encenderse con las luces del alba.- no tenemos tiempo.

- La esfera protectora- le dijo Tara señalándole la ciudad mientras buscaba una forma de entrar moviéndose de un lado a otro de la puerta.

Los demás fijaron su mirada en la ciudad y vieron que las primeras luces del alba dejaban ver la cúpula entorno a la ciudad con el mismo tono rosáceo que tenía la entrada.

- ¿Qué pasa con la esfera?- dijo la vampiresa intentando apartar a Tara para entrar.

- Las salvaguardas que le hemos puesto a la ciudad no atraviesan los túneles, para que las gentes de la ciudad se pudieran esconder en ellos. Puesto que si los atravesaban y la gente cruzaba los límites de la esfera morirían al volver atrás, así que se trasladaron hasta la entrada del pasadizo. Si atraviesas esta entrada morirás.

- Si no la atravieso, también moriré- dijo la chica mirando como el cielo empezaba a adquirir un tono violáceo.

- Tengo una idea- dijo Tara al fin

- Vale, pues date prisa- le urgió Claudia.

La chica sacó la daga que le quedaba en el cinturón y se hizo un profundo corte en su brazo con ella, se oyó como los dientes de Josh y Claudia salían sin que ellos pudieran hacer nada por evitarlos, pues estaba hambrientos a causa del cansancio. Ambos dieron un par de pasos atrás para intentar contenerse y dejar a Tara hacer lo que debiera. La chica cogió el escudo que había encajado en su espalda y lo puso en el suelo, dejando gotear su sangre sobre la rosa que había en el centro del escudo. Cuando el líquido carmesí reboseó la flor empezó a correr por las enredaderas plateadas que separaban las imágenes de los cuatro orbes. Cuando se dibujó una cruz de sangre sobre el escudo este brillo de un intenso color morado y pareció cobrar vida. Las imágenes del escudo empezaron a moverse y las enredaderas se apretaron.

Después pasó la mano sobre su hombro derecho y sacó la espada de Isabell, la dejó en el suelo junto al escudo e impregnó la cuchilla con su sangre, el líquido fluyó por el surco central y se coló en la empuñadura, entonces la espada adquirió el mismo tono dorado del escudo y llamas moradas surgieron de la hoja.

La chica levantó la espada del suelo y la clavó en lo más alto de la puerta del pasadizo. La hundió hasta el fondo del muro mágico y con un rápido movimiento la arrastró en línea recta hasta tocar el suelo. Después la giró e hizo una raja perpendicular a la primera. El escudo parecía sangrar sangre rosa que resbalaba hasta el suelo. La joven introdujo el escudo por la línea del suelo y lo levantó con todas sus fuerzas, hasta llevarlo por encima de su cabeza y el muro mágico se abrió como una cortina.

Claudia y Josh fueron los primeros en cruzar por el espacio que quedaba entre la chica y el muro mágico, los demás cruzaron detrás de ellos y cuando la chica pasó al interior dejando caer el pesado muro de vuelta a su estado original la luz tocó su piel, el sol había empezado a salir por el horizonte y los vampiros dieron unos pasos atrás para esconderse entre las sombras. Se iban a marchar cuando la chica se dio cuenta de que en realidad el escudo no se había soldado como estaba antes, las rajass seguían ahí sangrando como piel desgarrada, así que la Tara se acercó con cuidado y pasó su mano ensangrentada sobre los cortes y estos emanaron una tenue luz rosada y se sellaron como si nunca hubiera pasado nada. Tara estaba satisfecha por haber conseguido cerrar la entrada, se volvió hacia los demás y sus piernas empezaron a fallarle. La chica esta exhausta por toda la magia que había gastado en la batalla y su herida no sanaba. Adrian vio como empezaba a tambalearse y la ayudó a sentarse. Se quitó el chaleco y envolvió la profunda herida de la chica con él para evitar que siguiera perdiendo sangre, la chica le dedicó una sonrisa y se desplomó por el agotamiento.

CAPÍTULO 10

Arrastraban a la joven hacia la angosta abertura que conducía al pasadizo, Claudia pasó primero y cuando Josh quiso pasar se encontró con su hermana que se arrastraba de vuelta a donde estaban los demás y tubo que retroceder para dejarla pasar.

- ¿Qué sucede?- le preguntó el chico- ¿Por qué te vuelves?
- Hay algo extraño ahí dentro- le dijo esta
- ¿El qué?
- Creo que hay algo tras el techo del pasadizo.
- ¿A qué te refieres?
- He oído algo, me parece que están escavando al otro lado.
- ¿Excavando?
- Puede ser que tengas razón- intervino Ashira
- ¿Por qué lo dices?- le pregunto Josh
- Cuando Tara me mandó que siguiera a los Úlcidos vi como hacían un enorme hormiguero alejado a unos cincuenta metros de los muros de la ciudad. Podrían haber llegado cavando hasta ahí.
- Pero está el escudo protector, no les servirá de nada llegar hasta los túneles.
- No,- le dijo Daniel preocupado- recuerda lo que nos ha explicado Tara, el escudo está en la puerta, no en los pasadizos.
- Pero ellos no lo podían saber- dijo Adrian
- Creo que solo están probando- le contestó Daniel- nosotros vimos cómo se quemaban intentando cruzar por debajo del escudo.
- Entonces,- dijo Claudia reclamando la atención- si lo que decís es cierto, no tardaran mucho en llegar hasta los túneles.
- No podemos dejarles que lleguen hasta la ciudad- dijo Ashira.
- Claro que no. Debemos defender los túneles, pero antes deberíamos hacer algo con ella- dijo Claudia señalando a Tara que yacía inconsciente en el suelo.

- La enterraremos- dijo Josh tras quedarse un rato pensativo.
- ¿Qué?- replicó Adrian- ¿Cómo la vamos a enterrar viva?
- No está viva- dijo el chico
- ¿Cómo qué no?- contentó Adrian
- Tienen razón- dijo Claudia- la noche en que le introdujimos los venenos de los cambiantes la matamos y ella volvió de entre los muertos.
- Entonces la Tara que conocemos, nuestra Tara...- el chico dejó de hablar.
- Es una no muerta- dijo Claudia terminando la frase.
- Si la vamos a enterrar démonos prisa- dijo Daniel

Claudia y Josh cavaron rápidamente un agujero en el suelo de la entrada del pasadizo, después Adrian y Daniel dejaron caer el cuerpo inerte de la chica en él y tan rápido como lo habían escavado lo taparon. Cuando se aseguraron de que Tara estaría a salvo pasaron por el angosto pasadizo hasta el túnel que conducía al castillo y se prepararon para luchar.

Daniel arrancó unas raíces de la pared y les prendió fuego con sus esferas mágicas, dándoles algo con lo que defenderse contra los Úlcidos, sabían que no podían ganar aquella batalla. Ellos estaban agotados tras toda la noche luchando y los úlcidos estaban en plenas facultades, pero no podían rendirse ahora. Eran guerreros de los reinos y no había muerte más noble para ellos que luchando en el nombre de la paz entre los reinos.

El techo del pasadizo comenzó a desmigarse y ellos alzaron sus antorchas hacia el agujero que se empezaba a formar sobre sus cabezas. De repente un millar de pequeños artrópodos salió en tropel desde el pequeño agujero, más y más de aquellos bichos salían conforme el agujero iba aumentando de tamaño. Por todas partes los rodeaban las grandes arañas de patas largas y peludas, las pequeñas hormigas de fuego, los indestructibles escarabajos de fuertes corazas, las asquerosas cucarachas e infinidad de insectos voladores que revoloteaban entorno a ellos.

En cuestión de minutos los rodearon, estaban por todas partes, aguardando el momento para atacar, mientras estrechaban cada vez más el círculo que había dibujado entorno al equipo. El equipo se puso en formación, espalda con espalda, con las antorchas y las espadas apuntando en dirección a sus atacantes. Los insectos atacaron todos a la vez, de repente miles de pequeñas patas corrían por sus piernas arriba y se colaban por sus pantalones, los chicos quemaban todos los que podían con sus improvisadas antorchas, Daniel soltaba inmensas llamaradas al soplar sobre el fuego de su

antorcha, como un dragón escupiendo fuego, pero por muchos insectos que quemasen muchos más entraban por el orificio del techo, infestando las paredes y el suelo. No podrían seguir por mucho tiempo. Los animales clavaban sus aguijones una y otra vez sobre la piel de los jóvenes, mientras otros les mordían y rasgaban. El fuego de las antorchas empezó a disminuir paulatinamente y ya no se podía apreciar hasta donde llegaban los pequeños insectos.

Todos ellos eran conscientes de que si los úlcidos los derribaban los llevarían presos ante Sigmund y los torturarían hasta morir. Además tomarían la ciudad y masacrarían a todos sus habitantes. Solo les quedaba huir si querían salvar la vida, y cualquiera de ellos podría haber salido de allí corriendo sin que nadie se lo pudiera reprochar, pero su deber como guerreros les impedía marcharse. Además tenían que proteger a Tara, no la podían dejar allí tirada, pues si Sigmund daba con ella el caos se desataría tanto en el orbe de los cambiantes como en el de los humanos y al final Nataly ganaría y el mal reinaría en los orbes por siempre, así que si tenían que morir, morirían defendiendo a los reinos.

La oscuridad se tragó los últimos retazos de luz y lo envolvió todo. Tan solo se podía ver algo por la tenue luz que entraba por el orificio de salida del túnel que habían dejado atrás, la lucha se volvió encarnizada cuando los úlcidos tomaron de nuevo su forma semihumana y cargaron contra ello con sus afilados cuchillos.

De repente la penumbra se desvaneció con una ola de fuego procedente de uno de los pasadizos perpendiculares asolando a decenas de úlcidos. La atención de los hombres de Sigmund dejó de estar puesta en los jóvenes guerreros y se centró en las mortíferas llamas que se iban acercando cada vez más, de repente otra llamarada de fuego acabó con los úlcidos que quedaban en los pasadizos sin tocarles ni un pelo a ellos. Sus ojos ardieron ante la voracidad del fuego, pero no les pasó nada y desde su lugar privilegiado a salvo del fuego pudieron ver con asombro cómo se calcinaban los insectos que componían la piel de los úlcidos y dejaban a la vista su aspecto humano antes de caer muertos al suelo.

Cuando el fuego cesó, su dolorida vista apreció a tres figuras que se recortaban entorno a una verdosa luz mágica que se iban acercando. Cuando estuvieron más cerca sus ojos pudieron enfocarlos al fin.

- ¡Ari!- gritó Daniel y fue corriendo hasta ella, cuando la alcanzó la cogió de entre sus brazos y la levantó del suelo dando una vuelta. Cuando la dejó en el suelo la besó con fuerza, alegrándose por verla de nuevo con vida. -¿Estás bien?- le preguntó mientras la miraba de arriba abajo con una sonrisa de pletórica felicidad.

- Perfectamente- dijo la chica- gracias a Emet y a Max ahora ya estoy bien.

Los demás se acercaron y les agradecieron que hubieran venido a salvarlos, pero Claudia no fue con los demás. Estaba sentada en el suelo con lágrimas en los ojos mientras acariciaba la cabeza de Josh, al mismo tiempo que este intentaba no desmayarse por el intenso dolor.

Una de las hojas había atravesado a Josh de lado a lado, el vampiro enfureció y cogió al úlcido que había descargado su espada contra él antes de que este la soltara y se bebió toda su sangre. Los dragones de sus brazos tomaron vida propia y se desenroscaron de los hombros del joven para perseguirse en torno a su estómago y así proteger al chico ante el veneno. Al final uno de los dos dragones se introdujo por su ombligo desde su piel y el otro se enroscó a la cuchilla que atravesaba su pecho. El joven cayó de rodillas y empezó a vomitar toda la verdosa sangre que había tragado, gracias a la protección del dragón que se había colado por su ombligo. Cuando dejó de vomitar la viscosa sangre verdosa agarró con las dos manos la empuñadura de la espada y la extrajo de su cuerpo con un bramido de dolor, después se recostó en el suelo sobre su espalda y su herida empezó a sanarse muy lentamente debido al cansancio, mientras empezaba a tener espasmos por el veneno que el dragón intentaba eliminar de su cuerpo.

Todos fueron corriendo junto a ellos, pero Emet seguía allí plantado de pie. Max sacó su petaca del bolsillo y tras conjurarla el líquido de su interior se convirtió en sangre, el brujo se la ofreció al vampiro y este bebió todo lo que había en su interior.

- ¿Dónde está Tara?- preguntó el chico acercándose a Adrian

- Está aquí- dijo él- sígueme.

Adrian lo guio por el angosto pasadizo que llevaba hasta donde Tara estaba enterrada y cuando le indicó donde yacía la chica este se tiró al suelo rápidamente y empezó a escavar para sacarla de su sepultura. La chica estaba bien, solo parecía dormida, no le había pasado nada por estar enterrada ya que no le era necesario respirar, solo lo hacía para seguir sintiéndose viva. El joven cogió con cuidado el brazo de la chica que estaba envuelto con el chaleco de Adrian y lo descubrió para ver qué era lo que le había sucedido a la chica, se quedó horrorizado al ver el mal aspecto de la herida de la muchacha que tenía un esputo blanquecino y estaba empezando a ponerse de un tono negruzco por los bordes. A causa del cansancio, no solo no había sanado, sino que la descomposición de su piel había ido más rápida de lo normal.

El chico sacó su varita del bolsillo y sanó la herida de la joven. Tara estaba anormalmente pálida a causa de la gran pérdida de sangre así que el joven se puso en pie y decidió llevarla hasta el castillo,

donde podría curarla mejor. Adrian le ayudó a pasar el cuerpo de la chica por el angosto orificio que comunicaba la salida con el resto del pasadizo y después Emet la cogió entre sus brazos y se dirigió hacia el castillo.

Mientras tanto Max había conseguido que Josh dejase de sangrar gracias a la sangre que le había dado. El chico estaba muy débil a causa del veneno que su cuerpo aun intentaba expulsar, decidieron llevarlo a él también de vuelta al castillo, pero antes de que se pudieran poner en marcha algo reclamó su atención.

Los lobos de Sigmund habían seguido el rastro que los úlcidos habían dejado tras ellos y habían encontrado la forma de entrar en la ciudad. Emet ya había desaparecido de su vista con Tara en brazos y el resto no tuvieron más remedio que ponerse en guardia para defenderse de los lobos, pero Josh no podía luchar, así que se arrastró hacia la salida, una vez allí se acurrucó en una esquina de la sala a salvo de la luz del sol que empezaba a inundar la pequeña sala.

Ari creó nuevos frasquitos de cloruro de plata y se los lanzó a sus amigos para que impregnasen sus armas. Adrian tomó la forma de su tigre de batalla con las afiladas garras doradas impregnadas de cloruro de plata y aquella bruma azulada. Claudia cogió su espada y la de su hermano, a la par que sacaba sus blancos colmillos, mientras Ashira preparaba su arma de doble filo y Daniel creaba una nueva esfera de fuego, Ari y Max desenvainaron sus varitas.

La batalla fue encarnizada, al principio iban matando a los lobos conforme pasaban la abertura del techo, pero el agujero se fue haciendo más grande y los lobos entraban en tropel, mucho más rápido de lo que los guerreros podían despacharlos. Aunque luchaban con todas sus fuerzas, no parecían ser suficientes. Uno de los licántropos mordió a Adrian en un brazo, el joven volvió rápidamente a su forma humana y antes de que el veneno de lobo se incorporase en su sangre cogió su espada y se cortó su propio brazo. Ahora estaba sentado en el suelo desangrándose, mientras su piel iba formando poco a poco un muñón donde antes estaba el brazo. Claudia lo defendía con todas sus fuerzas, los cuerpos sin vida de los lobos que se les acercaban estaban amontonados en torno a ellos. La chica no tenía dificultad en arrancarles la cabeza de una cuchillada o atravesarles el corazón con su espada, pero sus reflejos aunque seguían siendo muy veloces, cada vez eran más lentos a causa del cansancio.

Rayos rojos y verdes se distribuían por doquier desde el centro del pasadizo donde estaban los hechiceros y Daniel, espalda contra espalda, la esfera de Daniel iba desintegrando a todos los lobos que se le acercaban, pero cada vez era más pequeña, porque al joven no le quedaban energías para mantenerla encendida y pronto tendría que desenvainar su espada de fuego para luchar. Ari

convertía en cenizas a todos los lobos que lograban alcanzar y los conjuros de Max conseguían que los lobos fueran ralentizados, convirtiéndolos en blancos fáciles.

La esfera de Daniel se agotó y este tuvo que alejarse de los hechiceros para combatir cuerpo a cuerpo con los lobos que cada vez se movían más rápidos, pues los poderes de Max iban disminuyendo. El brujo se había pasado toda la noche curando a Ari, después había sanado a Josh y sus fuerzas habían menguado considerablemente.

El hechicero cerró el boquete del techo impidiendo que más lobos entrasen antes de que uno de ellos se abalanzase sobre él y le arrancase la cabeza de un mordisco. El hechicero se desvaneció en una bruma verdosa, que intoxicó al lobo que lo había atacado matándolo al instante, ya solo quedaban una decena de licántropos allí abajo. Ashira cortó la cabeza de uno de ellos que estaba a punto de devorar a Claudia, después de haberla noqueado de un fuerte golpe en la cabeza. Adrian que tenía un color verdoso agarró a la chica con la mano que le quedaba y miró como se sanaba el corte de su cabeza donde el lobo la había golpeado.

Ya solo quedaban seis lobos, Ari seguía luchando contra un enorme animal de pelaje blanco, mientras Ashira cuidaba de Claudia y Adrian. Daniel mató a otro de los lobos y las chicas abatieron a los que intentaban atacarlas, pero Ari no vio como uno de los licántropos se le acercaba por la espalda.

El imponente animal saltó sobre ella, Daniel que advirtió lo que sucedía iba a avisarla, pero no tenía tiempo, así que saltó sobre la joven increíblemente rápido y descubrió sus poderosas alas blancas en torno a ella a modo de escudo. La espada del licántropo atravesó la espalda del chico hasta llegar a su pecho pasándole justo por el corazón. Ari lo miró y vio como sobresalía el acero de la espada sobre su pecho chorreando sangre sobre ella, alzó los ojos hacia el chico horrorizada por lo sucedido -Ari...- dijo el chico con su último aliento lleno de amor y se desvaneció en llamas, llevándose consigo al lobo que lo había matado.

Todos se detuvieron por un segundo y Ashira aprovecho para cortar la cabeza de los dos lobos que quedaban en pie. Después se acercó a Ari que estaba sentada en el suelo sobre sus talones en estado de shock en vuelta en la sangre de Daniel con una de sus blancas plumas entre sus manos. La chica no sabía muy bien que decirle, así que se agachó y la abrazó con fuerza. El brazo de Adrian ya estaba casi regenerado por completo y se hizo un corte en el sano para dar su sangre de beber a Claudia, para que esta se despertase. Entonces la pared que daba a la salida empezó a temblar y Josh apareció jadeante de la roca desde el lado contrario a donde estaba el orificio. Sus piernas estaban

achicharradas por el sol y el joven jadeaba mientras se apoyaba exhausto contra la pared al otro lado.

- ¿Qué te ha pasado?- le dijo Adrian
- El sol...- le contestó este mientras recuperaba el aliento- casi me alcanza.
- ¿Estás bien?
- Lo estaré, no te preocupes. ¿Qué le ha pasado a Claudia?
- La noqueó un lobo, pero parece que ya se despierta.

La chica abrió los ojos poco a poco y vio que todo había acabado. Se giró hacia Adrian y vio como sangraba su brazo donde se había rajado para darle de beber. La chica se clavó un colmillo en el dedo índice y pasó su sangre sobre la herida del joven que sanó mucho más rápido. Su mano ya se había terminado de regenerar y la abrazaba con fuerza. Entonces es cuando vio que su hermano estaba herido y se soltó de los brazos de Adrian para ir junto a él.

Cuando llegó hasta su hermano se puso en pie y lo cargó sobre los hombros, miró a los demás al darse la vuelta y les dijo:

- Creo que por hoy ya está bien, volvamos al castillo.

Ashira puso en pie a Ari que se movía de forma mecánica por el shock de la muerte de Daniel y Adrian arrastraba los pies por el cansancio, pero al fin consiguieron llegar hasta el castillo y se dirigieron hasta sus habitaciones para descansar e intentar olvidarse un poco de todo lo sucedido.

CAPÍTULO 11

Tras el alba, los hombres de Sigmund dejaron de atacar la ciudad y se retiraron de nuevo al bosque. Sus tropas habían sido diezmadas aquella noche, ya solo les quedaban un par de decenas de hombres, por lo que no les quedó más remedio que retirarse.

Los vítores resonaban en las calles de la ciudad ante la victoria sobre las tropas enemigas. Al medio día, la música y la fiesta inundaron las calles de la fortaleza. Pero en el interior del castillo el ambiente era totalmente diferente, Tara descansaba en su cama, mientras Emet aguardaba a que despertase leyendo un libro junto a ella. Claudia y Adrian también descansaban en su habitación y el silencio lo inundaba todo.

Mientras todos descansaban, Josh caminaba sin rumbo por los largos pasillos subterráneos de palacio, el joven iba de aquí para allá evitando el sol y pensando en todo lo sucedido. Sus piernas ya se habían recuperado después de beber un poco de sangre que le ofrecieron los criados de palacio, pero a pesar de todo el cansancio, no conseguía dormir. Un leve ruido lejano llamó su atención cuando caminaba de vuelta su habitación, parecían una especie de sollozos, eran tan tenues, que de no haber sido por su exquisito oído de vampiro no los habría advertido siquiera. Se acercó sin hacer ningún ruido hasta la habitación de donde venía el ruido y se detuvo ante la puerta cerrada.

Era el cuarto de Ari y Daniel, bueno ahora solo de Ari, el chico giró con delicadeza el pomo de la puerta y entró en la habitación sin hacer ni el más mínimo ruido. Una vez dentro, vio a Ari sentada en la cama con la chaqueta de Daniel entre sus brazos, llorando en silencio, sin emitir más que un leve sollozo al respirar a causa de las lágrimas.

El chico se acercó con cuidado y se sentó junto a ella sin decir nada, la chica estaba tan sumida en sus pensamientos y en su dolor, que no se dio ni cuenta de la presencia del joven. Josh al verla tan triste le pasó el brazo sobre su hombro para consolarla y esta le dirigió una fugaz mirada con los ojos llenos de lágrimas. El chico sacó un pañuelo de tela perfectamente plegado de su bolsillo y se lo ofreció para que secase sus lágrimas, esta lo tomó entre sus largos y delgados dedos para secarse las gotas de agua que corrían como ríos por sus mejillas.

Cuando se lo devolvió, la tristeza de la joven inundaba cada rincón de la sala y sus ojos brillaban por las lágrimas que luchaban por salir. El chico la cogió entre sus brazos y le dio un fuerte abrazo, la joven se lo devolvió con todas sus fuerzas. Era como si intentase sacar todo lo malos, todo aquello que le hacía tanto daño por dentro en aquel abrazo. Cuando al fin lo aflojó un poco, antes de soltarlo,

le dijo al oído:

- Es culpa mía ¿Sabes?
- ¿Qué dices? ¿Cómo va a ser culpa tuya?- dijo el chico apartándola un poco para mirarle a la cara, pero sin soltar brazos.
- Sí, lo es- le contestó ella apoyando su cabeza en el hombro del chico.
- No es cierto, y lo sabes- dijo este intentando calmar la culpa que la invadía, mientras acariciaba sus largos cabellos.
- Claro que sí- dijo esta levantando la mirada de nuevo hacia él.- si yo hubiera estado atenta, el no habría tenido que...

La voz de la chica quedó ahogada por las lágrimas. Josh al verla así, la volvió a abrazar y recogió el pañuelo de entre sus manos para volver a secar los ríos que corrían por sus mejillas.

- Él te quería, te quería tanto que dio su vida por ti.- empezó a decir el chico- Yo no lo llegué a conocer mucho, pero en todos mis años de vida, nunca había visto un gesto de amor tan desinteresado como ese.

Ari había levantado la cara para mirarlo con los ojos llenos de esperanza por las palabras del joven. Sus labios eran una fina línea por tenerlos apretados para no llorar más, su cara estaba sucia por la batalla y surcada por dos largas líneas desde sus ojos hasta su barbilla causadas por las lágrimas, pero aun así brillaba llena de esperanza por las palabras que decía el joven.

- Y estoy seguro- continuó diciendo Josh apartando los cabellos de la joven tras su oreja- de que él no querría verte así. Querría verte feliz y que continuases por él, bueno, por los dos.
- ¿De verdad lo crees?- dijo esta con energías renovadas.
- Claro que sí- dijo él acariciándole con delicadeza su mejilla- estoy seguro.

La chica lo abrazó de nuevo, pero esta vez no había tristeza, ni lágrimas. Solo había paz en ella.

- Lo haré- le susurro la chica al oído- seguiré adelante por él, por los dos.

Cuando se soltaron, el chico le sonrió con una sonrisa perfecta y cogiéndola de la mano la sacó de la habitación. La llevó a dar un paseo por los sótanos del castillo para que se olvidase un poco de todo lo sucedido y se calmase.

Al atardecer, Tara abrió los ojos y sonrió al ver a Emet allí sentado terminando de leer un libro de

tapas negras que sostenía entre sus huesudos dedos. Por un momento, la chica no hizo ningún ruido, ni siquiera se movió para poderlo contemplar detenidamente. El rostro del joven estaba muy sereno, con un toque angelical al ser iluminado por el cálido sol del atardecer. Sus ojos bicolores brillaban llenos de vida, mientras se movían de un lado para otro siguiendo los renglones del libro. Sus facciones eran suaves, a la par que masculinas, haciendo que pareciera que su rostro era el de una de esas estatuas perfectas, tallada por maestros artesanos, que había cobrado vida. Su piel tenía un tono dorado, tiznado por el sol y sus largas pestañas castañas lanzaban sombras sobre sus ojos haciendo que su mirada fuera más profunda y por último sus cabellos castaños y dorados enmarcaban la perfección de su rostro. Tara soltó un suspiro y el chico levantó la mirada del libro.

- Buenos días- le dijo él con dulzura cerrando el libro sin marcar la página por donde iba.
- Buenas, ¿Qué lees?- pregunto la muchacha sentándose en la cama.
- Nada, un libro de viejas historias que me leía mi madre de pequeño.

Mientras decía esto, el chico se levantó y dejó el libro en la estantería que había al fondeo de la habitación junto a la falsa ventana.

- Tengo que decirte una cosa- dijo la chica mientras el volvía- siéntate.
- Dime- dijo él sentándose en la cama junto a ella con cara de preocupación- ¿Pasa algo?
- Después de levantar los escudos- empezó a decir la chica- cuando nos desmayamos, pasó algo.
- ¿Qué pasó?
- No sé cómo, pero me desperté en el cuerpo de Nataly.
- ¿Cómo que en el cuerpo de Nataly?
- Sí, me desperté en una cabaña donde se esconde con Matt y Frederick.
- ¿Pero entraste en sus sueños, como ella hizo antes o poseíste su cuerpo?
- Entré en su cuerpo, era ella- afirmó la chica- y hablé con Frederick.
- ¿Y él no se dio cuenta de que tú no eras Nataly?
- No lo sé, creo que no.
- ¿Y qué te dijo?
- Me contó sus planes.

- ¿De verdad te los contó?
- Claro, él creía que se lo estaba explicando a Nataly.
- ¿Y qué te contó?
- Me dijo que tenía pensado ir al orbe de los susurradores, para que Nataly se enfrentase a Cedrick y ganase el Crocten.
- No podemos permitirselo- dijo el chico poniéndose en pie- si eso fue hace dos días, a lo mejor aún tenemos tiempo de impedirselo.
- Cuando caiga la noche saldremos en dirección a la puerta más cercana del orbe- dijo Tara mirando por la ventana al sol que empezaba a ocultarse tras las montañas- mientras tanto deberíamos ir a contárselo a los demás para que se vayan preparando.
- Sobre eso...- dijo Emet sentándose de nuevo junto a ella y cogiéndole las manos- tengo que darte una mala noticia.
- ¿Qué pasa?- dijo la chica asustada por la seriedad del rostro del joven- Me estas asustando.
- Daniel...- empezó a decir este.
- ¿Qué pasa con Daniel?
- Murió en los pasadizos.
- ¿Qué...?- dijo la chica con los ojos exorbitados mientras se llevaba una mano a la boca- ¿Qué Daniel qué...?

Mientras tanto Josh y Ari seguían paseando por los pasillos del sótano hasta que llegaron a la altura de la habitación del joven. Este la abrió e hizo un gesto con la mano para invitar a la chica a entrar. Ari miró con recelo al interior de la habitación.

- Pasa- le dijo el chico al ver que no entraba- debemos descansar.
- No- dijo esta desde la puerta moviendo la cabeza hacia los lados.
- Venga, pasa- le dijo este dándole una mano- no voy a dejar que vuelvas a tu habitación, no es bueno para ti.
- ¿Qué más da?- dijo la chica entrando al fin a la habitación tras la insistencias del joven- yo no quiero descansar, yo solo quiero que vuelva Daniel.

- Yo no puedo ayudarte en eso- dijo el chico rebuscando en uno de los armarios- pero te puedo ofrecer un poco de esto- después de decir esto el chico sacó del fondo de un armario una botella que contenía un líquido azul celeste y en la etiqueta ponía “Vodka”

- ¿Pretendes emborracharme?- le dijo ella sentándose en la cama.

- No, pero al igual que tú, yo también he pasado muchos años en el orbe humano y sé me ha pegado la costumbre que tienen allí de ahogar las penas en esto.

- Bueno- añadió la chica cogiendo la botella para mirarla con más atención- por ahora esto servirá.

El chico se acercó a ella con un par de jarras desconchadas que había encontrado en la habitación y le ofreció una a la chica. La joven la cogió y llenó ambas jarras hasta la mitad de aquel líquido azul pálido. Los jóvenes brindaron y tras dar un largo trago el chico puso una mueca de asco y dijo.

- ¡Ag! está caliente.

- Eso tiene solución- dijo la ella chasqueando los dedos y un par de cubitos de hielo surgieron en cada vaso.

- Esto ya es otra cosa- dijo el joven acabándose el contenido de su jarra de otro trago.

- ¿Y tú por qué bebes?- dijo mientras el chico rellenaba ambas jarras.

- Yo no estaba el otro día en Adrihim por casualidad- empezó a decir el muchacho- mi casa estaba allí, mi familia...

Las palabras del chico se alargaron, dio otro trago de su taza y continuó.

- Me enviaron al Orbe Humano hace algún tiempo para hacer una crónica sobre la energía mágica que se filtraba por vuestro polo norte y cuando terminé, regresé de vuelta a mi casa. Pero cuando llegué allí, mi suegro estaba sentado en el sillón del salón con una fotografía de mi esposa entre las manos. En cuanto me miró supe que algo no iba bien, su rostro era mucho más oscuro y triste de los que jamás lo había visto. Al verme entrar por la puerta apretó con tanta fuerza el retrato que tenía entre sus manos que lo partió por la mitad. “¿Qué haces tú aquí?” me dijo y yo no supe que responder. Después se levantó del sillón y cerró la puerta de golpe “Se suponía que estabas muerto” siguió reprochándome. Por lo visto cuando informamos de que otro de nuestros compañeros había muerto la información se traspapeló y le comunicaron a mi familia que era yo el fallecido.

- ¿Pero eso no debería de haber sido motivo de alegría?- le interrumpió Ari- Quiero decir, ¿Por

qué no se alegraba tu suegro de que siguieses con vida?

El rostro del joven vampiro se llenó de sombras por un momento.

- Por qué su hija, mi esposa, se suicidó al creer que yo había muerto. Salió al sol del mediodía tras recibir la noticia.

- ¿Qué?- dijo Ari sorprendida- ¿Y por qué hizo eso?

- Resulta, que a las pocas semanas de irme yo se enteró de que estaba embarazada y ya faltaba poco para que naciera el bebé cuando le dieron la noticia. Del disgusto, perdió a la criatura y la desesperación de creer que me había perdido a mí y a nuestro hijo la enloquecieron. Solo dejó una nota que decía que ella no quería una eternidad así y salió por la puerta.

- ¿Pero tú sabías que estaba embarazada?

- No, nadie me lo dijo hasta que llegué. Si no, habría vuelto antes junto a ella. ¿Y sabes que es lo peor?

- ¿Qué?

- Que ni siquiera los he podido llorar como se merecen, porque la misma noche que llegué yo a Adrihim, Sigmund nos atacó y tuve que partir inmediatamente.

- ¡Qué horror!- dijo la chica- lo siento de veras.

- Qué buena eres- dijo el secándose las lágrimas que querían brotar de sus ojos antes de que lo hicieran- a pesar de todo lo que tú has sufrido hoy, tienes compasión de mí.

- Pues claro- dijo esta abrazándolo- porque aunque Daniel y yo no nos conociésemos tanto como tú y tu esposa. Nuestro amor era verdadero y jamás he querido a nadie como lo quiero a él. Así que comprendo tu dolor.

El joven le quitó la taza de la mano y depositó las dos jarras en el suelo junto a la cama. Ari lo miraba con ojos vidriosos, llenos de tristeza ante el recuerdo. Pero a pesar de todo el dolor, Josh se quedó encandilado al ver a Ari en ese momento con su delgado rostro iluminado por los últimos rayos del crepúsculo. Era la muchacha más bella que jamás había visto en su larga vida, aquellos finos rasgos de su delgada cara, con los labios rosados y su pequeña nariz que descansaba junto a unos elevados mofletes pintados con una pizca de rojo, haciendo destacar aún más sus imponentes ojos verdes que brillar de forma cristalina, como las tranquilas aguas de un lago estancado bañado por la luz del sol del mediodía y rematados por unas largas pestañas que definían su forma almendrada. Todo esto terminado por una larga y sedosa melena castaña que caía sobre sus hombros como un paño de

seda que parecía brillar en la incipiente oscuridad de la sala.

Sin pensar en lo que hacía, los fuertes dedos del chico cogieron con delicadeza el mentón de la joven elevándolo un poco para contemplar aún más su perfección y no pudo resistir más el impulso de besarla allí mismo. El beso tomó a la chica por sorpresa e instintivamente se apartó de él. Al alejarse unos pocos centímetros del joven, este se quedó boquiabierto por la sorpresa, de repente todo fue como si la chica lo hubiese despertado de un placentero sueño lanzándole un cubo de agua helada a la cara.

- Lo siento mucho- dijo el joven recostándose un poco hacia atrás, mientras se pasaba los dedos por los ojos- no debería...

La chica no lo dejó terminar, no le quedaban ni fuerzas, ni ganas para seguir luchando contra todo aquello ella sola. Sentía una tremenda atracción por Josh, no entendía porque, ella amaba a Daniel, aunque no estuviera allí, su corazón le pertenecía. Pero cada parte de su cuerpo deseaba a Josh, de una forma más animal de lo que jamás había deseado a nadie y al final, se inclinó hacia delante para recuperar la distancia que el chico había puesto entre ellos al recostarse, y ante la cara de sorpresa del joven, sonrió y le devolvió el beso.

En su habitación Tara saltaba de la cama a toda prisa y buscaba sus botas para ir a ver a Ari. Cuando llegó a la habitación de Daniel y Ari tocó a la puerta, pero nadie le contestó, así que giró con cuidado el pomo y entró en la sala. Para su sorpresa, allí no había nadie, así que se dirigió hacia la habitación de Adrian y Claudia para ver si ellos sabían algo del paradero de la joven.

Tara llamó a la puerta y al principio no hubo respuesta, así que insistió de nuevo y se oyó la voz de Claudia.

- ¡VETE!- le gritó desde la cama.

- Soy Tara.

- Por mí como si quieres ser la puñetera Reina Isabell, como se te ocurra volverme a molestar juro que te mato.

- Es que tengo que preguntarte una cosa- insistió Tara.

- FUERA DE AQUÍ- le volvió a gritar y cogió uno de sus zapatos y lo lanzó contra la puerta.

Tara resopló y se marchó “que mal despertar tiene la vampiresa, espero que su hermano esté de mejor humor” pensó para sí misma mientras se dirigía hacia la puerta del chico. Tocó a la puerta y

como siempre, nadie le constó, volvió a tocar con más fuerza esta vez, peor nada. La segunda vez que tocó la puerta esta se abrió un poco porque no estaba bien cerrada. A la chica le picó la curiosidad y se asomó un poco al interior de la habitación. Se quedó completamente helada al ver lo que sucedía, Ari estaba besando a Josh. ¿Cómo podía estar besándolo? La chica negó con la cabeza, tratando de regresar de aquella alucinación, pero lo que había ante sus ojos era muy real.

Ari se apartó rápidamente del chico al darse cuenta de su presencia. A la chica le extraño poder ver algo allí dentro, pues la oscuridad lo invadía prácticamente todo, y deseó que Tara no la viese, pero la veía. Al final, se puso en pie y trato de ir hacia su amiga para darle algún tipo de explicación, pero realmente no había ninguna explicación lógica para lo que había sucedido.

- ¿Tara? ¿Qué haces aquí?- preguntó mientras se acercaba a ella.
- Yo... Te estaba buscando- dijo sin saber muy bien que decir- pero ya da igual.- Y se marchó de la habitación sin dejar hablar a Ari
- No, espera- dijo Ari avergonzada tratando de seguirla- ¿Qué pasa?- le dijo cogiéndola por la muñeca tras cruzar la puerta.
- ¿Qué, qué pasa? ¿Qué pasa contigo?
- Yo...- la chica no sabía cómo contestarle, se pasó la mano por los cabellos y miró al interior de la habitación, donde Josh la miraba, tan confuso como ella.

No tenía excusa, no comprendía porque lo había hecho, ni por que sentía aquella repentina atracción hacia Josh. Miro a su amiga avergonzada y cuando volvió a mirar la interior de la habitación le pareció ver a Daniel en lugar de a Josh y su corazón le dio un vuelco, pero al instante la ilusión desapareció y volvió a ver a Josh. Una punzada en lo más profundo de su ser la atravesó y tubo que agarrarse a la puerta para no caer. El profundo amor que sentía por Daniel la estaba matando cada segunda que pasaba, y una oleada de culpabilidad la atravesó al pensar en la extraña atracción que sentía por Josh. Las lágrimas pudieron más que ella y comenzó a llorar, todo lo que hasta ahora no había podido llorar. Tara la abrazó para consolarla y cuando la fin se calmó le dejó.

- He de contaros algo, recoged vuestras cosas y venid en cuanto podáis a mi habitación. ¿Podrás hacerlo?

Ari asintió, secándose las lágrimas con la manga de su camisa y entro de nuevo en la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Cuando terminaron de hablar, Tara salió todo lo rápido que pudo de camino a la habitación de

Claudia y Adrian, y volvió a llamarlos. Cuando volvió a tocar la puerta, el otro zapato de la joven reboto contra la madera.

- ¿Cómo narices te he de decir que nos dejes dormir en paz?- dijo Claudia abriendo la puerta tan rápido que asustó a Tara.

- No hay tiempo para dormir- le contestó la chica- el sol se ha escondido ya y nosotros nos tenemos que ir.

- ¿A dónde vamos?- le preguntó la vampiresa calmándose un poco.

- Ahora cuando estemos todos os lo cuento, preparaos y venid a mi habitación.

Cuando Claudia se giró y le cerró la puerta en las narices, Tara se fue a su habitación y cogió lo poco que había traído. Al instante llegaron los demás cargados con sus mochilas y sus armas, la chica les contó todo lo que Frederick le había dicho, pero omitió lo sucedido con Matt. La joven pensó que aquello no les incumbía a ninguno de ellos y tampoco quería avivar el odio que Emet sentía por él.

Al terminar de oír la historia todos se pusieron en pie, dispuestos para marcharse, pero antes siquiera de salir por la puerta de la habitación cayeron en la cuenta de que Daniel ya no estaba con ellos, tendrían que pedir ayuda a Ícaguot para encontrar un portal al orbe de los susurradores y rogarle que les dejase a alguien de su confianza que supiera moverse por allí, al menos hasta que encontrasen alguien de aquel orbe que pudiera ayudarlos.

CAPÍTULO 12

Cuando subieron a la parte superior del castillo todo parecía diferente a como había sido antes, cuando la luz del cambio lo invadía todo. Ahora la única luz que iluminaba algo era la de la luna que empezaba a menguar y los pocos retazos de color procedentes de los farolillos de fiesta que iluminaban la ciudad más abajo.

El castillo estaba desierto, pero un murmullo se oía a lo lejos, Tara fue la primera en apreciarlo y todos los demás la siguieron sin pensarlo. Al final el ruido de voces los condujo ante dos inmensas puertas de madera blanca, Tara empujó una de ellas con cuidado y asomó la cabeza para ver si el rey estaba allí dentro o si había alguien que les pudiera indicar dónde estaba.

Tuvieron suerte y el rey Ícaguot estaba allí, pero no estaba solo, la mitad de la población estaba allí sentada con sus mejores galas escuchando las palabras del rey. Cuando las puertas rechinaron al abrirse, todos se volvieron para mirar lo que pasaba y Tara se puso roja como un tomate.

- Reina Tara ¡Qué honor!- Gritó Ícaguot desde lo alto de los escalones donde estaba subido.

La chica dio un paso adelante y entró en la sala, mientras los demás se asomaron con curiosidad por la puerta entreabierta.

- Mirad, también han venido el resto de nuestros salvadores- continuó diciendo- Pasad, pasad todos.

Los demás entraron cuidadosamente tras ella en fila india y Adrian cerró la puerta tras de sí al pasar al interior de la sala.

- Pero venid hasta aquí- dijo haciéndoles señas para que avanzasen- no seáis tímidos.

Todos empezaron a caminar por el pasillo ruborizados al ver toda la gente que tenía su mirada clavada en ellos. Los del fondo iban vestidos con elegantes ropas de fiesta y los de más adelante iban bien uniformados con los trajes de gala del ejército de los licántropos.

Cuando llegaron a lo alto de los cuatro escalones y se pusieron junto a Ícaguot, este los saludó muy correctamente con una reverencia y los jóvenes se la devolvieron sin saber muy bien qué hacer.

Ahora el rey no llevaba las ropas de militar del día antes, iba vestido con un traje blanco engalanado con medallas en la solapa izquierda, una cinta azul y dorada que pasaba desde su hombro hasta su cadera y una larga capa de terciopelo azul marino y dorado. Con aquel atuendo y la dorada corona que llevaba en la cabeza a Tara le recordó a los reyes de la baraja de cartas, pero ahogó una pequeña

risita que quería salir de su garganta al verlo así vestido.

- Bienvenidos seáis- dijo al fin, mientras que hacía un par de palmadas para indicarle a los siervos que les trajeran unas sillas.

Mientras los criados de palacio arrastraban unos pesados sillones dorados a lo alto del estrado, Tara se acercó a Ícaguot y le preguntó al oído:

- ¿Qué está pasando aquí?

- Como estamos de celebraciones- empezó a explicarle el hombre en un susurro- hemos querido aprovechar la ocasión para investir a nuestro nuevo general.

Cuando el hombre terminó de explicarle lo que pasaba le señaló un trono vacío que había entre los cuatro generales que estaban sentados abajo, junto a las escaleras. Todos tomaron asiento en los mullidos asientos que había improvisado para ellos y el rey Ícaguot se puso en pie de nuevo y dijo alzando la voz:

- Que pase ya la homenajead.

Las grandes puertas de madera blanca se abrieron de par en par y entre ellas surgió una figura cubierta por una capucha blanca con los bordes dorados, que andaba a toda velocidad hacia las escaleras.

Al fin se detuvo en seco en la parte baja de las escaleras y se arrodilló mientras clavaba su espada en el suelo. El rey le hizo una señal a Tara para que se acercase junto a él al borde superior de las escaleras y ella lo obedeció rápidamente.

- ¿Quieres hacer tú los honores?- le preguntó el rey.

- No sé lo que he de hacer- dijo ella.

- Acércate, descubre su rostro y nómbrala con una de tus espadas.

Tara respiró hondo y se acercó hasta la chica que estaba allí arrodillada, con cuidado descubrió su capucha y la dejó caer sobre sus hombros. Los anaranjados cabellos de la joven brillaron sobre la inmaculada tela, no había duda, eran los anaranjados cabellos de Ashira. La joven levantó por una décima de segundo sus ojos verde lima y le sonrió. Tara se relajó un poco ante la familiaridad de la chica y cuando esta volvió a dirigir su rostro hacia el suelo, Tara sacó mecánicamente la espada de Isabell de su espalda y una ahogada ovación resonó en la sala al ver brillar la espada de Isabell en la mano de Tara, pero la chica no hizo caso al gentío y apoyó la hoja en el hombro derecho de Ashira y luego en el izquierdo mientras decía:

- Yo Tara Nailing, reina del Orbe Cambiante, te nombro a ti, Ashira Silton como general del reino de los Licántropos del Norte. Espero que comprendas el honor y el compromiso que conlleva este cargo y también espero que cumplas con tu cometido bajo el sabio gobierno de tu rey con valor y equidad. Ahora álzate como general de este ejército.

La chica se puso en pie con los ojos brillantes por las lágrimas de alegría que querían brotar de ellos. Se giró hacia la gente que la aplaudían con fervor y después fue a sentarse en el trono que había hueco entre los otros generales, entonces Güthel y Valentina, que estaban a ambos lados de la joven, la felicitaron y la abrazaron llenos de orgullo. Tara se dio cuenta de lo mucho que se parecía la joven a sus padres ahora que los veía junto, era una familia feliz. Entonces la tristeza se apoderó de un trocito de su corazón al pensar en su propia familia, pero no se lo dejó ver al resto, solo Ari, que la conocía desde siempre se dio cuenta de los tristes recuerdos que pasaban por su mente. Cuando regresó al lado de Ícaguot este volvió a alzar la voz:

- A pesar de esta alegría que nos invade a todos por haber sobrevivido al ataque de Sigmund, he de hacer un llamamiento a la tristeza- empezó a decir el rey mirando con rostro compasivo a Ari- Solo uno de los guerreros de nuestro bando murió en la lucha que tuvo lugar la pasada noche. Un hombre valiente y poderoso. sin él, sin su sacrificio, probablemente habrían habido muchas más víctimas que lamentar en el día de hoy. Guardemos todos un minuto de silencio, por el alma de Daniel Renmar, el Arnif que cedió su vida para salvar las nuestras.

La gente enmudeció y no se oyó ni el más mínimo sonido en todo el castillo. Las lágrimas silenciosas de Ari recorrían sus mejillas, mientras apretaba los dedos que tenía entrelazados con Josh.

Cuando pasó un minuto Ícaguot levantó la vista del suelo, y volvió a hablar con la misma intensidad que lo había hecho hasta entonces.

- Bueno, y como homenaje a este gran hombre, tengo el honor de mostraros- dijo el hombre deteniendo su paso para decirle a Ari al oído- Será mejor que lo hagas tú.

La chica soltó la mano de Josh y fue junto a Ícaguot hacia el fondo de la sala, justo a su espalda, hacia donde se dirigían las miradas de todos los allí presentes. El hombre se agachó y cogió la grisácea tela que colgaba de la pared entre los dos enormes ventanales ofreciéndosela a la joven.

Ella tiró con fuerza del paño y la tela cayó como una cascada hasta sus pies.

Una ahogada inspiración resonó en toda la sala, un imponente ángel de oro, con las alas extendidas a su espalda, presidía la sala. La maravillosa estatua tenía la espada llameante de Daniel en la mano derecha y su esfera de fuego en la izquierda. Parecía alzarse con sus enormes alas hacia el cielo. La

obra estaba culminada con la perfecta ara de Daniel que miraba con actitud piadosa a quien se colocaba a sus pies. En este caso a Ari, y los ojos de la chica se colmaron de unas lágrimas que no pudo retener.

La gente se puso en pie aplaudiendo ante la estatua de su salvador, mientras lo vitoreaban. Tara fue hasta su amiga que lloraba, pero no solo por la pena de haber perdido a Daniel, también de pletórico orgullo por él.

La ceremonia continuó un rato más y el equipo tomó asiento esperando que concluyese para poder hablar con el rey. Cuando al fin terminó, todos se acercaron a Ícaguo que hablaba con Ashira y le contaron lo sucedido.

- Yo los guiaré- dijo Ashira cuando terminaron de explicarles lo sucedido.
- ¿Tú?- le preguntó Adrian extrañado- no te ofendas, pero solo eres una niña y el orbe de los susurradores puede ser un lugar peligroso.
- No te preocupes, he participado en infinidad de incursiones al orbe de los susurradores para renovar los acuerdos de paz.
- Tampoco habrás ido tantas.- le respondió Claudia- los acuerdos de paz están redactados para que duren al menos cincuenta años, ¿eso que te da a ti de margen para haber ido? ¿Dos veces?
- Pues no, para tu información los acuerdos cada vez son por menos tiempo. Los últimos no hemos conseguido que sean por más de una década.
- No lo entiendo- le replicó la vampiresa- ¿Por qué no iban a querer los susurradores firmar los acuerdos de paz? ¿Qué pueden querer de vosotros?
- No quieren nada en particular- le explicó el rey- pero saben que la paz entre orbes no durará mucho y no quieren arriesgarse a firmar un acuerdo que no van a cumplir.
- ¿Por qué no?- preguntó Tara
- Porque si algún pueblo de alguno de los orbes rompe un acuerdo de paz, sobre todo si es entre orbes- empezó a explicarle Claudia- todos los ciudadanos de dicho pueblo serán ejecutados, hayan participado o no en la batalla.
- Pero eso no es justo.- replicó la chica.
- Ya, pero el temor a que tu familia muera si tú te sublevas hace que se respeten más los acuerdos.

El equipo aceptó llevarlo con ellos, así que salieron al patio donde habían aterrizado el día anterior y los siervos de palacio les trajeron a sus grifos ensillados.

Adrian se subió con Claudia en el suyo, puesto que el animal de la chica había muerto el día antes, y Tara se iba amontar con Emet, cuando Ari le dijo que no tenía energía para viajar sola, así que Tara cogió su grifo y esta se montó a la espalda de Josh. Ashira cogió el animal que quedaba libre y todos alzaron el vuelo, galoparon raudos tras Ashira, pero esta vez no fueron por donde vinieron. Tardaron muy poco en pasar el bosque y cuando se fueron a dar cuenta estaban sobre el mar. El primero de los grifos empezó a perder altura y los demás lo imitaron. Llegaron hasta una costa y al tomar tierra los animales empezaron a galopar sobre la arena. Ashira los condujo hasta una un muro de piedra totalmente vertical y bajó de un salto de su montura cayendo con gracilidad en la arena. Los demás también desmontaron y dieron unos golpecitos en el lomo de sus grifos, para que estos regresasen volando hasta Anfrac, su hogar.

La chica se puso a examinar la pared hasta que encontró la marca de los susurradores tallada en la roca. Apretó con fuerza sobre el árbol con hojas de plumas y raíces de serpientes, hasta que de la rocosa pared surgió un chasquido. Un rectángulo de piedra se hundió hacia el interior emitiendo el mismo sonido que una olla perdiendo presión. Después el rectángulo se desplazó hacia la derecha dejando un largo pasillo que se perdía a la vista ante la tenue iluminación de la luna.

Cuando el equipo entró, el suelo y las paredes de la cueva se iluminaron con un rojo intenso conforme ellos iban avanzando. Cuando todos estuvieron dentro, la piedra de la pared regresó a su sitio dejándolos encerrados. Siguieron adelante por aquel pasadizo que se iba iluminando de rojo intenso conforme avanzaban, hasta que llegaron a una gran cueva en la que se iluminaron las paredes y el techo en franjas de luz alternas que confluían en lo más alto del techo. Justo en el centro de la sala había un enorme espejo con el hechizo para cruzarlo en una roca a su lado.

Tara se acercó y lo leyó con cuidado para no equivocarse con ninguna de las palabras. El cristal que devolvía la imagen de los siete guerreros dejó de hacerlos y se volvió hueco como si el cristal hubiera desaparecido, dejando solo oscuridad al otro lado. Ashira fue la primera en cruzar y la sala que permanecía oscura frente a ellos se iluminó de un azul intenso cuando los pies de la chica alcanzaron el otro lado del cristal. Aquel efecto del portal le recordó a Tara la primera puerta que cruzó que reflejaba aquel cuartucho exactamente al otro lado. El resto cruzó el portal rápidamente, y tras Tara la puerta se cerró volviendo a mostrar el espejo allí plantado en medio de la cueva vacía.

Salieron de allí por el largo túnel que ahora se iluminaba en azul en lugar de rojo. Cuando llegaron a la pared por donde habían entrado Ashira se puso a buscar de nuevo la marca, pero esta vez no

buscaba un árbol con hojas de pluma y raíces de serpiente, sino el símbolo que representaba a los cambiantes. Cuando al fin encontró una figura igual a la estatua de la entrada del palacio de Anftrac, la apretó y la puerta se volvió a abrir.

Tara fue la primera en salir y se quedó de piedra al poner los pies sobre la arena y clavar la vista en el cielo. Cuando los demás salieron, pudieron ver qué era lo que había paralizado a la joven. El cielo brillaba con un tono rojo intenso reflejando la luz del cambio por doquier.

Parte 2

La luz de las tinieblas

CAPÍTULO 13

Doce días antes...

Nataly y Matt aparecieron en un torbellino morado en medio de un páramo desierto, donde solo lograban sobrevivir pequeños matorrales llenos de espinas.

- ¿Dónde estamos?- preguntó Matt.
- En casa- contestó Nataly con una sonrisa.

La chica cogió la mano del joven y estiró de él por entre los matorrales sin dirección fija.

- ¿Dónde vamos?- pregunto el chico de nuevo al no ver ni rastro de vida a su alrededor.
- Ya te lo he dicho, vamos a casa.
- Pero aquí no hay nada.
- Claro que sí, confía en mí- dijo ella dedicándole la mejor de sus sonrisas.

“Se parecía tanto a Tara, con aquella sonrisa radiante en su rostro” se dijo a sí mismo, pero sabía que no era ella. Había algo en su mirada, algo extraño y aterrador que se podía entrever tras la máscara de felicidad de la joven. Era algo extraño, una mezcla entre malicia, cansancio y tristeza que hacía brillar sus ojos bajo la luz de la luna con un negro tan intenso que se tragaba la luz del propio astro.

El joven se dejó arrastrar por la chica sorteando los espinosos matorrales sin rumbo fijo. O eso era al menos lo que parecía, porque de repente la chica se paró en seco al encontrar en su camino tres piedras amontonadas y Matt se chocó con ella al no darse cuenta de que la chica había parado en seco, aquellas piedras amontonadas eran demasiado perfectas para haberse colocado allí de forma natural. Aquello debía de ser lo que Nataly andaba buscando desde hacía rato tan desesperadamente.

- Ya estamos- dijo la chica soltando la mano del joven.
- ¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo? Aquí no hay nada.

La chica sonrió quedamente y sacó su varita de su bota izquierda. “Se parecen tanto que hasta guardan la varita en el mismo sitio” se dijo el chico para sí mismo y una sonrisa nostálgica surcó su rostro.

La varita de Nataly era como la de Tara, salvo que la de ésta estaba hecha de ébano con empuñadura de marfil. Tanto la madera como la empuñadura estaban tan pulidas que reflejaban la luz de la luna como un espejo.

La chica empezó a pronunciar las palabras mágicas, mientras agitaba su brillante varita de acá para allá. Antes de que terminase de recitar el conjuro, el aire que había frente a ellos empezó a turbarse, tomo una extraña textura, parecía denso, a la par que voluble. Matt empezó a marearse al fijar su vista en la extraña imagen que empezaba a formarse al otro lado, justo donde antes se extendía el extenso páramo.

Al fin la imagen que luchaba por abrirse paso entre la densidad del aire logró aparecer. Frente a ellos se alzó una casita de piedra, con el tejado de madera y un pequeño porche en la entrada. En él había una hamaca rayada que se mecía armoniosamente con la suave brisa que soplabá en aquel lugar. Lo que veía ante sus ojos parecía estar a la vez tan lejos, pero tan cerca que incluso le pareció oler el aroma a azahar que arrastraba el viento desde los naranjos en flor que rodeaban la casa.

Cuando al fin se fijó por completo la imagen, justo ante ellos surgió una puertecita de madera blanca, que delimitaba la entrada al jardín delantero de aquella casita. Nataly alargó la mano y corrió el pestillo que mantenía la puerta cerrada. Cogió de nuevo la mano de Matt y estiró de él tras de sí para que la acompañase al interior.

Al cruzar la verja de madera dejaron atrás el páramo, su aire seco y su tenebrosa aura de misterio. Ahora todo era sereno, aquel lugar tenía una extraña calma, la luna brillaba sobre el agua de la piscina que permanecía tranquila a su derecha y la suave brisa que arrastraba el olor a azahar acariciaba las flores del almendro que tiznaban al árbol de un color rosado, haciendo que el columpio que colgaba de sus ramas se convirtiera en un lugar idílico que te invitaba a meditar.

Mientras él se fascinaba por todo cuanto lo rodeaba, Nataly cerró la puerta tras ella y cuando volvió a correr el pestillo el páramo desapareció. Después trabó su brazo con el del chico y lo guio por el corto sendero de roca blanca hasta la entrada de la casa.

Antes de entrar se giró hacia el chico y poniéndose el dedo índice en la boca le hizo una señal para

que no hiciera ruido y después se quitó los zapatos. El chico la imitó y ambos entraron rápidamente en la casa, con los zapatos en la mano, sin hacer ningún ruido.

Al pasar la puerta de entrada se encontraron en un pequeño salón, la casita de piedra no era demasiado grande y no dejaba espacio para pasillos ni espacios desocupados. Aquella estancia estaba dividida en dos por una encimera de mármol que separaba la pequeña cocina del salón. Allí también confluían tres puertas, una justo en frente de la puerta de entrada y dos a la derecha. Ellos entraron por la primera de las puertas de su derecha y Nataly cerró rápidamente tras ellos.

La chica no dijo nada, parecía tener miedo de romper el silencio. Todo aquello era realmente extraño, parecía que eran intrusos en una casa ajena y que el silencio era su cómplice. La joven dejó los zapatos junto a la puerta y Matt dejó los suyos junto a los de la chica, después la joven se despojó de su ropa y la tiro por el suelo. Cogió una camiseta de la silla del escritorio que le quedaba realmente grande y se la puso a modo de camión. Ofreció otra de aquellas enormes camisetas a Matt que la miraba sentado en la cama, pero este la rechazó. Se levantó para quitarse su camiseta y la dejó plegada sobre la silla del escritorio, luego apagó la luz de la habitación y se tumbó en la cama junto a Nataly abrazándola con sus fuertes brazos.

Estaba tan cansado que ni siquiera se dio cuenta de que se había quedado dormido, pero el fuerte estruendo de la puerta chocando contra la pared lo despertó de repente. Al conseguir enfocar la figura que aguardaba llena de furia en la puerta su sangre se heló por un segundo al reconocer la figura de aquel fornido hombre de espaldas anchas y pelo corto que ocupaba prácticamente todo el hueco de la puerta, mirándolos con su rostro lleno de ira, surcado por un zarpazo en el lado derecho. Frederick estaba en la puerta, tan furioso que las venas de su cuello parecía que iban a estallarle. Con dos grandes pasos se puso junto a la cama y sin motivo alguno asestó tal puñetazo a Matt que le desencajó la mandíbula.

Por un instante se quedó aturdido, la boca le sabía a sangre y todo estaba sucediendo tan rápido que no conseguía entender nada. Antes de que su mente consiguiera comprender lo que sucedía, Frederick sacó a Nataly de la cama por los pelos y la arrastró al exterior de la casa, mientras ella pataleaba y se retorcía de dolor, intentando desasirse de las manos del hombre.

Matt salió tras ellos, se levantó tan rápido que por un momento todo a su alrededor empezó a dar vueltas, pero no por eso se detuvo. Siguió avanzando dando tumbos por la pequeña habitación, hasta llegar al marco de la puerta exterior. Cuando se agarró al marco con todas sus fuerzas para no caer, vio como Nataly le lanzaba una mirada fugaz y la voz de la joven resonó en su interior pidiéndole

que se detuviera.

La chica estaba allí de rodillas cabizbaja frente la furibunda mirada de Frederick, tocándose su dolorida cabeza y controlando su ira. “¿Por qué no se levanta y le planta cara?” se preguntó el joven. Pero la chica no hizo nada de eso.

La cólera era evidente en la cara de Frederick, su nariz se abría y se cerraba, sus ojos están exorbitados y sus puños estaban cerrados a los lados de su cuerpo.

- ¿Cómo has podido?- dijo el hombre lanzándole tal bofetón que la hizo caer hacia un lado.

La chica no contestó, escupió la sangre que inundaba su boca y se la limpio con el antebrazo mientras le lanzaba una mirada furibunda con sus negros ojos convertidos en bolas de fuego ardiente.

- ¿Cómo?- le gritó el hombre dándole otro golpe en el lado opuesto de la cara.

La joven siguió sin mediar palabra y el hombre lleno de rabia la cogió por el cuello y la alzó del suelo.

- Contéstame cuando te hablo- dijo entre dientes.

- Me ahogas- contestó al final la chica con palabras entrecortadas a causa de la falta de aire.

El hombre abrió sus potente mano y la dejo caer de nuevo al suelo.

- ¿Y bien...?- prosiguió él alzando una ceja inquisidora- ¿qué has de decir en tu defensa?

- Lo siento mucho padre- dijo agachando la cabeza.

- ¿Qué lo sientes?- dijo este conteniendo su mano en lo alto, para no volver a abofetearla.

- Lo lamento de veras padre, no quería desobedecerle, pero estaba en peligro, tenía que salvarle de esa zorra.

- ¿Eres consciente de que nos has puesto en peligro? ¿De qué nos estas poniendo en peligro ahora mismo?

- ¿Peligro por qué?

- Porque ese chucho tuyo no es de nuestra familia, no es de fiar.

- Yo confío en él.

- ¿Qué confías en él? Venga Nataly, no me hagas reír.

- Es cierto padre, yo le quiero- hizo una pequeña pausa para enviarle una fugaz mirada al muchacho y prosiguió de nuevo hacia Frederick- sé que puedo confiar en él.

- ¿Qué has dicho?

- Lo que oyes- dijo la chica poniéndose en pie- que le amo con todas mis fuerzas.
- ¿Qué le amas? No lo conoces, no puedes saber si realmente le amas.
- Claro que lo sé. Sé que cada vez que lo veo con esa golfa se me parte el corazón y que cada vez que veo como juega con él me dan ganas de ir hasta allí y arrancarle el suyo de cuajo. Sé que me duele aquí dentro- dijo señalándose el pecho- me duele cada día que pasa y no estoy junto a él. Así que entérate que si he de desobedecerte para estar con él y mantenerlo a salvo, ten por seguro que lo haré.

El hombre se quedó paralizado ante la respuesta de la joven, durante todos aquellos años ella jamás le había alzado la voz, ni había desobedecido una de sus órdenes.

- Espero que no te equivoques- dijo al fin dándose la vuelta para regresar a su habitación, pero justo antes de entrar de nuevo en ella se volvió y miró a Nataly con una mirada tan desolada que la tristeza del hombre la invadió a ella también- por tu propio bien, realmente espero que no te equivoques.

Después de decir esto entró y cerró la puerta tras de sí con un portazo. Nataly se mantuvo de pie, congelada, justo donde se había quedado tras gritarle a Frederick. Matt la miró, pero esta no le devolvió la mirada, sus ojos estaban clavados en la puerta por donde había desaparecido Frederick y las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas.

Matt la abrazó y la chica lo cogió con tanta fuerza que parecía que pretendía partirlo por la mitad. Después, sin decir nada, lo soltó y regresó a su cuarto dejándolo solo en medio del porche.

CAPÍTULO 14

Tras aquella abrumadora situación Matt se vio solo en medio del porche. No sabía muy bien que tenía que hacer, ¿debía entrar y consolar a Nataly? ¿O esperarla allí fuera hasta que decidiera salir?

Al final optó por la segunda opción y se sentó en la hamaca que se balanceaba por la suave brisa de la mañana. Allí tumbado el tiempo se detuvo, embelesado por las figuras que dibujaban las nubes que viajaban sobre su cabeza no se percató de que Nataly andaba de arriba para abajo por la pequeña casa. Cuando al fin salió de nuevo al porche, bien podía haber pasado dos o tres horas porque el sol ya empezaba a calentar más de la cuenta.

La chica hizo un ruidito con la garganta para reclamar su atención y éste bajó de la tumbona de un salto. Cuando al final miró a la chica se quedó sin palabras. Estaba realmente hermosa aquella mañana. Lucía un uniforme como el de Tara, y sus cabellos estaban recogidos en un moño, en lo alto de su cabeza con una daga plateada. La chica tenía una espléndida sonrisa que iluminaba su rostro.

Aunque había pasado un buen rato desde que discutió con Frederick, sus mejillas aún estaban sonrojadas por la mano del hombre. Pero a pesar de todo, la joven irradiaba belleza aquella mañana.

Cuando Nataly echó a andar el joven la siguió, pero no fue hasta que llegaron a la puertecita de madera cuando se dio cuenta de que la joven iba cargada con una cestita y una lechera.

Al salir de la parcela, ésta le dio a él la pesada lechera para que cargase y se pusieron en marcha por un sendero de tierra que avanzaba junto a la casa y desaparecía tras los naranjos en flor.

- ¿A dónde vamos?- le preguntó el joven al ver que el camino se extendía entre huertos de naranjos sin ningún destino en concreto.
- Tengo que ir a entrenar, pero antes debemos ir a ver a alguien- dijo mirándose el reloj- y ya vamos tarde.
- ¿A quién vamos a ver?
- Ya lo verás, no seas impaciente- le dijo ésta sonriente.
- ¿Puedo ir contigo cuando vayas a entrenar?- dijo él tras estar un rato pensativo.
- Pues claro, es más, tienes que venir conmigo.
- Dicho así parece una obligación.
- Es que no te queda más remedio.

- ¿Y eso?- dijo él arqueando una ceja.
- Aquí eres mi responsabilidad, he de...- se quedó pensativa un instante buscando la palabra adecuada- cuidar de ti.
- ¿Cuidar de mí?- dijo Matt con un tono que se mezclaba entre sorprendido y ofendido.- Creo que puedo cuidar de mí mismo bastante bien yo solito. No necesito niñera.
- Ya lo sé, no es que no confíe en ti ni nada de eso, pero como tú ya bien sabrás, aquí la luna es más poderosa que en el resto de orbes y si pasase algo, sería culpa mía. Yo fui quien te trajo. Además, ¿Es que prefieres quedarte en casa con Frederick que estar aquí conmigo?
- No, claro que no.

Recapacitó durante unos minutos, tratando de encontrar sentido a lo último que le había dicho la chica, pero al no encontrárselos al final tuvo que preguntarle.

- Has dicho antes que en este orbe la luna es más fuerte, ¿no?
- Sí, has oído bien, ¿es que no lo sabías?
- ¿Exactamente en qué orbe estamos?
- En el de los humanos, ¿dónde si no?
- ¿Qué?- dijo él con una mirada exorbitada.
- Claro, creí que lo sabías- le contestó la chica extrañada.
- Claro que no lo sabía, no podemos estar aquí, ¡Está prohibido!

Nataly se paró en seco y se giró hacia él para responderle, su expresión era calmada y feliz, llena de despreocupación.

- Pobre Matt, ¿realmente crees que me importan lo más mínimo las prohibiciones del consejo?
- ¿Pero si nos encuentran aquí?
- No te preocupes, no lo harán.
- ¿Cómo puedes estar tú tan segura?
- Es sencillo, simplemente no nos buscarán. Vosotros visteis a Frederick en este orbe hará más de un año, ¿lo recuerdas?
- Sí, en la plaza de San Pietro, en Roma.
- Pues después de eso, regresó al orbe de los susurradores y yo, que siempre he estado aquí,

le abrí un portal en medio del desierto de Consií, para que pudiera venir de vuelta conmigo. Así que si hay alguien por ahí buscándolo, seguro que no se le ocurre mirar aquí.

- Pero ¿y Cedrick? Él puede verlo todo, ¿cómo que no os ha encontrado?
- Aquí hay muchísima gente, demasiada, para mi gusto. Pero eso es bueno a la hora de esconderse, porque es mucho más difícil encontrarte.

Después de decir esto, la chica continuó caminando, dando la conversación por concluida. Aun así él seguía asustado, nunca había estado demasiado tiempo en este orbe, pero sabía que este orbe no era seguro para los licántropos. No siempre había sido así, pero en los últimos siglos, los humanos habían destrozado las capas que protegía su orbe de la influencia del sol, la luna y el resto de los astros, así que allí el poder de la luna llena era muchísimo más fuerte que en el resto de orbes.

- ¿Cuánto falta para la próxima luna llena?- preguntó al fin intranquilo.
- Es esta noche, creo- contestó ella sin darle más importancia a la pregunta.
- ¿Qué? No estoy preparado, necesito más tiempo.
- Pues ese es el que hay. Un guerrero de los reinos como tú podrá soportar el poder de la luna ¿no?
- Pues no estoy muy seguro, la verdad.
- Bueno, los problemas de uno en uno- dijo la chica deteniéndose frente a una puerta de madera que delimitaba la entrada a una cueva excavada en un pequeño montículo de tierra- ahora vamos a estar atentos a lo que nos incumbe.

La chica estiró de las dos cuerdas de hilo negro que colgaban de su cuello tratando de sacar la llave, pero en lugar de la llave, salió un collar igual al de Tara.

Matt se quedó de piedra al ver aquel amuleto, era exacto al de Tara, la misma estrella encerrada en un anillo metálico, con un corazón en el centro. “¿Cuándo se lo había robado a Tara?” se preguntó a sí mismo.

Por un momento pensó en preguntárselo, pero rápidamente descartó esa idea. ¿Cómo iba a acusarla de ladrona? No podía hacerlo y menos ahora que sabía que estaba encerrado en el orbe de los humanos. Así que optó por hacer como si no lo hubiese visto.

La chica lo guardó rápidamente y tiró de la otra cuerda para sacar la llave, se la quitó del cuello y abrió la puertecita de madera, invitando a Matt a entrar junto a ella.

La sala escavada en la tierra era semiesférica. Una vez dentro Nataly volvió a echar la llave a la puerta y guio a Matt hasta el centro de la sala. La estancia estaba impregnada por una tenue luz violácea que lo envolvía todo, pero que a su vez, no procedía de ningún sitio en concreto.

Los chicos avanzaron hasta colocarse en el centro de la sala. Allí aguardaba un enorme cuenco forrado de inscripciones en el idioma de los reinos que cambiaban de color conforme se acercaban.

Nataly se puso de rodillas junto al enorme recipiente, abrió la cesta y vertió su contenido sobre aquel cuenco. Miles de pequeños cristales azules cayeron formando un pequeño montículo en el centro del mismo.

Después le hizo una señal a Matt para que le acercase la lechera que llevaba en sus manos, cuando se la dio, la abrió y vertió su contenido carmesí en el cuenco, haciendo que el montículo azulado se convirtiera en una islita que poco a poco se iba deshaciendo en las sangrientas aguas que la rodeaba.

La joven cogió entre sus manos los bordes del cuenco y empezó a girarlo, poco a poco el contenido se fue mezclando convirtiendo los azules cristales y la sangre carmesí en una viscosa mezcla morada. Entonces la chica se apartó del cuenco y éste siguió girando cada vez más y más mientras ella se apartaba para ponerse junto a Matt.

Poco a poco la mezcla empezó a calentarse y a burbujear, las burbujas empezaron a abandonar la mezcla elevándose en una corriente generada por el aumento de la temperatura y poco a poco la luz que lo invadía todo se fue arremolinando sobre la columna de burbujas, haciendo que la sala fuera oscureciéndose.

Al final toda la luz se replegó sobre sí misma entorno a la columna y después estalló, arrojando una onda de luz por toda la sala que cegó por un instante a los jóvenes.

Cuando los ojos de los chicos se acostumbraron a la columna de radiante luz, vieron que en su interior se había formado la etérea figura de una bella mujer. Ésta flotaba a medio metro de altura sobre el cuenco que no cesaba de dar vueltas, en la expresión de la hermosa dama irradiaba paz y tranquilidad. Se limitaba a flotar con los ojos cerrados y las palmas de las manos hacia arriba como si estuviera meditando.

- ¿Qué... qué es eso?- dijo el joven con un hilo de voz tan leve que a Nataly le costó comprender sus palabras.

Pero al mirar al cenizo rostro del joven que había perdido hasta el más mínimo rastro de color comprendió **por qué** era tan tenue su voz. El terror ante lo que estaba viendo, mezclado con la incredulidad, no le dejaban hablar más.

La chica se acercó un poco más a él y entrelazó sus dedos con los del joven para intentar tranquilizarlo. Después acercó sus labios al oído del chico y le susurró:

- No temas mi amor, no te hará daño- viendo que el chico no respondía prosiguió- ella es Cristal.

Matt tardó un par de minutos más en responder, seguía sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos, “¿Qué era aquel ser? ¿Quién era Cristal?” Esas preguntas se repetían una y otra vez en su cabeza sin hallar respuesta.

- ¿Quién?- le preguntó al fin en susurro sin apartar la vista de la etérea figura.

- Es Cristal- le contestó dulcemente Nataly- la hermana de Isabell.

Tras aquella respuesta el joven volvió a sumirse en el silencio. En su mente aparecieron las imágenes de Isabel que había visto desde niño en estatuas, frescos... y las imágenes cuadraron. Aquella mujer era exacta a ella, pero no era de carne y hueso, era etérea, voluble... Una nueva pregunta surgió en su tormentosa mente: “¿Hermana de Isabel? Si Isabel tenía una hermana, ¿Por qué nunca supo de ella? ¿Por qué nadie supo nunca de ella?”

- ¿Qué es?- preguntó aun sin apartar la vista de la figura.

Nataly no tuvo tiempo para responder a su pregunta pues la figura que flotaba frente a ellos abrió los ojos de improviso. Una de sus cuencas estaba completamente vacía, y el otro ojo lo miraba tan triste y carente de vida que hizo que un escalofrío recorriera su cuerpo de arriba abajo.

- Soy la sombra de lo que un día fui.

Dijo la mujer sin mover los labios, con una voz sin voz que resonó en las paredes o en realidad solo resonó en su mente. Matt no era capaz de distinguir aquello, pero en ese instante poco le importó.

- ¿Dudas de mí, joven Mathew Calsam?- prosiguió la mujer.

Matt cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza. No se atrevía a mediar palabra ante aquel espectro, pero aunque se hubiese atrevido probablemente no podría haber emitido sonido alguno. Apretaba los ojos con fuerza de forma refleja, pues cuando la voluble dama lo miró, un dolor acerado surcó su columna y atravesó su mente dejándola completamente abierta ante los ágiles dones de Cristal.

- No me temas pequeño, no pretendo dañarte, sólo te hice traer porque necesito tu ayuda.

El joven tragó saliva, abrió con cuidado los ojos y los fijó en el suelo, lejos de los del fantasma.

- ¿Mi ayuda?- dijo al fin armándose de valor, pero sin alzar la vista.

- Sí, joven Calsam.
- Matt- corrigió el joven.
- ¿Perdona?- preguntó la mujer extrañada ante la corrección.
- Llámeme Matt, no me merezco el apellido de mi familia.
- Es cierto que tus últimos actos no han sido muy nobles que digamos, pero a pesar de todo, tu familia te quiere, te querrán siempre.
- ¿Qué sabe usted de eso?
- Sé más de lo que crees. Sé que tus padres estarían muy orgullosos por todo lo que has logrado, y seguro que son conscientes de que un error lo puede cometer cualquiera.
- Sinceramente señora- dijo alzando al fin la vista hacia ella, acallando una ligera lágrima que intentaba asomar de sus azules ojos- allá donde están mis padres, no creo que ni les vaya ni les venga lo que pasa en el reino de los mortales y al único del que realmente me importa su opinión- hizo una ligera pausa llena de pesar- creo que jamás podrá perdonarme lo que le he hecho.
- ¿Te refiere a tu hermano?
- A quien si no.
- Ten por seguro que en el fondo de su corazón no guarda odio hacia ti. Pero también has de ser consciente de que una traición así no se perdona fácilmente.
- Bueno señora- dijo con un porte renovado, completamente alejado del miedo inicial- creo que eso no es el tema que nos incumbe ahora, por lo que he entendido creo que deseaba algo de mí.
- Así es, necesito tu ayuda.
- No veo cómo podría yo ayudarla.
- Tranquilo, todo a su debido tiempo. Primero quiero que veas algo. Si eres tan amable, acércate un poco más aquí.

Sin que Matt se diese cuenta, Nataly se había alejado poco a poco de él hasta ponerse junto a la puerta. El joven le lanzó una fugaz mirada y ella se la devolvió. No sabía muy bien lo que iba a suceder, pero aun así, se acercó un poco más a la base del cuenco que no dejaba de girar. Cuando ya no pudo acercarse más, la etérea figura extendió sus brazos hacia él sin sacarlos de la columna de luz. Justo en ese momento, fue cuando Matt pudo ver que en la palma de su mano derecha había un orificio

que la traspasaba y permitía ver a través con claridad. El joven apartó rápidamente sus ojos de aquella mano mutilada y centró la mirada en el fino y delicado rostro de Cristal, que se dibujaba perfecto, enmarcado en los largos cabellos ondulantes que flotaban en torno a él.

Matt empezó a sentir la tranquilidad que irradiaba aquella luminosa imagen y cerró los ojos. En ese momento, la etérea figura se desvaneció en una nebulosa y salió de la columna de luz. Envolvió al joven como una cálida brisa de verano, impregnada con olor a frambuesas, y cuando él inspiró profundamente para deleitarse con el aroma, la morada bruma se introdujo en su cuerpo. Matt pudo ver una brillante luz morada tras sus párpados que lo cegó, y lo sumió en un profundo sueño.

CAPÍTULO 15

Cuando la luz que lo había noqueado perdió intensidad, las imágenes a su alrededor empezaron a formarse. Al principio todo lo que lo rodeaba no era más que una densa neblina que lo invadía todo, pero poco a poco todo cuanto le rodeaba empezó a tomar forma.

Al fin las imágenes se volvieron nítidas y no le quedó ninguna duda, ya no estaba en aquella pequeña cueva excavada en la montaña. Se encontraba en un lugar extraño, un lugar que él jamás había visto. Era un lugar árido, prácticamente desértico, donde la tierra se desquebrajaba a cada paso debido a la escasez de lluvia.

A su alrededor no había ningún sitio donde refugiarse del ardiente sol que hacía turbarse el horizonte a lo lejos, mientras vagaba sin rumbo fijo se percató de que el terreno unos quince metros más adelante se hundía. Matt se alegró al pensar que a lo mejor allí habría un riachuelo donde refrescarse, y en parte tenía razón. Por aquella depresión sí que surcaba un riachuelo, pero lo que corría por su cauce no eran claras aguas, si no densa sangre carmesí que arrastraba huesos y cráneos en descomposición que se apilaban en los recodos del riachuelo.

Horrorizado por su visión trepó volviendo sobre sus pasos de espaldas, sin fijarse por donde iba, tropezó con una roca y traspasó otra más grande que había tras. Entonces se asustó, no entendía lo que estaba sucediendo, se puso en pie y corrió todo lo rápido que pudo sin mirar atrás. Pero su carrera no duró mucho.

Mientras corría bajo aquel sol abrasador hacia la nada, calló en la cuenta. Sí que sabía dónde estaba, no podía creerlo, pero lo sabía. Jamás había pensado que pisaría aquel lugar, pues estaba reservado para los peores seres que habían atentado de uno u otro modo contra los reinos y jamás nadie había salido de allí.

Se encontraba en el Orbe oscuro, el miedo lo inmovilizó, sabía que debía encontrar refugio antes de encontrarse con alguno de los indeseables seres que allí habitaban.

Mientras buscaba un refugio no podía dejar de buscar una explicación para entender porque Cristal lo había enviado allí, era un lugar horrible, repleto de proscritos desterrados ansiosos de sangre, llenos de odio pues en aquel lugar no pasaba el tiempo y su castigo se convertía en eterno.

El seguía buscando un refugio con la camiseta enrollada en la cabeza para protegerse un poco del ardiente sol que no daba ni una tregua, cuando un meteoro cayó del cielo a no más de quinientos

metros de él, seguido de un terrible estruendo que resonó a kilómetros de distancia y el polvo que levantó el impacto atravesó a Matt como si ni siquiera estuviera allí.

Aquella extraña sensación apeló a la curiosidad del joven que sintió un irrefrenable deseo de ir a ver qué era lo que había caído desde el cielo. Para su sorpresa al llegar allí y asomarse al cráter no fue un trozo de roca incandescente lo que vio sino la figura de una mujer de largos cabellos negros, con ropa rota y ensangrentada, lo aguardaba desfallecida en el fondo de aquel profundo agujero.

Matt bajó a toda velocidad por la ladera del cráter para comprobar si la joven seguía con vida. Cuando llegó junto al cuerpo, intentó apartar los cabellos de la cara, pero al pasar su mano por la cabeza de la joven la traspasó.

Se quedó un rato mirándola con atención, sin saber muy bien qué hacer, ni si quiera sabía si estaba viva o muerta. Pero al final descubrió con cierto alivio que respiraba, al ver que su pecho se movía muy lentamente de arriba abajo. Tan leve había sido este movimiento al principio que le había pasado inadvertido, pero ahora estaba seguro ¡la chica respiraba! Al comprender que no podía hacer nada por ella, puesto que al tocarla la traspasaba, decidió sentarse junto a ella a esperar a que se despertase por sí sola.

La joven que yacía bocabajo, con el brazo izquierdo retorcido hacia atrás y la mano derecha cerrada en un puño junto a su cara, parecía dormida, luchando por despertarse de un terrible sueño.

Al final el milagro ocurrió, la joven se despertó por sí sola, abrió sus enormes ojos rojos y se reincorporó echándose mano a la dolorida cabeza.

La mujer se puso en pie y en ese momento, su joven rostro, aun manchado de arena, le resultó tremendamente familiar. Pero por muchas vueltas que le daba no caía en la cuenta de quién era.

El chico se sorprendió al comprobar que la joven no podía verle. También probó a hablarle, pero nada, ni se inmutó. No había forma de comunicarse con ella y eso le exasperaba. “¿Por qué lo había enviado Cristal a aquel sitio? ¿Para qué?” Se preguntaba Matt una y otra vez. Pero la respuesta no tardó en llegar.

Mientras el intentaba encontrar algún sentido a todo aquello la joven se puso a gritar con todas sus fuerzas:

- ¿Te parecerá divertido? ¿Verdad?- gritó a la nada.
- Maldita bastarda- dijo para sí entre dientes.

Luego giró sobre sí misma para intentar dar con la forma más fácil de salir de aquel enorme cráter

que ella misma había creado al llegar allí. Subió por el sendero menos inclinado y cuando alcanzó lo más alto del cráter volvió a gritar a la nada como una loca:

- ¡Cobarde!

- Ven aquí y lucha conmigo- siguió diciendo al no encontrar respuesta- ¡Cobarde!- repitió- no eres más que una mísera cobarde.

Matt subió rápidamente tras ella y se puso al lado derecho de la joven, entonces fue cuando se dio cuenta de que era Cristal.

Todo aquello era muy extraño, porque la Cristal que él había conocido era un ser incorpóreo hecho de luz. Pero la mujer que había ahora ante sus ojos era de carne y hueso, sus cabellos eran largos y ondulados, de un brillante color castaño claro y su piel era morena. La enorme furia que sentía se veía reflejada en sus ojos rojos que ardían como el fuego.

Se puso delante de ella, para comprobar que seguía siendo invisible ante sus ojos y una oleada de terror le recorrió la espalda al ver que su ojo izquierdo no era uno ojo normal, en la cuenca flotaba como una pupila el Crocten de los susurradores, con la roja neblina titubeando en su interior dejando entrever el árbol de la vida.

El joven dio un paso atrás y tropezó con sus propios pies, cayendo al suelo de improviso. Fue entonces cuando las piezas de su cabeza encajaron, por eso tenía un orificio en el ojo y otro en la palma de la mano derecha. Eran los huecos dejados por los Croctens en su cuerpo.

Matt se puso en pie y siguió cavilando acerca de lo que estaba sucediendo, mientras seguía a cristal en busca de un refugio. “¿Y si todo esto era una premonición? Tal vez Cristal le estuviera enseñando lo que iba a pasar. Ella volvería a la vida, y conseguiría los Croctens.”

Mientras el andaba cabizbajo, aterrado por la idea de que Cristal volviera de entre los muertos, la muchacha trepó hasta una pequeña colina de huesos y siguió gritándole al cielo.

- ¡Estúpida malnacida! ¡Eres una puta, envidiosa y cobarde! ¡Atrévete a dar la cara y luchar como es debido! ¡Cobarde!

“¿A quién le estaría gritando?” se preguntó Matt, allí no había nadie más y lo único que conseguiría lograr era que algún ser desterrado viniera hasta aquí y la matase. “Seguro de que quien apiló todos estos esqueletos estaría encantado de devorarla.” Se dijo a sí mismo.

- ¡Eres una deshonra para nuestra familia! No te mereces llevar el apellido Roland. Anda, haznos un favor a todos y ¡Muérete!

Las palabras de la furiosa joven resonaron en los oídos de Matt con la voz de Adrian, estaba seguro de que en estos momentos su hermano pensaba lo mismo de él. “¿Mi hermano? ¿Roland? Espera un momento”, se dijo, “ya sé a quién le grita, está intentado que Isabell la escuche”

Justo en el momento en el que el joven cayó en la cuenta de lo que estaba sucediendo, otro meteoro surcó el cielo, con el mismo estrepito que el anterior y fue a impactar a no más de doscientos metros del otro cráter, formando un nuevo orificio en el suelo.

La onda expansiva de polvo volvió a surcar aquel desértico lugar, y como la otra vez, el polvo atravesó a Matt como si no estuviera allí, pero no hizo lo mismo con cristal. A la que cegó por un instante.

La joven se frotó los ojos irritados por el polvo y se acercó hasta el borde del montículo de esqueletos, desde allí se inclinó para ver el interior del nuevo cráter, y media sonrisa malévola se formó en su rostro.

Cuando el polvo se desvaneció se pudo apreciar en el centro del cráter la figura de la reina Isabell agachada en cuclillas sobre el suelo.

- Ya era hora ¿no?- dijo Cristal desde el borde del cráter.

Isabell alzó la mirada hacia Cristal llena de furia y Matt retrocedió un par de pasos, amedrentado por la furibunda mirada de la reina, pero nadie se percató de él. Entonces se puso en pie y envistió contra Cristal, subió la empinada pared del cráter y golpeó a la chica a tal velocidad que la lanzó a más de cien metros de allí.

- Mejor le haré un favor al mundo dándote muerte con mi espada.

Mientras decía esto sacó la brillante espada de su funda y esta brilló con una bruma azulada como si poseyera vida propia. A lo lejos, Cristal hizo aparecer el escudo de los reinos entre sus manos para protegerse. Después Isabell salió corriendo en dirección a ella y descargó toda su furia a través de la brillante espada, pero Cristal fue más rápida y le dio tiempo a protegerse con el escudo ante el impacto. Sin esperar ni un segundo se alzó y golpeó a Isabell en el mentón con el escudo y después la golpeó en la parte trasera de sus rodillas haciéndola caer al suelo.

Mientras Isabell aún estaba aturdida por el golpe, de rodillas, apoyada en su espada. Cristal cargó contra ella, asiéndola por la cintura y alzándola sobre su hombro derecho, para lanzarla de nuevo contra el suelo mientras giraba en el aire.

Isabell cayó al suelo de cabeza e incluso desde la distancia, donde observaba Matt, se pudo oír el sonido de sus huesos al quebrarse. La espada salió disparada ante el impacto, cayendo sobre las

aguas carmesí del riachuelo. Poco a poco se fue hundiendo en sus viscosas aguas, Isabell se puso de rodillas en el suelo y crujió su cuello mientras observaba como se hundía su arma.

Cristal se acercó a ella y antes de que se diera cuenta Isabell se puso en pie lanzándole un puñado de tierra a los ojos, cegándola momentáneamente mientras se lanzaba a las sanguinolentas aguas en busca de su preciada espada.

En cuanto recuperó la vista y vio a Isabell rebuscando entre las aguas, saltó sobre ella para tratar de evitar que recuperase la espada. Cuando la alcanzó, ambas se sumergieron en las viscosas y repugnantes aguas, allí abajo Isabell cogió por la espalda a Cristal y trató de arrancarle la cabeza, pero la chica se retorció entre sus brazos y gracias a lo resbaladiza que se había vuelto por la sangre que la empapaba logró desasirse de su hermana y salir rápidamente al exterior tomando una bocanada de aire. Isabell tardó un poco más en salir, porque se entretuvo en coger una puntiaguda roca del lecho del río.

Cuando salió escondió la roca tras su espalda y lanzó una mira desafiante a su hermana que cargó de nuevo contra ella, pero cuando estuvo lo suficientemente cerca Isabell saltó sobre ella y clavó con todas sus fuerzas la afilada roca en el cráneo de su hermana, hasta que salió por debajo de su mentón.

Cristal cayó de rodillas en las mortecinas aguas y se desplomó, pero Isabell no dejó que la corriente se la llevara. La agarró por el pelo y la sacó arrastrando hasta la orilla. Una vez allí, la dejó desplomada sobre el polvoriento suelo y regresó al riachuelo en busca de su espada. Se sumergió una y otra vez en las rojas aguas, hasta que al fin dio con su arma.

Una vez la tubo consigo, salió de las aguas chorreando sangre y se arrodilló a la izquierda de su hermana. Alzó su espada hasta lo más alto y la clavó con un fugaz movimiento sobre el pecho de la joven, atravesando su corazón, hasta clavarla en el suelo bajo su cuerpo inerte.

Tras la cuchillada, Cristal se alzó tomando su última bocanada de aire, elevando su cuerpo a lo largo del frío metal de la espada. Y volvió a caer desplomada al suelo.

Después una bruma violácea lo empezó a envolver todo, cegando a Matt y al final provocando que se desmayara.

En la cueva, donde Nataly aguardaba junto a su cuerpo el humo violáceo que constituía a Cristal comenzó a emerger por los orificios de Matt, como una exhalación, volviendo a formar el cuerpo de la joven en la columna de luz sobre el cuenco que continuaba girando. Cuando al fin hubo salido todo el humo de su interior Matt retomó su consciencia y cayó hacia atrás. Sentándose sobre sus

propios talones y comprobando que volvía a ser corpóreo.

CAPÍTULO 16

Matt comenzó a toser, su garganta estaba tan seca que cada bocanada de aire que tomaba era como un si le rastrillasen la tráquea. Nataly lo ayudó a ponerse en pie y le dio un poco de agua de su cantimplora, después apartó su atención del chico y se dirigió a Cristal:

- ¿Estás bien?- le preguntó a la etérea figura.
- Sí, no te preocupes- le contestó son aquella voz sin voz.
- ¿Te ha servido de ayuda?
- Sí, ha sido de gran ayuda- dijo la mujer guiñándole un ojo a Matt.
- ¿Puedo hacer algo más por ti, madre?

“¿Madre? ¿Nataly acababa de llamar madre a Cristal?” se preguntó extrañado Matt a sí mismo. “Pero ella no era su madre, su madre era la princesa Mery, la hija de la reina Alice ¿Por qué llamaría así a Cristal? ¿Sabría ella que realmente no era su madre?” Mientras se trataba de encontrar alguna lógica a sus inquietantes pensamientos, pasó por alto la contestación de Cristal, pero seguramente le habría dicho que no, porque la conversación ya había concluido.

Ahora Cristal se desvanecía de nuevo en la columna de burbujas, que esta vez regresaban al cuenco y este poco a poco fue dejando de girar. Cuando la última burbuja tocó el morado brebaje que giraba en el cuenco, este se prendió en llamas y al instante el contenido del cuenco desapareció.

En medio de la oscuridad, rota únicamente por la franja de luz que entraba por debajo de la puerta, Nataly recogió el cuenco y la lechera del suelo y los apiló tras la puerta. Después volvió a sacar la llave que llevaba colgada del cuello y abrió la cerradura.

Los dos salieron al cegador sol, la chica cerró de nuevo y ambos emprendieron el camino que les marcaba el sendero. El camino de tierra los guio hasta lo alto de una colina, donde divisaban todos los campos de naranjos en flor. Matt aspiró profundamente el aroma del lugar y una embriagadora tranquilidad lo invadió al recordar su casa en el orbe de los susurradores. Mientras él se deleitaba con las vistas y el aroma de aquel fantástico lugar Nataly se había acercado a la puerta en ruinas de

un viejo polideportivo. Al parecer aquel lugar llevaba años abandonado, el techo se caía a pedazos, la puerta estaba sacada de sus goznes y las paredes habían sucumbido a los garabatos de los vándalos.

La chica se acercó a la puerta medio descolgada y miró furtivamente a los lados, para asegurarse de que nadie los veía. Después sacó su varita de la bota y dio un único toque al pomo de la puerta, esta se iluminó por un instante y el herrumbroso pomo adquirió un brillante tono dorado.

Nataly lo giró y empujó con fuerza la puerta ayudándose de su hombro. Una vez dentro su cara se iluminó al ver que todo estaba tal y como lo había dejado y dio un silbido para llamar la atención de Matt. El chico corrió junto a ella y se quedó alucinado al ver lo que se alzaba ante sus ojos.

Tras cruzar la puerta el destartado edificio se había transformado en un enorme estadio deportivo. Frente a ellos había un campo de fútbol, cubierto de brillante césped verde y a su alrededor cuatro pistas de atletismo, dos de tierra y dos asfaltadas. En el nivel superior, había una enorme sala acorazada que era casi del mismo tamaño que el campo de fútbol y a su lado una enorme piscina olímpica y al fondo unas enormes dianas.

Nataly le mostró orgullosa cada rincón de su lugar de entrenamiento y al final de la visita le dijo:

- ¿Te gusta?
- No... ¡Me encanta!- dijo él mirando alucinado el techo del recinto que daba la ilusión de que era el cielo exterior.
- Puedes entrenar abajo si quieres, yo he de entrenar aquí- dijo la chica abriendo la puerta de la cámara acorazada.

El chico no hizo preguntas, se despidió de ella y bajó hasta las pistas de atletismo. Una vez allí, se despojó de sus ropas y adquirió la forma de un lobo. Una vez transformado corrió durante horas, se sentía libre, corría como si pudiera dejar atrás sus problemas si lograba correr lo suficiente.

Tan centrado estaba en sus pensamientos, que no se dio ni cuenta de que Nataly había terminado de entrenar. No la vio bajar, y no la oyó al transformarse. Únicamente se dio cuenta de la presencia de la chica cuando lo alcanzó corriendo. En realidad Matt no supo cuánto tiempo llevaba corriendo, pero en realidad no le importaba.

Ambos estuvieron persiguiéndose durante horas, hasta que al fin el sol alcanzó lo más alto y el hambre empezó a apremiar. Los jóvenes se detuvieron a descansar y subieron hasta la piscina. Allí había una pequeña mesa rodeada por un par de toallas, aguardando la llegada de los jóvenes con

deliciosos manjares.

Los dos se acercaron a la mesa y comieron todo cuanto les apeteció, después se tumbaron a ver pasar las nubes sobre sus cabezas. Mientras estaban allí tendidos, un pensamiento no hacía más que rondar por la cabeza de Matt.

- ¿Realmente hay luna llena esta noche?- le preguntó a Nataly.
- Sí, ya te lo dije.- contestó ella sin darle más importancia.
- Eso me preocupa, y mucho.
- ¿Por qué?- le preguntó ella con un deje de condescendencia.
- Porque no sé si lograré controlarme.
- Tranquilo- dijo ella sentándose en la toalla- te controlarás, yo te ayudare ¿Está bien?
- Bueno... - dijo él pensando que eso sería mejor que nada- esperemos que salga todo bien.
- ¿Por qué no iba a salir bien?- dijo ella poniéndose en pie.
- No sé, tengo un mal presentimiento.
- Anda, no digas tonterías y ven conmigo al agua.- dijo la chica mientras saltaba de cabeza a la piscina.

Durante el resto de la tarde no volvieron a mencionar el problema de la luna. Se entretuvieron entre juegos y bromas, hasta que el sol pintó las nubes de fuego y oro. Entonces, se vistieron y volvieron de vuelta a la casa.

Cuando llegaron allí, Frederick no estaba y su coche tampoco. Pero a Nataly no le preocupó lo más mínimo la ausencia del hombre. En realidad, hasta se alegraba de que no estuviera, después de lo que había pasado esa mañana. Aunque sus entrenamientos siempre habían sido muy duros y desde hacía años la trataba más como a un soldado que como a una niña, la verdad es que él jamás le había pegado y no entendía por qué se sentía tan traicionado por la llegada de Matt.

Mientras la chica cavilaba, entraron en la casa y ella cerró tras de sí la puerta a cal y canto. Antes de bajar la persiana de su habitación echó una última mirada al exterior y vio como el sol se escondía por el horizonte, dejando paso a la noche.

Una vez cerrada la persiana y conjurada para impedir que entrase la luz de la luna, la chica anduvo a tientas por la habitación hasta dar con el interruptor y dio la luz.

La sala se iluminó al instante con la pobre luz anaranjada que desprendía la lámpara del techo y la

cara del joven se llenó de sombras, dejando ver en su rostro la preocupación que lo invadía por dentro.

- No te preocupes más- dijo la chica sentándose junto a él y tomando la mano del joven entre las suyas- yo te protegeré.

- ¿Y si no lo logras?- dijo él alzando la mirada hacia los oscuros ojos de la chica- ¿qué pasará entonces?

- Deja que yo me preocupe por eso, ¿vale?- le contestó la chica apartándole los oscuros mechones de pelo que le cubrían los ojos.

- Vallamos a ver una película- dijo ella para intentar animarlo.

- ¿Una película?

- Sí, venga será divertido.- le contestó la chica poniéndose en pie- espera que voy a sellar el salón y enseguida te llamo.

La chica salió de la habitación y al momento le pidió a Matt que saliera.

- Ves, ya no hay nada que temer.- le dijo la joven cuando salió.

- ¿Estás segura?- dijo él alzando una ceja con cierto aire de incredulidad, mientras inspeccionaba la habitación con la mirada.- los humanos han dañado demasiado la capa de protección de su orbe. No sé hasta qué punto puede llegar a ser de poderosa la luna.

- No te preocupes- dijo ella cogiéndolo de la mano para guiarlo hasta el sofá junto a ella- aquí la luna no podrá alcanzarte. Estas a salvo.

- Eso espero...- dijo él pasándole el brazo por encima de los hombros para que la chica se acomodara apoyada en él- de verdad que lo espero.

CAPÍTULO 17

Las horas pasaron y la luna fue tomando altura en el cielo nocturno. Llena y luminosa, como un brillante faro en medio de la noche estrellada.

Frederick aún no había regresado de donde quiera que estuviera y Nataly se había quedado dormida, acurrucada en el pecho del muchacho. Matt se entretenía cambiando de canal con el mando a distancia, mientras las horas pasaban. Por muy cansado que estuviera sabía que esa noche el sueño no acudiría a él. Pues la inquietud de no saber si podría controlar el impulso de salir a la luna sí ésta lo llamaba, se lo comía por dentro.

Tras un rato cambiando de canal, Matt dejó la reposición de un viejo concurso de la televisión, y de pronto se oyó el rugir de las ruedas del coche de Frederick derrapando sobre el camino de tierra. Nataly abrió los ojos sobresaltada por el ruido.

- ¿Qué ha sido eso?- dijo la chica.
- No lo sé.- dijo él apoyando el oído en la puerta.- parece que Frederick ha vuelto.
- Debes volver a la habitación- le dijo la chica alterada, mientras lo empujaba de vuelta al cuarto.
- ¡NATALY! ¡NATALY!- se oía gritar a Frederick desde fuera.

La chica no dudó ni un segundo, cerró la puerta de la habitación con Matt en su interior y la dio un golpe con su varita mientras mascullaba algo. Mientras la chica se dirigía hacia la puerta de entrada, la entrada de la habitación se tapió por completo, de manera que no se podía distinguir donde estaba la puerta. Después dio otro golpe con su varita a la puerta y la cortina oscura que protegía la sala de la luz se deshizo.

Nataly salió a toda velocidad de la casa, sin pararse a pensar. En cuanto anduvo un par de pasos una diminuta flecha roja rozó su brazo derecho. La chica empezó a maldecir, mientras se ponía a cubierto tras un seto y se apretaba con fuerza la sangrante herida.

Apoyó su espalda contra el seto y se apartó la mano que taponaba la herida. Comprobó que ya dejaba de sangrar y que poco a poco la carne se iba regenerando, al principio en pequeños hilos de piel que cruzaban de un lado a otro de la herida y después como un manto más sólido de piel enrojecida.

Cuando la herida estuvo cerrada estiro el brazo para comprobar que estaba en condiciones y

rápidamente salió de detrás y se colocó junto a Frederick que seguía llamándola. La chica se movió tan rápido que levantó una estela de polvo tras de sí. Pero ni con sus veloces sentidos era capaz de discernir qué era lo que fuera que los estaba atacando.

Frederick se sobresaltó al verla a su lado y cuando la miró la chica pudo ver que sus ojos se habían tornado de un rojo intenso, entonces ella decidió imitarlo y sacar también sus ojos de demonio.

Al principio no logró ver nada, salvo las estelas de un color verde lima que cruzaban de un lado para otro sobre sus cabezas. Pero aun así no lograba discernir qué era lo que los estaba atacando, así que se giró hacia Frederick y le preguntó.

- Son Pricles- dijo el hombre sin apartar la vista del cielo surcado de rayos verdosos.
- ¿Los mismos Pricles que guardan el orbe humano de intrusiones no autorizadas?
- Los mismos.
- ¿Y cómo nos han encontrado?
- Creo que la energía que usaste para abrir el portal al traer a ese chuco tuyo los ha alertado. Mira que te dejé bien claro que nada de magia innecesaria. ¿Entiendes ahora por qué te lo decía?
- Ahora no es momento de regañinas, ¿Cómo nos libramos de ellos?
- Recuerdas el hechizo de aturdimiento que te enseñó Frog el brujo.
- Pues claro.
- Pues úsalo para que esos malditos bichos se estén quietos de una vez.
- A la velocidad a la que van puede que los ralentice un poco, pero dudo mucho que logre detenerlos por completo.
- Da igual, con que amainen su velocidad es suficiente para que se conviertan en un blanco fácil.
- Está bien,- dijo ella sacando su varita- allá vamos.

La chica se puso rápidamente en pie y empezó a recitar el encantamiento.

- *"Tu crictea fin nun sea nacú"*- cuando pronunció la última palabra una onda de luz morada salió despedida desde su varita y golpeó contra los pequeños seres que revoloteaba a su alrededor.

Los pequeños seres se quedaron ralentizados al instante, y la chica pudo verlos al fin con claridad. Eran pequeños y l aparte superior de su torso, junto a su cabeza imitaban enormes flores de vivos

colores. El resto de su cuerpo estaba constituido por el tallo que daba sustento a la flor. A la espalda lucían dos pares de alas de una textura tan tenue que daba la impresión de que se desharían al tocarlas y curiosamente entre sus extrañas manos de hoja portaban unas diminutas ballestas con las que lanzaban flechas rojas como la que había alcanzado a Nataly. Pero a pesar de su frágil aspecto los Pricles eran seres que se debían de respetar, pues aparte de su extraordinaria velocidad, poseían unos estambres naranjas en lo alto de su cabeza, que al verse en peligro, dejaban caer y en cuestión de segundos provocaban una tremenda explosión allá donde cayeran.

Gracias a estas cualidades, a su camuflaje natural y a que podían pasar meses, incluso años sin moverse y ni dormir, únicamente vigilando, eran los seres idóneos para vigilar discretamente un orbe tan peculiar como el humano.

Nataly salió de su expectante admiración de aquellos seres cuando Frederick chamuscó al Pricles que contemplaba con su aliento de fuego. Fue entonces cuando la chica comenzó a liquidar a los pequeños seres uno a uno con su varita. Fue tremendamente fácil acabar con ellos ahora que prácticamente no podían moverse, pero de lo que no se dieron cuenta es que uno de ellos se cubrió tras una roca cuando lanzó el conjuro y ahora revoloteaba a toda velocidad, tramando una estrategia para tratar de salvar a alguno de sus camaradas.

Fue justo en ese momento cuando al pequeño Pricles se le ocurrió lanzar sus estambres contra el coche tras el que se ocultaban, para distraer la atención de los tiradores y así poder rescatar a alguno de los pocos que quedaban suspendidos en el aire.

Cuando el vehículo explotó, lanzó por los aires a Nataly y a Frederick, entonces el pequeño Pricles aprovechó para recoger a los tres compañeros que todavía no habían sucumbido bajo la magia y el fuego de los tiradores y se marchó con ellos.

Nataly se levantó aturdida por la explosión, trató de mantener el equilibrio pero no lo logró y cayó de rodillas junto a Frederick que permanecía inconsciente en el suelo. El hombre se había golpeado con una roca en la cabeza al caer y ahora su oscura sangre lo empapaba todo.

La chica hizo un esfuerzo y los trasladó a los dos al plano cristalino, lanzó un rápido conjuro curador sobre el hombre y regresó al Orbe humano. Cuando llegó allí, los refuerzos de los Pricles habían llegado y una nube de flechas rojas cayó sobre la chica, pero esta fue lo suficientemente rápida e hizo aparecer un escudo en su brazo bajo el que se cubrió.

Los pequeños seres enfadados por no haberla alcanzado comenzaron a lanzar sus estambres por todas partes, haciendo que decenas de explosiones la rodeasen al instante, la chica llena de rabia

por lo que estaba pasando se alzó de debajo de su escudo, ensordecida por las explosiones que la rodeaban y comenzó a recitar un nuevo encantamiento. *"akó rite mase neca anu sige uró neha"* mientras decía las palabras un fuerte viento se alzó en torno a ella, haciendo casi imposible el vuelo de lo Pricles y con la última palabra chocó sus manos en lo alto de su cabeza y todos los diminutos seres reventaron, como si se hubieran quedado atrapados entre las manos de la joven cuando dio la palmada.

La venenosa sangre de aquellos seres cayó al suelo y comenzó a burbujear sobre la arena. Entonces apareció Frederick desde el plano cristalino, su herida ya se había cerrado más o menos y había recuperado la consciencia. Cuando llegó allí vio a Nataly de rodillas en el suelo, exhausta por la cantidad de magia que había gastado con aquel hechizo, y corrió hacia ella.

Cuando Frederick llegó a la altura de la joven una fuerte explosión a sus espaldas reclamó su atención, uno de los Pricles había dejado caer sus estambres sobre el tejado de la casa antes de ser aplastado por la magia de la joven y este acababa de volar por los aires, dejando entrar a raudales la mortecina luz de la luna en su interior.

La chica sacó fuerzas de donde no las tenía y se puso en pie, dispuesta a ir toda velocidad hacia la casa, pero Frederick la agarró por la espalda entre sus fuertes brazos tratando de impedir que lo hiciera. Aunque la chica se intentó desasir de los brazos del hombre, estaba demasiado cansada para luchar y entre el forcejeo ambos cayeron al suelo.

Estando allí sentados un gutural aullido detuvo su riña y ambos se quedaron allí, quietos, inmóviles, viendo arder los restos del tejado de su casa, con la luna en su cenit ejerciendo todo su poder.

CAPÍTULO 18

El ruido de lo que estaba pasando en el exterior retumbaba en la casa, se oían explosiones a diestro y siniestro, junto con las voces de Frederick y Nataly. Matt sabía que algo horrible estaba pasando allí fuera, pero no podía hacer nada para ayudarles. Sí salía y la luz de la luna lo tocaba, no estaba seguro de poder controlarse.

De improviso un extraño ruido comenzó a oírse en el interior de la casa. Al principio era un leve siseo, como el de una tetera lista para ser retirada del fuego. Conforme el silbido fue aumentando exponencialmente de intensidad y Matt se percató de que no era podía ser nada bueno y decidió meterse debajo de la cama.

Unos instantes después una tremenda explosión hizo saltar por los aires el tejado de la casa, dejando caer al suelo y sobre la cama los cascotes incandescentes. Fue entonces cuando la brillante luz de la luna lo invadió todo con su mortecina aura.

Matt cerró los ojos con fuerza, no quería ni mirar aquel tenebroso resplandor, pero algo dentro de él sí quería. El chico luchaba con todas sus fuerzas por contener aquella parte salvaje, que cada vez iba ganando más fuerza alimentada por la inmensa luna que flotaba en lo alto del cielo. Al final aquella parte salvaje salió victoriosa y por sus venas empezó a correr el veneno de los licántropos, apoderándose de su consciencia, aumentando su temperatura, el ritmo de su respiración y el latir de su corazón.

Un escalofrío recorrió la espalda del joven que yacía tumbado bajo la cama, sobre el frío suelo, con los ojos cerrados mientras intentaba con todas sus fuerzas imponer sus deseos sobre los del animal que custodiaba en su interior. Pero el veneno ya había intoxicado cada una de sus células y el monstruo que tan recelosamente había mantenido cautivo en su interior, surgió de lo más profundo de su ser, reclamado por la luna.

De improviso sus ojos inyectados del negro y ponzoñoso veneno se abrieron de par en par bajo los travesaños de madera de la cama y una sonrisa malévola se dibujó en su rostro.

Sacó cautelosamente su mano izquierda de debajo de la cama y la sumergió en la blanquinosa luz de la luna, disfrutó del cálido tacto que envolvió y un escalofrío de placer atravesó su cuerpo. Entonces giró sobre sí mismo, para acabar tumbado en medio de la habitación, bañado por la luz de la luna.

Respiró profundamente, hinchando su pecho para dejar que el frío de la noche entrara dentro de él y acto seguido se levantó de un salto, con una agilidad felina. Arqueó por un momento la espalda antes de arrancarse la ropa, lanzándola hecha girones a un lado y comenzar su transformación.

Primero su cara, a la par de sus orejas comenzaron a alargarse. Sobre su piel comenzó a brotar un pelo más oscuro que la propia noche y sus dedos se volvieron largos a la vez que unas afiladas garras comenzaban a salir de sus extremos. Sus piernas se doblaron y retorcieron, adquiriendo un extraño ángulo que parecía más propio de un lobo que de un hombre, aunque aun así seguía erguido. Sus pies se alargaron y curvaron, dejando al enorme ser apoyado solo sobre las puntas. Por último su pecho se expandió, adquiriendo el doble de su tamaño y su espalda crujió con fuerza.

Cuando al fin completó su transformación en hombre lobo, cogió todo el aire que pudo y extendiendo los brazos hacia atrás aulló con todas sus fuerzas a la luna llena que lo miraba desde lo más alto.

De un solo salto logró encaramarse en lo más alto de la pared, rodeado por fuego y trozos humeantes de lo que una vez fue el tejado, olfateó el aire a su alrededor. Fue entonces cuando se percató de la presencia de dos seres que lo miraban atónitos sentados en el suelo. Los olisqueó de nuevo y enseguida supo que el hombre era un susurrador, pero la joven... No, ella no olía a nada que reconociese... pero a la vez aquel aroma le resultaba tremendamente familiar.

Dio un salto y cayó junto a ellos, ambos lo miraban con una expresión extraña, observando cada paso que daba. El licántropo volvió a olisquear a la joven, impregnándose de aquel extraño aroma. Entonces ella dijo algo, algo intrascendente que ni tan siquiera logró entender, pero su estómago rugió y decidió marcharse en busca de presas más fáciles y succulentas.

Correteó por el camino de tierra y por entre los árboles que llevaban al pueblo, pero pronto dejó de olisquear, pues conforme se acercaba a las brillantes luces, el aire cada vez era más tóxico y repugnante. Pero a pesar de la infecciosa contaminación de los coches, su impulso de ir hacia el pueblo era irrefrenable, pues sentía un hambre atroz. Matt sabía que donde había luces, había presas. Sabrosas y succulentas presas.

Cuando llegó al pueblo, correteó por entre las calles desiertas, al parecer todos los humanos dormían apaciblemente resguardados en sus casas de los peligros de la noche. Podía oír sus respiraciones, sentir los latidos apacibles de sus corazones dormitados y apreciar sus aromas, sus succulentos aromas...

El hambre apremiaba cada vez más, cada célula de su cuerpo le exigía alimento y entonces la vio.

Frente a él estaba la única taberna del pueblo, y por suerte para el licántropo aun seguía abierta. El joven se escondió entre las sombras del callejón que había junto al bar y aguardó paciente. Sabía que si entraba de improviso los espantaría y si alguno lograba huir en cuestión de minutos tendría allí a todo el pueblo dispuesto a matarlo, así que espero.

Por suerte para él, su espera no fue demasiado larga. Al cabo de diez minutos un joven algo ebrio salió del bar arrastrando los pies de vuelta a casa. Matt no se lo pensó dos veces y cuando el joven pasó junto al callejón, el licántropo le partió el cuello. Fue tan rápido que el pobre muerto ni se dio cuenta de que pasaba. En un abrir y cerrar de ojos se cargó el cuerpo al hombro, lo desvistió, dejó su ropa sobre el contenedor de basura y devoró su cuerpo aún caliente, con tal habilidad que ni tan siquiera se mancó de sangre.

A pesar de haber devorado a un hombre entero seguía famélico, así que una vez hubo terminado con su aperitivo, retomó su forma normal y se puso las ropas del joven. Cuando entró en la oscura taberna, nadie se dio cuenta de que no era un humano más, pues en el interior de aquel antro de mala muerte estaba todo tan oscuro que no se podía ver lo único que lo delataba, sus ojos. Aquellos ojos inyectados en oscuro veneno, eran vacíos y aterradores, pero los allí presentes no se percataron. Estaban demasiado embriagados, por insulsas conversaciones y jarras de alcohol.

Matt cerró la puerta tras de sí, sin perder de vista a los peculiares personajes que se plantaban ante él. A la derecha había una mesa con cuatro muchachos de unos veinte o veinticinco años, rodeados por al menos veinte jarras vacías. A la izquierda, en la parte más alejada, una pareja hacía manitas al amparo de la oscuridad y un poco más adelante tres muchachas bailaban al son de la música con un apuesto joven.

Además de la clientela en el local había un par de camareros y la cocinera que charlaban acaloradamente sentados a ambos lados de la barra.

El chico pensó que aquello sería un buen festín, fácil y succulento. El licántropo no pudo evitar que una malévola sonrisa de satisfacción surcase su cara, mientras corría el pestillo y lo retorció, dejándolo inservible. Una vez se aseguró de que no había otra salida comenzó a andar en dirección a las chicas que bailaban como ninfas con su sátiro, mientras se relamía.

Pasó junto a las jóvenes y estas le sonrieron acaloradamente, ruborizándose ante una sonrisa del muchacho, pero las pasó de largo y continuó hacia su objetivo. Al pasar junto a la pareja de enamorados les robó la botella de espumoso que tenían sobre la mesa sin que dieran ni cuenta y acto seguido la derramó sobre la caja de luces.

Aquello dio un fuerte chispazo, mientras las luces y la música se apagaban. La oscuridad lo invadía todo, salvo por la tenue luz que entraba por los oscurecidos cristales. Ante el revuelo que se comenzó a producir por la falta de luz uno de los camareros fue a ver lo que había pasado, todo estaba tan oscuro que no se dio cuenta de que Matt pasó junto a él, transformándose de nuevo en aquella aterradora bestia.

Mientras el camarero comprobaba lo sucedido iluminándose con cerillas, Matt degolló a la pareja de la mesa del fondo, se comió sus vísceras, se bebió su sangre, peló sus huesos y luego los rompió para comerse hasta el tuétano.

Ante el ruido de huesos rotos el camarero se giró y la tenue luz de una de sus cerillas iluminó a la bestia ensangrentada que estaba ante él, Matt se había colocado tan cerca que el camarero podía sentir su respiración sobre la piel. El hombre se desmayó, y los demás que ya estaban alterados por los extraños crujidos que habían oído, terminaron de ponerse nerviosos al oír el golpe sordo del hombre al caer al suelo.

La cocinera empezó a llamarlo, y al ver que no había respuesta decidió salir de detrás de la barra e ir a ver qué pasaba. Cuando sus pies empezaron a quedarse pegados por la sangre que comenzaba a secarse en el suelo, el corazón de la mujer comenzó a latir a toda velocidad, en aquella esquina del bar no se podía ver nada, así que sacó un mechero de su delantal y la encendió. Al ver a la bestia ensangrentada allí parada mirándola con ojos vacíos y mostrándole los dientes, la mujer gritó. Gritó tan fuerte y agudo como le permitió el miedo e intentó correr para salvarse. Pero al llegar a la puerta le fue imposible abrirla.

- ¿Qué sucede?- preguntó uno de los muchachos de la mesa aterrado.
- Hay un monstruo- dijo la mujer muerta de miedo.
- ¿Cómo que un monstruo?- le preguntó uno de las chicas.- ¿Dónde?
- ¡Ahí!- dijo la mujer señalando a la oscuridad.
- Ahí no hay nada- le contestó el chico que la acompañaba.

La mujer no hizo caso de las palabras del joven, solo quería salir de allí, peor la maldita puerta se le resistía.

- ¿Está bien?- le preguntó otra de las chicas.
- No, la puerta- dijo la mujer mientras forcejeaba con ella- ¡no se abre!
- Déjanos a nosotros.- le contestó otro de los muchachos apartándola de la puerta.

Los cuatro muchachos de la mesa de la derecha intentaban abrir la puerta, pero ni entre los cuatro lo consiguieron. Entonces un fugaz rayó rompió una de las ventanas y de él surgió Nataly. La mujer salió rápidamente de su asombro y fue corriendo hacia la ventana, para intentar escapar, pero antes de que llegase, Nataly hizo un leve gesto hacia arriba con la mano izquierda y los cristales regresaron a su lugar inicial, a la vez que la reja que había al otro lado se recomponía.

La mujer se detuvo en seco ante la magia de la joven y se arrojó de rodillas ante ella suplicante.

- Sálvenos, por favor, se lo ruego.
- ¿Salvaros?- dijo la chica como si no supiera de lo que hablaba la mujer- ¿De qué iba a salvaros yo?
- Del monstruo, ¿De qué si no?- le contestó la mujer extrañada.
- ¿Qué monstruo?- dijo Matt apareciendo de entre las sombras.

El joven iba vestido únicamente con los pantalones que le había robado a su primera víctima. Su definido torso estaba surcado por ríos de sangre y Nataly clavó sus ojos en él desde que irrumpió.

- ¡Tú! ¡Satanás!- dijo la mujer agarrando ante ella la cruz que colgaba de su cuello.
- ¿Satanás?- dijo el chico burlándose de ella, mientras pasaba a su lado- Estúpidos humanos que confunden a un demonio con un licántropo.- dijo dirigiéndose a Nataly.
- ¿Qué sabrán ellos?- le contestó la chica.
- ¿Li...li...licántropo?- dijo una de las jóvenes que ahora se encontraban contra la pared más cercana a las vidrieras.- ¿Quieres decir que eres un hombre lobo?
- Que lista- dijo Matt acercándose con un paso aterrador a la muchacha- hermosa y lista- añadió al levantarle la barbilla con uno de sus afilados dedos.
- Matt deja a esa niñata, debemos irnos- le insto Nataly reclamando su atención.
- ¿Ahora?- le replicó el chico con voz seductora acercándose a ella.
- Sí, ahora- le contestó la muchacha de forma tajante.
- Tú no quieres irte.- dijo acercándose aún más a la chica para decirle al oído.- sé que estas deseando unirme a mí, ¿Por qué no hacerlo?
- Pero Frederick...
- Frederick, Frederick, Frederick...- no te cansas de recibir órdenes de ese tipejo.

- “Ese tipejo”, como tú lo llamas es mi padre- le dijo ella volviéndose para clavar su afilada mirada en la del chico.
 - ¿Tu padre?, ¡Ja!, No me hagas reír.
 - Es cierto, él me ha criado como su hija.
 - ¿Y por qué crees que lo ha hecho? ¿Por qué te quiere? ¿Por caridad tal vez?- dijo con una retórica que atravesó el corazón de la muchacha.
 - ¿Por qué sino? – dijo la chica siguiendo la muchacho con la mirada, mientras este la rodeaba lentamente.
 - Porque te necesita.
 - ¿Para qué?
 - Para que mates a su hermano.
 - ¿Su hermano?
 - Claro, el rey Cedrick ¿No lo sabías?
 - ¿Cedrick es hermano de Frederick?
 - Claro que sí, antes de que Cedrick le destrozase al cara a Frederick eran idénticos, pero uno fue rey y el otro, bueno... ahora es un paria.
 - ¡No digas eso!
 - Es la verdad preciosa, te gusto o no. Así que dime, ¿Qué vas a hacer, seguir bailando bajos sus hilos o hacer lo que te apetezca por una vez?
 - Y claro está, tú crees que sabes lo que me apetece ¿No es así?
 - Claro que lo sé. A ti también te afecta la luna, lo sé, lo huelo. Sin duda eres más fuerte que yo y por eso lo puedes resistir, pero te mueres de ganas por venir conmigo a pasártelo bien.
- Un destello de perversa maldad surcó la mirada de la joven y media sonrisa se dibujó en su rostro mientras miraba a los diez aldeanos que aún quedaban con vida. Se humedeció los labios con la lengua y empezó a desvestirse para convertirse en licántropo junto a Matt.
- ¡Esa es mi chica!- dijo el joven, y se unió a ella en la transformación.

Los dos lobos aullaron al terminar de transformarse, después anduvieron lentamente hacia los aldeanos, para disfrutar de su terror. Todo lo que pasó después fue simplemente una masacre. Media

hora más tarde, las vísceras y la sangre pintaban ahora las ennegrecidas paredes del local mientras Nataly repelaba el último de los huesos de la cocinera.

Al terminar lanzó una intensa mirada a Matt e hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta. El chico obedeció las órdenes de Nataly y embistió contra la puerta, destrozándola en mil pedazos. Ahora la luna estaba más baja en el horizonte y jugaba al escondite con las nubes de tormenta que se habían alzado mientras ellos asistían a su particular festín. Los dos lobos salieron del pueblo a toda velocidad entre carreras y juegos, mientras la fina lluvia empezaba a empapar sus pelajes. Corretearon por los campos, asustando gallinas y revolcándose en los charcos, disfrutando la noche como los dos animales que eran.

Cuando iban correteando por una ladera, ya alejada del pueblo, Nataly se abalanzó sobre Matt y lo derribó. Ambos descendieron por la ladera mientras se transformaban de nuevo en humanos.

Al llegar abajo, sus cuerpos sucios y ensangrentados comenzaban a limpiarse por la intensa lluvia que los bañaba en ese momento. El corazón de Matt latía a mil por hora, ahora que la luna estaba totalmente oculta bajo una gruesa capa de nubes, su control sobre él había disminuido y por fin pudo reconocer a Nataly, la miraba de arriba abajo, mientras la chica estaba tumbada sobre el césped, con las manos detrás de la cabeza y los ojos cerrados, recuperando la respiración. Veía su pecho subir y bajar al ritmo de su respiración y la excitación recorrió el cuerpo del muchacho. Se acercó suavemente a ella y besó su cuello, con infinidad de besos potentes y largos, mientras sus manos recorrían la fina piel de la muchacha.

La joven se incorporó un poco sujetada por las manos del chico y abrió los ojos, perdiéndose en las azules pupilas del chico. Aquellos ojos eran completamente hipnóticos, mirarlos fijamente era como mirar al horizonte de un mar embravecido. Desbordaban pasión y lujuria. La chica enmarcó su cara con sus largos dedos y la besó con un apasionado beso en el que se fundieron sus almas, dejándose de nuevo caer contra el suelo.

La chica pasó sus brazos en torno a su cuello, atrayéndolo hacia ella e impidiéndole alejarse, aunque él no pretendía separarse de ella ni lo más mínimo. Matt apoyó su brazo izquierdo en el suelo para no dejar caer su peso sobre la chica, mientras que con su mano derecha subía por la cintura de la joven, hasta que su mano logró alcanzar el mullido seno de la muchacha.

Nataly bajó sus manos por la musculosa espalda del chico y lo abrazó con fuerza, antes de hacerlo rodar un par de metros más sobre el húmedo césped sin dejar de besarse. Cuando dejaron de rodar la chica estaba sentada a horcajadas sobre él, entonces las manos del chico descendieron por su

piel hasta alcanzar el culo de la chica y lo apretaron con fuerza. Ella sentía que lo deseaba desde lo más profundo de su ser y que él la deseaba a ella, quería poseerla ahí y ahora y Nataly se dejó llevar.

Subía y bajaba sobre el joven, jadeando, sintiéndolo dentro de ella una y otra vez. Entonces, de improviso él la giró y la tumbó sobre la hierba. La chica se agarró con fuerza a su espalda, clavándole sus uñas en ella, mientras él se sostenía sobre ella envión tras envión jadeante y lleno de lujuria. Hasta que al final la tensión llegó al máximo y ambos estallaron al unísono en un grito animal traído por la pasión.

Matt se tumbó junto a ella recuperando el aliento y ella apoyó su cabeza sobre el pecho del joven que subía y bajaba con fuerza con cada respiración. Ambos se quedaron allí quietos, contemplando las estrellas que empezaban a verse a través de las nubes que comenzaban a marcharse, hasta que se desvanecieron por la luz del sol que marcaba el comienzo de un nuevo día.

La noche había pasado, y Matt ahora que ya no tenía que luchar más contra la luz de la luna se durmió tranquilo abrazado a Nataly.

CAPÍTULO 19

Cuando el sol ya había alcanzado cierta altura en el cielo y las nubes de la noche habían desaparecido por completo, los jóvenes se despertaron y se pusieron en marcha. Como iban desnudos, su prioridad era coger algo de ropa para pasar desapercibidos hasta llegar a casa de Nataly, así que se acercaron sigilosamente a la parte trasera de una casita del campo y vieron a una mujer ya entrada en años tendiendo la ropa que acababa de lavar.

Mientras esperaban entre los matorrales, un estornudo asomó a la nariz de Nataly y resonó en todo el valle. La mujer, asustada por el sonido, miró a un lado y a otro, recogió el cesto del suelo y se metió en casa todo lo rápido que pudo cerrando, con un fuerte ruido, el pestillo de la puerta tras de sí.

Entonces Nataly asomó un poco la cabeza por encima del matorral para ver si la mujer se había ido del todo, pero lo que parecía ser un pequeño caracol que estaba apoyado sobre una ramita frente a ella se giró y la miró con unos enormes ojos naranjas. Al verlos allí a los dos se dio cuenta enseguida de que no eran simples humanos y sacó de su caparazón el resto de su cuerpo. Cuando terminó ya no era un simple caracol, ahora era como un pequeño hombrecito marrón y su caparazón no era más que una pequeña mochila pegada a su espalda.

- ¿Qué hacéis aquí?- preguntó el ser con voz chillona.
- ¿Tú quién eres?- preguntó Nataly sentándose en el suelo.
- Yo he preguntado antes.
- Está bien. Solo queremos algo de ropa.

El pequeño ser los miró a ambos de arriba abajo y después continuó hablando.

- ¿Y me prometéis que no le haréis daño?
- Prometido- dijo Nataly poniéndose una cruz con la mano derecha sobre el corazón.
- De acuerdo. Puedes ir.

Nataly fue tan veloz que ante los ojos de los demás no fue más que una fuerte ráfaga de aire que se llevó algo de ropa del tendedero. Cuando regresó de nuevo junto a Matt le dio unos pantalones y una camisa que seguramente habría sido del marido de aquella señora, luego se pasó por la cabeza un florido vestido que había cogido para ella y le preguntó al pequeño ser que no les quitaba la vista

de encima.

- Al final no me has dicho quién eres tú.
- Soy Lecom. Guerrero del reino de los Limodanos.
- ¿Y qué hace un guerrero de los reinos guardando la casa de una ancianita?
- Digamos que yo guardo a alguien que guarda a alguien que es de interés para los reinos.
- ¿Qué?- le preguntó la chica extrañada por la ambigua respuesta de Limodano.
- No te puedo decir más, he de mantener a los que son como vosotros lejos de aquí. Así que os de pedir que os marchéis.
- ¿Los que son como nosotros?- preguntó Matt que ya había terminado de vestirse.
- Sí, no te hagas el inocente, se lo que hicisteis anoche en el pueblo. Todo ser mágico o no lo sabe ya. Así que por última vez, os pido amablemente que os marchéis.
- Está bien, ya nos vamos.- dijo Nataly y ambos emprendieron al camino de regreso a la casa.

De vuelta a casa Nataly estuvo un rato pensativa, dándole vueltas a lo que el Limodano había dicho “guardo a alguien que guarda a alguien que es de interés para los reinos” ¿Qué querría decir con aquello? La chica estaba realmente intrigada con aquellas palabras, y como no, con el hecho de que hubieran enviado a un Limodano a proteger a una ancianita humana.

A pesar de su apariencia, los Limodanos eran un pueblo muy respetado en el Orbe de los Hechiceros. Aquellos seres de aspecto tan frágil eran realmente temibles. Los Limodanos al igual que los Lasvos, EEE y FFF. Eran seres que había coevolucionado con los humanos en la adquisición de los poderes mágicos, y entre los cuatro pueblos custodiaban lo que ellos llamaban las fuerzas de la vida. Los Limodanos custodiaban La Tierra y sus poderes sobre ella eran inconmensurables, al igual que los poderes de los demás guardianes sobre sus elementos. Los Lasvos custodiaban El fuego, los EEE, El aire y los FFF, El Agua.

Mientras los cuatro pueblos se encontrasen en equilibrio las fuerzas de la vida se mantendrían estables, pero si uno de ellos faltase o simplemente flaqueasen sus fuerzas. Cuentan, que el equilibrio del mundo se desmoronaría y que el fin de los días, de todos los habitantes, de todos los Orbes llegaría.

Así que nadie se atrevía a meterse con los guardianes y ellos no iban a ser menos. Además sí se habían topado con un Limodano, muy probablemente entorno a la casa estarían apostados el resto

de guardianes.

Pero ¿Qué habría allí dentro para merecer tal protección? Nataly no dejó de darle vueltas a la cabeza, hasta que al fin llegaron a la casa.

Una vez allí, a la luz de día, pudieron ver los estragos que había causado la lucha del día anterior. Las paredes estaban tiznadas de negro y no quedaba nada del tejado, el árbol que sostenía el columpio había quedado calcinado por completo y sobre el agua de la piscina, flotaban tablachos de madera que habían salido despedidos por la explosión.

Cuando cruzaron el umbral de la puerta, que ya no tenía puerta. Pudieron ver dos petates de tela marrón y roja en el centro de la sala y un puñado de armas apiladas contra la única pared que quedaba completamente en pie. Frederick salió de su habitación colocándose una de las hachas en el cinto, al alzar la vista su semblante cambió al ver allí a los dos jóvenes plantados, mirándolo sin comprender muy bien lo que estaba sucediendo.

- ¿Ya era hora de que os dignaseis a aparecer!- les dijo mientras se acercaba al montón de armas y cogía una espada, que enfundó rápidamente al otro lado del cinturón.- Nat,- prosiguió.- te ordene traerle. Pero no recuerdo haber dicho nada a cerca de masacrar aldeanos.

- Bueno- dijo ella despreocupada mientras se acercaba a las armas- lo hecho, hecho está ¿no es así padre?- después se alzó de nuevo y dejó caer de nuevo al suelo la daga que había cogido del montón- ¿Qué es todo esto?

- Nos marchamos.

- ¿Cuando? – contestó ella rápidamente.

- Cuando el sol alcance lo más alto.

La chica alzó la mirada y miró hacia el cielo a través de lo que una vez fue el tejado de su hogar.

- No falta mucho- le contestó la chica sin apartar la vista del potente del sol que estaba a punto de alcanzar su cenit.

- Por ese motivo has de armarte ya.- Le contestó el hombre mientras se ajustaba el arnés a la espalda.

- No podemos partir ya,- replicó la chica- aún es demasiado pronto, he de entrenar mucho más.

- Lo lamento, pero se nos ha agotado el tiempo.- dijo él sin apartar la vista de las flechas que

iba comprobando antes de guardarlas en el carcaj de su espalda. Cuando terminó de guardar las flechas continuó hablando,- Entre esa niñata que se a empecinado en conseguir el Crocten de Alice y que tú nos has delatado ante los Pricles al traer a “eso” contigo. No nos queda otro remedio, debemos partir hoy mismo.

- ¿Estás diciendo que esa estúpida niñata salido ya en dirección a Anftrac?- dijo la chica indignada.

- Sí, por lo visto tu imprevista visita trastocó sus planes y la empujó en dirección al Crocten.

- ¡Maldita!- dijo la chica conteniendo a malas penas la ira que se apoderó de ella en aquel instante.

Su control sobre la furia que la invadía duró poco y en los eternos momentos que siguieron a sus palabras una bola de fuego se fue generando sobre su mano izquierda. Matt que vio como aquel cumulo de rabia se iba creando entorno a su mano, se puso a cubierto y gracias a sus agudos sentidos de cambiante logró ponerse a salvo, pues al instante la bola de fuego que se estaba formando en su mano salió disparada e impactó contra la chimenea que reventó en mil pedazos, haciendo que toda la pared se desplomase con ella.

Ante la tremenda explosión Frederick apartó su vista de sus menesteres y clavó sus ojos en Nataly. Pero por primera vez Matt no vio odio o rabia en ellos, había tranquilidad, amor e incluso pesar. Incluso por un instante le recordó a la mirada de si propio padre hacia él, cuando la frustración lo sobrepasaba y el venía a calmarlo.

- Tranquila- dijo con un tono pausado, mientras se ponía en pie y la abrazaba- ahora debemos irnos, porque seguro que los Pricles han informado de nuestra posición y Cedrick no tardará en enviar guerreros a apresarnos, pero date por seguro que lograrás ese Crocten y solo es cuestión de tiempo que acabes con esa estúpida niñata. Recuerda pequeña; reinar es tu destino.

- Está bien padre- dijo ella calmándose al fin y salió en dirección a su habitación para prepararse.

- ¿Y tu chucho?- dijo Frederick dirigiéndose a Matt por primera vez desde que estaba allí- ¿Sabes luchar?

- ¡Sí señor!- contestó el muchacho con la misma firmeza con la que contestaba a sus generales cuando era guerrero.

El hombre se acercó a él y sin mediar palabra tomo el brazo del joven y levantó su manga. Después

de ver el escudo cambiante cruzado por las dos espadas, comprendió que no era un simple licántropo. Era un guerrero de los reinos, el hombre alzó la vista y sus miradas se cruzaron, durante un minuto que se hizo realmente eterno.

La mirada de Frederick era férrea y terrorífica, con aquellos ojos verdes que se clavaban en la mente de Matt y aquella cicatriz que surcaba todo el lado derecho de su rostro. Pero Matt no se amedrentó y al final media sonrisa se dibujó en el rostro del hombre.

- Espero que seas de utilidad- dijo al fin- coge lo que necesites.- añadió señalando el montón de armas.

En ese momento Nataly salió de la habitación, uniformada y lista para cargar sus armas y marcharse.

- Nata- le dijo Frederick- adecuenta un poco al chico, así no podemos llevarlo a ningún lado.

Tanto Nataly como Matt se quedaron sorprendidos por un instante, aquella era la primera vez que Frederick se dignaba a llamar a Matt chico. Pero la chica pronto salió de su asombro y replicó.

- Pero padre, ¿no dices siempre que no he de usar la magia fuera de la sala o bajo caso de extrema necesidad?

- A buenas horas te preocupas tú por no excederte con la magia después de toda la que empleaste para traerlo aquí.

- Lo lamento padre, pero ya bien sabe que tenía que hacerlo.

- Bueno eso ahora no importa, derrama toda la magia que quieras, los Pricles ya nos han localizado así que ya no hay motivo alguno para confinar tus poderes.

- Está bien- dijo ella sacando la varita de la caña de su bota con una sonrisa en la boca- si tú lo ordenas...

La chica alzó la varita y la movió en el aire de un lado a otro, y al instante las anchas ropas que portaba el joven comenzaron a ajustarse a su esbelta figura, hasta quedarles como un guante. Ya que estaba jugando con la magia le dio zapatos y arneses para sus armas. Después se quedó pensativa por un instante mirándolo de arriba abajo, se acercó a él y apartó los cabellos del chico con la mano. Acto seguido se apartó y con unos movimientos de muñeca le cortó el pelo mucho, usando su varita a modo de tijeras. Los mechones de cabello del joven cayeron a sus pies, mientras su cara cambiaba drásticamente al ver sus mechones de pelo caer, pero no se atrevió a decir nada. Cuando la chica terminó el negro pelo de Matt era muchísimo más corto, destacando su anguloso rostro y sus inmensos ojos azules.

Al terminar la chica le acercó un espejo para que comprobase los cambios, y mientras él se miraba, ella enfundó su varita en la bota y haciendo danzar los dedos en el aire elevó tres puñales del montón y los llevó volando hasta su cinturón, donde las ensambló con total precisión. Después hizo lo mismo con el hacha de filo dorado y un par de cuchillos de tres puntas, luego cogió un par de espada que había sobre la mesa y la cargó en su espalda y por último guardó en su bota derecha una Antiva. Aquel extraño objeto circular y aplastado era una buena arma de distracción, pues al pulsar el círculo central salían una decena de cuchillas por los laterales y una vez se clavaba en algún sitio no tardaba más de unos segundos en explotar.

Matt cogió un par de espadas que les habían sobrado a Frederick y Nataly y las enfundó en el arnés que la chica le había conjurado.

Cuando el sol alcanzó lo más alto, Nataly comenzó a recitar a voz en grito, unas oraciones en el idioma de los susurradores, y el aire que los rodeaba comenzó a volverse turbio, denso y pesado. Poco a poco la imagen de la casa en ruinas que los rodeaba fue desapareciendo y ellos se desmaterializaron, reapareciendo en medio del inhóspito paramo donde Nataly los había llevado la primera noche, tras huir de la isla de Estel.

CAPÍTULO 20

Una vez allí, la chica sacó un polvo morado de su bolsillo y sopló hacia el portal desde donde aún se podía ver el orbe humano y tan levemente como se creó, desapareció.

La chica dio una patada al pequeño montículo de piedra que marcaba el lugar exacto donde estaba la fisura entre los Orbes y sin mediar palabra alzó su vista al cielo y comenzó a batir las alas. Matt apartó su vista hacia Frederick y pudo ver como portaba a su espalda unas enormes alas de un negro tan intenso que hacían reflejar la luz del sol con un fascinante brillo iridiscente.

- ¿Qué eres?- le preguntó el chico asustado.

Pero el hombre no tenía intención alguna de contestarle, simplemente se agachó un poco y tomó impulso para alzarse el en deslumbrante cielo junto a Nataly. Ambos comenzaron a volar en dirección al este y Matt no tuvo más remedio que adoptar rápidamente su forma de lobo para tratar de mantener su ritmo.

Cuando se transformó le sorprendió gratamente el hecho de que Nataly le hubiera otorgado a su ropa la capacidad de transformarse con él. El voraz lobo logro corrió todo lo rápido que pudo hasta que logró alcanzar a los dos seres dorados que ya comenzaban a alejarse a toda velocidad.

Tras varias horas de viaje Matt comenzó a percibir un extraño aroma que impregnaba el aire. Era el olor del mar, pero el joven lobo no era capaz de apreciar el azulado resplandor de las aguas marinas. Hasta que al fin, tras subir la colina que se alzaba ante él, pudo ver la majestuosidad del mar ante sus ojos. Pero para su sorpresa las turbulentas y embravecidas aguas de aquel mar no eran de un color azulado, eran negras como la noche, y a Matt no le cupo duda, se encontraban ante el mar de las Ánimas. Donde se aguardaban los monstruos más voraces y peligrosos que jamás hayan habitado los mares.

El joven se detuvo por un instante, tragó saliva y se aró de valor para descender hasta la inmensa playa de arenas grises hacia donde se dirigían Frederick y Nataly, mientras el solo buscaba el horizonte a sus espaldas.

Junto al mar, resguardado en una cala, se hallaba un pequeño pueblecito de pescadores, y fue justo hacia allí donde le guiaron sus alados compañeros. Padre e hija tomaron tierra y ocultaron sus enormes alas negras, mientras Matt recuperaba su forma humana.

- ¿Dónde estamos?- preguntó el chico mirando extrañado las estrechas callejuelas de aquella

aldea.

- Esto es Femús- le contestó Frederick echando a andar.
- ¿Femús?- preguntó el joven extrañado.
- Es un asentamiento de Kianeis, demonios menores que están de nuestra parte.
- ¿Y que hacemos aquí?
- Estamos aquí por ti- dijo el hombre lanzándole una mirada sombría que heló la sangre del muchacho por un instante.
- ¿Por... mí?
- En efecto, como Nat te trajo, los Pricles nos localizaron. Llevábamos viviendo allí diez años sin ser descubiertos y por tu culpa en un instante nos localizaron.
- Padre- le recriminó Nataly con un tono seco.
- Está bien,- le dijo el hombre de mala gana antes de continuar hablando con Matt- yo tenía pensado recorrer todo el camino hasta Long-poo por el orbe humano, ya que es más sencillo pasar desapercibido. Pero ahora no tenemos más remedio que viajar por aquí ya que es más rápido.
- ¿Hacia dónde iremos?
- Nos dirigiremos hacia las montañas de Tasún, debemos ir al palacio de Long-poo.
- ¿Al palacio de Cedrick?
- Muy bien, ¿Quieres una galletita?

Matt lanzó una mirada furibunda ante aquel comentario, pero Frederick ni se percató.

- Necesitamos una embarcación,- dijo Nataly desviando la furiosa mirada del chico- pues aunque pudieses volar...
- Que no es el caso- puntualizó Frederick molesto.
- Aun así- continuó diciendo la chica enojada- el mar de las Ánimas es demasiado grande para cruzarlo volando. Eso sin tener en cuenta las horribles tormentas que se desatan en su seno y los terribles monstruos que lo habitan.
- ¿Entonces, porque no lo rodeamos?- preguntó Matt algo angustiado.
- No seas cobarde chuco. El mar de las Ánimas es el camino más corto para llegar a Tasún, y gracias a ti, no nos sobra el tiempo.

El rostro de Matt se tensó furibundo ante los afilados comentarios de Frederick, pero Nataly lo cogió por el brazo, tratando de calmar al furioso animal que a duras penas lograba contener en su interior.

La verdad era que desde que habían llegado al Orbe de los susurradores, le costaba un esfuerzo más grande de lo habitual tener contenida a la bestia que dormitaba en sus adentros, y los constantes comentarios de Frederick no hacían más que avivar las llamas de odios que trataba de mantener aletargadas en su interior.

Al llegar ante una enorme puerta de madera, maltratada por la intemperie y la brisa del mar. Se detuvieron, miraron a los lados para ver que nadie los observaba y cruzaron la enorme puerta, cerrándola tras de sí.

En el interior, había una especie de taberna, sucia y oscura, que apestaba a carne cruda y alcohol fermentado. Matt olisqueó un poco el ambiente tras cruzar la puerta, pero rápidamente dejó de hacerlo, en cuanto aquel pestilente hedor abofeteó sus sentidos.

Frederick, cruzó el local sin mirar atrás, hasta detenerse en la última mesa de la esquina donde había sentado un viejo Kianeí bebiendo algo burbujeante en una enorme jarra, mientras se comía la cabeza aun sangrante de un Puner abatido hacía poco. Frederick se sentó junto a él y le hizo una señal a Nataly y Matt, que aún lo aguardaban en la entrada, para que se sentasen en la barra mientras él hablaba con el viejo.

Cuando se sentaron la camarera les tomó el pedido y se dio a vuelta para preparar lo que habían pedido. Matt la miraba extrañado y algo tenso, jamás había estado tan cerca de un ser de aquella raza sin luchar contra él.

Los Kianeis eran seres realmente extraños, sus rostros estaban invertidos, en la parte más alta, donde los demás seres tenían los ojos por norma general, ellos tenían un par de bocas que hablaban al unísono. En el centro de la cara, en lugar de una nariz, tenían un enorme ojo con los párpados a los lados en lugar de arriba y abajo. En torno a su cara tenían infinidad de filamentos dorados, que se movían con vida propia en todas las direcciones, tratando de captar todos y cada uno de los aromas que los rodeaban, aunque en aquel pútrido lugar estaban decaídos y sin brillo, intoxicados por el pestilente ambiente de la taberna. Por último, entorno a sus fornidos cuellos tenían una serie de orificios vacíos, por los que captaban los sonidos en todas las direcciones.

La joven camarera regresó pronto, dejando las copas sobre la pegajosa barra, mientras que miraba de reojo al chico. Cuando se marchó Matt alzó su copa, observando cómo se movían de arriba abajo viscoso fluido azul y verde del que estaba repleta la copa, sopló el humeante líquido y dio un largo

trago a la dulce bebida. Cuando miró a Nataly de nuevo, esta tenía la vista clavada en Frederick, Matt desvió la mirada en dirección a la de la chica.

- ¿Qué sucede?- le preguntó, sin apartar la mirada de los hombres.
- No lo sé, pero por su bien espero que acepte.
- ¿Qué pasará si no lo hace?
- Entonces...- dijo la chica mirando a un lado y a otro, antes de acercarse al oído del chico para terminar la frase.- Frederick dejará que me divierta.

La chica volvió a erguirse con una amplia sonrisa en su rostro y a Matt se le heló la sangre. Al comprender que la idea de aniquilar a todos aquellos seres producía en Nataly una sonrisa de verdadera satisfacción.

El chico se acercó a ella y le contestó al oído, con un hilo de voz.

- ¿Acabaras con ellos?

La chica no contestó solo se limitó a asentir con una amplia sonrisa, mientras le enseñaba disimuladamente sus colmillos.

Matt, horrorizado, miró de un lado a otro a los Kianeis que no hacían nada más que beber, vociferar y reír. Completamente ajenos a la inminente muerte que los aguardaba.

- Son al menos una treintena- le dijo el chico entre susurros, tratando de hacerla entrar en razón.
- Ya lo sé, ¿a que es genial?- le contestó ella disfrutando de otro largo trago de su burbujeante bebida.

La respuesta de la chica lo dejó aún más horrorizado si cabe. Miró de nuevo a todos los Kianeis que disfrutaban de sus copas, y luego dirigió su mirada hacia Frederick y el viejo hombre. Rogando que al final el viejo entrase en razón y les diese lo que pedían. Pero por la expresión del hombre parecía que aquello estaba muy lejos de la realidad.

Frederick estuvo hablando con el viejo durante más de una hora. Nataly estaba aburrida y daba vueltas en su taburete, o le ponía ojitos a los jóvenes que se habían sentado junto a ella en la barra, mientras Matt no hacía más que mirar el reloj cada minuto. Hasta que al final el viejo Kianeis se puso en pie enojado y le señaló a Frederick la puerta. Él no dijo nada más, se puso en pie, cogió su capa y salió dirigiéndose hacia la puerta.

A Matt se le hizo un nudo en el estómago al verlo echar andar y su respiración se detuvo cuando lo cogió del brazo y lo bajó del taburete. Después el hombre se acercó a Nataly y le dijo:

- Nat querida, estos amables Kianeis se niegan a prestarnos una de sus embarcaciones.
- ¿Se niegan?- dijo ella con una fingida indignación.
- Me temo que sí, ¿Crees que podrás pagarles mientras Mathew y yo te esperamos en la puerta?
- Está bien padre- dijo ella dibujando una malévola sonrisa en su rostro- como ordenéis.

La chica se soltó el lazo de su capa mientras Frederick y Matt salían por la puerta y la dejó apoyada en el pomo de la puerta, después atrancó la cerradura y se volvió hacia el fondo de la sala mientras chasqueaba los dedos para que los oscuros ventanales se cerrasen por completo.

Frederick tuvo que sacar a Matt a rastras de la taberna y conforme salieron se oyó el pestillo de la puerta. A los pocos minutos se empezaron a oír en el interior de la sala los gritos de agonía, los golpes e incluso, de vez en cuando, sobre todos aquellos de muerte y terror se podían las sonoras carcajadas de la joven, disfrutando del horror y la destrucción que ella misma estaba causando.

Matt quiso entrar, tenía que sacarla de allí, no podía permitirle que destruyese a todos aquellos seres sin motivo alguno. Pero en cuanto trató de coger el pomo de la puerta, Frederick cogió su brazo y lo apretó con tanta fuerza que de no ser porque Matt era un fornido guerrero licántropo, el hombre hubiera quebrado su hueso como una frágil ramita seca.

- ¿A dónde crees que vas chuco sarnoso?

El labio de Matt se curvó, mostrando sus dientes y su mirada taladró a Frederick.

- Voy a ayudarla- dijo con una voz gutural, puesto que si le decía que iba a tratar de salvar a algún Kianeis jamás le dejaría pasar.
- Déjala tranquila- le dijo el hombre con un tono firme.
- Hay dentro hay como treinta Kianeis, podrían dañarla- dijo el con una voz aún más gutural, manteniendo al límite a la bestia que bullía en su interior.
- Ya lo sé, - dijo el hombre haciendo una pausa para oír las carcajadas de la joven- pero por lo que parece se lo está pasando en grande. Así que dejémosla que disfrute ¿Entendido?
- ¡No!- dijo Matt desasiéndose de la fuerte mano de Frederick.

Pero en el instante en que consiguió soltarse del gran hombre y tendió la mano para tratar de abrir la puerta, Frederick lo enganchó por el cuello y lo estrelló contra las ajadas maderas de la puerta.

Dejándolo suspendido a medio metro del suelo, y sin soltarlo se puso frete a él, a unos pocos centímetros y le dijo con los ojos ardientes, inyectados en sangre.

- Te he ordenado que la dejes en paz.- dijo entre dientes, con una voz salida del infierno- y mientras estés en mi equipo, asqueroso y sucio perro sarnoso, obedecerás mi órdenes. ¿Queda claro?

Matt no pudo contestar pues la fuerte mano del hombre impedía que el aire atravesase su cuello. A su cerebro empezaba a faltarle la sangre y su visión comenzó a nublarse. Y fue ese el momento de debilidad de su consciencia, que el veneno que invadía su cuerpo aprovechó para surgir de su interior.

Antes si quiera de que Frederick pudiera percatarse de lo que estaba sucediendo el furioso lobo que tan recelosamente guardaba Matt en su interior salió a la luz y cruzó con sus garras el pecho del hombre.

Frederick soltó al chico y cayó de rodillas al suelo, apretándose los profundos zarpazos que emanaban corrosiva sangre negra en su pecho.

Matt hizo caso omiso del sangrante hombre y destruyó la puerta, para tratar de detener en la medida de lo posible la matanza que Nataly estaba llevando a cabo en el interior. Pero cuando entró fue demasiado tarde, pues el animal que vive aletargado en su interior no es racional no bondadoso y cuando entró en la sala saltó sobre la última víctima que quedaba con vida tras el mostrador, en lugar de salvarla de las garras de la cruel Nataly.

Cuando retomó su consciencia, tenía a la camarera entre sus manos, degollada por sus propias garras, y en aquel momento aquella escena lo horrorizó. Él jamás había dañado a un ser indefenso, que no había hecho nada para merecer la muerte. La soltó asqueado por su propia condición y se volvió hacia Nataly que lo miraba orgullosa, mientras se limpiaba la sangre de su rostro.

Al salir de la sala, se encontró a Frederick tirado en la puerta. Tumbado en el suelo, empapado de su negra sangre. La chica corrió rápidamente hacia el hombre y desgarró sus ropas dejando al descubierto su musculoso torso atravesado por las garras de Matt. Pero a pesar de lo que el chico esperaba, no le reprochó nada. Simplemente se dedicó a sacar un bote con ungüento de uno de sus bolsillos y restregárselos por las burbujeantes heridas. Después sacó su varita de la caña de su bota y la pasó por encima del ungüento, este se iluminó de un intenso color morado y bajo él las heridas se curaron al instante. Luego la joven cogió uno de los girones de la camisa del hombre, retiró el ungüento y mágicamente ya no había herida, tan solo una leve cicatriz rosada, donde antes habían estado los profundos surcos.

En unos minutos el hombre se recompuso y se puso en pie sin mediar palabra. Pero en cuanto Nataly

se adelantó unos metros, se giró hacia Matt y le asestó un fuerte puñetazo en la boca del estómago, que de haber comido algo aquel día lo habría vomitado sin remedio, y tal como vino se fue. Se alejó de Matt sin mediar palabra y volvió a colocarse junto a Nataly buscando los embarcaderos.

CAPÍTULO 21

Cuando llegaron al embarcadero, la escena era desoladora, por todas partes se podían ver restos de barcos destrozados, que a malas penas había logrado llegar a la costa. Matt los miraba horrorizado, mientras que algo en su interior le advertía que no era buena idea adentrarse en aquel traicionero mar que había devorado aquellos imponentes navíos de acero y metal.

Cuando al fin giraron tras uno de los armazones abandonados, se alzó ante ellos un majestuoso barco, de un color negro como la noche, con más de veinte metros de eslora y tres altos mástiles que se alzaban arañando las nubes del cielo.

Un grupo de Kianeis subían las últimas cajas de víveres al enorme navío. Estaba claro que la embarcación estaba lista para partir, no solo por estar cargada de alimentos, sino porque el resto de embarcaciones no habrían resistido ni diez minutos a flote en un mar normal, y mucho menos en las temibles aguas del mar de las Ánimas.

- ¡Alto!- dijo uno de los Kianeis cuando los vio con intención de subir a bordo de la embarcación- no pueden embarcar.
- ¿Quién lo dice?- dijo Nataly con actitud amenazadora, mientras avanzaba un paso hacia el Kianeí.
- ¡Nat!- le regruñó Frederick cogiéndola del brazo para detener su avance.
- Aggg- la chica soltó un gruñido y se detuvo, sin relajar ni un ápice su pose amenazadora.

Matt la miraba desde atrás, podía ver como cada uno de sus músculos estaban en tensión y su mandíbula se apretaba por momentos, e incluso se podía apreciar como sus agudos sentidos inspeccionaban cada centímetro de aquel lugar, a la espera de una mínima señal de aviso para atacar.

- Perdona nuestros modales- comenzó a decir Frederick- Soy Arthur Lints- dijo usando obviamente un nombre falso, con la esperanza de engañar a los Kianeis.- y estos son mis hijos Natasha y John. Debemos de partir de inmediato hacia Tasún y nos gustaría viajar en su embarcación.

Frederick trataba de encontrar un modo de transporte rápido y que no levantase sospechas, pues Cedrick no tardaría mucho en dar con ellos y debían viajar rápido y sin llamar la atención. Pero las palabras del Frederick no acabaron de convencer al Kianeí que les cortaba el paso. Los otros portadores se marcharon de vuelta a sus hogares tras haber terminado de cargar el barco y Frederick los siguió con la mirada. Una vez se había alejado lo suficiente para no poder oír la conversación que se tenía en el embarcadero, el hombre se acercó al Kianeí y le dijo:

- Pagamos bien- añadió Frederick al ver que el Kianeí no decía nada.
- Lo lamento señor- dijo éste al fin, tras recapacitar un momento.
- Veo que no me ha entendido bien- dijo el hombre perdiendo cualquier afabilidad que hubiera habido antes en su voz.- Es de una necesidad impetuosa el hacer este viaje cuanto antes. Si es más dinero lo que quiere lo haré de oro, joyas, tierras... lo que desee, pero déjenos subir al barco y partamos ya.
- No señor, no es cuestión de dinero o riquezas. Esta embarcación no me pertenece, al igual que el resto del puerto es propiedad del viejo Patrick y nadie puede subir a bordo sin su bendición.
- No te preocupes por eso- dijo Frederick dibujando una siniestra sonrisa en su rostro- él ya nos ha dado su bendición.
- Perdone que lo dude señor Lints, pero cuando el viejo Patrick permite que alguien suba a bordo de uno de sus navíos, viene el mismo a corroborarlo.
- Está bien, si cree que así no habrá problemas... - se detuvo un momento y lanzó una mirada de complicidad a Nataly- Nat...

Nataly esbozó en su rostro una media sonrisa de auténtica maldad, que por un momento logró helar la sangre de Matt. Mientras la chica cogía el saco que colgaba de su espalda. Lo abrió y se vio la mano en su interior para sacar, cogida por el pelo, la cabeza aun sangrante del viejo Patrick.

- ¡Por el amor de los infiernos! ¿Qué narices...? – El Kianeí no pudo terminar la frase, pues al apartar la vista de la sangrante cabeza y posarla sobre el frío rostro de Nataly, las palabras se negaron a salir de su boca.

La muchacha tenía la mirada clavada en el cuello del Kianeí, sus negros ojos se habían tornado de un azul casi cristalino y su perfecta sonrisa se veía rota, por los afilados colmillos que se clavaban en su labio inferior. Ahora que se fijaba más en ella, se dio cuenta que la piel de su escote, allí donde empezaba la camisa estaba manchado de sangre que empezaba a secarse y un sudor frío recorrió su

espalda.

La joven pasó su lengua por su labio inferior, relamiéndose ante su comida y acto seguido saltó sobre el Kianeí que no tuvo siquiera tiempo para apartarse. Lo estrelló contra el suelo y lo cogió por las muñecas inmovilizándolo con su fuerza sobre humana, mientras clavaba sus afilados colmillos sobre el palpitante cuello de su víctima, justo por debajo de la línea de orificios que le servían para oír.

El pobre Kianeí podía percibir el sonido de su sangre brotando por su desgarrado cuello, y cada trago que daba aquella monstruosa muchacha. Antes de que perdiera el conocimiento la joven lamió su cuello y lo susurró sin apartar los labios de la herida.

- No temas pequeño demonio,- dio otro trago de su sangre- recuerda que es la futura reina la que te envía a los infiernos, - tragó un poco más de su sangre soltando un gemido de placer- y puede que dentro de poco te reclame del castigo eterno para que cumplas sus deseos.

El Kianeí aterrado no dijo nada, aunque realmente no podría haber dicho nada aunque hubiese querido. Pues como tras perder tanta sangre ya no podía hacerle nada, Nataly lo había soltado y ahora tenía una de finas manos agarrándolo por el cuello, mientras volvía a posar sus labios en la herida de su cuello, para succionar por fin la poca vida que le quedaba.

Cuando terminó de beber su sangre, se alzó del suelo relamiéndose y se dirigió hacia el interior del navío pasando sobre el cadáver que acababa de vaciar. Frederick echó a andar tras ella y cuando estuvo a la altura del cuerpo inerte chasqueó los dedos, haciéndole una señal a Matt para que se deshiciera del cadáver. El muchacho obedeció sin rechistar, cargó a su espalda el pesado cadáver y lo arrojó por la borda. El cuerpo inerte calló como un saco de piedras a las oscuras aguas y salpicó la ropa del joven que se asomaba a la borda para ver si se realmente se hundía. Pero no hizo falta que el agua entrase en su cuerpo, pues a los pocos segundos de caer un enorme pez, de afilados dientes y largas barbas se lo zampó de un bocado, ante la atenta mirada del muchacho.

Matt tragó saliva y se dirigió hacia la cabina de mando que se encontraba en un nivel superior. Mientras él arrojaba al mar el cadáver, Nataly se había deshecho de la pasarela de una patada y Frederick había desintegrado los gruesos cabos que mantenían el barco sujeto a puerto.

Por lo que el barco comenzaba a moverse en dirección a alta mar, con las voraces olas meciéndolo, bajo las deslumbrantes estrellas que comenzaban a brillar en la noche y la menguante luna que lucía como un potente faro alzándose por el horizonte.

Unas horas más tarde, se encontraban ya en mar abierto, hacía ya un buen rato que no se podía vislumbrar la costa desde la embarcación, y ahora tan solo podía orientarse por las brillantes estrellas que lucían sobre sus cabezas.

Matt merodeaba de un lado a otro del barco, preocupado por no ser más que un pequeño cascarón flotante en medio de un mar infestado de criaturas temibles. Mientras paseaba sin rumbo se encontró a Nataly apoyada en la barandilla de popa, contemplando las estelas de agua que dejaba el barco a su paso. La muchacha estaba realmente preciosa, con los cabellos alborotados por el aire, y acurrucada en su capa.

El chico se acercó a ella por la espalda y la tomó entre sus brazos. La joven estaba realmente helada y agradeció el cálido abrazo del muchacho. Durante un instante no se movió, solo disfrutó de la oscuridad de la noche, del aroma del mar y del tierno abrazo de Matt.

- ¿Cómo estás?- le preguntó dulcemente el chico antes de besar su cuello.
- Nerviosa, la verdad- le contestó ella.
- ¿Y eso?- le contestó él sin apenas levantar los labios de su piel.
- Dentro de unos pocos días me enfrentaré al gran Cedrick, y él ha reinado desde que Isabell... bueno desde que se esfumó.
- No te preocupes,- le dijo al oído- estoy seguro de que lograrás vencerle.
- Yo no estoy tan segura- contestó la chica acurrucándose entre sus musculosos brazos.
- Tu tranquila,- dijo él dándole un tierno beso en la cabeza- estoy seguro de que Frederick no te dejaría enfrentarte a él si no estuviera convencido de que estás lista.

Después de unos segundos de silencio, contemplando la majestuosidad de la noche estrellada, Nataly se giró sobre sus brazos y se puso frente a él, el joven bajó sus manos hasta sus caderas, sin dejar de abrazarla y ella se quedó embelesada por un instante por el azul que reflejaban sus enormes ojos a pesar de la oscuridad de la noche. Mientras que él clavaba su mirada en los negro ojos de la chica que eran como dos impenetrables cristales que relucían bajo la brillante luz de la luna, dándole un color plateado a su mirada.

Matt soltó su mano derecha de la cintura de la joven y acarició con dulzura su pálida mejilla. La fina piel de Nataly parecía que se iba a romper al contacto con sus dedos, y aun así Matt no podía dejar de tocarla. Dibujó con sus dedos el contorno de la cara de la joven, hasta alcanzar su barbilla y la alzó con suavidad, los rojos labios de la chica resaltaban en su pálida piel, captando toda la atención

del chico. El corazón le latía a mil por hora y se quedó sin respiración, justo antes de que sus labios se encontrasen con los de la joven.

Cuando logró tocarla, el tiempo se detuvo. Sus labios se fundieron en un largo y apasionado beso. Pero de repente, en lo más profundo de su mente se oyó un chasquido y algo que aguardaba dormido se despertó.

“Tara” resonó en cada rincón de su mente, como un eco lejano y una oleada de recuerdos lo invadieron.

Aquella situación era tremendamente parecida a la vivida con Tara la noche que fueron en busca de las sirenas y las imágenes en su mente comenzaron a superponerse, mezclando recuerdos y realidad en un torbellino de emociones que abrumaron al joven y enturbiaron su vista. Soltó a Nataly y dio un par de pasos atrás, tambaleándose, buscando algún punto de apoyo al que agarrarse para no caer.

Cuando su espalda tocó con el frío metal de la pared del barco, Matt apoyó su espalda y se dejó caer, sentándose en el suelo con la cabeza entre las manos.

- ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?- le preguntó Nataly asustada y confusa.
- ¿Matt? ¿Estás bien? ¿Qué te pasa?- continuó preguntando ansiosa al ver que el muchacho no le contestaba.

Pero a pesar de todo siguió sin haber respuesta, entonces la chica, asustada, se agachó junto a él y alargó su mano para tocarlo. Pero antes de que pudiera hacerlo, Matt levantó la vista, apartando sus manos y sus azules ojos se clavaron en Nataly como un puñal incandescente. La chica se quedó sentada en el suelo, mientras la severa mirada de Matt la taladraba. El chico se puso en pie sin mediar palabra, con la mandíbula tensa y una terrible expresión de dolor en su rostro.

Después salió corriendo de allí en dirección a su camarote y Nataly se quedó allí, sentada en el suelo, sin lograr comprender que era lo que había sucedido.

CAPÍTULO 22

Al llegar a su camarote, cerró la puerta con fuerza, pasó el pestillo y apoyó su espalda sobre ella, para dejarse resbalar hasta acabar sentado en el suelo. De improviso las lágrimas inundaron sus ojos a pesar de todo el esfuerzo que había hecho para tratar de mantenerlas a raya.

- “¿Cómo podía haber traicionado a Tara de aquella forma?”- se preguntaba una y otra vez.
- “una vez la quiso más que a nadie en este mundo, más que a su propia vida, ¡Qué diablos! Aun la quería”

Se levantó enfurecido, odiándose a sí mismo, y lanzó el escritorio de su habitación contra el suelo, con tal fuerza que los hizo añicos. Después cogió la silla y la estampó contra una de las paredes y alzó la cama, lanzándola por los aires. Trataba de hacer desaparecer su furia destruyendo y golpeando todo cuanto lo rodeaba, pero nada de aquello servía. Cayó de rodillas en el suelo, roto por el dolor, con ríos de lágrimas corriendo por sus mejillas y un aullido de dolor salió de lo más profundo de su ser, retumbando en cada rincón del enorme navío.

Allí postrado intentó encontrar sentido a sus acciones. Una razón para haber causado tanto mal, tanto daño a Tara y Adrian, un motivo que explicase por que había sido el responsable de las muertes de sus amigos, Daphne y Altor, no se merecían aquel final. Todos ellos, y el resto del equipo, eran sus amigos, su familia y los traicionó a todos y cada uno de ellos. Pero ¿Por qué?

Era incapaz de recordar el motivo que lo había guiado a tan atroces actos.

Entonces, comenzó a recordar la primera noche que Nataly se apareció en sus sueños...

Todo estaba oscuro, demasiado oscuro como para poder ver si quiera sus propias manos a unos centímetros de su rostro. La oscuridad era tan absoluta que ni con sus ojos de lobo era capaz de ver nada. Agudizó su oído y trato de captar algún sonido, lo que fuera, por mínimo que fuese serviría y en efecto, sus agudos oídos lograron captar algo. Había alguien más allí con él. Pero esa misteriosa persona no quería ser detectado, pues apenas se movía y no emitía más ruido que el de su propia respiración. Olfateó el aire que lo rodeaba tratando de dar con su misterioso acompañante, pero los olores se mezclaban, aquel ser no pertenecía a ningún reino y a todos a la vez.

- ¿Tara? ¿Eres tú?- preguntó extrañado.

Entonces, de improviso, una brillante luz violeta se encendió allí donde estaba su misterioso acompañante y cegó sus retinas por un instante. El lobo apartó su mirada de allí, pero una dulce voz lo llamó desde la distancia, invitándolo a ir al interior de la potente luz.

El chico sacudió su cabeza de un lado a otro recuperó su dulce aspecto humano, justo antes forzarse a ir hacia la cegadora luz que lo llamaba. Cuando al fin se sumergió en la poderosa luz, apareció en un extraño lugar, de suelos alfombrados y paredes repletas de finas gasas, que le daban a aquel lugar un aspecto almohadillado y un poco más adelante lo aguardaba una muchacha tumbada sobre una montaña de cojines tras las gasas que cubrían la estancia.

- ¿Tara?- volvió a preguntar el chico, mientras se acercaba a la figura de la chica que lo aguardaba tras la sedas.

- Más o menos.- le contestó la muchacha cuando este corrió las leves cortinas que los separaban.

Matt contuvo la respiración por un instante. La joven que había frente a él parecía Tara, pero no era ella. Su rostro era el mismo, su figura idéntica, todo en ella era igual a Tara, salvo sus largos cabellos lisos y su mirada...

Aquella mirada escondía algo que lo hizo desconfiar, no era como la de Tara, tan pura, tan llena de bondad. No, sus ojos estaban tristes, perdidos, pero había algo más, algo aterrador en ellos. Estaban repletos de pura maldad, enmascarada en una mueca de amabilidad, pero maldad al fin y al cabo.

- ¿Quién eres?- preguntó el muchacho.

- Me llaman Nataly.- contestó la joven invitándolo a sentarse junto a ella.

- ¿Nataly? Nunca he oído hablar de ti.- dijo él haciendo caso omiso de la invitación de la joven.

- No te preocupes, ya me oirás nombrar, no hay prisa.- dijo ella poniéndose en pie.

- ¿Qué quieres?

- ¿Yo...? Nada,- dijo ella andando alrededor de él, observándolo de arriba abajo. – bueno, tal vez sí que quiera algo.

- ¿Qué quieres?- repitió el chico clavando una desafiante mirada en los ojos de la chica.

- Quiero ayudarte- dijo ella riendo.

- ¿Ayudarme? – dijo él desconcertado- ¿A que te refieres?

- Puedo darte todo lo que desees- dijo ella terminando de darle la vuelta, mientras posaba sus

finos dedos en sus hombros.

- Mis deseos no están en tus manos.
- No, pero me parezco mucho a la que los podría cumplirlos ¿O me equivoco?

Matt se quedó desconcertado, ¿Cómo sabía ella que lo que él más deseaba en este mundo era el amor de Tara? La chica lo cogió de la mano y lo llevo a través de las sedas hasta otra estancia. Allí pudo ver a Tara, estaba tan hermosa como siempre, estudiando conjuros en su habitación y Matt se quedó mirándola fijamente, sabiendo que ella no lo veía a él.

- ¿Qué pretendes?- dijo al fin sin apartar la vista de la muchacha.
- ¿Yo? Solo quiero que dejes de sufrir- le contestó la chica acercándose a él por la espalda para susurrarle al oído.- quiero que encuentres el amor por fin.

Antes de que el chico pudiera contestar se abrió la puerta de la habitación y Emet entro en la sala. Tara alzó la vista y al verlo allí se puso en pie. El chico la cogió entre sus brazos y la besó apasionadamente. Mientras Nataly se complacía al ver la mueca de desagrado que se dibujaba en el rostro de Matt.

- Yo seré solo para ti.- le dijo entonces agarrándolo de las manos y apartándolo aquella dolorosa imagen- te querré como ella jamás podrá quererte.
- ¿Cómo puedes decir eso? Tú ni si quiera me conoces.
- Claro que te conozco, llevo mucho tiempo observándote y sé que te mereces algo mejor que ella.
- Pero no lo entiendes, yo la quiero.
- Mírame.- dijo cogiéndole la cara entre sus manos- ella y yo somos iguales, salvo que yo seré toda para ti, mientras que a ella la tendrás que compartir siempre con ese brujo de tres al cuarto.
- No creo que...
- Déjame demostrártelo- dijo ella impidiéndole terminar la frase.- te concederé un regalo que sé que asías de verdad.
- ¿Un regalo? Yo no quiero regalos- dijo el soltándole las manos- yo quiero a Tara.
- Shh...- dijo la chica poniéndole su dedo índice sobre los labios.- escucha primero mi propuesta antes de negarte a aceptarla.
- Está bien, habla.

- Te quitaré esa maldición tuya y te devolveré tu alma.
- ¿Mi alma?- dijo sin poder evitar el entusiasmo en su voz.
- Si mi querido Matt. Te devolveré tu alma y seré tuya para siempre. Piénsatelo...

La última palabra se deshizo con la bruma en la que se convirtió la chica y lo hizo regresar del mundo de los sueños.

Los siguientes días una voz en su cabeza lo incitaba a aceptar la promesa de aquella misteriosa chica, mientras que su corazón le advertía que no lo hiciera. Al tercer día, cuando logró dormirse, la bella joven regresó a sus sueños.

Pero esta vez no apareció perdido entre las sombras, se encontraba en un extremo de una larga sala de brillantes suelos blancos, flanqueada por altas columnas unidas por gasa moradas, dejando entrever las brillantes estrellas que resplandecían con fulgor en la oscura noche. Una suave brisa veraniega envolvió a Matt, embelesándolo con aromas de Jazmín y a lo lejos, llamándolo con su dulce canto, lo aguardaba la misteriosa chica de sus sueños.

El joven avanzó a lo largo de la gran sala, casi flotando por tras el dulce rastro que lo guiaba hacia la joven. Cuando dio con ella, la brisa la mecía suavemente en un delicado columpio que colgaba del techo con tiras de seda, mientras cantaba su dulce melodía de sirena. Al ver llegar al joven, se bajó de su asiento y avanzó decidida a sus brazos.

Por un momento Matt se quedó petrificado por la exuberante belleza de la joven. Era la mujer más bella y sensual que jamás había visto en su vida, vestía un largo vestido de gasa negra prácticamente transparente y su falda se abría a cada paso que daba, dejando ver sus largas y esbeltas piernas esculpidas por los altos tacones de la joven.

El chico no reaccionó, hasta que los delgados brazos de la muchacha rodearon su cuello. Entonces el la estrecho entre sus musculosos brazos y ella le dio un dulce y cálido beso en su mejilla. Justo después la chica soltó sus brazos, cogió la mano del joven y lo guio por unas escaleras hasta un precioso jardín de frondosos árboles y embriagadores aromas florales. Al fin se sentó junto a él en un banco de mármol que había frente al estanque, entrelazó sus manos con las del chico y clavando sus negros ojos en los de él le dijo:

- ¿Qué has decidido?

- Yo... yo no... no sé qué hacer- contestó él apartando la vista hacia las cristalinas aguas del lago.
- Pues es sencillo- dijo ella poniéndose de pie frente a él.- quédate conmigo.
- Pero mi corazón le pertenece a Tara.- dijo él alzando la mirada hacia la joven.
- No te preocupes- contestó ella con voz tierna, mientras se agachaba junto a él- con el tiempo te olvidarás de ella- prosiguió, mientras le apartaba sus oscuros cabellos de la cara- te lo prometo.
- Tal vez al final ella me elija a mí- le contestó el chico, apartando de nuevo la mirada de los penetrantes ojos de la joven.
- ¡oh! Mi dulce Matt- dijo sentándose en su regazo y envolviendo el cuello del muchacho con sus largos brazos- ella jamás elegirá, siempre tendrás que compartirla con ese "Emet".
- No digas eso- dijo sin poder mirarla, con los ojos encharcados.
- Pero es la verdad.- le contestó ella, mientras le giraba la cara para obligarlo a mirarla.
- No puede ser la verdad.- los ojos de Matt estaba a punto de desbordarse.
- Es la verdad, la cuestión ahora es ¿Podrás soportarlo?
- *No, no creo que mi corazón pueda sobrevivir así mucho más tiempo.- contestó tras unos segundos, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, al comprender que las palabras de Nataly eran la verdad. Que Tara jamás sería suya, nunca sería completamente suya. Pues él sabía que el compartirla con Emet lo estaba matando lenta y dolorosa mente.*
- No tienes por qué seguir soportando esto- dijo ella poniendo su frente contra la del chico- yo seré solo para ti. Eternamente tuya, y nunca me tendrás que compartir.

Su mirada se clavó en los oscuros ojos de la chica y de repente se sintió tranquilo y a salvo junto a ella. En ese momento lo vio claro, sabía lo que tenía que hacer

- Está bien, seré tuyo- dijo al fin con una sonrisa apesadumbrada.
- ¿Sí?- contestó la chica con una sonrisa de pletórica alegría- ¿Estás seguro?

El chico asintió con una sonrisa, contagiado del entusiasmo de la chica y ambos se fundieron en un apasionado de beso.

Cuando abrió de nuevo los ojos se encontró a solas, en la oscuridad de su cuarto. Se levantó de un

salto de su cama, y la busco por cada rincón de su habitación, pero no dio con ella. Se había esfumado, dejando solo su aroma y su cálido y húmedo beso amor.

Pasó el tiempo y no supo nada de la chica de sus sueños, incluso llegó a pensar que todo aquello no eran más que disparates. Pero tras un par de semanas, una noche de tormenta, tuvo un sueño, tan real, que jamás pudo discernir si lo que sucedió fue un sueño o la pura realidad.

Llovía a cantaros y los truenos hacían retumbar las paredes de la casa. El último rayo debió de caer muy cerca, porque hizo que se fuera la luz en todo el edificio. Matt salió de su habitación, vestido solo con el pantalón del pijama y fue al gran salón a ver que sucedía. Al llegar allí, vio que la chimenea estaba encendida, arrojando tenebrosas sombras en todas direcciones, y justo en frente, en un enorme sillón, alguien contemplaba el fuego sentado de lado, con las piernas colgando por el reposabrazos derecho.

El joven se acercó con cautela hacia la fuente de luz y cuando al fin pudo ver quien era, su corazón se sobresaltó por un instante.

- ¿Tara? ¿Qué haces aquí a estas horas?
- Mi querido Matt, ¿es que aún no sabes diferenciarme de esa cría?- le contestó la chica con una afilada sonrisa que heló la sangre del muchacho.
- ¿Nataly?- Matt la observó con más atención, era completamente idéntica a Tara, bueno idéntica no. El pelo de Tara estaban hechos de grandes ondas que dulcificaban su rostro, mientras que el lacio cabello de Nataly remarcaba aún más sus afilados rasgos, y sus ojos... Aquellos ojos negros que se le clavaban en el alma, cuando miraba a Tara el mundo entero se calmaba, pero cuando cruzaba su mirada con la de Nataly se le cortaba la respiración de puro terror.
- ¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo has logrado entrar?
- Shhh...- dijo la chica mientras se ponía en pie para darle un sutil beso en los labios.- No te preocupes tanto, no estoy en Estel. Solo estoy aquí- dijo poniéndole su dedo en la frente del muchacho.
- ¿Esto es un sueño?- Preguntó el chico extrañado mientras miraba a su alrededor anonadado por lo mucho que se parecía aquel sueño a la realidad.- ¿Cómo has sabido que aspecto tenía todo esto?
- Es tu mente, yo sé lo que tú sabes.

- ¿Y qué quieres de mí?
- ¿Por qué tengo que querer algo de ti? ¿Tal vez solo quiera verte?
- ¿Es eso por lo que has venido? ¿A verme?
- No, en realidad no. He venido por otra razón.
- Ya decía yo.
- No me mal interpretes, también me apetecía verte, pero es algo más importante lo que me trae aquí esta noche.- la chica empezó a andar en dirección a las escaleras que daban a las habitaciones, guiando de la mano a Matt tras de sí.
- ¿Y que te trae aquí? Si se puede saber.- Le preguntó el chico cuando llegaron a la primera planta.
- Es un secreto- le dijo ella lanzándole una de sus misteriosas sonrisas.
- ¿A dónde vamos?
- Justo aquí.- dijo ella deteniéndose ante una de las puertas.
- ¿A la habitación de Tara?- le preguntó el joven enarcando una ceja.

La chica asintió con la cabeza, mientras se ponía frente a Matt acorralándolo entre su cuerpo y la puerta de madera.

- Solo tienes que dejarme entrar en sus sueños.- le susurró al oído.
- ¿Qué? Ni lo sueñes- le dijo él apartándola un poco.

La chica dio un paso atrás, alejándose de él y su rostro se tornó aterrador, su piel se volvió pálida, sus ojos centelleaban y entorno a ellos surgieron unas sombras oscuras.

- ¿Por qué no?
- Porque no puedo permitir que le hagas daño.- dijo él armándose de valor ante la aterradora joven.
- ¿Quién te ha dicho que le valla a hacer daño?- le contestó esta con una sonrisa demoniaca.
- Vamos Nataly, que no soy estúpido.
- ¿Y qué harías si te prometo que no le voy a tocar ni un pelo?
- Aun así, no.

- Recuerda que me prometiste que estarías de mi lado, soy yo quien se preocupa por ti, soy yo quien está buscando la forma de devolverte tu alma y liberarte de esa maldición que te pesa. ¿Qué hace ella por ti? ¿Por qué la proteges cuando ella no hace más que hacerte daño?

Matt se quedó pensativo por un instante

- No te preocupes- dijo ella acercándose de nuevo a él, mientras subía su mano por los marcados abdominales del chico hasta ponerla sobre su corazón.- Te prometo que no le haré daño- le susurró al oído, dejando que sus dulces labios le rozaran la piel.

Y de repente, cegado por el embrujo de la chica, permitió que su mente se alejara de allí, mientras sus labios se encontraron con los de ella y se fundían en un apasionado beso. Antes de que se diera cuenta, Nataly desapareció en su aliento, entrando en su ser, y en cuestión de segundos logró apoderarse de cada resquicio de su mente, dejándolo como un espectador impotente ante las terroríficas atrocidades que ella misma se disponía a cometer.

Contempló como torturaba y mataba a sus amigos, e incluso a él mismo, pudo sentir el dolor y la impotencia e incluso sintió el terror de Tara, peor no pudo hacer nada. Tan solo podía limitarse a mirar, cuando al fin la joven se desvaneció en una bruma violácea y salió de su ser. Matt no pudo aguantar las náuseas, todo lo que había visto, todo lo que había sentido, buscaba de forma desesperada una manera de salir de su cuerpo.

Hasta ahora ni siquiera recordaba esa parte del sueño, solo recordaba los besos de Nataly de después nada, solo oscuridad, hasta que sonó el despertador de su mesilla. Pero ahora lo veía todo, el embrujo que ejercía la chica sobre él cada vez era más débil y podía recordad cosas que ella había bloqueado de su mente.

Pero esa no fue la última visita de la joven, pasaron semanas, incluso meses hasta que volvió a saber de ella, pero poco antes de partir hacia el infierno la extraña joven apareció de nuevo.

Matt estaba sentado en el borde del acantilado, pasado el bosque. Le gustaba ir allí porque era un lugar tranquilo donde pensar, donde nadie le molestaba nunca. Pero esta vez su meditación fue interrumpida de improviso por la sutil caricia en su espalda de la joven Nataly. El chico se sobresaltó por un instante y sacó sus afiladas garras, pero las detuvo justo antes de desgarrar la fina piel de la joven.

- ¿Qué haces tú aquí?- le preguntó guardando las zarpas.
- Te echaba de menos- dijo la chica sentándose junto a él, con los pies colgando en el vacío.
- Después de tantos meses creí que te habrías olvidado ya de mi.- le contestó el sin mirarla.
- No, ¿Cómo puedes decir eso?- replicó ella indignada.
- Que otra cosa podría pensar sino, hace meses que no se de ti. Ya no me visitas en mis sueños y me es imposible contactar contigo.
- No he podido venir antes, porque he tenido que solucionar ciertos asuntos- dijo cogiéndole la cara entre sus afilados dedos- pero ten por seguro que he pensado en ti cada segundo de cada día. Aguardando con impaciencia el momento de poder reunirme de nuevo contigo.

Matt esbozó media sonrisa y beso dulcemente los labios de la chica.

- Pero no tengo mucho tiempo- le dijo ella apartándose unos centímetros.- He de volver enseguida o notaran mi ausencia.
- ¿Quién notará tu ausencia?
- Eso ahora no importa.- dijo ella acariciándole la mejilla- ahora lo que realmente importa que estés preparado.
- ¿Preparado para qué?
- Para partir.
- ¿Hacia dónde?
- Vendré a buscarte, ya está casi todo listo. Pero aún falta una cosa.
- ¿El qué?
- Necesito que bajen la guardia, porque las salvaguardas que ha puesto ese mago de tres al cuarto no me permiten ni siquiera acercarme a la isla.
- No creo que yo pueda hacer nada con eso. Aunque espera un momento... Eso es.
- ¿El qué? ¿Qué pasa?
- *Dentro de poco partiremos hacia la garganta de Cépulus para que Tara trate de recuperar su alma.*
- ¡Ja! ¿De veras vais a desperdiciar el tiempo en eso?- dijo la chica mofándose de su cometido.
- Esa no es la cuestión, lo que nos interesa es que cuando nos vallamos la casa se quedará sola

y será mucho más vulnerable.

- Entiendo...- dijo la chica mirando con una expresión de satisfacción al horizonte.- Pretendes que entre mientras estáis fuera y que te saque de aquí antes de que restablezcan las salvaguardas.

- Así es.

- Perfecto, pues que así sea.- dijo la chica dispuesta a chasquear los dedos para desvanecerse.

Pero antes de que lo hiciera, Matt la agarró del brazo y la detuvo.

- ¿Qué pasa?- le pregunto extrañada.

- Has de prometerme algo.

- Está bien, ¿Qué quieres?

- Júrame que no le harás ningún tipo de daño ni a Adrian ni a Tara.

- Está bien, lo prometo.

- No, júramelo por tu vida.

La chica se quedó pensativa durante un instante, pues jurar por la vida ante un guerrero de los reinos era algo muy serio, ya que todo aquel que incumple una de estas promesas es perseguido por los Fraiwins – los guardianes de los pactos- hasta la más agónica y dolorosa de las muertes posibles. Nataly sabía que no podía permitirse perder su vida simplemente por perder una estúpida promesa, pero veía en el rostro de Matt que si no lo hacía, el no confiaría en ella y tampoco podía permitirse ser delatada ahora, cuando estaba tan cerca de lograr parte de lo que quería.

- Está bien- aceptó al final a regañadientes- Juro por mi vida que no haré daño ni a Adrian ni a Tara en la isla de Estel. ¿Mejor así?

El joven asintió y se remangó su brazo derecho extendiéndolo hacia la chica, esta hizo lo mismo con su brazo izquierdo y unieron la piel de sus antebrazos, agarrándose el uno al otro a la altura del codo. Entonces una bruma azulada los envolvió a los dos formando un aro entre sus brazos, girando a gran velocidad, hasta que se hundió en la piel de ambos. Cuando se soltaron, Nataly contempló con atención su antebrazo, donde ahora había dos serpientes tatuadas, persiguiéndose la una a la otra, formando un brazalete.

- Más te vale cumplir con tu palabra- le advirtió el chico.- O sino...

- Ya lo sé.

La chica no dijo nada más, no se despidió, nada. Tan solo se esfumó en una densa bruma que arrastro

el viento dejando solo el aroma a sal en su lugar.

“¿Cómo pude ser tan estúpido?” se preguntaba el chico una y otra vez. “¿Por qué no la hice jurar que no dañaría a ninguno de los habitantes de la casa? Si lo hubiese hecho Daphne y Altor seguirían con vida”

Todo aquello le hizo recordar el entierro de sus amigos, y la mirada de Adrian al saber que era el quien los había traicionado, y una punzada de dolor se clavó en la boca de su estómago. Después recordó la mirada de Tara en la enfermería, inundada de lágrimas arrancadas de lo más profundo de su ser por la traición, y aquel dolor de su estómago se retorció en su interior, provocando que se retorciese de dolor. Un amargo aullido surgió de sus entrañas y las lágrimas corrieron por sus mejillas como ríos desbordados.

Los fantasmas de sus actos lo atormentaron toda la noche, hasta que poco antes de despuntar el alba, cuando las luces del crepúsculo comenzaban a pintar el cielo, una tremenda sacudida lo sacó de aquel bucle de tristeza, dolor y odio.

CAPÍTULO 23

Los zarandeos se repitieron y el joven se enjugó sus lágrimas con la manga de la camisa antes de disponerse a marcharse al exterior, pero el corto tramo de pasillo que separaba su camarote de las escaleras se le hizo realmente eterno. Pues el barco se alzaba sobre imponentes olas y luego caía una y otra vez, haciendo casi imposible avanzar por aquel angosto pasillo.

Cuando logró alcanzar las escaleras, subió como pudo, luchando contra la fuerte corriente de agua que entraba a raudales. Al alcanzar al fin la superficie se quedó atónito antes lo que veían sus ojos. Entorno a él se desataba una enorme tempestad que levantaba olas de más de veinte metros, y sobre esta el barco se alzaba y volvía a caer, como si no fuera más que una ramita atrapada en un embravecido arrollo.

El cielo estaba oscuro, y tan solo se veía iluminado por los furiosos rayos que lo surcaban una y otra vez, en busca de alguna víctima sobre la que descarga. Mientras que el velamen, tras perder sus anclajes, azotaba el mástil como un animal embravecido. Pero los golpes de la lona contra la madera se veían ensordecidos por el furioso bramar de la tormenta. La cubierta estaba completamente encharcada, pues no daba a vasto para desalojar toda el agua que traía el cielo y el mar.

Matt avanzó chapoteando por la cubierta, tratando de aferrarse a la pasarela, con la intención de no caer a las furiosas aguas del mar. Pero antes de que lograra alcanzar las escaleras que conducían al timón, la vela mayor se descolgó y cayó frente a él, impidiéndole el paso. Pero de lo que el chico no se percató era de que uno de los cabos que sostenían el velamen se había enrollado en su pierna, y tras la siguiente ola, cuando la ajada vela cayó al mar, el chico fue arrastrado tras ella.

El joven tomó todo el aire que pudo antes de verse sumergido en las embravecidas aguas, y de improviso se encontró con la calma. Bajo los bramidos de la superficie, el mar estaba en calma, pero la oscuridad lo invadía todo y el pesado velamen cada vez lo arrastraba más y más abajo. El chico intentó una y otra vez desasirse del fuerte nudo que apresaba su pie, pero era incapaz de soltarse. Al fin no tuvo más remedio que transformar su brazo derecho en una potente zarpa de licántropo, con la que desgarró las cuerdas que lo mantenían preso de un solo zarpazo. Una vez quedó libre subió todo lo rápido que pudo hasta la superficie, pero en su ascenso vio algo. No fue más que una sombra en la distancia, pero una inesperada sensación de terror estremeció su cuerpo,

y le dio la energía que necesitaba para salir de allí aún más rápido.

Al llegar a la superficie, tomo una fuerte bocanada de aire, pero en cuestión de pocos segundos otra imponente ola lo volvió a sumergir en las oscuras y frías aguas del Mar de las Ánimas.

Una vez de vuelta en las tranquilas aguas, volvió a ver aquel terrorífico reflejo. Al principio tan solo era un leve destello dorado que surcaba fugaz las oscuras aguas, un reflejo de los rayos que caían sin descanso en la superficie. Ya que cuando los rayos cesaban, la oscuridad lo volvía a invadir todo.

Allí abajo sus ojos de lobo no servían de nada, el agua salada los irritaba y casi no podía ver nada. Pero no podía limitarse a cerrarlos, pues cuando los rayos regresaban, aquel extraño brillo parecía rodearlo.

Al principio no tenía claro lo que era, pero tras unos minutos de oscuridad, el siguiente rayo hizo que todo su cuerpo se helase de terror. Aquel último rayo iluminó ante él, el rostro de un terrorífico Harqüim.

Los Harqüims eran enormes serpientes marinas, con rostro de dragón. Aquellos terroríficos animales eran conocidos por su voracidad y tenían por costumbre alimentarse de los inconscientes marineros que osaban adentrarse en las oscuras aguas del Mar de las Ánimas.

Sus afilados dientes estaban entreabiertos a escasos dos metros del chico, dejando salir su larga lengua bífida, con la que trataba de detectar la presencia de su presa. Pero Matt no se movió ni un ápice, pues los Harqüims únicamente ven el movimiento. Incluso cuando la resaca de una ola los meció, arrastrando al muchacho junto a una de sus largas barbas que salían de su mentón.

A pesar de todo, la suerte estuvo de su lado y la feroz bestia no se percató de su presencia. Al no lograr dar con él el Harqüim se alejó y se perdió serpenteando en la oscuridad de las aguas. Al verlo desaparece, Matt, a punto de perder la consciencia por la falta de aire, nadó a toda velocidad hacia la superficie y una vez allí luchó contra el fuerte oleaje tratando de dar con el navío del que había caído.

Cuando al fin logró dar con el barco, hizo un último esfuerzo para trepar por uno de los cabos hasta la cubierta, y una vez allí se desplomó exhausto. Pero al verlo desplomado sobre las maderas, Nataly bajó más rápida que el propio viento, agarró al muchacho por la pechera con una sola mano y lo llevó hasta su escondite bajo el timón, junto a Frederick.

Matt les contó lo que había visto en el mar, pero antes de que pudiese terminar su relato, otra investida golpeó la barca. Mas esta vez no fueron las fuertes olas. El Harqüim había seguido a

Matt, dando con el barco. El animal chocó contra la madera, reventando parte de la popa y regresó al mar. Acto seguido, el agua comenzó a entrar a borbotones por el enorme agujero del casco y el barco se comenzó a escorar. El Harqūim volvió a saltar sobre el barco y se coló por las escaleras que bajaban a la bodega. En ese momento, Nataly bajó, varita en mano, para tratar de terminar con aquel terrorífico ser.

Después de perderla de vista por las escaleras, se oyeron un par de golpes y acoto seguido la chica salió corriendo, luchando contra la corriente de agua que trataba de devolverla a aquel agujero. Cruzó la cubierta chapoteando, tratando de alcanzar un lugar seguro bajo el timón, pero antes de que lo lograra otro par de Harqūims salieron del mar. Estos eran diez veces más grandes que el primero y se enroscaron en torno al navío, apretándolo cada vez más con sus resbaladizos cuerpos dorados.

Frederick desenfundó una de sus espadas y embistió contra uno de ellos, clavando su arma hasta la empuñadura en el dorado cuerpo del animal. Pero antes de que pudiera sacarla, la bestia enfurecida se retorció de dolor y embistió contra el hombre. Frederick no fue lo suficientemente rápido y aunque trató de apartarse antes de que el Harqūim lo devorara, el animal logró embestirlo y derribarlo. Lo lanzó por los aires y su cabeza golpeó con un sonido sordo contra el mástil. El hombre cayó inconsciente al suelo y un oscuro charco de sangre negra comenzó a mezclarse con el agua de la cubierta, empapándolo todo.

Mientras que la enorme serpiente marina se retorcía de dolor y buscaba a Frederick para terminar con él. Pero Matt salió de su escondite, saltando sobre la bestia y rebanándole la cabeza de un solo corte, antes de que el animal pudiera tragarse de un solo bocado al hombre que yacía inconsciente en aquel empapado suelo.

Matt se acercó para comprobar si Frederick seguía con vida. Su cabeza tenía una profunda herida que sangraba a borbotones y no había forma de cortar la hemorragia, pero aun así seguía respirando. Por lo que Matt se quitó su camisa, dejando al descubierto su musculoso torso bajo la lluvia y la desgarró, haciendo un vendaje improvisado para tratar de que Frederick dejara de sangrar.

Cuando terminó de apretarle el vendaje, las maderas comenzaron a crujir, el otro Harqūim estaba a punto de hacer que el barco se quebrara por la mitad como una ramita de madera. En ese momento Nataly llegó junto a ellos.

— ¿Qué ha pasado?- preguntó Matt.

— El Harqūim- dijo ella, mientras buscaba algo desesperada en su mochila- No era más que una

cría, traspasó el casco y avisó a sus padres. EL agua entraba a raudales y tuve que salir nadando contra corriente. Pero una vez que salí no podía llegar hasta vosotros, porque los otros dos me cortaban el paso.

Cuando la chica terminó de hablar, sacó una esfera blanca de su mochila y levantó a Frederick del suelo con la ayuda de Matt. Reventó la esfera contra el pecho de Frederick y una la bruma blanca que guardaba la esfera los envolvió a los tres. Pero antes de que les diera tiempo a desvanecerse, el pequeño Harqüim surgió de la nada, y clavó su ponzoñoso colmillo en la pierna izquierda de Frederick, Instintivamente, Matt alzó la mano que le quedaba libre y sacó la última espada que le quedaba, clavándola en la cabeza de la bestia, atravesándola de arriba a abajo.

El dorado ser se deshizo en un millar de deslumbrantes trocitos que se llevó el huracanado aire de la tormenta y ellos se desvanecieron en la densa bruma blanquecina procedente de la esfera.

La niebla los arrojó a un torbellino de tinieblas, que los escupió en las blancas arenas de la costa más cercana.

— ¿Qué ha pasado?- volvió a preguntar Matt.

Pero Nataly no le hizo ni caso, tan solo dejó con cuidado a Frederick tumbado sobre la arena,

— ¿Padre? ¿Padre estas bien?

El hombre no contestó, pero cuando ella le pasó la mano bajo la cabeza para tratar de que se incorporase se dio cuenta de que el vendaje estaba empapado de sangre negra. Le quitó las vendas y trató de sanar su herida, pero esta no se curaba. Había algo que le impedía sanar, y entonces lo vio.

Allí donde el Harqüim lo había mordido, una mancha negra manchaba toda la pernera de su pantalón. La joven no lo dudó, desgarró su pantalón y vio la ponzoñosa herida, de la que manaba una viscosa sangre negra, empapada del ponzoñoso veneno de la bestia. Entonces sacó su varita y la calvó sin más miramientos en la herida, hasta rellenarla por completo, después dijo unas palabras mágicas y la fue sacando poco a poco, mientras que la piel del hombre se iluminaba del característico tono morado que envolvió a la magia de la chica.

Cuando al fin sacó la varita de su pierna, la herida estaba cerrada, pero se podía ver como el veneno del Harqüim seguía en su interior. Al ver que contra aquello no podía hacer nada más, volvió a acercarse para ver la herida de su cabeza. Trato nuevamente de curársela, pero el veneno que corría por sus venas se lo impedía. Así que únicamente pudo conjurar unos vendajes nuevos.

Después se puso en pie, y mientras limpiaba la sangre de su varita con la capa le pidió a Matt que se quedase con él.

- ¿Qué me quede con él?- preguntó el chico extrañado- ¿Y tú a dónde iras?
- Tú hazme caso, debemos darnos prisa.
- ¿Prisa? ¿Prisa por qué?
- Porque el veneno que lo corroe requiere de la luna para completar su efecto. Por lo que tenemos hasta media noche para dar con el antídoto, sino, cuando la luna alcance su cenit la transformación en Harqūim será completa... - la chica hizo una pausa y luego añadió- e irreversible.
- ¿Y de dónde piensas sacar el antídoto?
- Conozco un brebaje que tal vez funcione, pero necesito los ingredientes.
- ¿Por qué no los conjuras?
- Los ingredientes mágicos no se pueden conjurar, los de La Orden ya se encargan de tenerlos a buen recaudo en Rickcrick.
- ¿Crees que los encontraras?
- Eso espero,- dijo mirando a Frederick con preocupación- eso espero...

Y dicho esto la muchacha se desvaneció en una bruma violácea que se esfumó con el viento.

Después de que la chica se marchase, Matt se sentó junto al hombre, contemplándolo desde la distancia. No podía creerse como aquel hombre tan grande y fuerte podía parecer tan vulnerable en aquel momento. De improvisto el hombre abrió los ojos, y buscó a Nataly con la mirada a su alrededor. Parecía desorientado y perdido, su piel era pálida y sus ojos estaban inyectados en sangre.

- Mathew- dijo con voz ahogada al conseguir enfocar al chico.
- ¿Si? - dijo este acercándose rápidamente junto al hombre para poder oír su tenue voz.
- ¿Dónde está Nat?
- Ha ido a por los ingredientes de la poción que lo curará.
- Está bien, acércate más y escúchame con atención.- dijo el hombre tosiendo sangre.- No creo que salga de esta, así que has de hacer algo por mí.
- Se pondrá bien.- comenzó a decir el chico, tratando de animarlo, pero una fulminante mirada del hombre lo hizo desistir en su empeño.

- He tratado de ayudar a Nat, juro que he intentado que sea buena, pero el mal la corroe.
- Señor...
- Déjame hablar muchacho, no tenemos mucho tiempo. Quiero que vayas a ver a Cristal, ella te dirá como puedes ayudarla. Júrame que harás todo lo que te pida.
- Lo prometo.
- No basta. ¡Júralo! ¡Júralo por tu vida como guerrero de los reinos que eres!

El hombre clavó su ensangrentada mirada en los azules ojos del joven y este tragó saliva. Sabía que Nataly era malvada, incluso el mismo Frederick se lo había confesado. El hecho de jurar por los guerreros de los reinos que la ayudaría era casi una sentencia de muerte. Aparte de firmar contra Tara por siempre.

Mientras lo pensaba, el hombre hizo un último esfuerzo con las pocas fuerzas que le quedaban y agarró el brazo del muchacho.

- Júralo, o reza para que no me recupere de esta, ya que de ser así, prometo que mi espada te dará muerte.

Matt, tragó saliva, y apretando la mandíbula cogió el brazo del hombre.

- Juro por mi vida que cumpliré los designios de Cristal, tratando de ayudar Nataly en su empeño de convertirse en Reina de los Orbes.

Entonces una bruma azulada los envolvió a los dos formando un aro entre sus brazos, girando a gran velocidad, hasta que se hundió en la piel de ambos. Cuando las dos serpientes se tatuaron sobre el brazo del muchacho, este soltó rápidamente su brazo del de Frederick. Por un momento se quedó mirando el tatuaje que brillaba sobre su piel desnuda, abriendo y cerrando la mano, con una mueca de malestar en su rostro.

Pero no dijo nada, se limitó a coger uno de los vendajes que le habían sobrado a Nataly de curar a Frederick y se enrolló el brazo con él, ya que no quería que Nataly supiera de su acuerdo, y su camisa había quedado hecha jirones al tratar de cortar la hemorragia del hombre.

Mientras terminaba de ajustarse el vendaje el hombre volvió a perder la consciencia y Matt, lleno de furia, no pudo hacer nada más que sentarse en las blancas arenas y contemplar las gigantescas olas del oscuro mar que hacía unos minutos se había tragado el barco. Meditando sobre la estúpida decisión que había tomado, y odiándose a sí mismo por ello. Pero ¿Qué otra opción le quedaba? Hacía ya tiempo que había elegido este camino, y cada vez estaba más seguro de que se

había equivocado. Pero no podía volver junto a Tara, ella lo odiaba, todos allí lo odiaban e incluso él mismo se odiaba en ese momento.

De repente algo lo sacó de sus pensamientos, de la nada surgió una llamarada y de su interior surgió Nataly hecha una furia.

- ¡Maldita sea!- fue lo primero que dijo al llegar hasta ellos.

Sus ojos estaban encendidos de un rojo intenso y sus pasos eran tan fuertes que hasta hacían retumbar el suelo. Incluso desde donde estaba el chico, en la distancia, se podía apreciar la rabia que movía a la muchacha.

— ¿Qué ha pasado?

— ¿Que, qué ha pasado?- dijo cargando con Frederick sobre sus hombros.- Resulta que estos estúpidos no tienen ni un solo de los ingredientes que necesito. Seguro que si estuviéramos en el lado oscuro, no habría problema para conseguir lo que necesito. Pero noo... teníamos que ir a parar el puñetero lado luminoso, con sus estúpidas normas, haciendo solo lo que está “bien”. ¡Como los odio!

— ¿Y qué vamos a hacer?

— Cógelo tú. - dijo la chica ayudando a Matt a cargar con Frederick- ten cuidado.

Mientras Matt cargaba con el pesado hombre, Nataly sacó su varita de la bota y conjuró un carruaje de ébano, tirado por media docena de corceles alados, con un pelaje negro azabache, más oscuro que la propia noche y unos ojos inyectados en sangre, que parecían refulgir cada vez que los animales relinchaban, llenos de una furia arrancada del fuego del infierno. El chico dio un paso atrás, asustado por las tenebrosas bestias.

Recordó las aterradoras historias de su infancia, en las que contaban como aquellos terroríficos seres engañaban a los incautos, haciéndose pasar por dulces y tiernos pegajos, hasta que los imprudentes viajeros, tendían sus confiadas manos para acariciar sus delicados lomos y justo entonces, su blanco e inmaculado pelaje se tornaban del negro más oscuro. Pero el incauto viajero ya no podía hacer nada por escapar de su embrujo y aquel despiadado ser, vomitado de las entrañas del infierno, devoraba vivo al viajero.

Matt se tapó los ojos con el antebrazo, tratando de que aquellos seres no pudieran apoderarse de su mente y sin abrir los ojos, se dejó guiar por Nataly para dejar al hombre dentro del carruaje, para tratar de salir de allí lo antes posible. El chico se sentó junto al hombre en el interior

del carruaje, mientras ella subía de un solo brinco para coger las riendas, y azuzó a las bestias, haciéndolas alzar el vuelo, dejando tras de sí una oscura y densa bruma que ensombreció todo cuanto los rodeaba.

CAPÍTULO 24

El oscuro carruaje, destacaba entre toda aquella belleza como un faro en una noche tormentosa. El paisaje bajo sus pies, era realmente hermoso, los campos eran de un verde esmeralda y las almohadilladas nubes surcaban el brillante cielo, como los barcos la mar. Pero a pesar de toda la belleza que los rodeaba, la situación en la que se encontraban eran realmente espeluznante.

En el carruaje, Frederick cada vez estaba peor, no había vuelto a abrir los ojos desde que habló con Matt en la playa y su respiración cada vez se oía más y más ahogada. Mientras que su pierna derecha estaba empezando a tornarse dorada, pues a pesar del conjuro de Nataly, el veneno del Harqūim seguía a carcomiendo su cuerpo desde el interior.

Mientras ellos surcaban los cielos a toda velocidad, en dirección a Calendoor, la ciudad fronteriza entre el reino de la luz y la oscuridad. En el palacio de Long-poo, la oleada de magia desprendida por el conjuro de Nataly hizo saltar todas las alarmas que minuciosamente había colocado Cedrick por todo el Orbe, a la espera de dar con Frederick y con la chica, tras haber sido informado de la apertura de un portal no autorizado en el otro extremo del Mar de las Animas hacia un par de días. Rápidamente hizo llamar a Mermeraz, para que reuniera a su equipo formado por extraños seres de alma oscura, pero magníficos cazar recompensas, y les encargó la misión de dar con la chica y sus acompañantes.

Por otra parte, surcando los cielos del lado luminoso, el carruaje de Nataly estaba cada vez más cerca de las puertas de Calendoor, que ya se veía brillar a lo lejos frente a las luces del ocaso. Mas en el interior del carruaje, Frederick cada vez estaba más grave, el veneno del Harqūim ya corría libremente por sus venas, y toda su piel se había tornado de un brillante color dorado. A pesar del conjuro de Nataly seguía enfermando y cada vez a más velocidad, su piel comenzaba a escamarse y sus dientes a afilarse. Matt cada vez estaba más asustado, no sabía lo que iba a pasar, y cuando comenzaron las convulsiones, gritó a Nataly para que se diera más prisa.

La chica azuzó aun con más fuerza a las bestias, y dejaron en el cielo la negra estela de un cometa. En cuestión de minutos alcanzaron la ciudad, y tomaron tierra en medio de una concurrida plaza que se abría paso entre las estrechas callejuelas de la ciudad. Las gentes se apartaron aterrorizadas por el impacto y los aterradores corceles. Mientras que la chica saltaba de su asiento, incluso antes de que el carruaje terminara de detenerse, y corría como una fuerte ráfaga de viento por entre las gentes, en dirección a una sucia y oscura posada.

Se plantó antes sus puertas y las abrió de una patada, dejando que los últimos rayos de sol entrasen en la mugrienta sala. Todos los seres que reían y bebían al amparo de la oscuridad del local se quedaron en silencio, atónitos ante la figura de la chica, recortada sobre el luminoso fondo. Pero la joven hizo caso omiso de todas las miradas y se dirigió con paso firme hacia la barra del bar. Una vez allí, cogió al camarero por la pechera con una sola mano y lo arrastro por encima de la sucia madera, dejando su rostro a unos pocos centímetros, y clavando su llameante mirada en el pobre posadero le preguntó:

- ¿Dónde está Veltran?
- ¿Qui...qui...quién?- contestó el hombre titubeante.
- No juegues conmigo pequeño Strung, dime ahora mismo donde está Veltran o prenderé fuego a tu local en un instante, calcinándote a ti y a todos tus feligreses dentro.- le amenazó la chica, mientras chasqueaba los dedos, haciendo aparecer una llama entre ellos.
- Está bien, tranquila- intentó calmarla el posadero- nadie tiene porque salir mal parado.
- ¿Y Veltran?- le gritó la chica enfurecida, al borde de perder la poca paciencia que le quedaba.
- Está ahí- dijo el hombre señalando con manos temblorosas una pequeña puerta que había al final de la posada, oculta entre las sombras y las cajas mugrientas.
- Perfecto- dijo ella soltándolo, mientras le lanzaba una afilada sonrisa llena de maldad.

La chica se acercó a la puerta y antes siquiera de que le diera tiempo a tocarla, esta se abrió sin hacer ni el más mínimo ruido, y una carraspeante voz la invitó a pasar a su interior.

Capítulo 25

Al entrar en el pequeño despacho, la puerta se cerró tras de sí. La oscura sala únicamente estaba iluminada por la tenue luz de la vela que había sobre el escritorio que presidía la sala, y oculto entre la sombras, hundido en un gran sillón, estaba el viejo Veltran.

Nataly, exasperada, chasqueó los dedos e iluminó toda la sala con una intensa luz morada que dañó los ojos del viejo hombre, obligándolo a apartar la mirada de la joven. Cuando al fin sus cansados ojos se acostumbraron a aquella intensa luz, volvió a mirarla de arriba a abajo y comenzó a decir:

- ¿Tú has de ser la futura sucesora de Isabell de la que todos hablan?
- Por supuesto, pero ese no es el motivo por el que he venido hasta aquí.
- ¿Por qué has venido si no?
- Porque necesito ciertos materiales, ¿Podrás conseguírmelos?- dijo la chica mientras le entregaba una nota con los ingredientes.

El hombre cogió las gafas de gruesos cristales que colgaban de su cuello y se las puso, escudriñando con atención los ingredientes de la lista.

- Estas cosas que me pides son muy caras, ¿Estas dispuesta a pagar su precio?- le dijo el anciano hombre, mirándola por encima de las gafas.
- Si puedes conseguirlas de inmediato, no te preocupes por el dinero.
- No es dinero lo que deseo.
- Da igual, te daré lo que quieras, pero necesito los ingredientes de esa lista ya.
- Está bien, si insistes.- dijo el hombre dejando caer las gafas de nuevo sobre su barba, mientras sacaba un pergamino de uno de los cajones del escritorio.- ve firmando el contrato mientras yo me encargo.

La chica ni tan siquiera se paró a leer lo que decía el pergamino, simplemente estampó su firma, y cuando alzó la cabeza, el hombre ya regresaba de detrás de una pesada cortina de terciopelo rojo que había tras el sillón, cargado con una cesta de mimbre donde portaba todos los ingredientes que la chica le había solicitado. Al verlo entrar, Nataly se puso en pie rápidamente y tomó la cesta entre sus manos.

- ¿Está todo?- preguntó revisando el contenido de la cesta.
- Sí, no te preocupes, soy un hombre de palabra. ¿Has firmado el contrato?
- Por supuesto, ahí lo tienes.- dijo la chica señalando con la cabeza la mesa donde descansaba el pergamino enrollado.- solo una cosa más- añadió la joven antes de salir por la puerta.
- Dime.
- ¿Por qué razón esperabas mi visita?
- Porque hace algún tiempo, alguien me dejó algo para ti, pero si no es a por eso a por lo que has venido, no importa, puedes marcharte.
- ¿Y de que se trata? Si se puede saber.
- Ese cofre.- dijo el hombre sin darle más importancia, señalando al estante que había junto a la puerta, sin levantar la vista del contrato.- Puedes llevártelo- dijo mirándola cauteloso por encima del papel sin que ella se percatase.- si así lo deseas.

La joven hizo una mueca y cogió el cofre del estante con la mano que le quedaba libre. Mientras tanto sin que ella lo viera, le viejo Veltran vigilaba sus movimientos, mientras hacía como que leía, oculto tras sus pobladas cejas y sus gruesas gafas.

Una vez se hizo con todo, salió a gran velocidad de la nauseabunda taberna, para regresar al carruaje donde Frederick agonizaba, siendo ya más Harquim que hombre.

Al llegar allí, la muchacha lo zarandeó, tratando de despertarlo de nuevo, pero el hombre, exhausto, no pudo más que abrir los ojos unos segundos, antes de dejar caer de nuevo su cabeza hacia atrás, **llevado por el veneno**. Ante la desalentadora situación, la chica enjugó sus lágrimas y bajó de un salto del carruaje.

Sacó su varita y conjuró una fogata en el centro de la transitada plaza, haciendo apartarse a las gentes, que por allí circulaban, aterradas por todo lo que estaba sucediendo. Después hizo aparecer un caldero sobre el fuego que en cuestión de minutos comenzó a burbujear. Mientras esto sucedía, la chica sacó los ingredientes de la cesta y los colocó ordenados en el suelo. Cuando el agua comenzó a hervir, la chica alzó uno a uno los ingredientes con su varita y los fue incorporando lentamente en el caldero, mientras recitaba con sumo cuidado el conjuro.

La gente se fue arremolinando entorno a ella, expectantes por el despliegue de magia y color

que creaba la joven bruja. Mientras tanto, a los pies del carruaje, Matt examinaba el cofre que había traído Nataly consigo, sin prestar más atención de la necesaria a la chica. Pero a su vez, entre la multitud trataban de avanzar los hombres de Mermeraz, guiados por la potente magia que procedía de la plaza central.

Pero no lograron dar con la chica, pues antes de que pudieran abrirse paso entre el gentío, una tremenda explosión hizo reventar el carruaje, lanzando a Matt por los aires, y liberando al que una vez fue Frederick, convertido en Harqūim. La enorme serpiente surcó el cielo, enroscándose y retorciéndose, antes de regresar con los suyos al Mar de las Ánimas.

Por un instante, Nataly se quedó boquiabierta, clavando su mirada en la dorada serpiente que surcada el oscuro cielo de un lado a otro, pero rápidamente reaccionó. Lanzó el último de los ingredientes al brebaje y recitó las últimas palabras, haciendo que una gran nube purpura surgiera del caldero, e inundara toda la plaza.

La chica no se lo pensó ni un instante, conjuró un puñado de flechas de punta de cristal hueco y las embebió en el burbujeante brebaje, cargándolas con la pócima de curación. Después las guardó en su carcaj, tomó impulso, y alzó sus oscuras alas, dispuesta a dar caza a la serpiente por el oscuro cielo nocturno.

Lo persiguió entre los enormes edificación de la ciudad, hasta que tuvo una vista clara de la bestia. Entonces, chasqueó los dedos y una ballesta apareció entre sus manos, la cargó rápidamente con una de las flechas que contenían la pócima y apuntó al sinuoso cuerpo del Harqūim. Pero el animal viró en el último momento y la flecha alcanzó un gran ciprés, que se tornó de un azul cristalino y estalló en mil pedazos.

Ante la explosión, el animal se asustó y tomó más velocidad, para ocultarse entre los árboles del bosque, a sabiendas de que si lograba cruzarlo, saldría al Mar de las Animas, donde la aguardaban sus nuevos hermanos.

La chica trató de alcanzarlo antes de que se escondiera entre las frondosas ramas del bosque, pero no fue capaz. Sabía que sus enormes alas no le permitirían volar entre las ramas del bosque, así que no tuvo otro remedio que alzar el vuelo y dirigirse hacia el otro extremo del bosque, por donde tarde o temprano saldría la bestia.

Cuando llegó al otro lado, las montañas encauzaban el bosque hacia un pequeño pasillo que daba al mar. La chica posicionó en una roca que emergía del mar, frente al bosque. La luna ya se alzaba en el cielo, y no tardaría mucho en llegar a lo más alto del cielo. La muchacha estaba

preocupada, puesto que si no daba con Frederick antes de ese momento, jamás lo recuperaría.

Mientras estaba absorta en sus pensamientos, algo chapoteó tras ella, y la chica apartó su mirada un segundo del bosque para ver que era. Justo entonces Frederick aprovechó para salir del bosque, arremetiendo contra ella, y haciendo que ambos se sumergieran en las oscuras aguas del mar.

Las branquias y la cola de sirena surgieron al instante en su cuerpo, permitiéndole perseguirlo hasta las profundidades del mar. Cuando creyó que lo tenía a tiro, volvió a descargar su arma contra él, pero de nuevo falló. Alcanzando esta vez a otra bestia marina, que al igual que el árbol, estalló, enturbiando las aguas con sus restos de sangre, vísceras y huesos pulverizados. Pero aun así la sirena se abrió paso y volvió a cargar su arma. Cuando volvió a tener a tiro a la bestia, disparó de nuevo, afinando al máximo su puntería, puesto que en el carcaj tan solo le quedaba una flecha más, y esta vez, al fin lo alcanzó.

La cristalina flecha se clavó en su lomo, y el brebaje corrió por sus venas en cuestión de segundos, tornando su piel de un azul cristalino. Pero esta vez, en lugar de estallar, comenzó a reducir su tamaño, y a recuperar su forma humana. Nataly nadó hasta él, agarrándolo por debajo del brazo, para arrastrar de él hasta la superficie lo antes posible.

Cuando llegaron a la costa, recuperó sus piernas y arrastró el cuerpo del hombre sobre la arena. Alzó su vista al cielo y vio como la luna alcanzaba su cenit. ¿Habría hecho efecto el brebaje? Se preguntó. El cuerpo del hombre seguía siendo de un azul cristalino, pero al menos era un hombre.

El tiempo pasaba, la luna ya había comenzado su descenso, y Nataly aguardaba junto al cuerpo, pero no despertó.

Cuando ya no le quedaron más lagrimas que llorar, bajó su mirada hacia el suelo, y vio que la arena que había bajo ella estaba empapada en sangre, fue entonces cuando miró su costado izquierdo y vio que tenía clavado uno de los colmillos del Harqūim que una vez fue Frederick. Se paró un instante a pensar y recordó el agudo dolor que sintió en el costado cuando Frederick la derribó de la piedra al salir del bosque. En ese momento atribuyó el dolor al golpe contra las rocas, y no le dio más importancia. Pero se ve que el Harqūim la mordió. Empezaba a sentirse muy mareada a causa del veneno que ya corría libremente por sus venas y por la pérdida de sangre.

Hizo un último esfuerzo y se tumbó en el suelo para alcanzar el carcaj con la última flecha que estaba tirado en la arena. Sacó el proyectil con punta de cristal y se la clavó en el vientre, junto a la herida del colmillo, rompiéndola en su interior, para dejar que el antídoto hiciera su trabajo.

Pudo notar como el brebaje comenzaba a correr por sus venas, helando su cuerpo y tornando su piel de un azul cristalino, mientras ella perdía el conocimiento, tirada en las blancas arenas de la playa.

CAPÍTULO 26

Pasaron horas tumbados junto al mar, mientras la marea iba creciendo poco a poco, ganándole terreno a la arena. Hasta que al fin logró alcanzarlos, pero antes de que negras aguas del Mar de las Ánimas lograsen tragarse los cuerpos inconscientes, unas pequeñas manos verdosas los agarraron y estirar de ellos hasta dejarlos en un lugar seguro.

A pesar del pequeño tamaño de las encapuchadas figuras, que no levantaban más de medio metro del suelo, eran lo suficientemente fuertes como para arrastrar los cuerpos hasta colocarlos sobre las camillas con las que los transportaron tierra adentro.

Al caer la tarde las encapuchadas figuras continuaban cargando con Nataly y Frederick sin descansar ni un instante, hasta que al fin se detuvieron frente a un viejo árbol de tronco hueco, que los aguardaba en el centro de una extensa llanura, donde tan solo se alzaba él por encima de las flores y los matorrales. Dejaron descansar los cuerpos sobre la hierba esmeralda y se colocaron en círculo en torno a ellos. Alzaron sus manos con las palmas hacia abajo y comenzaron a producir un zumbido, a la par que una luz roja parecía emanar de sus manos. Conforme aumentó el zumbido, la luz se intensificó, hasta calentar como el propio sol y justo en ese momento los cuerpos que yacían en el suelo comenzaron a reducir su tamaño, hasta ser tan grandes como sus portadores. Después, volvieron a cargar con ellos y los introdujeron en el oscuro agujero que había en el tronco del árbol.

Al otro lado de aquella curiosa puerta se extendía un mundo completamente diferente, las praderas de verdes prados habían sido sustituidas por frondosos e imponentes árboles de decenas de metros de altura, con troncos de varios metros de diámetro. En aquellos árboles, entre sus gruesas ramas, un mundo nuevo, una ciudad al completo construida entre las ramas, perdida entre el follaje.

Colocaron los cuerpos en el montacargas más cercano y los subieron hasta la enfermería, donde los dejaron descansar bajo el cuidado de los médicos hada.

Pero aquella noche no eran los únicos invitados en la fabulosa ciudad de las hadas. En otro

lugar, a un par de árboles de distancia, en lo alto de su copa descansaba el joven Matt, al amparo de las brillantes estrellas, que refulgían en el cielo como un millar de luciérnagas jugueteando en medio de la noche. Cuidando de los sueños del muchacho que descansaba, vencido por el cansancio, tras noches sin dormir.

El sol de la mañana iluminó su angelical rostro, sacándolo de un profundo sueño. Cuando bajó al salón, Aethewel, la reina de las hadas, ya lo aguardaba sentada a la mesa. Aquella mujer era la más hermosa de las hadas, con sus finos rasgos y sus grandes ojos que brillaban de un verde tan intenso, que se asemejaba a los tallos más tiernos, y sus largos cabellos recogidos en un moño repleto de flores de azahar, que parecían nacer del propio pelo de la reina, como si de tiernas ramitas se tratasen sus cabellos, entretejiéndose por los caprichos del tiempo.

Al verla allí sentada, el joven se detuvo e hizo una reverencia ante la reina, mientras que esta le hacía una señal para que tomase asiento a su lado. El chico obedeció, y mientras le servían el desayuno comenzó a hablar:

- Mi señora, he de agradecerle encarecidamente el haber enviado a sus soldados en mi busca. De no ser por ellos, Mermeraz y sus hombres habrían dado conmigo y no quiero saber cuan atroz destino me habría aguardado de haber caído en sus manos.
- No es necesario agradecer nada joven lobo, en todo caso debería de ser yo quien te diera a ti las gracias por ayudarnos a dar con la futura reina.
- Entonces, ¿Podemos dar por saldada nuestra deuda?
- Estoy de acuerdo.- Le confirmó la mujer- Mas no creo que me hayas pedido audiencia a unas horas tan intempestivas tan solo para confirmar que tu deuda ha sido saldada.
- Me temo que estas en lo cierto, he de pedirle un nuevo favor.
- ¿De qué se trata?- preguntó la reina con una ilusión renovada, ante la posibilidad de que el joven estuviera en deuda con ella.
- He de pedirle un favor un tanto particular.
- Te escucho.
- Antes de nada, ha de prometerme que esta particular petición ha de quedar entre nosotros. Pase lo que pase.
- De acuerdo muchacho,- dijo la mujer intrigada- ¿de qué se trata?

- Necesito ponerme en contacto con alguien.
- ¿Y para eso tanto secretismo?- dijo la reina recostándose de nuevo sobre su asiento, desilusionada ante la petición del joven.- Te pondré en contacto con quien desees. Mas, ¿cuál es la pega? - preguntó la mujer al comprender que de ser sencillo no le pediría un favor a un hada.
- El ser con el que he de contactar no pertenece a este mundo.
- ¿A que te refieres?
- Con quien he de contactar no se encuentra entre los vivos, pero tampoco descansa en el reino de la luz, ni de la oscuridad.
- ¿Te refieres a un fantasma?
- Me temo que sí.
- ¿Y de quien se trata?
- Eso no se lo puedo decir.
- Está bien, pero contactar con los muertos no es sencillo, y menos si desconozco quien es el fallecido.
- No te preocupes por eso, si eres capaz de establecer una comunicación con los muertos, yo me encargaré de dar con quien busco.
- De acuerdo, ven al caer la noche a buscarme y todo estará dispuesto.

El joven se puso en pie, dispuesto a marcharse, pero justo antes de que saliera por la puerta la dulce voz de la reina lo abordó de nuevo.

- Joven Calsam, recuerda que ahora me debes un favor, y uno de los gordos.

Aquella frase, provocó que un escalofrío recorriera la espalda del joven de arriba a abajo, sabía que no era nada bueno. Pues las hadas a pesar de su dulce rostro, eran seres malvados y aprovechaban la más mínima para aprovecharse de los pobre insensatos que aceptaban sus favores y ahora estaba en deuda con la más poderosa y maléfica de las hadas.

CAPÍTULO 27

Durante todo el día el chico paseó por la fascinante ciudad que las hadas habían edificado en lo alto de los árboles. Asombrado por lo mimetizadas que estaban todo con la naturaleza, las casas se entremezclaban con las ramas y se escondían tras el denso follaje, sustituyendo muros por enormes telares, los puentes estaban hechos de lianas trenzadas, y las ramas más resistentes hacían de suelo en aquella extraña ciudad colgante. Pero al igual que las hadas, su ciudad tampoco era de fiar, tras toda aquella dulce apariencia de paz y tranquilidad, se escondían tinieblas y oscuridad.

Pero a pesar de los peligros que podían acecharle en aquella curiosa ciudad, el chico se dejó encantar por sus maravillas, sus aromas y su falsa sensación de paz, perdiendo cualquier noción del tiempo y el espacio.

Cuando el sol comenzó a pintar el cielo de tonos añil, Matt se percató de que llevaba horas dando vueltas por la inmensa ciudad y que no sabía cómo volver para su encuentro con Aethewel, la reina de las hadas. Aun sabiendo el camino no habría llegado a tiempo hasta el palacio real, así que decidió saltar la valla de uno de los infinitos puentes que unían la ciudad y correr por el suelo, con la esperanza de llegar a tiempo a su cita.

Pero en cuanto puso un pie en la violácea hierva que cubría el suelo, esta se tornó de un color rojo brillante y cobró vida propia, tratando de apresar las piernas del chico. Matt se asustó, no estaba preparado para aquel tipo de ataque, comenzó a ponerse nervioso, tratando de desasirse de las cuerdas que comenzaban a fijarlo al suelo, pero sus zarpazos eran inútiles, por cada trozo de hierba que desgarraba otros diez lo asían por otro lado, la tierra quería tragárselo, en ese momento sacó su espada y cortó todo bajos sus pies a la velocidad del rayo y sin pensarlo un instante, saltó usando sus potentes piernas de lobo hasta el mismo puente desde el que había bajado. Al llegar arriba, trató de quitarse la mucosa sustancia que había surgido de la vegetación al cortarla, pero estaba completamente empapado y aquel viscoso liquido anaranjado solidificaba por segundos sobre él, relentizando sus movimientos, hasta el punto de dejarlo completamente inmóvil y lo único que pudo hacer fue aullar, de rabia, de dolor, de pesar. Hasta que se quedó atrapado en aquel armazón de ámbar, viendo todo cuanto le rodeaba, pero sin poder mover ni un solo musculo.

El profundo aullido del lobo alertó a la guardia real, que no tardó en llegar hasta él. Lo cargaron a sus espaldas y lo llevaron antes la reina Aethewel, ella sabría qué hacer.

Mientras tanto, dentro de la cárcel de ámbar, Matt podía ver todo cuanto lo rodeaba, pero

la belleza que lo envolvía todo había desaparecido, dejando tan solo el corrosivo mal que se escondía tras los embelesadores encantos de aquella ciudad. Las hermosas hadas habían perdido su aspecto angelical y mostraban su verdadero ser, convirtiéndose en repugnantes y asquerosos seres de rostros purulentos y retorcidos.

Matt trataba de escapar de su anaranjada prisión y deshacerse de aquellas horripilantes bestias que arrastraban de él por entre las ramas de los frondosos árboles de la ciudad.

Cuando los soldados dejaron la estatua de ámbar frente a la reina, esta tomó su cetro y golpeó con todas sus fuerzas la dura coraza del joven, desquebrajándola en mil pequeñas fracturas que crujieron como un montón de cristales rotos. Después únicamente se oyó un gutural gruñido, pero la reina no se amedrentó ante aquel terrorífico sonido, volvió a cargar su cetro contra la fracturada figura y esta se rompió en mil pedazos, liberándolo de su cautiverio.

Fue entonces cuando el lobo surgió como un rayo de entre los restos astillados del caparazón que lo retenía preso, abalanzándose sobre la reina con afiladas garras y fauces espumosas, ansiando desgarrar aquel maléfico ser que tanto temor le infundía.

Pero Aethewel no había logrado ser reina de las hadas tan solo por su belleza. Sus agudos reflejos le permitieron ser consciente del peligro mucho antes de que el lobo llegase tan siquiera a rozarla. Así que sin mover ni un solo dedo hizo que las lianas que ornamentaban el techo se lanzasen sobre el licántropo más rápido que un rayo, lanzando el sonido de cientos de látigos azotando contra el animal. Al instante lo envolvieron, inmovilizándolo, y se replegaron, apresándolo contra el techo de la gran sala.

Poco a poco el furibundo licántropo logró calmarse, y la reina vio como aquella bestia volvía a adquirir el angelical rostro del muchacho. Poco a poco las lianas que lo mantenían sujeto al techo se fueron aflojando y al fin lo dejaron de nuevo en el suelo, pero el amigable rostro de la reina había desaparecido por completo. Cuando el joven tocó tierra, lanzó una fugaz mirada a sus hombres y estos sin necesidad alguna de nuevas órdenes, se acercaron al joven, lo tomaron preso y lo arrastraron hasta los calabozos de la ciudad.

Durante los dos días siguientes el joven estuvo cautivo entre las enormes raíces que sujetaban la ciudad, en un calabozo tan pequeño que no le permitía ni tan siquiera tenderse estirado en el suelo. Con una oscuridad tan absoluta, que ni tan siquiera con sus ojos de licántropo podía ver más allá de sus narices. Todo en aquel lugar era extrañamente siniestro, estaba claro que no era el único preso de la ciudad. Allí abajo había seres que llevaban tanto tiempo presos que ni recordaban el

lenguaje de las hadas, parecían realmente bestias, pues hablaban en su propio idioma de gruñidos.

Matt se sentía realmente solo allí abajo, hambriento y dolorido. Pero lo peor era la incertidumbre, nadie sabía que estaba allí preso, y obviamente, los pocos que lo sabían no iban a mover ni un dedo por él. Temía quedarse de por vida encerrado en aquella pequeña celda, comiendo una vez al día y con la única compañía de los gruñidos de sus compañeros de celda.

Pero en una de aquellas interminable horas perdido en sus pensamientos algo rompió la monotonía del silencio. La puerta que bajaba del exterior se abrió, era demasiado pronto para ser el guardia con la comida del día, así que se pegó a los barrotes de su celda, con la vana esperanza de poder ver algo más allá de la densa oscuridad.

El ruido de unos tacones contra el suelo de madera lo envolvió todo, el corazón del chico cada vez latía con más fuerza, sincronizándose con el repiquetear de aquellos pasos, hasta que al fin el acompasado sonido se detuvo frente a su celda.

A pesar de que el joven era completamente incapaz de ver la delgada figura que se plantaba ante él, aquel olor era inconfundible, aquel ser sin orbe y de todos a la vez. Tan solo ella y Tara olía así. Una sonrisa se dibujó en su rostro al reconocer a Nataly, y al ver que la cerradura comenzaba a tornarse de un color morado se apartó todo lo que su angosta celda le permitió.

La luz fue adquiriendo intensidad y comenzó a quemar los ojos del joven, que no tuvo más remedio que apartar su mirada al ver que aquella luz violácea se iba extendiendo por todo el metal de la celda. Al final, la joven cruzó a través del metal, como si este no fuese más que una ilusión. Tras su paso, perdió aquel mágico brillo y volvió a ser tan real como siempre lo había sido.

La luz se desvaneció, pero en cuanto sus ojos se adaptaron de nuevo a la oscuridad no tuvo problema alguno para verla allí plantada frente a él, Matt se acercó con cuidado y entrelazó sus manos con las de la chica. Ella alzó su mirada, buscando sus ojos, pero vio más que oscuridad, entonces los cerró y al volverlos a abrir eran de un rojo tan intenso que brillaba con luz propia. Permitiéndole ver al chico, ver su aura, asustada, intranquila, preocupada...

A la chica se le partió el corazón de verlo tan aterrado y le dio un dulce beso en los labios, tan delicado y tranquilizador que por un momento a Matt le pareció estar besando a Tara en lugar de a Nataly, pero en cuanto sus labios se separaron y pudo ver aquella media sonrisa pícara, le quedó claro que era Nataly, no había lugar a duda.

— ¿Estás bien?- le preguntó ella pasándole las manos por el pelo.

— Ahora sí.- respondió el aliviado- ¿Y tú? ¿te has recuperado ya por completo?

- Pues claro, ¿no creerías que un simple Harqūim podría conmigo?
- Temí por tu vida.- le contestó el muy serio.

En ese momento los rojos ojos de la chica se apagaron y en medio de aquella perturbante oscuridad, por primera vez, pudo ver algo de humanidad en aquellos ojos negros. Pero tan rápido como vino se fue.

- Tengo que contarte algo increíble que me ha pasado.- dijo ella cambiando radicalmente de tema, tratando de ocultar que incluso ella misma también había temido por su vida en aquella playa.

- ¿Qué te ha pasado?- le preguntó él comprendiendo lo que sucedía.

- Viajé fuera de mi cuerpo...

- ¿Qué?

- Sí, lo que oyes y la vi.

- ¿A quién viste?

- A esa estúpida niñata y a sus amigos.

- ¿A Tara?

- Sí, y logré terminar una posesión.

- ¿Poseíste a Tara?

- Pues claro que no, ella es demasiado poderosa, y menos ahora que tiene el Crocten. Entré en uno de sus puners.

- ¿Y qué pasó?

- Traté de derribarla, pero parece ser que se está volviendo cada vez más poderosa y esos amigos suyos van espabilando.

- Entonces, ¿están bien?

- Por desgracia sí- dijo la chica- están todos sanos y salvos.

El chico soltó un suspiro de alivio, y ella le lanzó una mirada cortante. Pero prefirió cambiar de tema.

- ¿Cómo se te ocurre atacar a la reina Aethewel?- le dijo ella.

- No sabía que era ella, aquel cemento que me tenía preso me hacía verlo todo tan diferente, horripilantemente diferente, y tuve miedo.

- Pobre, sufrías las alucinaciones del ámbar.
- ¿El qué?
- Las alucinaciones del ámbar son el motivo por el que las hadas viven en los árboles. Cuenta la historia que el brujo que hechizó este bosque para mantenerlo alejado de la vista del resto de seres fue apuñalado por la madre de las criaturas, en pos de mantener el secreto, y dándolo por muerto lo dejó abandonado en el suelo del bosque. Pero el anciano hombre aún seguía con vida y con sus últimas fuerzas maldijo el suelo del bosque, haciendo que quien pisase la tierra sobre la que se había derramado su sangre, se quedase inmóvil, petrificado, y contemplase con claridad el mal que esconde todo cuanto le rodea.
- ¿Qué será de mí? - dijo el joven apesadumbrado.
- Trataré de interceder por ti ante la reina, pero no prometo nada.
- ¿Y si eso no resulta?
- Entonces tendré que tomar medidas más drásticas.

La chica no dijo nada más, se desvaneció en un dulce beso y la oscuridad lo invadió todo de nuevo, dejándolo cautivo con sus pensamientos.

CAPÍTULO 28

Matt nunca supo si el tiempo que estuvo allí recluido fueron días o tan solo horas, pero la pura realidad es que a él se le hizo una eternidad. Pero de repente de la nada el sonido de unos tacones sobre las maderas del suelo de la prisión lo sacó de sus propios pensamientos, y junto a su celda se plantó un farol reluciente, cegador en medio de la oscuridad de la prisión. Cuando logró ajustar su vista a la penetrante luz vio que sujetando el farol había un guardia con cara de muy pocos amigos, que sin mediar palabra desasíó las llaves que colgaban de su cinto y abrió la celda. Entró en ella, y agarró con fuerza al muchacho, sacándolo a empujones de aquel oscuro antro donde había estado cautivo.

El chico preguntó dónde iban, pero el guarda ni tan siquiera apartó su mirada del frente, tan solo soltó un gruñido cuando lo dejó en una de las habitaciones del árbol donde se había alojado hasta que ocurrió el incidente. Después y sin dar más explicación salió de la sala y cerró con llave desde fuera.

Matt realmente no entendía absolutamente nada de lo que sucedía, pero la explicación de todo aquello era lo que menos le preocupaba en ese momento. Era libre, libre al fin y eso era todo lo que importaba en aquel momento.

Se dedicó a pasearse por la nueva estancia, allí había una especie de pequeño salón, una baño y una amplia habitación, con ropa desperdigada por el suelo y sobre los muebles. El chico cogió una de las prendas y olfateó con su potente olfato de lobo y al instante supo a quién pertenecía tan peculiar aroma. Aquel ser que no pertenecía a ningún reino que a su vez era hija de todos y una pizca de maldad, tan sutil y única, que no podía ser de otra. Nataly, su Nataly, jamás creyó que echaría tanto de menos el aroma de esa mujer hasta que se lo arrebataron y una fugaz sonrisa se dibujó en su rostro.

El joven estuvo vagando de acá para allá todo el día, como un animal cautivo, pero feliz de no estar en aquella angustiosa prisión. Sin noticia alguna de Nataly, ni de nadie, al final, cuando la luna empezaba a alzarse en el horizonte sucumbió al sueño y se durmió en la mullida cama de la joven.

Al despertarse por la mañana ella estaba allí, tan dulce y bella que parecía de porcelana, tan delicada y tranquila que por un momento, tan solo por un memento, podría haber pasado por un

ángel y en ese momento, ya fuera por el sol o por la fija contemplación del muchacho, la joven se despertó. Abrió aquellos oscuros ojos negros como la noche y sonrió. Pero no paso ni un instante hasta que Matt se dio cuenta de que algo no iba bien, estaba asustada, confusa, desorientada.

Pero antes de que él pudiera explicarle nada, antes de que pudiera comprender nada él mismo. La voz de Frederick la llamó desde el pequeño salón, y ella huyó aturullada, sin ubicarse aún donde estaba. Pero deseosa de huir de su lado.

Matt se levantó rápidamente tras ella, y pegó su oreja a la pared para poder oír que sucedía al otro lado. Parecía que al final el brebaje de Nataly funcionó y Frederick le ganó la batalla al veneno de Harqūim. Pero de todos modos se le oía cansado, mientras informaba a Nataly de la estrategia para entrar en Long-poo. Aunque para cualquier otra persona aquella conversación habría parecido normal, no lo era. La voz de Nataly titubeaba como no lo había hecho nunca, parecía tan asustada y confusa, tan frágil, como solo Tara podía ser.

Y en cuanto la muchacha cruzó la puerta y lo miró con aquellos infinitos ojos negros, tan profundos e inescrutables como las profundidades del averno lo supo. Supo que aquella sonrisa avergonzada y picara a la vez no pertenecía a Nataly, no sabía ni como, ni cuando, ni porque estaba Tara allí en ese momento, pero no le importaba, tan solo le importaba que estaba junto a él, y su corazón latió como no había latido nunca por nadie y su amor, su pasión y su fuego se desató dejándose llevar por lo que su corazón le pedía, sin pensar en que pasaría después.

Cuando la vio sonriendo a su lado, tan dulce y bella supo que aquel no era su lugar, debía volver para cumplir su destino, y por mucho que a él le doliese debía dejarla ir. Las lágrimas acudieron a sus ojos al pensar que debía perderla de nuevo, que el destino de los reinos era algo mucho más grande que él y que el pesar de su corazón. Pero no las dejó salir, respiró hondo para devolverlas a su lugar y la dejó marchar de vuelta a su cuerpo, a su vida, a su destino.

Cuando Tara cerró los ojos y se marchó, las lágrimas del chico fueron más fuertes que él, y corrieron por sus mejillas mientras dejaba caer un dulce beso sobre los inertes labios de la joven, y como si de magia se tratase volvió a vida como antes de que todo aquello pasara. Sus negros ojos se abrieron y la dura mirada de Nataly volvió, mientras él se daba la vuelta para hacerse el dormido y sus silencioso llanto empapaba la almohada.

CAPÍTULO 29

Cuando al fin logró contener sus lágrimas, se levantó y encontró a Nataly en el salón, le contó los planes de Frederick y de Aethewel para tomar el palacio de Long-poo, con la excusa de que Frederick había ido a contárselos mientras ella dormía. La joven no recordaba donde había estado durante aquel tiempo, y él no tenía fuerzas para contárselo.

Tras recoger sus pocas pertenencias, mientras se dirigían a la copa del árbol, ella le explicó como había logrado convencer a la reina para que lo dejase a su cargo mientras siguieran en el reino de las hadas y como Frederick había pactado con la reina Aethewel la liberación del reino de las hadas de la represión a la que estaban sometidas, si se aliaban con ellos para vencer al rey.

Pero Matt a malas penas prestaba atención a sus palabras, no podía dejar de pensar en Tara, en su sonrisa, en su mirada. Hasta que llegaron a lo alto del árbol, y vio a los Zygops, nunca los había visto en persona, aquellos aterradores seres de ojos compuestos como los de las moscas, estrechos cuerpos de libélula terminados en cola de escorpión con grandes y brillantes alas de mariposa. Ensilados y listos para galopar sobre su lomo como jinetes hada. El joven se acercó a uno de ellos y éste el escupió su ácida saliva corroyéndole a toda velocidad la camisa.

Matt dio un paso atrás y se la quitó a toda velocidad, lanzándola contra el suelo, donde se consumió quedando solo una burbujeante masa viscosa. Nataly se quedó boquiabierta cando vio lo que sucedía y se acercó a él. La corrosiva saliva del Zygops no solo había quemado la ropa del muchacho, también había llegado a quemar su hombro derecho y la piel comenzaba a cicatrizar de forma velozmente aunque dejando la marca de la corrosión sobre su piel. Pero cuando ella fue a tocar su dañada piel para comprobar la gravedad de su quemadura él se apartó rápidamente y sacó un chaleco de su mochila para tapar sus marcas.

La chica no comprendía el rechazo del joven a sus cuidados, poro no le dio más importancia y subió con cuidado a su Zygops. Todos hicieron lo mismo y en cuanto la Aethewel subió a su montura todas las bestias alaron el vuelo envuelto en un extraño silencio.

La reina alzó su cetro en el aire y la magia que había protegido a su pueblo durante siglos se desvaneció, dejando todo el bosque expuesto donde antes solo había llanuras.

Y encabezando la marcha dirigió a sus tropas hacia las inconmensurables montañas de Tasún donde se encontraba el palacio del rey Cedrick. Conforme se acercaban, las montañas iban adoptando su gran envergadura, las imágenes de sus laderas comenzaban a dibujarse poco a poco y

los antiguos reyes y reinas clavaban sus miradas de piedra en las tropas que se dirigían al palacio. Pero no solo las miradas de los reyes pasados estaban fijadas en ellos, Cedrick, el que todo lo ve, ya sabía de su emboscada y los aguardaba armado hasta los dientes.

Cuando ya estaban casi llegando, la reina les hizo una señal para que aguardasen tras uno de los repliegues de la montaña y ella sola continuó el vuelo hasta plantarse frente a las puertas del palacio. Fue entonces cuando las miradas de los dos Torvik que custodiaban la puerta de entrada se clavaron en ella. Ante la amenaza ambos seres chocaron a la para sus manos y las empezaron a separar muy poco a poco formando un escudo protector que debía cubrir todo el castillo antes de que la amenaza pudiera alcanzarlo.

Pero la reina no se inmutó sacó una afilada flecha de su carcaj, la cargó en su arco y le susurró unas palabras mágicas que le dieron a la flecha un leve resplandor rojizo. Apuntó con pulso firme y certero y dejó escapar la flecha de sus manos. El proyectil viajó por el aire dejando una estela de rojo carmesí desgarrando el aire y se clavó en la pupila del Torvik de la derecha atravesando su cabeza de lado a lado. El abismal ser cayó de bruces al suelo haciendo retumbar y desvaneciendo el escudo formado.

Aun así el otro Torvik aguantó en su posición, continuó abriendo los brazos, tratando de formar el escudo a pesar de la baja de su compañero.

Mientras tanto, Aethewel sacó tres flechas de su carcaj y las cargó en su arco de nuevo, susurrándole nuevas palabras mágicas, pero cuando apuntó a aquel ser, el escudo ya lo cubría por completo y aunque cabría esperar que depusiera su arma, en este caso no fue así, una sonrisa malvada se dibujó en su rostro y alzó un poco más el arco, apuntando por encima del escudo. Dejó libres los proyectiles que asemejaron el zarpazo de un tremendo león en el cielo y se clavaron tras el Torvik. Este rio creyendo errado el tiro de la reina, pero no se percató de que las flechas embrujadas que la reina había lanzado comenzaron a cobrar vida lentamente. Aumentando su tamaño y arrastrándose como si de serpientes se tratasen, cuando el escudo estaba casi completo las serpientes treparon por las piernas del Torvik y se enroscaron en torno a él apretándolo a cada segundo, dos de ellas se enroscaron en torno a su pecho, fracturando sus costillas y clavando los fragmentos en sus pulmones, pero la muerte tardaba demasiado en llegar y la tercera se enroscó en su cabeza. Con tal fuerza lo apretó que aplastó su cráneo dejando salir sus sesos como una gelatina rosácea y viscosa.

Cuando se desplomó el escudo se deshizo en un millón de pedazos y la reina silbó como el trino de un ruiseñor, haciendo salir a sus tropas de su escondite dispuestas a asaltando la fortaleza.

Mientras los arqueros celestiales del rey tomaban sus posiciones. Las flechas bañaron el cielo de oro y fuego, prendiendo las alas de muchos de los animales y haciéndolos caer al abismo. Pero aun así muchos de ellos lograron pasar y de sus alforjas cayeron polvos de hada que corroyeron las retinas de los arqueros cegándolos por siempre e inutilizando la primera de las defensas del palacio.

La reina, seguida de sus tropas, tomaron tierra en el patio central del castillo y se desató una cruenta batalla entre los enormes demonios que guardaban los pasillos del palacio y los soldados hada.

Hasta que al fin Aethewel logró abrir las puertas del interior del palacio y los tres jinetes que quedaban en el aire entraron volando en el interior del palacio surcando los infinitos pasillos de ébano y marfil.

Frederick iba en cabeza, seguido por Matt y se dirigieron directamente a la sala mayor del palacio donde Cedrick los aguardaba listos para luchar. Pero en algún momento entre las decenas de pasillos del palacio Nataly se había descolgado y ya no iba tras ellos.

El hombre deshizo las puertas con su aliento de fuego y cruzó entre las llamas a lomos de su Zygops. Pero en el medio de la sala lo aguardaba su hermano, que cortó con su espada el vientre del animal al instante, mas Frederick no cayó al suelo, saltó de la montura y cargó contra Cedrick antes de tocar tierra. Pero el hombre se deshizo de él con rápido movimiento de espada y ambas armas cayeron al suelo. Entonces Frederick creó un par de bolas de fuego en sus manos que lanzó al rey, peor este sopló con un viento glacial y las congelo antes de que pudiesen tocarlo, haciéndolas caer al suelo.

— ¿Esto es lo mejor que sabes hacer? Sinceramente hermanito creí que después de tantos años habrías aprendido algo nuevo.

Llevado por la furia ante la provocación de su hermano, sopló con todas sus fuerzas su aliento de fuego y su Cedrick lo contrarrestó con la misma táctica que las bolas de fuego. De la unión de la potencia de ambos ataques una nube comenzó a formarse dentro de la sala. Empañando la vista de Matt, que los observaba desde las alturas a lomos de su Zygops. El animal se posó en la barandilla de uno de los balcones de la planta superior que daban a la sala y Matt desmontó de un salto, cayendo dentro de dicha sala.

Entonces le pareció ver un destello, una ráfaga que cruzó la puerta, y corrió a ver que era. No vio nada, peor al olfatear encontró el aroma de Nataly, así que siguió el rastro hasta una sala al otro lado de la primera planta. Allí, agazapada tras la barandilla aguardaba la muchacha.

Matt no lograba entender lo que sucedía, debería ser ella la que estuviera luchando contra Cedrick, no Frederick. Pero así era, en la sala de abajo se sucedían las llamaradas y las ráfagas de helados cuchillos que volaban de un lado a otro, entre la espesa niebla. El joven no lograba ver nada, pues tan solo con los ojos demoníacos podría llegar a ver algo. Pero Nataly, que sí veía, estaba muy atenta a la acción, mientras sostenía su varita en la mano y le daba impacientes vueltas.

Entonces algo sucedió, algo que la joven no esperaba ver y que llenó su rostro de ira. Dio un golpe en el suelo con su varita y mientras se alzaba, esta se convirtió en un majestuoso tridente, se apoyó en la barandilla y saltó a las penumbras que la aguardaban allí abajo.

Su salto fue certero, Cedrick estaba arrodillado en el suelo y el tridente de la joven le atravesó de lado a lado, seccionando su columna, atravesando su corazón y desgarrando sus pulmones.

La densa bruma que los envolvía se desvaneció como si un tornado acabase de hacer su entrada en la sala. La magia del Crocten de Cedrick se desbordó, salió de su cuerpo, y los envolvió a los dos en una luz roja tan intensa que obligó a Matt a apartar la mirada.

De pronto aquella luz se arremolinó, entrando en el cuerpo de la muchacha y haciéndola retorcerse de dolor, hasta que al fin la derribó. Pero tan solo un instante después salió de ella, destrozando el techo del salón, y llegando al estrellado cielo en el que ya comenzaba a despuntar el alba. Todo el firmamento se **tizó** de aquella luz roja que anunciaba a la nueva reina. Hasta que la luz cesó y ella se desplomó, cayendo de bruces contra el suelo.

Matt no se lo pensó dos veces, saltó la barandilla y cayó junto a ella, la cogió y tomó su cara entre sus manos y le rogó que despertase, pero la chica no respondía. La abrazó con fuerza con tanta fuerza que casi la deja sin respiración y de repente, ella tomó una bocanada de aire, el muchacho la dejó para que se repusiera y cuando alzó los ojos hacia él, el Crocten de los **cambiantes** relucía donde antes estuvo su ojo derecho.

Chicos este capítulo me parece muy flojo para lo transcendental que es... vosotros que os parece??

Parte 3

Luz de sangre

CAPÍTULO 30

Poco después, en el otro extremo del Mar de las Ánimas, Tara y los demás hacían su entrada en el Orbe de los Susurradores...

Todos ellos se quedaron boquiabiertos al contemplar la luz del cambio. Habían llegado demasiado tarde para impedir que Nataly se hiciera con el Crocten de Cedrick. Se miraron unos a otros, con una mezcla de indecisión y abatimiento, pero fue Emet quien rompió el silencio.

- ¿Y ahora qué?
- Deberíamos volver. - sugirió Adrian.
- Me temo que por aquí no va a poder ser- les dijo Ashira mientras inspeccionaba la puerta.
- ¿Qué sucede?- le preguntó Tara.
- No lo sé, pero la señal que abre la puerta, no está.
- ¿Cómo que no está?- le contestó asustada la chica, poniéndose a buscar como loca por la pared la marca de los cambiantes.
- Debería estar aquí- le señaló Ashira, pasando los dedos por una zona de la pared cercana a donde estuvo la puerta.- pero no está, es como si la hubiesen borrado.

Se miraron los unos a los otros, sin saber muy bien que hacer, pero antes de que a nadie le diese tiempo a decir nada, una bola de fuego cayó del cielo a sus pies. Alguien les atacaba, ¿Pero quién? Daba igual, no había tiempo para quedarse a comprobarlo, así que todos salieron corriendo en dirección a los árboles del bosque, que se erguían más allá de las arenas de la playa.

Las bolas de fuego siguieron cayendo en su avance por las dunas, pero al alcanzar el amparo de los árboles cesaron por completo.

- ¿Qué ha sido eso?- preguntó Emet, recuperando el aliento.
- No tengo ni idea, -le contestó Ashira- nosotros utilizamos normalmente esta estrada por ser

la más segura en kilómetros a la redonda. Os prometo que jamás habíamos sufrido una emboscada entrando por aquí.

— Entonces nos estaría esperando.- Añadió Claudia.

— ¿Pero quién?

— No lo sé, pero no hay tiempo de averiguarlo. Debemos salir de este Orbe cuanto antes, puesto que si Nataly tiene el Crocten, tan solo es cuestión de tiempo que dé con nosotros.

— Eso es cierto, pero si la puerta esta inutilizada, ¿Por dónde saldremos?- preguntó Tara.

— Hay otro portal, -interrumpió Ashira- está en un pueblo cercano, pero no sé si podremos contar con él.

— ¿Por qué no?

— Porque estamos en el lado de la oscuridad.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Que el poblado es de Cuinsers, y son altamente peligrosos.

— ¿Cómo Protervus?- preguntó Tara.

— Sí, como Protervus.- contestó Claudia al ver la cara de incredulidad de Ashira.

— ¿Tenéis relación con Cuinsers?- preguntó la chica recelosa.

— Sí, - le contestó Claudia- si ha de ser Reina de los Reino, tendrá que conocer y comprender a cada ser, de cada orbe.

— Además somos amigos.

La chica asintió, pero se podía ver en su rostro que no le gustaba nada aquel tipo de relación con seres de la oscuridad. Pero antes de que dijera nada cuatro grandes sombras sobrevolaron el bosque en el que se ocultaban.

— ¿Qué ha sido eso?- preguntó Ari asustada.

— No lo sé, - dijo Ashira- pero sea lo que sea, viene a por nosotros, así que debemos darnos prisa, si queremos salir de este orbe. Seguidme.

Todos obedecieron sin rechistar, y comenzaron a avanzar por aquel extraño bosque, donde las ramas de los árboles se retorcían y entremezclaban cada vez más, hasta que llegó el punto en el que el follaje era tan denso que no permitía pasar la propia luz del exterior. Para poder seguir

avanzando; Emet, Ari y Tara, tuvieron que tomar sus varitas y conjurar luz mágica, pues ya no podían ver ni donde ponían los pies.

La luz blanca de las varitas, arrojaba cientos de sombras por todas partes, volviendo aquel bosque aún más aterrador de lo que había sido hasta ahora. De vez en cuando se oían los rápidos pasos de algún animalillo que correteaba a sus espaldas, o que ser reía desde lo lejos, observándolos, escondido entre las sombras. Cada uno de aquellos ruidos hacían estremecerse a Tara de terror, pero no dejó que el miedo la invadiera y continuó avanzando con paso firme entre las ensortijadas ramas y raíces de aquellos espeluznantes árboles.

Parecía que conforme avanzaban, cada vez descendían más, pero era difícil decirlo con certeza, puesto que el denso y escarpado bosque no los dejaba ver con claridad por donde pisaban. No pasó ni media hora, cuando de golpe se toparon con un inmenso muro de roca que se alzaba frente a ellos, cortándoles el paso. Parecía que deberían volverse atrás, pero Ashira sacó su espada y comenzó a cortar ramas y maleza para hacerse paso hacia la derecha. Todos la siguieron, y no tardaron mucho en dar con lo que buscaban.

Ante ellos, dibujada en la roca, estaba la puerta de entrada al poblado cuinser. Tara se extrañó y acercó la mano para empujar la puerta, pero no pudo, no era más que roca. No había puerta, tan solo un dibujo.

— ¿Qué es esto?- preguntó mirando a Ashira- ¿nos tomas el pelo? ¿Dónde está la verdadera puerta?

— La puerta principal está al otro lado de la montaña. Pero si queremos tratar de entrar sin ser vistos, debemos cruzar por aquí.

— No se si te has dado cuenta, pero esto tan solo es un dibujo.

— ¿De verdad, Tara?- le contestó exasperado Emet.- ¿Después de tanto tiempo aun sigues creyendo que fuera de tu mundo humano las cosas son tan solo lo que parecen?

— ¿A que te refieres?

— A que esto es una puerta mágica, si leemos la inscripción que hay en la parte superior se abrirá para nosotros.

— ¿Te refieres a esos dibujos de allí arriba?- dijo la muchacha, señalando unos garabatos que debían de estar al menos a cuatro metros de altura, sobre la imponente puerta.

— Sin duda.- le contestó el chico, - Claudia, podrías leer lo que pone.

— Supongo que sí, pero tardaré un poco, porque hace siglos que no leo Cuinser.

La vampiresa trepó ágilmente por el árbol que había a sus espaldas y se puso toda su atención en descifrar las palabras exactas que abrirían la puerta. Se tomó más tiempo del que todos esperaban, así que ya cansados, se sentaron en el suelo. Cuando al fin bajó del árbol, resoplaba y maldecía.

— ¿Qué ha pasado?- le preguntó Adrian poniéndose en pie.

— ¿Que qué ha pasado? Yo te diré lo que ha pasado, que hace cientos de años que esa inscripción está tallada ahí arriba, y se ve que nadie se ha molestado en mantenerla en condiciones y nos faltan símbolos.

De repente todo se volvió oscuro para Tara, la brillante luz de las varitas se apagó ante sus ojos, y una densa bruma lo envolvió todo. Entonces, poco a poco la luz fue regresando, pero todo allí era diferente. Los árboles lo alcanzaban más que un par de metro de altura y sus ramas estaban podadas, dejando un sendero por donde Ashira había tenido que abrirse paso con su espada. Se podía ver el cielo con un brillante tono añil, el atardecer comenzaba a abrirse paso y la luz del cambio no estaba. Entonces por el sendero una figura encapuchada avanzaba con paso veloz hacia la puerta. Tara se escondió entre los árboles para que aquel caminante no la descubriera, y vio cómo se detenía frente a la puerta y sacaba una tiza de su cinturón, con la que dibujó con sumo cuidado los dibujos que había en lo alto de la puerta sobre la piedra. Cuando terminó de dibujar, las letras se iluminaron y poco a poco, conforme las iba pronunciando, fueron desapareciendo en un chisporroteante baile de destellos.

Al consumirse la última letra, las puertas se abrieron de par en par y el encapuchado entró sin mirar atrás, cogió una de las dos antorchas que custodiaban la puerta y se adentró en la oscuridad sin pensarlo dos veces. Tara corrió y se coló entre las puertas justo antes de que estas se cerrasen, y comenzó a seguir al encapuchado por los angostos pasillos. Aquel lugar parecía un laberinto, diseñado para atrapar a cualquier intruso que quisiera entrar en la ciudad sin permiso, pero él sabía más que de sobra el camino, y no erró ni en su solo quiebro hasta alcanzar su destino.

El laberinto conducía a una pequeña puerta, que escondía su llave en el hueco de una pared cercana. El encapuchado la cogió, abrió la cerradura y la devolvió a su sitio antes de entrar en el salón que custodiaba la puerta. Tara no pudo seguirle, pues esta vez cerró la puerta con sumo cuidado tras de sí. Con él se fue la luz, y de repente en la oscuridad del laberinto comenzó a oír ruido de cuchillas, que le trajeron a la memoria los agónicos gritos de los Trols, que fueron devorados en

el Orbe de los Hechiceros por los Ticrosn, antes de comenzar toda aquella aventura.

No le dio tiempo a temer, o defenderse, pues una fuerte sacudida la sacó de su ensoñación y la devolvió a la realidad. Cuando abrió los ojos, todos estaban a su alrededor y Emet la zarandeaba con fuerza tratando de despertarla. Sentía un fuerte quemazón en su pecho, se quitó tan rápido como pudo el pañuelo y dejó al descubierto el Crocten.

Todos se quedaron atónitos mirándolo, el humo de su interior se retorció, rápido y violento, como si fuera movido por un huracán, mientras que la piel de su pecho estaba roja, como si el Crocten la quemase desde dentro.

Tara se echó mano al pecho, tratando de calmar el dolor, pero el Crocten quemó su mano, y no tuvo más remedio que apartarla rápidamente. Emet no lo dudó ni un instante, sacó uno de los frascos de su cinturón y lo roció sobre el pecho de la joven mientras pronunciaba un hechizo de curación. El viscoso líquido morado burbujeó por el calor del Crocten, pero rápidamente cumplió su misión, el calor desapareció y la piel quemada de la chica recuperó su tono normal. Cuando se limpió el brebaje su pudo ver como la tempestad que se había desatado dentro del Crocten se había calmado y Tara volvió a respirar tranquila.

En un momento vendó su mano quemada y conjuró una tiza, sin mediar palabra, dibujó exactamente lo mismo que había visto en su visión y Claudia se quedó boquiabierta al ver que pudo completar la inscripción.

- ¿Cómo los has hecho? - le preguntó la vampiresa.
- Creo que el Crocten me lo mostró.
- No sabía que los Croctens pudieran hacer eso.
- Yo solo sé lo que he visto. ¿Puedes leerlo ahora?
- Claro

Se puso frete a la puerta y comenzó a leer con mucho cuidado símbolo a símbolo. Conforme las palabras salían de su boca, los garabatos dibujados por tara se iban deshaciendo como en su visión, hasta que la fin las puertas se abrieron de par en par. Al otro lado, esta vez no había antorchas, y Tara sabía de sobra que no estarían seguros en la oscuridad, así que conjuraron la luz mágica y comenzaron a andar por los pasillos, siguiendo a Tara, que más que andar, corría, por donde el encapuchado la había guiado la otra vez, hasta que al fin dio con la puerta.

- ¿Se puede saber cómo has sabido llegar hasta aquí?- le preguntó Josh.

- El Crocten me guio.
- ¿Y te dijo el Crocten como abrir esta puerta?- los interrumpió Emet que al examinarla se dio cuenta de que estaba protegida contra la magia.
- Por supuesto- le dijo la chica con una sonrisa mientras se giraba en busca de la abertura de la pared.

Por suerte la llave seguía donde debía, así que la cogió y salieron del laberinto. Al otro lado había un gran salón, y justo en el centro y un enorme espejo con las inscripciones para pasar a cualquiera de los reinos talladas en su marco. Parecía que al fin podrían marcharse de aquel peligroso orbe, pero cuando se pusieron frente al espejo, listos para pronunciar las palabras para abrir el portal, la luz de la sala comenzó a parpadear y se apagó, incluso la luz mágica perdió su intensidad y terminó por extinguirse.

Un fuerte viento huracanado los azotó con fuerza, dentro de aquella sala sin puertas ni ventanas, y una llamarada prendió por un instante al otro lado del espejo. Tan rápido como vino, se fue y el viento cesó al instante. Una extraña calma reinaba en la sala, y de detrás del espejo salió un par de ojos, rojos como las llamas del propio infierno, que se posaron en Tara, dispuestos a absorber su energía. La chica comenzó a sentirse débil, sus piernas le flaquearon y cayó de rodillas, pero en ese momento la magia del Crocten volvió a despertarse y comenzó a brillar con un azul tan intenso que iluminó la sala por completo.

Ahora que Emet vio lo que estaba pasando, se abalanzó sobre el atacante y lo derribó, haciendo que perdiera su poder sobre Tara, y esta tomó una profunda bocanada de aire y la luz volvió a la sala. Antes de que Emet pudiera hacer nada más, el atacante se volvió contra él, dispuesto a destriparlo, pero con la llegada de la luz, vio su rostro con claridad y se quedó extrañado.

- ¿Qué demonios hacéis aquí?- dijo el atacante.
- ¿Protervus? ¿Eres tú?- dijo Tara, que fue la primera en reaccionar.

El gran demonio se apartó de Emet, y se puso en pie, sacudiendo su traje, para librarlo de arrugas.

- ¿Cómo se os ocurre entrar aquí a escondidas? - le dijo mientras ayudaba a Emet a ponerse en pie.
- Teníamos que marcharnos del Orbe lo antes posible.- le explicó Ari.- debemos ir al Orbe de los Hechiceros antes que Nataly.

— Ya me he enterado de lo de la Reina Nataly, la verdad me llevé una decepción. Yo creía que tu serías nuestra reina.- Le dijo a Tara mientras la ayudaba a ponerse en pie tras su ataque.

— Se me ha adelantado,- aceptó ésta – por eso debemos llegar al Orbe de los Hechiceros antes que ella.

— ¿Y para que habéis venido? ¿No deberíais haber ido allí directamente?

— Deberíamos, tú lo has dicho, pero no sabíamos que ella ya había conseguido el Crocten.

— ¿Y por qué no volvisteis por donde habíais venido? ¿No sabéis que estar aquí es sumamente peligroso? Sobre todo para ti, Tara.

— Claro que lo sabemos, pero cuando tratamos de volver, la puerta estaba sellada y no tuvimos más remedio que buscar el portal más cercano.

— ¿Y no se os ocurrió nada mejor que entrar a escondidas a un pueblo de la oscuridad? Muy hábiles.- les dijo con sarcasmo.

— No teníamos tiempo de viajar hasta el reino de la luz para pedir ayuda- le reprochó Ashira.

Protervus la miró de arriba a abajo, y después pasó su vista por los demás.

— Veo que habéis reclutado gente nueva. ¿Pero dónde está mi viejo amigo Daniel?

— Daniel,- comenzó a decir Ari, mientras unas lágrimas querían brotar en sus ojos en contra de su voluntad- ya no está con nosotros.

— Entiendo.- dijo el demonio.- Es una lástima la verdad, era un gran guerrero, estoy seguro que a pesar de lo que pasó en tiempo pasados, habría llegado a ser un importante cargo en las filas de la luz.

Por un instante se hizo el silencio, la ausencia de Daniel los había marcado a todos, más de lo que ninguno podía imaginarse, pero debían continuar.

— Bueno, deberíais ir.- dijo Protervus- el tiempo es más valioso que el oro en estos momentos y a vosotros no os sobra ni un instante.

Se volvieron a poner frente al espejo, pero cuando Tara trató de comenzar a leer la inscripción se oyó un fuerte silbido, como el que hace una bomba al caer, y antes de que se dieran cuenta todo cuanto les rodeaba fue destruido y reducido a escombros. Por suerte para ellos, el agudo oído de Emet, había percibido el sonido lo suficientemente rápido, como para hacer un leve escudo entorno a ellos, que aunque los dejó inconscientes los salvó de la explosión.

CAPÍTULO 31

Cuando se despertaron, ya no quedaba nada a su alrededor más que escombros, el rojo intenso del cielo lo iluminaba todo y daba un inquietante aspecto de película de terror a aquella terrible escena.

Tara fue la primera en despertarse, estaba sepultada entre los cascotes, y de no ser por su sobrenatural fuerza no habría podido desasirse de la montaña de escombros que la cubrían. Una vez logró salir de su sepulcro, corrió hacia Emet para comprobar que seguía con vida, respiró aliviada al ver que el pecho del joven subía y bajaba con normalidad, después fue recogiendo los cuerpos de los demás y los fue agrupando en el centro de la sala. Protervus parecía tranquilo, dormido. Al igual que Josh, puesto que sus heridas había sanado rápidamente. Adrian tenía el brazo derecho completamente al revés, roto por varios sitios, pero se pondría bien. Lo peor estaba por llegar, encontró el cuerpo de Ashira bajo una enorme viga, aunque el escudo de Emet los había salvado de morir en la explosión, no duró más de unos segundos, y los lanzó despedidos por los aire, todo habría ido bien, si el edificio hubiera resistido, pero no lo hizo, y la viga mató a Ashira mientras aún estaba inconsciente.

Las lágrimas de Tara recorrieron sus mugrientas mejillas, dejando dos surcos en su piel y cerró los verdes ojos de la joven, para que descansara en paz. Después se puso en pie y continuó buscando entre los escombros, aún no había dado con Ari, ni con Claudia. Tenían que estar allí, pero no las encontraba, cada vez estaba más angustiada, “¿Y si habían muerto? No podían estar muertas” se repetía una y otra vez en su cabeza.

Estuvo horas buscando, y poco a poco los chicos se fueron despertando. Emet trató de curar a Adrian, pero necesitaba ingredientes que no tenía, así que le inmovilizó el brazo y se lo conjuró para que no le doliera, mientras que Protervus y Josh ayudaban a Tara a buscar.

Pero a pesar de la intensa búsqueda no encontraron nada. Agotados, se sentaron en los restos de lo que una vez fueron las escaleras de entrada al edificio, contemplando ante ellos los restos de una ciudad desolada. Adrian enfadado, lanzaba piedrecitas y restos de cosas a la calle desde su sitio, pero cuando fue a coger un palo para lanzarlo se detuvo un instante. Aquello no era un palo normal, era la varita de Ari.

- Mirad esto- les dijo boquiabierto.
- ¿Qué es?- pregunto Josh.

- Es la varita de Ari.- contestó Tara antes de que a Adrian le diera tiempo a reaccionar.
- ¿Y que hace aquí? - se preguntó Emet, quitándosela de las manos a Adrian.- está demasiado lejos como para haber salido despedida de la explosión.
- ¿No se habrán marchado?- preguntó Protervus.
- No lo creo, -dijo Tara- conozco bien a Ari, no se iría, no así.
- Claudia tampoco lo haría- añadió Adrian.
- ¿Entonces como ha llegado esto aquí?- preguntó Protervus.
- No lo sé, tal vez alguien se las llevó.
- O se las comió.- añadió el demonio,
- ¡Protervus! - le reprendió Tara. - No digas eso ni en broma.
- Está bien, pero sigue siendo una opción.
- Vamos a descartarla por ahora. ¿Está claro?
- Como gustes.
- A ver, pensemos por un instante, ¿Quién se las puede haber llevado?
- Nataly- dijo Emet.
- Quien nos atacó en la playa.- añadió Adrian.
- Espera un momento.-dijo Protervus.- ¿Que os atacaron en la playa? ¿Quién?
- No lo sabemos,- le contestó Tara- pero creímos darles esquinazo al adentrarnos en el bosque.
- Se ve que no,- añadió el demonio pensativo.- ¿visteis algo, o a alguien?
- No, tan solo vimos que nos atacaban con bolas de fuego y unas extrañas sombras voladoras que nos sobrepasaron en el bosque.
- Si no me equivoco, joven Tara, ya dominas los dones de los Cambiantes ¿No es así?
- Por supuesto.
- ¿De todos ellos?
- Claro.
- Entonces hazme el favor de sacar el olfato más fino que este en tu poder e intenta rastrear un aroma.

- ¿Que clase de aroma?
- Ha de oler a azufre, incienso, arena y sándalo.

La chica olfateó, al principio no podía oler nada más que los restos de polvo y magia que lo envolvían todo, a causa de la explosión. Pero poco a poca, al acercarse a donde Adrian había encontrado la varita de Ari, comenzó a captar algo, al principio no sabía muy bien lo que era, pero luego lo tubo claro: incienso, azufre, sándalo y arena.

- Si que aprecio todo esos aromas- le dijo la chica.
- Pues entonces tenemos problemas.- le contestó el demonio.
- ¿Qué clase de problemas? ¿Qué huele así?
- Qué no, ¿quién? Es el aroma que dejan allá donde van Mermeraz y sus secuaces.
- ¿Mermeraz el hechicero del desierto? - pregunto Emet con los ojos desorbitados.
- Me temo que sí.
- Yo creía que no era más que una leyenda. Un cuento para asustar a los niños malos.
- Eso creen muchos, pero me temo que es muy real, y ahora se vende al mejor postor.
- ¿Alguien puede explicarme que pasa?- preguntó Tara molesta.
- Claro,- le contestó Emet- cuenta la historia que Mermeraz era una de los grandes hechiceros, tenía una mente prodigiosa, astuto y perspicaz. El resto de los hechiceros lo envidiaban y respetaban. Pero la vanidad del gran hechicero era tan desmedida como su inteligencia, se creía superior a los demás y a las normas impuestas. Logró realizar los brebajes, más complejos de todos, incluso cuentan que una vez consiguió de engañar a la propia muerte, devolviendo a la vida a su difunta esposa. También cuentan que logró embotellar a la eterna juventud. Pero eso son cuentos de críos, lo que realmente importa de esta historia, es que las ansias de poder de Mermeraz crecieron y crecieron, hasta que se propuso robar toda la magia de sus hermanos hechiceros para quedársela toda él. A sabiendas de sus planes, el consejo mayor de hechiceros se alió en su contra, quitándole su libro de hechizos “El Grimorio” y desterrándolo al Desierto de Consií. Dicen que allí, despojado de sus poderes, el odio de Mermeraz creció durante años en las arenas del desierto y que al final, logro recuperar la magia que antaño le había sido arrebatada, rompiendo el embrujo que no le permitía salir de allí. Desde entonces vaga por los Orbes en las noches más oscuras destruyendo a todos los hechiceros, brujos y magos que se encuentra en su camino.

- De ser así se llevaría a Ari, ¿pero para que quiere a Claudia?
- No estés tan seguro,- le dijo Protervus- gran parte de la historia que ha contado Emet es cierta, pero hay algo diferente en la realidad. Cuando Mermeraz se liberó de su prisión acabó con los hechiceros que lo desterraron, pero después de saciar su sed de venganza, trató de encontrar su preciado “El Grimorio” pero no dio con él, así que decidió hacerse mercenario, reunió un equipo y desde entonces se vende al mejor postor.
- De ser así,- añadió Josh- alguien lo ha de haber contratado. ¿Pero quién?
- ¿A quién conocemos que le encanta jugar sucio?- preguntó Protervus sabiendo ya la respuesta.
- A Nataly- respondió Emet, escupiendo las palabras.- Esa malnacida, no tiene valor ni para enfrentarse contra nosotros ella misma. ¡Maldita cobarde!
- Ten cuidado con lo que dices muchacho, - le advirtió el demonio.- no sabes quién te puede escuchar en este Orbe.
- ¿Pero que tiene contra ella?- dijo Tara, tras recapacitar un instante- Su problema es conmigo, no con ellas. ¿Por qué se las han llevado?
- ¿No está claro? - dijo Adrian poniéndose en pie- Trata de tenderte una emboscada. Sabes que eres noble, y que si se las lleva, iras a por ellas.
- No podéis permitirlos caer en su engaño. - les advirtió Protervus.
- Ya lo sé, pero no voy a permitir que le haga ningún daño. Iremos a por ellas.
- No podemos.- le dijo Emet.- Sabes bien que cualquiera de nosotros daríamos gustosamente la vida por ti, para que cumplas tu misión. Unas pocas vidas son un sacrificio necesario para salvar a muchos.
- ¿Me lo estás diciendo en serio?
- Completamente.
- Emet, escúchame bien, a ver si te entra de una vez en esa cabezota tuya, somos un equipo, empezamos juntos y terminaremos juntos. No dejaré a nadie atrás, no dejé a Daphne, no te dejé a ti y no las dejaré a ellas. Esta maldita guerra ya nos quita demasiados amigos, como para que nosotros dejemos morir al resto.
- No lo entiendes, si tú mueres, todo esto habrá sido en vano.

— Eres tú el que parece no entenderlo, la muerte se llevó a Altor, a Daphne, a Daniel y ahora a Ashira y yo no pude hacer nada para evitarlo, pero si puedo salvar a alguien lo haré, y ahora he de ir a por Ari y Claudia. Así que tú decides, si vienes o no, pero yo voy a ir igual.- dijo la muchacha con lágrimas de ira en los ojos.

— ¡Eres la terquedad en persona!- le dijo el chico exasperado.

— Puede ser, ¿Vienes o no?- le grito ella mientras se marchaba, secándose las lágrimas en la manga.

— Está bien,- aceptó a regañadientes- ¿Cuál es el plan?

La chica se detuvo en seco y se giró para contestarle, pero antes de que le diera tiempo a decir nada, Protervus se deshizo en una nube de humo, que se materializó tras ella tapándole.

— Shhh... *No hables, las palabras pueden ser oídas por quienes queremos sorprender.*- dijo la voz del demonio en su mente.

Tara comprendió que si les contaba el plan, ahora que Nataly lo podía ver todo, se enteraría de su estrategia, y no habría forma de pillarla por sorpresa. Así que siguió el consejo de protervus y proyectó su voz en las mentes de sus amigos, abriendo un canal donde poder comunicarse con todos ellos.

CAPÍTULO 32

Mientras ellos ponían en marcha su plan de rescate, al otro lado del mar, en las montañas de Tasún, en lo más profundo de los calabozos de Long-poo. Ari se despertó de un terrible sueño, buscando algo a lo que aferrarse entre la oscuridad de la celda, pero no logró ver nada. Tan solo había oscuridad, así que gritó una y otra vez, en busca de auxilio, o de alguna explicación, pero tan solo encontró silencio. Hasta que un gruñido a su espalda llamó su atención, y le heló la sangre de puro terror.

- ¿Quién anda ahí?- preguntó al fin con voz temblorosa.
- ¿Dónde estamos?- le contestó la voz de Claudia, un tanto confusa.

Ari soltó un suspiro de puro alivio, pues ya se daba por muerta.

- ¿Estás bien?- le preguntó a la vampiresa.

Un silencio sepulcral lo invadió todo por un momento, y el corazón de Ari se encogió al no hallar respuesta.

- Más o menos.- le contestó la vampiresa, con voz angustiada.
- ¿Qué sucede?- le preguntó la chica, buscándola a tientas por oscura sala.
- No te acerques más- le ordenó fríamente la vampiresa.
- Claudia, me estas asustando. ¿Qué te pasa?

Claudia se sentó en el suelo, aunque Ari no podía verla, ella la veía a la perfección, y no solo por sus agudos sentidos de Cambiante, no. Hacía días que no comía, y estaba exhausta tras recuperarse de sus heridas, podía sentir la mágica sangre de la joven con cada latido de su corazón, bombeando por todo su cuerpo, y ella tenía hambre. No un hambre como la que sienten los humanos, ni mucho menos. Cada parte de su cuerpo ansiaba el fluido elemento que recorría el cuerpo de la chica, cada célula le reclamaba alimento, su parte más animal trataba de salir, el monstruo que guardaba tras la máscara de humana, tenía hambre, y quería salir. No sabía cuánto tiempo podría contenerse, apretaba su cuerpo contra el suelo, tratando de ser más fuerte que sus ansias de sangre, pero aquello no duraría mucho. Sus grandes colmillos se volvieron aún más afilados y se clavaron en su labio inferior. Podía oler el miedo de Ari, ese mismo miedo que hacía que su sangre latiera con más fuerza aun, retumbando en sus oídos, como la dulce melodía de un tambor. Pasó la lengua por sus labios, y las gotas de sangre que había brotado de ellos al clavarle sus afilados

colmillos, ya fue demasiado.

La vampiresa saltó sin previo aviso sobre la joven, y la derribó, inmovilizándola contra el suelo. Sin dudar ni un instante, clavó sus afilados dientes en el cuello de la joven y bebió de aquel néctar de vida que bombeaba su potente corazón.

Poco a poco la sangre de Ari bombeaba más y más despacio, Claudia sabía que si seguía bebiendo de su sangre la mataría, y aunque algo dentro de ella quería dejarla seca, se resistió. Apartándose lentamente de su víctima, sin apartar la mirada ni un instante de su blanco cuello cubierto de sangre.

Se clavó un colmillo en la yema de uno de sus dedos he izo brotar una gota de sangre oscura y densa. Los vampiros tenían por costumbre manchar con su sangre las heridas que causaban a aquellos que dejaban vivos, para que se cortara la hemorragia y se cicatrizaran las heridas al instante, y así no dejar ninguna prueba de su presencia. Pero cuando se acercó para tocar el cuello de la joven su herida ya estaba cerrada, no había ni rastro de ella.

Claudia se extrañó, los magos no curaban sus heridas tan rápido. Entonces se acercó a la joven que permanecía tendida en el suelo, luchando por respirar, y aspiró su aroma, prestando atención a cada matiz, paladeó el sabor a sangre que aún quedaba en su boca y fue entonces cuando se dio cuenta de que algo no encajaba allí. Con el ansia de beber con la que la había atacado no se había parado a saborear aquella sangre tan especial. Bajo el dulce sabor de la sangre del Orbe de los Hechiceros había un toque amargo, salvaje, un sabor que solo poseían los hijos del Orbe de los Cambiantes. Pero ¿cómo no se había dado cuenta antes?

Mientras ella cavilaba acerca de cómo se le había podido escapar una cosa tan obvia, Ari se recuperó del ataque y poniéndose de rodillas comenzó a gruñir, y a enseñar los dientes. Como una bestia furiosa. De improviso una onda de luz azul envolvió su cuerpo y su piel se cubrió de un denso pelaje, en aquel momento comenzó a transformarse y poco a poco fue tomando la forma de una imponente leona con un par de ojos verde brillantes que se recortaban en la oscuridad de la prisión.

Claudia se puso en guardia, sus ojos se tornaron de un azul tan claro que se confundía con el blanco y sus colmillos afilados, le daban un aspecto aterrador. Pero aun así, la leona saltó sobre ella, furiosa, deseando desgarrarla y comérsela. Ambas se enzarzaron en una lucha voraz, repleta de garras y colmillos. La sangre salpicaba las paredes de la celda y encharcaba el suelo. Solo una de las dos saldría viva de allí, o tal vez ninguna.

CAPÍTULO 33

Ahora que Nataly podía ver cada rincón del orbe, tan solo encontraron una solución. Separarse y reagruparse de nuevo al norte de las montañas de Tasún, en dos días. Tara abrazó a Emet con todas sus fuerzas y un remolino purpura los trasladó al plano cristalino. Mientras tanto Protervus desplegó unas enormes alas de más de tres metros de envergadura y envolvió con ellas a Josh y Adrian, deshaciéndose los tres en una llamarada de fuego.

Una vez en el plano cristalino, no tendrían mucho tiempo hasta que Nataly pudiese dar con ellos de nuevo, debían moverse rápido. Emet la abrazó y ella desplegó sus majestuosas alas purpuras y comenzó a batirlas con todas sus fuerzas. Al principio le costó un poco despegar a causa del peso extra del muchacho, pero una vez alzó el vuelo, le resultó sorprendentemente fácil cargar con el muchacho. Aun así era imposible que la joven pudiera llevarlos a ambos hasta Tasún en tan poco tiempo, por lo que lo primero que tenía que encontrar era un grupo de RRR.

Los RRR eran unos curiosos animales con una forma que recordaba mucho a un camaleón, con la particularidad de poder moverse a su antojo de un lugar a otro, a cientos de kilómetros de distancia a lo largo del plano cristalino.

Desde lo alto, lograron avistar un numeroso grupo pastando en las verdes llanuras, así que poco a poco descendieron hacia los gigantescos animales de color rojo, debían ser cautelosos, pues si se asustaban desaparecerían, y podrían pasar días hasta que encontrasen otros.

La forma de viajar en RRR era sencilla, tan solo tenían que saltar sobre su lomo y pensar en el lugar donde querían aparecer. Lo realmente complicado era llegar a saltar sobre su lomo. Los chicos se agazaparon entre la alta hierba que los cubría y comenzaron a avanzar sigilosos, los instintos más primitivos de cambiantes que corrían por sus venas lo convertían en estupendos cazadores. Así que sin hacer el más mínimo ruido se acercaron lo suficiente como para lograr cabalgar sobre aquellas impresionantes bestias.

Se lanzaron una mirada de complicidad y asintieron, sabían que era el momento. Ambos saltaron a la par, con una potencia sobrehumana y cada uno de ellos cayó a horcajadas sobre un RRR. Se acarraron con todas sus fueras a los animales que comenzaron a correr como alma que lleva el diablo por la pradera, mientras sus vivos colores rojos se iban apagando y volviéndose poco a poco cada vez más transparentes, hasta que se desmaterializaron con sus jinetes incluidos.

La mente de Tara viajaba a toda velocidad, mientras ella trataba de no caer de la bestia y de

crear una imagen clara de la garganta de Cépalus en su mente. De repente todo se volvió turbio y la llanura que la rodeaba desapareció. Justo entonces, el animal se detuvo en seco, haciéndola caer de su lomo. La muchacha rodó por el suelo y acabó chocando contra el tronco de un viejo pino, empapada por la nieve.

La joven se frotó los ojos y miró a su alrededor, estaba en lo más profundo de la garganta de Cépalus, incluso podía oler el putrefacto olor a azufre que emanaba la puerta del infierno. Cuando se giró el RRR ya no estaba, seguramente volvería junto a su manada, pero Emet tampoco estaba allí, estaba claro. El muchacho jamás había bajado hasta aquel siniestro bosque.

Tara se puso en pie y sacudió la nieve de su ropa, mientras miraba por todas partes con la esperanza de encontrar a Emet. Entonces su nombre resonó en todo el cañón, era Emet que la llamaba desde lo alto de la montaña. El joven había aparecido en la cueva donde se habían despedido cuando ella bajo a reclamar su alma al infierno.

Su nombre volvió a sonar en cada rincón con un lejano eco, y supo que debía darse prisa, antes de que Nataly diera con ellos. Así que corrió todo lo rápido que pudo hasta el claro del bosque y alzó el vuelo en busca del muchacho.

- Ya comenzaba a asustarme.- dijo el mientras la abrazaba.
- Tranquilo, no hay nada que temer. Dentro de la montaña, no podrá dar con nosotros, por eso mismo se esconden aquí todos esos indeseables seres.- Le dijo ella.
- Debemos continuar,- insistió el tirando de ella hacia el interior de la cueva.- No me fio ni lo más mínimo de estar bajo la luz del cambio.

Los dos se adentraron en el interior de la cueva, aun estando en el plano cristalino, no estaban a salvo de lo que la oscuridad escondía en aquellos innumerables pasadizos, y la luz mágica de las varitas no funcionaba ahora, así que Tara formó una bola de fuego incandescente entre sus manos, para alumbrar el camino. Emet no tuvo más remedio que pegarse a ella como su sombra, tratando de no salir de la tenue luz, pues allí dentro estaba completamente ciego al no poseer lo ojos demoníacos de la joven.

Cada vez que se topaba con algún aura extraña en alguno de aquellos interminables pasadizos la chica tomaba un desvío sin pararse siquiera a ver qué clase de ser era. Lo único que le interesaba en aquel momento era salir de allí lo más rápido posible.

Al final, tal vez más por suerte que por destreza, dieron con la salida de aquel sinfín de galerías, por donde una vez entraron. La salida que una vez estuvo colapsada por la nieve, ahora

dejaba entrar una fría brisa. Debían esperar allí hasta que Protervus, Adrian y Josh, fueran a encontrarse con ellos.

La chica volvió a abrazar a Emet y el torbellino de violeta los devolvió al Orbe de los susurradores.

Ahora que ya podía usar de nuevo la magia, Emet hizo un escudo protector que separaba su pequeña cueva del resto de pasadizos y selló la puerta para que, aunque desde fuera se siguiera viendo un agujero en la montaña, en el interior un fuerte muro los separaba de aquella maldita luz roja. Después el joven conjuró una fogata en el centro de la sala, que brillaba con un misterioso resplandor verde, y entorno a ella hizo aparecer, comida y mantas.

Tara no se lo pensó dos veces, y se enrolló en una de las gruesas mantas que Emet había conjurado, después sacó la varita de su bota e hizo aparecer un mullido colchón junto al fuego. Una vez se sentó en él comenzó a hablar:

- ¿Que pasara cuando lleguen los demás? No podrán entrar.
 - No te preocupes, cuando lleguen saltará la alarma que he puesto y yo mismo los dejaré pasar.
- La chica le lanzó una sonrisa cansada y suspiró, mientras se dejaba caer sobre el colchón.
- ¿De qué te ríes?- dijo el chico sentándose junto a ella en el colchón, con una chocolatina en la mano.
 - Tan solo estaba pensando, en que nadie en su sano juicio se adentraría en el interior de las montañas de Tasún, y menos aún por segunda vez. En cambio nosotros aquí estamos. ¿Quién nos iba a decir que algún día este sería el refugio más seguro para nosotros?

Emet se rio, pero ni siquiera le contestó, cuando giró su cabeza para mirarla, ella ya estaba dormida. Tras un viaje tan largo, estaba exhausta, y ahora que por fin estaban a salvo, por así decirlo, el cansancio pudo con ella.

CAPÍTULO 34

No muy lejos de allí, en los calabozos del palacio, la feroz lucha entre Ari y Claudia había terminado, y las dos muchachas yacían en el suelo, jadeantes, empapadas de sangre y sudor. La mente de Claudia viajaba a toda velocidad, no lograba comprender como el cuerpo de la maga podía contener el don de los Cambiantes.

Ella sabía que rara vez la sangre mestiza es estable, lo normal, es que los hijos de seres de distinto Orbe murieran al nacer, y los que sobrevivían eran conscientes de su condición desde que sus dones comienzan a hacerse notar. Pero Ari hasta ahora no había dado nunca signos de poseer sangre Cambiante. Todo aquello le daba muy mala espina, Ari podría estar en serio peligro, pero no tenía allí sus libros, ni sus preciados artefactos, no podía hacer nada.

Al fin Ari volvió a abrir los ojos, y trato de sentarse en el suelo, dolorida y aturdida.

- ¿Qué ha sucedido?- preguntó la muchacha confusa.
- ¿No recuerdas nada?- Le preguntó Claudia incorporándose junto a ella.
- ¿Nada de qué? ¿Dónde estamos? y ¿Por qué está todo en blanco y negro?
- Cielos, es más grave de lo que me temía.
- ¿El qué? ¿Qué pasa?
- Tranquilízate, lo ves todo en blanco y negro porque tan solo puedes ver con la visión de los cambiantes a causa de la oscuridad que nos rodea.
- Eso es imposible, yo soy maga, la sangre de los cambiantes no corre por mis venas.
- Me temo que ahora sí.
- Espera un momento, ¿qué sabes tú de los cambiantes?
- ¿Cómo que qué se yo de los cambiantes? ¿Ari estas bien?
- ¿Cómo sabes mi nombre?
- ¿Qué? Ari, maldita sea, soy yo, Claudia.
- ¿Claudia?
- ¿No me reconoces?
- Lo siento, pero creo que no te conozco. ¿Se puede saber dónde estamos?

- Estamos en los calabozos del palacio de Long-poo. Vamos eso creo.
- ¿En el Orbe de los Susurradores?
- Pues claro, ¿dónde si no?
- ¿Cómo he llegado yo hasta aquí?
- Eso me gustaría saber a mí, creo que es una trampa, para traer a Tara hasta aquí.
- ¿Tara? ¿Dónde está Tara? ¿Está bien?
- ¡Ah! De Tara si te acuerdas, ¿Debería sentirme ofendida?
- Tara es mi mejor amiga desde que era niña, siempre he cuidado de ella. Pero tú no se quién eres, sinceramente. Aunque pareces saber mucho de mí.
- ¿Qué es lo último que recuerdas?
- No mucho la verdad,- dijo la chica pensativa.- recuerdo la carta de El Consejo, anunciando que debía llevar a Tara con ellos. Pero poco más, la verdad.
- Maldita sea,- dijo la vampiresa acercándose para mirar más de cerca a la muchacha dentro de la oscuridad.- Al transformarte en león de una forma tan brusca, has perdido parte de tu consciencia, y con ella tus recuerdos.
- ¿Cómo me voy a transformar en ningún animal, si por mis venas no corre la sangre cambiante?
- No me preguntes como, porque ni siquiera yo lo sé. Pero ahora la sangre de los cambiantes corre por tus venas, tan poderosa como la del orbe de los hechiceros.
- Eso no puede ser,- dijo la chica apartándose de las frías manos de la vampiresa, que examinaban sus ojos.- de ser así mis días están contados.
- Eso es lo que me preocupa, no sabemos desde cuando esta tú sangre infectada. No cómo reaccionará tu cuerpo con el paso del tiempo.
- ¿Pero cómo he podido infectarme así?
- No lo sé, y el hecho de que hayas perdido más de un año de tu memoria, no ayuda en nada.
- ¿Un año?- dijo la chica con los ojos exorbitados.- ¿Tanto tiempo?
- Me temo que sí. Lo siento.

Las horas pasaron en aquel oscuro calabozo, y Claudia se entretuvo en hacer lo que mejor

sabía, le narró a Ari todo lo sucedido, desde que Tara y ella emprendieron el viaje que cambió sus vidas.

CAPÍTULO 35

Los días pasaron rápido dentro de aquella pequeña cueva, pero concluyó el segundo día y sus amigos no dieron señal de vida. Era muy extraño, ya debería estar allí desde hacía horas. Pero aun así aguardaron unas horas más.

Con el amanecer del tercer día, la luz del cambio se desvaneció y el potente sol se alzó por el horizonte, bañando la ladera de la montaña. Emet derrumbó el muro mágico que los aislaba al amparo de la montaña.

- ¿No crees que deberíamos esperarlos?- preguntó la chica.
- Ya hemos esperado demasiado.
- ¿Pero qué pasa si llegan y no estamos aquí?
- Tara,- dijo el cogiéndole las manos, y clavando sus enormes ojos bicolor en la mirada de la chica.- No van a volver, debemos continuar. Cada minuto que pasa la posibilidad de que Nataly de con nosotros crece, no podemos arriesgarnos más.
- Está bien.- terminó aceptando la chica, bajando la mirada.

La chica sacó su varita y la movió de un lado a otro entorno al muchacho, recitando una y otra vez las palabras mágicas del conjuro para menguar. Cuando la joven terminó el encantamiento, Emet era tan pequeño que cabía en la palma de una mano.

Entonces ella saltó al vacío y remontó la montaña convertida en una imponente águila de plumaje rojizo. Agarró al pequeño Emet entre sus zarpas y tomó rumbo veloz hacia el palacio de Long-poo.

Con forme se acercaban, se podían ver los estragos de la brutal entrada de Nataly para tomar el poder. Los cuerpos putrefactos de los Torviks, les daban la bienvenida al reinado de terror de la nueva reina. El imponente animal descendió el vuelo y pasó por las puertas amuralladas del palacio, viendo los restos de la batalla. Los cadáveres de los demonios que guardaban la fortaleza, se entremezclaban con los de los guerreros hada que habían dado su vida para que Nataly lograra enfrentarse a Frederick, incluso algún cuerpo de Zigops era ahora pasto de los carroñeros.

Todo el palacio parecía completamente abandonado, sus pasillos estaban desiertos y en el salón central parecía como si un tornado lo hubiese destrozado todo. El águila tomó tierra, y retomó su forma humana al instante, una vez en pie, dio un suave golpe con su varita en la cabeza de Emet y este retomó su aspecto normal en cuestión de segundos.

Ambos avanzaron por los desiertos pasillos con cautela, tratando de dar con Nataly, hasta que algo llamó su atención. En el centro de una enorme sala, descansaban dos cuerpos sobre un pedestal de mármol.

Los chicos se acercaron y por un momento se quedaron sin aliento. Los dos hombres eran prácticamente iguales, salvo que el de la derecha tenía el rostro surcado por una cicatriz. Tara jamás se había parado a pensar en lo parecidos que eran Frederick y Cedrick, pero ahora que los veía juntos no había lugar a dudas de que eran gemelos.

Mientras admiraban horrorizados los cuerpos inertes de los dos hombres, un fuerte viento los envolvió por sorpresa y las pesadas puertas de la sala se cerraron de golpe. Al igual que las puertas, los ventanales también se cerraron al unísono y un escalofriante frío inundó la sala.

La oscuridad lo envolvió todo y una perversa risa resonó en cada rincón de aquel enorme salón. Tara sacó su varita de la bota y lanzó una esfera de luz morada al aire, que iluminó toda la sala. Entonces a lo lejos, entre las sombras más alejadas, se dibujó la silueta de Nataly. Las miradas de Tara y Emet se posaron en ella y sus varitas la apuntaron, listas para ser usadas. Pero Nataly ni se inmutó, comenzó a avanzar con paso firme hacia ellos, haciendo resonar sus tacones sobre la madera a cada paso.

- No des ni un paso más.- La amenazó Tara, mientras que su varita empezaba a adquirir un mágico brillo.
- ¿O si no qué?- la reto Nataly.
- Acabaré contigo.
- Permíteme que lo dude.- dijo la chica lanzando una desafiante mirada a Tara.

La sangre de Tara se heló en sus venas, al ver relucir el Crocten de los Susurradores en el ojo de Nataly, pero rápidamente el quemazón de su pecho la hizo reaccionar. Parecía como si los Croctens se reconocieran y se retasen entre ellos, a la vez que lo hacían sus portadoras.

Nataly chasqueó los dedos, sin apartar la mirada, de los negros ojos de Tara, y de la nada surgió una bruma, y de su interior surgió una figura que le resultó conocida. En cuanto salió de la neblina la voz de Emet sonó cortante “Matt”.

El joven llevaba entre sus manos una pesada cadena, tiró de ella y sacó de la bruma lo que

retenía al otro extremo. Eran sus amigos, los traía encadenados como vulgares animales.

Ari estaba pálida, con la mirada perdida y ojerosa. Claudia, siempre tan estoica, había sido vencida, estaba exhausta, su piel se había tornado de un color verdoso, putrefacto y sus cabellos estaban enredados. Estaba claro que ellos se habían llevado la peor parte, los signos de tortura eran evidentes incluso en Josh que sus heridas curaban al instante se podían apreciar trozos poco o nada cicatrizados, tenía un color parecido al de Claudia, más cerca de la muerte que de la vida. En el cuerpo de Adrian la tortura había pasado más factura, prácticamente no podía abrir el ojo izquierdo, su nariz estaba rota y sangrante a la altura de los ojos, respiraba con dificultad, por las costillas rotas y cojeaba al andar, a pesar de ir apoyado en Josh, puesto que su pierna derecha estaba rota por varios sitios. Incluso el grandioso Protervus había sido torturado, sus ropas estaban ajadas y se podían ver las pústulas de su piel achicharrada por el agua bendita, y las marcas de su cuello con antiguos conjuros de exorción tatuados en su piel, para infligirle dolor, el pobre, ni tan siquiera podía esconder sus majestuosas alas, ahora sin la mitad de las plumas e incluso rotas.

- ¡Suéltalos inmediatamente!- Le ordenó Tara.
- ¿O si no qué?- volvió a retarla Nataly.
- O sino yo misma te rajare de arriba a abajo.- le dijo Tara sacando de su espalda la poderosa espada de Isabell.
- ¡La espada de Isabell!- Exclamo Nataly sorprendida- ¿De dónde demonios la has sacado?
- Ella misma me la dio.
- ¡Esa mala bruja!
- Suéltalos ahora mismo- le exigió de nuevo Tara poniéndose en guardia.

Nataly se apartó unos pocos pasos de ella, y sacó algo del cinturón de su pantalón. Era un pequeño libro que relucía con brillo propio.

- Te reto a luchar contra mí y tú decides ponerte a leer.- se burló de ella Tara mientras se colocaba con cuidado entre sus amigos y Nataly.

Ahora que toda la atención estaba centrada en Tara y Nataly, Emet se acercó con cautela a los demás para tratar de liberarlos.

Nataly hizo caso omiso de las palabras de Tara y comenzó a leer en voz alta el conjuro que con tanta atención estaba buscando en el libro. Tara vio que trataba de conjurarla, así que lanzó la espada con todas sus fuerzas hacia Nataly, a la vez que esta le enviaba una ardiente bola de fuego purpura cargada con el encantamiento.

Pero más rápido que el propio tiempo, Matt soltó las cadenas que custodiaba y se lanzó hacia

Tara, arrebatándole el escudo de la espalda y poniéndolo frente a ella justo en el momento en el que la ardiente bola debería haber impactado contra ella.

La magia que custodiaba el escudo se desató de golpe, y todos los que se protegían tras él sufrieron las consecuencias de poder. Viéndose envueltos en una cegadora luz blanca que lo envolvió todo.

EPÍLOGO

Cuando al fin la blanquecina luz se extinguió y sus ojos pudieron ver de nuevo, la sala lúgubre en la que se encontraban había desaparecido por completo.

Tara levantó la vista, a su lado Matt yacía inconsciente, tumbado en aquel suelo de tierra. Un poco más atrás, los demás trataban de incorporarse tras el fuerte golpe. Un peso se quitó de su pecho al ver que todos habían logrado escapar de aquel horrible lugar. Gateó por el mugriento suelo y abrazó a Emet entre lágrimas, después se acercó a Matt y le quitó las llaves de su cinturón, soltando las pesadas cadenas que los tenían presos.

Todos estaban felices, pero la alegría duró poco. Cuando Matt recobró el sentido, comenzó a gritar lleno de incredulidad.

- ¡No puede ser! ¡Esto no puede estar pasando!
- Nosotros tampoco nos alegramos de verte, pero tampoco es para ponerse así.- Le contestó Emet.
- No lo entiendes. ¿Me juego lo que quieras a que no sabes dónde estamos?
- Eso qué más da ahora, ya encontraremos el modo de salir de aquí.
- No, no lo entiendes. Cuando rompí el hechizo y evité que Nataly acabase con Tara, la fuerte magia del escudo se activó.
- Eso tampoco es tan malo.
- ¡Cállate! ¿Cómo que no es tan malo? Estamos atrapados. Jamás saldremos de aquí.
- Colmaté,- le ordenó Claudia preocupada,- ¿qué quieres decir con que estamos atrapados?
- Estamos en el Orbe Oscuro...